

EL ALETEO PARTE II DE LA MARIPOSA



Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Autor: Luis A. Santamaría

Ilustración: Chema Sánchez

ISBN: 978-84-608-5156-1

Fecha de edición: marzo de 2016

Serie Ámbar

Parte 2

EL ALETEO DE LA MARIPOSA

Luis A. Santamaría

La teoría del caos establece el «efecto mariposa» en base al siguiente proverbio chino:

El simple aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo.

Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas.

Prólogo

Se despertó, abriendo los ojos en una fina línea, e inmediatamente después sonó el teléfono. O quizá fuera el irritante timbre lo que le hizo desvelarse. En cualquier caso, se sorprendió a sí mismo recostado sobre el sofá de cuero de su salón. Llevaba puesto un traje negro y unos zapatos a juego, el mismo atuendo que llevaba el día anterior. Hacía calor.

No podía recordar con claridad lo sucedido en las últimas horas, pero se alegró de encontrarse en casa. El último dato que su memoria registraba era que ya había anochecido cuando salió del piso, y un vaso de Jack Daniel's sobre la barra de algún bar constituía la única pista que podía ayudar a reconstruir la velada. Ese solitario recuerdo hizo que fijara su atención en una botella de cristal vacía que, frente a sus ojos mareados, reposaba borrosa sobre la mesita delante del sofá.

Suspiró.

Tenía los párpados casi cerrados, pues estaba convencido de que si los abría del todo, sufriría potentes dolores de cabeza. Intentó moverse, pero tenía el brazo izquierdo dormido y no le respondía; se había quedado dormido sobre él. Sintió un incómodo cosquilleo en la punta de los dedos cuando por fin lo liberó con un forzado movimiento de rotación. Después separó con lentitud la oreja izquierda del cuero negro, dejando a la vista la huella que su propia babilla había dejado sobre el cojín. Sentía un sabor metálico en la boca, y una incómoda masa pastosa le impedía salivar. Decidió que lo primero que haría tras atender la llamada telefónica sería lavarse los dientes. Se incorporó con dificultad, y tras un *fuck*[1] y un par de *shit*[2], descolgó el teléfono con un simple *hello*[3].

—Soy Carroll. —El llamante hablaba en perfecto inglés. Acto seguido, una pausa—. Espero no haberte despertado.

El hombre miró a su alrededor, desorientado y con una incipiente jaqueca. Aún era de noche. La poca luz procedente de las farolas exteriores se colaba por el cristal de la ventana, descubriendo parte del mueble de estanterías. Un fuerte enfado, seguido de una extraña sensación de agobio e impotencia, le sobrevinieron cuando siguió con la mirada el haz de claridad. «Desorden» no era la palabra adecuada para definir lo que vio. Las decenas de libros y discos compactos, los trofeos de tenis que había acumulado a lo largo de sus años de adolescencia y un par de jarrones modernos que, si bien no valían una fortuna, tenían un alto valor sentimental, se hallaban esparcidos por el suelo. Estaban amontonados, abollados y hechos pedazos. Si hubiera seguido analizando la habitación, habría encontrado también un impacto en el centro de su televisor último modelo que resquebrajaba las cuarenta y seis pulgadas prácticamente en su totalidad. En un movimiento instintivo se llevó la mano a la parte de atrás de la cintura, donde solía llevar encajada su pistola. Se sobresaltó al palpar el vacío en la funda del arma, y suspiró aliviado cuando la encontró posada sobre la mesita, a unos centímetros de la botella de *whisky*. Era una Hekler Koch Compact, un arma de casi 700 gramos con el cargador preparado para balas Parabellum de 9 milímetros. Ligera, fría y manejable. No recordaba haberla puesto ahí, y eso era extraño, pues se había acostumbrado a ser consciente de ella en todo momento.

Frunció el ceño.

—¿Agente? —insistió la voz.

—¿Qué cojones quieres a estas horas, Tom?

—Siento haberte despertado en tu día libre, pero ha ocurrido algo esta noche.

Su día libre. Se suponía que esas palabras significaban algo bueno. La gente solía aprovecharlas para hacer excursiones al campo con sus familias, ir a cenar al centro con sus parejas, jugar al fútbol con sus hijos o, si hacía buen tiempo, quizá disfrutar de una grasienta y calórica barbacoa con los vecinos. Él, sin embargo, tenía otra clase de planes. Dormiría hasta tarde, puede que hasta las 14 o las 15 horas. Después *desayunaría* un *whisky* con hielo mientras disfrutaba del partido de Andy Murray por televisión. El día terminaría con la visita de Ania que, como cada vez que él lo requería, compensaría su día libre de mierda con un tórrido y salvaje ejercicio de sexo sobre la moqueta del dormitorio, yendo ambos hasta arriba de champán.

Pero Carroll había llamado, algo había ocurrido esa noche. Algo serio, pensaba el detective sin dejar de observar la estantería, que sin duda iba a desbaratar su día libre.

—¿Me estás escuchando? —insistió la voz tras el auricular.

—Tom, ¿qué dices que ha sucedido?

—Creo que deberías verlo con tus propios ojos. —La voz de Thomas Carroll sonaba temblorosa al otro lado del teléfono—. Cowley Road, número 219. Dios mío...

—Está bien, no pierdas la calma. Me cambio en un segundo y salgo echando leches para allí. Solo dime qué debo esperarme, ponme un poco en anteced...

No pudo terminó frase. Durante la conversación, había estado notando escozor en la zona del antebrazo derecho. En realidad lo había estado notando desde que despertó. En un acto instintivo, se llevó la otra mano a la zona del picor para remangarse y rascarse. Fue entonces cuando palpó que algo pegajoso le cubría la piel. Se quedó atónito con lo que vio, y entendió que su malestar no se debía tan solo a la resaca: tres profundos arañazos le recorrían el brazo, desde el codo hasta la muñeca. Y a juzgar por el color amoratado al que estaba tornando la piel ensangrentada, estaban empezando a infectarse.

«Pero qué coño...»

—Se ha cometido un terrible asesinato esta noche —sentenció Carroll.

El detective tragó saliva.

Tras despedirse con la promesa de que se plantaría allí *as soon as possible*^[4], colgó el teléfono y se incorporó del sofá. Aturdido, observó la cerradura de la puerta principal: parecía estar intacta. Después caminó a través del pasillo de su casa ayudándose de las propias paredes. Alcanzó el cuarto de baño, y al examinar su aspecto frente al espejo empezó a sudar. Tuvo que sentarse sobre el retrete para controlar los mareos que estaban empezando a dominarle. Tenía el labio ligeramente agrietado (de ahí que sintiera la boca tan pastosa), y algunas manchas de sangre seca ensuciaban la barbilla, el cuello, y buena parte de la camisa.

Alguien, lo más probable un profesional, había entrado en la casa por la noche destrozando el mobiliario, drogándole y propinándole una buena paliza. Y lo peor de todo, lo que más le atormentaba, era que no se acordaba absolutamente de nada. Por un insignificante instante, el agente sintió pánico.

Capítulo 1

—¿Cree que algún día me dejarán salir de este lugar, Morgan?

—Eso espero, doctor. Si fuera yo, no soportaría la idea de morirme entre estas cuatro paredes. Tengo demasiadas cosas maravillosas en el mundo exterior.

—¿De veras? ¿Qué tiene en ese *mundo exterior* suyo que sea tan valioso?

—Pues mi mujer, a la que adoro, y mis dos hijos, Benjamin y África, que son mi razón para levantarme cada día.

—Entiendo.

—¿A qué viene esa cara, Salas? ¿Acaso no tiene usted nada en el exterior?

—No mucho, para ser sincero.

—¿No tiene usted hijos?

—Venga, vayamos a dar un paseo. Hace un día espléndido.

—¿Por qué no quiere responderme? Se está yendo por peteneras conmigo y no lo soporto, ya lo sabe. ¿Tiene hijos o no?

—Insisto, salgamos fuera y caminemos. Tengo el presentimiento de que este va a ser un gran día.

Lunes 6 de noviembre de 2006

El juez José Miguel Callejo se llevó las gafas a unos centímetros de la boca y dejó escapar una bocanada de aire caliente. Mientras limpiaba los cristales con minuciosidad, observó al hombre con gabardina que se hallaba sentado a su derecha, en diagonal. Su mirada se concentraba en los formularios que tenía sobre la mesa y, con un ceño permanentemente torcido, hacía intuir una personalidad tosca y con nulo sentido del humor. El doctor Grau se le había presentado hacía poco más de media hora con un escueto «hola, que hay», justo antes de tomar asiento en su lugar correspondiente de la sala, y no le había vuelto a dirigir la mirada. Callejo le echaba unos cincuenta años, aunque bien podía ser un joven de cuarenta amargado por su propio ego, o un anciano cuyo pelo moreno y abultado le quitaba quince años de encima. Bajo la gabardina se dejaba entrever un estiloso traje azul marino complementado por una corbata del mismo color.

Concentrado en este examen visual se encontraba el juez cuando fue cazado por el doctor, que le lanzó tal mirada que hizo que volviera la cabeza por instinto.

Después apoyó las gafas sobre la punta de la nariz y fingió leer los papeles que tenía delante. Pero los pensamientos que en realidad ocupaban su mente estaban todos relacionados con la misma fecha: el pasado 12 de octubre. Hasta aquel maldito día había disfrutado de algunos meses tranquilos en la comarca, sin más ocupaciones laborales que algún inocente juego de tráfico de drogas entre menores de edad, un par de casos de violencia de género, y algún intento de robo felizmente resuelto por la Guardia Civil. Todo cambió, sin embargo, cuando ese tal Charly, el manco que regentaba en Ámbar aquel garito de dudosa legalidad, fue cazado con la polla fuera del pantalón y las manos en las tetas de esa pobre chiquilla. El caso estuvo cerrado en menos de veinticuatro horas. La joven denunció el intento de violación y la sabandija del muñón fue obligada a abandonar el pueblo hasta que se celebrara el juicio que le llevaría directo a la cárcel. Un éxito de la justicia y otra medalla más para el juez Callejo. Pero el día 12 ocurrieron una serie de imprevistos. El hombre que había ayudado a impedir que la joven fuera violada fue encontrado muerto en la playa debido a, según lo que había llegado a los oídos del juez, un derrame cerebral. Y cuál fue su sorpresa cuando dos días después, tras el funeral, el suegro del fallecido fue denunciado, ¡por su propia hija!

Callejo dio un sorbo al café que acababa de sacar de la máquina y fijó la mirada en el infinito.

Al parecer, el suegro, un prestigioso médico jubilado, había falsificado el diagnóstico para ocultar la enfermedad de su yerno, Dios sabía con qué propósito. ¡Un caso tan surrealista como este no se daba todos los días!, pensó el juez entonces, y lo seguía pensando ahora. Todo hubiera resultado un divertido desafío si la acusación de la viuda no hubiera venido apoyada por un testimonio de la doctora que había sido víctima de la mentira del anciano y sus falsos diagnósticos. La chica se llamaba Sara Mora, y resultó ser la misma que había denunciado el intento de violación del desgraciado de Charly menos de una semana antes. Demasiadas coincidencias. De esas de las que a lo largo de muchos años al servicio de la ley había aprendido a desconfiar.

Y aún faltaba lo mejor. La guinda del pastel. El juez Callejo recordaba estar a punto de salir por la puerta de su casa, camino de su despacho, cuando recibió una llamada urgente del propio cuartel de la Guardia Civil: Charly había sido encontrado muerto a los pies del acantilado. Encontraron restos de sus sesos esparcidos entre las rocas.

La puerta del recinto se abrió, y una agradable señora de gesto sereno entró acompañada de un ujier, quien amablemente la invitó a tomar asiento en la silla que ocupaba, solitaria, el centro de la sala.

A José Miguel Callejo había algo que no le cuadraba. Charly se había suicidado y el extraño caso del doctor chiflado iba a resolverse esa misma tarde. No obstante, todo resultaba tan bien conectado, tan sencillo, que le inquietaba. Decidió que en cuanto terminara la citación que estaba a punto de empezar movería algunos hilos.

—Doña Violeta, por favor, póngase cómoda —se dirigió a la mujer con un potente tono de voz—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. No le robaremos mucho tiempo.

Sara Mora dedicó todo el viaje a mirar con nostalgia por la ventanilla, primero del tren, más tarde del avión, y ahora, del autobús. Sentía que llevaba el día entero viajando, y en realidad, entre trayectos, trasbordos y tediosas esperas, así había sido. Le costaba acostumbrarse a la enrevesada manera que tenían los ingleses de conducir por la izquierda, y en cada rotonda, cuando el vehículo giraba en el sentido de las agujas del reloj y no al revés, creía sufrir un micro infarto en el corazón. El paisaje había sido regular desde que saliera de Londres: praderas verdes, colinas verdes... verde, verde, y más verde. La joven doctora observaba embelesada la hermosura de la Gran Bretaña, y por primera vez en todo el trayecto se convenció de que podría ser un viaje sin retorno. Le agradó la idea, hecho que le sorprendió. Echó un vistazo a su reloj para comprobar que no faltaba mucho para llegar.

Tenía el ordenador portátil abierto y encendido sobre las rodillas. Una copia en formato «pdf» de la portada de El Diario Montañés, noticiero local de la provincia cántabra, ocupaba la pantalla. Sara había estado divagando durante gran parte del viaje en torno a la misma noticia:

SUCESIÓN DE TRAGEDIAS EN ÁMBAR

Bajo el titular aparecían publicadas cuatro fotografías en primer plano de Charly, Alfonso, el doctor Salas, y ella misma, en ese orden. «¿De dónde demonios habrá sacado esta gentuza una imagen mía?» La noticia era extensa, y resumía con bastante detalle (y algún que otro sensacionalismo inventado) lo acontecido durante la semana fatídica en la localidad norteña. Sara odió que se la hubiera señalado como «*pobre joven cuyo salvaje intento de violación sin duda tardará en superar*», aunque reconoció que por lo menos habían tenido la decencia de apuntar su «*brillante carrera en el mundo de la neurocirugía*». Además, según ella, la publicación era demasiado bondadosa con Salas y el tullido, a quienes se calificaba de «*ingenioso calculador*» y «*enfermo mental*», respectivamente.

Cerró el portátil con rabia y lanzó un soplo al aire.

Sentado a su izquierda, un hombre obeso y de piel rosácea dormía inclinado hacia ella. *Porky*, como decidió bautizarle Sara por motivos obvios, roncaba tan fuerte que en ocasiones parecía que se iba a ahogar. La joven deseaba llegar a la estación para perderle de vista, pero hasta entonces debía distraerse. Con cuidado de no despertar al enorme gorrino, se inclinó para guardar el ordenador y extraer un cuaderno y un bolígrafo del bolso que llevaba a sus pies. Se detuvo unos segundos mirando a la hoja en blanco, hizo «clic» con el bolígrafo y lanzó un suspiro nervioso. Acto seguido comenzó a escribir:

«*Diana,*

Escribo desde el autobús. Son las ocho y media de la tarde, y creo que debo de estar a punto de llegar. Estoy agotada, pero el largo viaje ha merecido la pena, ¡qué bonito es esto! Siempre se dice que el clima en Inglaterra se basa en la lluvia, el frío y la niebla (deberías ver mi maleta, parece la de un esquimal), pero hoy hace un día espléndido. Era muy, muy temprano cuando he salido de Ámbar, y el tren que me ha llevado a Madrid ha tardado más de cinco horas. He aprovechado para desayunar en la cafetería que tenían instalada en uno de los vagones, aunque el café era difícil de digerir y apenas tenían bollería; me he contentado con un Donut que estaba... ¡duro como una piedra! He ido casi todo el viaje dormida, y cuando he llegado a Madrid estaba lloviendo sin parar. Después casi me pierdo en el metro. Pensaba que llegaría tarde a coger el avión, pero finalmente ha salido con retraso, así que...»

Se detuvo, releyó su propio texto, y tachó las últimas frases, decidiendo que a Diana no le interesarían en absoluto los detalles de su aburrido día.

«¡Céntrate, Sara!», se regañó.

Era obvio que estaba nerviosa. La caligrafía era enérgica e imperfecta. Entre frase y frase tomaba aire, excitada, para después continuar.

«He estado mal, Diana. Durante este último mes me han ocurrido ciertas cosas de las que me voy recuperando poco a poco, ya lo sabes. No le he contado a nadie, salvo a ti, por supuesto, lo del intento de violación. —A la joven le tembló la mano—. Como te conté en la última carta, mi violador se tiró por el acantilado. Sin embargo mis pesadillas no cesan, más bien todo lo contrario. En ocasiones me despierto de madrugada, con el cuerpo empapado de sudor, convencida de que el manco de ojos extraños está debajo de la cama. Que ha sobrevivido y ha vuelto para terminar su trabajo conmigo. Sé que es una estupidez. No quiero terminar en un psiquiátrico, tengo fe en que este viaje me ayudará a reencontrar la paz. A veces tengo miedo de mí misma, de cometer alguna locura.

Y hablando de médicos, está el otro tema. El doctor Salas de las narices. El muy capullo me traicionó, nos traicionó a todos. Merece pagar por lo que hizo. Me obligó a fracasar en mi diagnóstico y a mentir a toda una familia, a una amiga. ¡Me siento tan responsable! Verónica solicitó mi ayuda el otro día, como testigo directo y víctima principal, para denunciar a su padre. Es muy duro todo lo que está pasando en esa familia, pero el viejo merece pagar. No soy una persona rencorosa, pero ayudé a Verónica y testifiqué contra él. Era lo que el corazón me pedía, hice lo correcto. Creo que va a ser juzgado.»

Una lágrima recorrió el pómulo de la joven y se vio obligada a detener la redacción. Tras concederse medio minuto, se sonó los mocos y se calmó.

«Por fin ha llegado el día. Dentro de unos minutos pisaré el suelo de esta ciudad y empezaré una nueva vida. Haré lo que debí haber hecho hace muchos años.

Gracias por todo, Diana. Pronto tendrás noticias mías. Te lo prometo.»

Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su sitio y, emocionada, volvió a dirigir la mirada al paisaje verde, ahora oscuro por la nocturnidad. Verde esperanza.

Porky fue despertado por uno de sus más potentes ronquidos, desorientado y satisfecho, en el justo momento en que el autobús entraba en los andenes de la Gloucester Green Coach Station, estación de autobuses de la ciudad de Oxford.

—El tractor no debía de ir a excesiva velocidad. Y más teniendo en cuenta que circulaba a la altura del número 5 de la calle Granito, un camino por aquella época sin asfaltar y en el límite de una zona residencial bastante tranquila. El vehículo era tan ancho que ocupaba parte del sentido contrario, obligando a los demás automóviles, motos y bicicletas a apartarse de su camino hasta que a trompicones conseguía pasar. El conductor del mastodonte daba por sentado que el resto de ocupantes del camino iba a tener cuidado con él.

El juez Callejo echó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó un paquete de tabaco, pero recordó que ya no estaba permitido fumar en recintos públicos, así que lo lanzó sobre la mesa. No dejaba de prestar atención a las palabras cansadas de la mujer. Tampoco pasó por alto que el doctor Grau lo estaba apuntando todo en sus folios perfectamente alineados.

—Pero aquella tarde, mi niña de seis años, que jugaba a tirar la pelota contra una pared y saltar sobre ella cuando volvía, tenía otras cosas en la cabeza. Es posible que la pelota se le escapara en el momento del rebote y saliera disparada. O quizá el conductor estaba encendiendo una cerilla en ese preciso instante. O puede que aquella tarde de octubre, entre un viento típicamente otoñal, solo fuera una chiquilla distraída más. En cualquier caso, Amelia no vio acercarse al tractor cuando corrió a recoger su pelota. Oyera o no la bocina, está claro que no le dio tiempo a reaccionar.

Doña Violeta miraba fijamente a los ojos de Callejo mientras narraba la muerte de su hija, lo cual pareció casi heroico al juez, dadas las circunstancias.

»Según contaron los testigos, el hombre giró el volante, pisó el freno con fuerza, y detuvo el vehículo generando una violenta nube de polvo en el camino. Pero fue inútil. Un fuerte impacto se escuchó y se sintió en la parte frontal del chasis. A Rafael y a mí nos sorprendieron los gritos de los vecinos, así que nos precipitamos fuera de la casa, donde encontramos a Amelia tendida en el suelo sobre un charco de sangre. Estaba inconsciente, pero aún tenía pulso. Rafael la metió en el coche y la trasladamos al sanatorio de la Virgen del Carmen de Torrelavega, a más de treinta minutos desde Ámbar hacia el interior. Allí fue donde finalmente murió.

—Vaya, lamento la tragedia.

Violeta asintió como respuesta al sincero pésame del juez, pero su mirada le fulminaba dándole a entender que la idea de la citación no era del todo de su agrado.

—El luto duró demasiado tiempo. Familiares y amigos de todos los rincones de España vinieron a visitarnos durante los meses siguientes para ayudarnos con la casa y el cuidado de las niñas, que por aquel entonces eran aún dos bebés. Mi marido, que ya gozaba de un buen puesto de médico en la clínica, no pudo contener la pesadumbre que le torturaba por dentro. En casa, si alguien se acercaba a echarle una mano con el fregado de los platos, por ejemplo, se sentaba en la primera silla que encontraba y empezaba a sollozar como un chiquillo. Le creció una barba horrible, adelgazó más de diez kilos, y las bolsas de los ojos se le hincharon de tanto llorar.

»Lo peor de todo era cuando la hermana pequeña de Amelia, Verónica, se le acercaba suplicándole atención. Rafael apenas podía mirar a los ojos de su propia hija, pues cuando lo hacía, era como si viese en sus pupilas el vacío dejado por lo más amado y que había perdido por un estúpido descuido.

—Entiendo —asintió el juez.

—Lorena, la menor de las tres y que todavía vivía entre potitos y gorgoteos, tampoco ayudaba. Era como si para Rafael ni siquiera existiera. Podría decirse que el cuidado y atención de

Verónica y Lorena durante sus primeros años de vida fue un trabajo exclusivamente mío. Él estaba demasiado ocupado combatiendo contra sus propios fantasmas. Transcurrieron los años y la cosa no mejoraba. Su comportamiento diario dependía de su estado de ánimo: si le apetecía quedarse toda la mañana en la cama, lo hacía; si no le apetecía ir a la clínica, no iba y punto. La profunda depresión en la que había caído estuvo a punto de costarle su puesto de trabajo. En una cosa sí era constante: fuera la hora que fuera, hiciera lo que hiciera, siempre encontrabas a Rafael observando por la ventana hacia el 5 de la calle Granito.

Violeta hizo una pausa mirando al vacío.

—Vale. Continúe, por favor. ¿Qué ocurrió luego?

—Mi exmarido dio un giro de ciento ochenta grados a su problema —apuntó la anciana—: se refugió en su profesión.

Callejo arqueó las cejas y se inclinó hacia adelante, demostrando máxima atención.

—Pasó la mayor parte del matrimonio encerrado en sí mismo. Era un hombre serio y apuesto, en mi opinión con cierto parecido a Robert De Niro, pero estaba demasiado anclado en la tragedia de Amelia y perdió la conexión con el mundo. Solo era capaz de centrarse en su trabajo en el hospital, de manera casi obsesiva, hecho que le sirvió para llegar a ser considerado el mejor. Creo que pensaba que cuanto mejor hiciera su trabajo, menos niñas como Amelia fallecerían en un hospital. Durante esos años especialmente infelices, alternaba los quirófanos con las barras de los bares, y llegó a convertirse en algo parecido al último hielo de uno de sus vasos de Bourbon: el más frío de todos, que se mantiene vivo cuando los demás ya se han derretido y acaba dañándote los dientes si finalmente lo masticas. Los pocos ratos que pasaba en casa los invertía en fumar y beber. Muchas noches me despertaba y Rafael no estaba en su lado de la cama. Entonces me acercaba de puntillas a la cocina, donde le encontraba sentado a la mesa con las luces apagadas. Intenté por todos los medios ayudarlo, pero no podía acceder a él. No podía, y ya está. Podía rogarle y suplicarle. Incluso vestirme con el más sensual picardías y sugerirle una buena noche de sexo, y... ¿sabe lo que ocurre cuando tienes la sensación de que no está sucediendo absolutamente nada? Pues eso era exactamente lo que pasaba. La cocina era su templo y la noche su guardián. Con un vaso de *whisky*, un paquete de cigarrillos, un mechero y un cenicero, pasaba las horas solo en la oscuridad.

—¿Fue esa la causa de su divorcio? —inquirió el juez.

—Creo que llegó a odiarme, sinceramente —comentó la mujer con un ligero movimiento de hombros—. Inconscientemente me culpaba por no haber prestado más atención a Amelia aquel día, esas cosas se notan.

Callejo pensó que en ese momento era fácil encogerse de hombros para Violeta, pero por aquel entonces debió de suponer una pesadilla para todos los miembros de la familia.

—Nos divorciamos finalmente en 1979. No fue una decisión fácil, y no solo para mí, sino también para las niñas. Verónica, en concreto, era adolescente y no lo llegó a entender. Era una niña muy particular, ¿sabe? Por alguna razón que siempre le agradeceré, mostraba un cariño especial por su padre, a pesar de los incesantes desprecios que recibía de él.

—Si no me equivoco, usted se casó poco después con el que era alcalde de Ámbar en esos años. —El juez carraspeó, consciente de que estaba tocando un tema delicado—. ¿Cómo afectó eso al doctor Salas y la relación con su hija?

—Preferiría no hablar sobre mi segundo matrimonio, si no le importa —rechistó la mujer,

molesta.

—Lo entiendo.

—Sin embargo sí contestaré a su pregunta: se hicieron extrañamente inseparables. Quiero decir, ya no vivían en la misma casa, pero puede que esa fuera la razón por la que se llevaran tan bien. Verónica ya era adulta y Lorena se había marchado a estudiar a Londres. Creo que Verónica se sentía sola, y necesitaba recuperar la figura paterna de alguna manera. Aquel milagro fue maravilloso. Rafael volvió a sonreír y dejó de beber. Conmigo seguía siendo la persona cascarrabias y desagradable de la que me separé, pero no me importaba. De alguna manera, todo parecía estar bien. Y más aún cuando, unos años después, Verónica tuvo un retoño con su recién estrenado marido, Alfonso. —La anciana dibujó en el aire el gesto de la cruz con su mano diestra, en señal de respeto por su recién fallecido yerno, y después continuó como si nada—. Al abandonar el hospital tras el parto, Alfonso y Verónica fueron directamente a la casa de Rafael, donde le entregaron al pequeño Óliver. Rafael lo estrechó entre sus brazos y acunó con ternura al bebé que acababa de entrar en su hogar, supongo que recordando a nuestra desaparecida Amelia. Cuando sus ojos se encontraron, el rostro arrugado de Rafael se iluminó, como si sintiera el resplandor que una vez irradió su propia hija. Agarró con fuerza al niño y no le volvió a soltar jamás.

—Tengo entendido que le tiene como a su niño mimado —apuntó Callejo.

—Le quiere con locura. —La mujer sonrió con aire orgulloso—. Con locura —repitió—. Esa es exactamente la palabra.

El juez pasó de hoja y, considerando que se estaban alargando demasiado en el tiempo, decidió ir al grano cuestionando a la mujer por su *opinión al respecto*.

—¿Al respecto de qué?

—La semana pasada su yerno falleció, dejando un segundo bebé en camino. Hasta ese día, tanto la familia como la doctora que llevaba el caso vivieron engañados por su exmarido, haciendo creer a todos que la que se moría era su hija.

Hizo una pausa.

—Bien, me gustaría saber su opinión —añadió con firmeza.

—Con todo mi respeto, señoría, estoy aquí para hablar de Rafael, no para opinar.

—Pero usted no participó en la denuncia que puso su hija contra él.

—Exacto, no lo hice —replicó la mujer con cierta chulería.

El juez se tomó unos segundos para pensar su siguiente pregunta.

—Al menos respóndame a esto: ¿cuál cree que fue la razón por la cual intercambió de forma ilegal los diagnósticos?

Violeta no llegó a responder, no obstante, pues una nueva voz irrumpió por primera vez en la conversación. El doctor Grau había levantado la vista de sus papeles para interrumpir el interrogatorio con una voz rasgada y hueca, como si estuviera hablando hacia una silla vacía:

—¿Le sorprendió a usted la fechoría de su exmarido?

La mujer, sorprendida, balbuceó.

—Quiero decir —matizó el médico con un tono rugoso de voz—, ¿le parece que Rafael Salas

sea una persona que actúe de una manera impulsiva, sin atender a las posibles consecuencias, y poniendo en riesgo tanto su reputación como su vida familiar? Al fin y al cabo, usted es la persona que más tiempo ha vivido con él, y por tanto, la que mejor lo conoce.

—Sss... no. Bueno, ¡no sabría decirles!

El galeno había logrado acorralar a la mujer, que se mostraba ahora nerviosa e insegura.

—Entienda, Doña Violeta, que necesitamos estar seguros antes de tomar una decisión. Cualquier mínimo detalle será de utilidad —insistió él, implacable.

El doctor Grau golpeaba la mesa con la punta del bolígrafo mientras hablaba, acción que irritaba sobremanera al juez. Violeta, por su parte, había pasado a respirar a mayor velocidad.

—Rafael es una persona difícil e imprevisible, de eso no hay duda. Es imposible saber lo que pasa por su cabeza —dijo.

—¿Cree que volvería a hacer lo que hizo? —fue la siguiente pregunta del doctor.

La mujer no iba a dudar en esta ocasión.

—Rotundamente, sí.

Grau buscó a Callejo con la mirada por primera vez en toda la tarde, y ambos supieron enseguida lo que iba a pasar a continuación.

—Por mi parte, creo que podemos dar por finalizada la citación —dijo el primero, y se puso en pie—. La decisión está clara.

José Miguel Callejo asintió con la cabeza y añadió un *alea jacta est*^[5] en un lacónico susurro que se perdió entre el sonido de las sillas que se alejaban de la mesa.

Martes 7 de noviembre de 2006

La mañana del 7 de noviembre había comenzado con fuertes ráfagas de viento, y Violeta tuvo que agarrar el volante con firmeza para mantener el automóvil en el interior del carril. A los veinte minutos de trayecto, internó el viejo Volvo en un estrecho camino de barro que ascendía por la colina. Cuando se topó con la puerta de hierro, detuvo el coche y apagó el motor. Descendió y caminó hasta la verja. El doctor Salas había hecho lo propio y ya se encontraba allí, observando con atención los innumerables candados y cerraduras.

—Aquí es —dijo ella—. Ya hemos llegado.

Frente a ellos se alzaba una única construcción, de paredes de piedra, y grande. Tan grande como un castillo o un palacio. Vista desde cerca, la tapia era altísima. Y la verja, vieja y oxidada, estaba desprovista de timbres y campanas.

—¿No dices nada? —insistió Violeta.

—Púdrete —se limitó a contestar él, lacerante.

El anciano curioseaba entre los barrotes. Ella, luchando por tragarse las lágrimas, dio media vuelta y observó el paisaje. Estaban orientados hacia el sur, lo que significaba que Ámbar, así como el mar, se encontraban al otro lado de la colina. Desde esa altura, la sierra cántabra se plantaba formando un muro que separaba la costa de la meseta, y se extendía de oriente a occidente como un telón de piedra inexpugnable. La mujer se sintió como en el fin del mundo.

En el interior del recinto, más allá de las verjas, un individuo se acercó desde el final de un camino que terminaba en la entrada de un enorme edificio. Cuando llegó a la verja, insertó una llave de hierro tan grande como una de las cerraduras y, a pesar de que el anciano se aferraba a los barrotes como un niño que no quiere ir a la escuela, la puerta se abrió. Un estridente chirrido erizó la piel de Violeta. Se acercó a su exmarido y lo besó en la mejilla, acompañando el gesto con un «estarás bien». Él apartó el rostro con inapropiada brusquedad y permitió que el hombre de las llaves atrapara su brazo y lo arrastrara hacia el interior. Solo volvió la cabeza para echar un último vistazo al interior del Volvo. En el asiento trasero, un chaval de diez años lo observaba todo con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Cruzaron sus miradas durante un instante. No hizo falta ningún gesto de despedida. La verja volvió a cerrarse y los dos hombres desaparecieron tras la puerta del edificio principal. Entonces, Violeta volvió a arrancar el motor del coche y lo dejó deslizar, sin prisa, pendiente abajo.

Capítulo 2

—Ahora que estamos al aire libre, disfrutando de este día tan estupendo, hablemos de cosas serias.

—Proponga un tema, pues.

—Por ejemplo: la familia que tiene ahí fuera, Morgan, ¿es de las de musical?

—¿A qué se refiere, doctor?

—Ya sabe, una de las que te hacen bailar sin querer, hasta en pijama. De las de subirte encima de la mesa y cantar *You can't leave your hat on* mientras te desatas el cinturón. De que el perro dé la patita y abrir una botella de vino para celebrarlo, porque, ¡qué coño, solo se vive una vez! Convertir el champú en un micrófono y el plato de ducha en tu estudio de grabación. Ver esa película jodidamente triste mientras sonríes, porque hasta ese momento siempre la dejabas a medias pensando que *demasiado deprimente es mi vida como para ver dramas*. Ese tipo de familias. Familias de musical. Como la que yo desperdicié.

—¡Vaya! Está usted como una cabra, ¿sabe?

—Si tenemos en cuenta dónde estamos, puede que eso sea una ventaja.

Martes 5 de marzo de 2002

—¡Fíjate *Mate*^[6], el parque! —exclamó, dirigiéndose a Ms.Tallent con un inglés muy castellano. «Mate» consistía una de las pocas palabras coloquiales en el idioma anglosajón que había logrado interiorizar en todos esos meses—. ¡Qué extraño! Con el buen día que hace, tan soleado, debería de estar abarrotado de gente tomando el sol o jugando a fútbol.

—No es tan extraño. Es día de labor y aún es temprano. Dentro de unas horas esto tendrá un aspecto muy diferente —pronosticó la nativa con aire ausente.

—¡Aprovechémoslo! Todavía me queda un rato hasta que salga el autobús, y no querría regresar a casa habiendo desperdiciado un último juego. Venga, ¡saca el frisbee y juguemos un poco!

Sin aguardar respuesta, *Brunet*, que así era como Ms.Tallent llamaba cariñosamente a su pareja, se internó en el césped. La británica se encogió de hombros y fue tras sus pasos. Era agradable estar al aire libre en un día como ese, puede que una señal del preludio de la primavera.

Brunet había dejado la maleta donde podía vigilarla y ya tenía el frisbee en las manos. Durante los siguientes minutos, el parque universitario de Oxford fue testigo del bonito baile de dos amantes que se negaban a decirse adiós, jugando a un deporte cuya diversión habían descubierto a lo largo de los últimos meses. El sueño de Tallent culminaría pronto, y todas las mágicas veladas vividas desde que Brunet llegara a la ciudad, a mediados de septiembre, iban a pasar a ser agrídulces recuerdos. La aventura había llegado a su fin; apenas quedaba una hora y media para que tomara un autobús con dirección a Gatwick, Londres, donde le esperaba un enorme avión con destino a España.

—Volvamos al camino, anda. Ya ha pasado media hora y no quiero que pierdas el autobús por mi culpa.

Tras sus palabras de mal agorera, Tallent vio cómo el disco de plástico caía en las manos de su Brunet, quien, acto seguido, lo proyectó con rabia contra la hierba seca. La tristeza en sus ojos, percibió, se había tornado extrema. Hasta aquel momento había mantenido la compostura, como si se hubiera prometido no llorar ni convertir la despedida en un drama. Pero, ¿acaso el significado de «drama» no iba implícito en las despedidas? Pudo sentir cómo esos oscuros ojos españoles que tanto la habían seducido en su día, se humedecían. Tallent sabía de la fortaleza de su amante, mucho mayor que la suya. Lo que ocurría era que habían temido ese funesto día desde que se conocieron, y no podía ser de otro modo, pues su romance había sido realmente hermoso.

—No, *Mate* —replicó Brunet, y lo repitió con más firmeza—: ¡No! Juguemos un poco más, por favor.

Recuperó el disco del césped y lo lanzó de nuevo con fuerza, como si con ello pudiera detener el tiempo.

—¡Venga, ahora lánzame! —gritó con los ojos húmedos, y echó a correr.

La británica obedeció y corrió detrás. Jugaron como si hubieran pactado saborear cada segundo. Y así se adentraron en una zona arbolada. Llegado un punto en el que a la nativa le costaba mantener una respiración constante, suplicó una tregua. Su *contrincante*, no obstante, no se la concedió. Rieron a carcajadas ante sus chiflados últimos minutos en Oxford, habían empezado a sudar. Entonces, atrapada en un éxtasis de amor desesperado que iba y volvía con cada lanzamiento de frisbee, Ms.Tallent pisó sobre terreno inestable y perdió el equilibrio. Cayó

al suelo entre gemidos. Un dolor punzante invadió su tobillo derecho, y se multiplicó cuando, al intentar reincorporarse, apoyó la planta del pie sobre la superficie. Al analizar el terreno, descubrió que había tropezado con una vieja raíz que asomaba escondida entre dos montículos.

El tobillo cedió y volvió a caer. Dolió aún más.

Los siguientes minutos fueron extraños, y desde ese día constituirían una bruma imperfecta entre los recuerdos de Tallent.

Brunet telefoneó a una ambulancia. A pesar de su paupérrimo nivel de inglés, consiguió que los sanitarios acudieran al parque en unos pocos minutos que a la doliente se le hicieron eternos.

Todo sucedió despacio. Mientras tres hombres la levantaban de los brazos y las piernas para acomodarla sobre una camilla, Tallent trató de alargar el brazo para abrazar a su amor, mas no consiguió moverse. El suplicio era insoportable. Lo había entendido de inmediato, y mirando sus pupilas supo que Brunet también era consciente. No había solución: el autobús partiría en menos de una hora y no le iba a dar tiempo a acompañarla al hospital. Irremediablemente eran sus últimos segundos juntos. Dolor, dolor...

Entonces fue transportada hacia el interior de una ambulancia y las lágrimas brotaron sin control. Las compuertas del vehículo se cerraron a sus pies y todo fue invadido por la penumbra. Sabía que, tal y como era la vida, no volverían a verse. El motor arrancó y Ms.Tallent sintió un punzante daño en el pecho, de sobra más intenso que el padecido en el tobillo.

Martes 7 de noviembre de 2006

El doctor Rodolfo Grau echó un vistazo rápido a los papeles que el auxiliar de enfermería acababa de depositar sobre su mesa. Todo parecía estar en regla, el formulario oficial de Don Rafael Salas era correcto. Decidió que más tarde leería los informes con atención, así que los guardó en el cajón superior de la mesa y gritó al aire: «¡adelante!»

Observó al doctor Salas cuando este entró en su despacho. No aparentaba tener más de sesenta y cinco años, y se sorprendió al comprobar que su talante distaba mucho del de cualquier tarado, imagen que a Grau se le había formado en la cabeza tras el testimonio de su exmujer, Violeta. Si bien es cierto que su pelo era blanco y despeinado, dos profundos ojos negros resaltaban en la cara inquisitivos, como constatando quién mandaba. Tenía más aspecto de actor de cine que de médico: tronco fuerte y robusto, manos gruesas, un Rolex de oro en su muñeca izquierda, y andares rectos que denotaban complejo de superioridad. Grau reprimió una sonrisa al recordar la comparación que Violeta había hecho entre su excónyuge y Robert De Niro: había dado en el clavo, tan solo le faltaba el característico lunar que el actor lucía en su mejilla derecha. Lo que más le sorprendió, no obstante, fue el elegante vestuario con el que había decidido presentarse en su despacho: traje gris de corte italiano, corbata azul intenso combinada con gusto, y brillantes zapatos negros. «Demasiado peripuesto para este centro —pensó Grau—. ¿Dónde se cree que viene?»

—Por favor, Salas, pase y siéntese —le invitó cordial.

El exmédico, mostrando un gesto agrio que no parecía pretender disimular, se acercó a la mesa con determinación, se alisó los faldones de la chaqueta con las manos, y se sentó frente al director del centro con el busto erguido. Había pensado Grau que quizá notaría algún signo de tristeza o

ansiedad en su rostro, pero no fue así. Su mirada era indiferente y distante.

—¿Eres Rodolfo Grau? —se adelantó a preguntar el recién llegado.

—Doctor Grau —le corrigió el otro con voz áspera—. Así es.

El director se quedó observando la expresión del anciano, como esperando algún intento de reacción por su parte. No la obtuvo.

—Dígame, Rafael, ¿sabe por qué está aquí?

—Doctor Salas —apuntó el aludido con maldad.

Grau rio entre dientes, pues no esperaba verse obligado a mantener un duelo de poder con su nuevo inquilino.

—Usted ya no es médico —replicó con incuestionable certeza—. En cualquier caso, Salas, ¿sabe qué hace en este centro?

—Trabajos sociales.

—Pero, ¿por qué motivo?

—Creo que lo sabes perfectamente.

—Quiero escucharlo de sus propias palabras —insistió Grau, cansado de lo escueto de las respuestas.

—Está bien, *Rodolfo*, cooperaré contigo —dijo Salas, remarcando el nombre propio. El nombrado apretó los dientes, pero se armó de paciencia y esperó—. Estoy aquí porque mi hija me denunció —confesó Rafael con talante gélido.

—¿Por qué? ¿Qué hizo? —inquirió Grau, aunque conocía bien la respuesta.

—La mentí.

—¿Sobre qué?

El antiguo médico resopló y agitó los brazos en son de reproche.

—¿Es esto necesario? —protestó—. Dime cuál será mi trabajo aquí, y, sobre todo, ¡por Dios!, asígname una habitación digna. Deseo ducharme.

—Enseguida —prometió el director con la sonrisa cansada de alguien respetable que se ve obligado a tratar con idiotas—. Pero antes, sigamos hablando. ¿Por qué tomó la decisión de mentir sobre la enfermedad de su yerno? La probabilidad de éxito era inmensamente remota.

—Y aun así funcionó.

—Bueno, usted está aquí, yo no diría que funcionara —dijo Grau, y después dejó escapar una risa burlona.

—¿Qué importa eso? Funcionó, y punto. —El doctor Salas dejó caer su espalda sobre el respaldo de la silla y sonrió orgulloso.

—Es usted un genio —reconoció el director de repente.

—¿Cómo dices? —El alabado volvió a reclinarsse hacia delante, siempre con exagerada vitalidad—. No, no, el mérito no fue mío.

El entrevistador tecleó en su ordenador, como improvisando, unas palabras sobre un bloc de notas: «arrogancia», «sarcasmo», «humildad». Hizo una pausa al darse cuenta de la incongruencia

de su análisis, y regresó a la conversación.

—¿De quién iba a ser el mérito de su maléfica idea, sino? —quiso saber, haciendo que sonara como una pregunta trampa.

—No quiero responder a esa pregunta.

—¿Dónde nació usted? —cambió de pronto de tema el de más autoridad.

—Marsella, Francia. Aunque por accidente. Mis padres eran de Ámbar, al igual que lo sería yo si mi querida madre, que en paz descansa, no se hubiera puesto de parto en mitad de un viaje de placer. He pasado en Ámbar toda mi vida.

—Hábleme de su exmujer, Violeta.

—Que te jodan.

Grau alzó las cejas asombrado y continuó como si nada.

—Hábleme pues de Sara Mora, su antigua aprendiz.

—¡Que te jodan de nuevo! —repitió, esta vez señalando a Grau con el dedo.

El director juntó sus manos entrelazando los dedos y se apoyó sobre la mesa.

—Le ruego que se calme, Salas —dijo pausadamente—. Yo soy su compañero aquí dentro, no su enemigo.

El anciano miró en silencio hacia un costado.

—Cambiemos de tema. —El mandamás decidió probar suerte por otro lado—: tengo entendido que fue usted un mago de la cirugía neuronal. Una eminencia.

—En efecto, Rodolfo, tú lo has dicho. Era el mejor —respondió, esta vez sacando pecho.

—Doctor Salas, no puedo evitar fijarme en que se empeña en tutearme —apuntó Grau, cambiando el tono de voz con la intención de recuperar las riendas de la conversación.

—Así es.

—¿Puedo saber por qué? Soy el director de este centro, y como tal, aquí absolutamente todo el mundo me trata de usted.

—Puede que seas quien manda en este sitio, pero a niveles de conocimiento médico, Rodolfo, no me llegas ni a la suela de los zapatos —dijo con recochineo—. Yo soy la eminencia, tú mismo lo has dicho —añadió, y le lanzó un guiño juguetón. Después rio hasta el extremo, echando la cabeza hacia atrás, y el director se vio obligado a imitarle, con algo más de prudencia, pues lo cierto es que lo había dejado sin habla. Aquel viejo no tenía nada de tonto.

Una vez ambos recuperaron la compostura, Rodolfo Grau se incorporó y se dirigió a la puerta del despacho.

—Hay algo, Salas, que quisiera dejarle muy claro. Esto es un centro psiquiátrico, o, como nos gusta llamarlo ahora, un sanatorio mental. Apenas cruce esta puerta de nuevo entrará usted en un mundo ingrato y desagradable —advirtió.

—Ya lo sé. Tengo que cumplir mi condena y pagar por mis pecados, sean cuales sean —protestó, más que afirmó, el anciano—. Haré lo que se me mande con los enfermos y aguardaré con paciencia hasta el día de mi liberación. Si hubiera podido escoger —añadió irónico—, habría reservado habitación en el hotel Ritz de Madrid, y no aquí.

Ignorando su sarcasmo, Grau abrió la puerta y apoyó el brazo derecho sobre el hombro de Rafael, instándole a caminar.

—Tenga cuidado con los muchachos. Aquí las normas son muy estrictas, ya lo verá, porque ciertos enfermos son peligrosos. Si alguno de ellos es agorafóbico y no puede salir al exterior del recinto, por ejemplo, no toleramos que nadie, por ridiculizarle, le empuje a rastras hacia la calle. En esos casos imponemos unos castigos muy severos.

—Haces muy bien, Rodolfo. Parece que empezamos a entendernos.

—Hay reclusos —insistió el director del sanatorio mental— que sufren distintos grados de esquizofrenias. Por ejemplo, los hay que creen ser personas que no son, e incluso tenemos alguno que solamente interactúa con seres creados en su propio cerebro.

—Lo tendré en cuenta, director —asintió Salas.

—¿Cuento, pues, con su aprobación?

—Así es.

Grau acompañó a la nueva incorporación a su habitación a través de los tristes pasillos del centro. Allí, se despidió de él:

—Dentro encontrará ropa de aseo, un pijama, sábanas y almohada. Le veré mañana, cuando le presente a los chicos —dijo, y le invitó a entrar con un movimiento de brazo. Después, cerró la puerta de un portazo seco y se alejó por el corredor.

Rafael Salas se quedó mirando durante un buen rato la puerta que acababa de cerrarse. Se encontraba solo en la que sería su habitación durante las siguientes semanas.

Desanudó la corbata y la posó sobre el colchón de la cama, aún sin hacer. Entendió que tenía muchas razones para desazonarse. Él estaba allí para atender a los enfermos. No en sus tratamientos, pues esa no era su especialidad, pero sí en primeros auxilios, sanar heridas, poner escayolas o, en el caso más indeseado, puede que limpiar los excrementos y orines de los más discapacitados. Lo que más le angustiaba era el escenario siniestro en el que debía sobrevivir de ahora en adelante. Toda la vida había sido entrenado para abrir cerebros humanos y arreglarlos, pero era incapaz de tratar con personas mentalmente inválidas. No era un hombre valiente en presencia de locos, y mucho menos buen sanitario. Con todo ello, a partir de ahora tendría que convivir entre una multitud de individuos cuyos tumores no estaban en la superficie cerebral, sino en sus mismísimas profundidades: seres cojos de alma e instinto, en cuya palabra no se podía confiar, pues ellos mismos vivían en un mundo irreal. De todos sus casos, este iba a ser el más terrible, pues habría que adentrarse (e intentar comprender) en una especie de mundo paralelo que resumía el subsuelo de la humanidad, el estiércol de la sociedad y el fracaso de la evolución. Y aun así, se dijo a sí mismo, tenía que sentirse agradecido por ser un anciano, factor que impidió que ingresara en prisión.

Después de algunos incalculables minutos de divagación, el doctor Salas oyó cómo alguien golpeaba la puerta con los nudillos de manera insistente. Le sorprendió, pues no esperaba visita en su primer día. «Será de nuevo el doctor Grau, que quiere presentarme a alguien», intentó adivinar.

Tras la puerta, el exmédico encontró a un hombre negro de menuda estatura y mirada vivaz.

Llevaba el pelo a lo afro, aunque no muy largo, y una impoluta bata blanca delataba su ocupación en el centro: era uno de los doctores. El hombrecito de color le estrechó la mano con una radiante sonrisa que le ocupaba media cara.

—¿Es usted el nuevo? —quiso saber con pegadizo buen humor.

—El mismo. Y usted es... —respondió Rafael, y se inclinó hacia el pecho del recién llegado para leer la etiqueta que llevaba en la bata—. Saúl, curioso nombre.

—Saúl Morgan —confirmó la visita—. Un auténtico placer. Es el doctor Salas, ¿no es así?

El nombrado hizo un chasquido con la boca y apoyó la mano sobre el brazo de Saúl.

—Sí, pero usted puede llamarme Yayo.

Solo había transcurrido una noche desde que pisara Oxford, y Sara Mora ya se arrepentía de su decisión de alojarse con una familia de acogida.

La primera impresión había sido buena. No tardó en encontrar el camino que la llevó desde la estación de autobuses hasta la casa que le habían asignado los de la agencia. Tras un agradable paseo por la larguísima Banbury Road (avenida que atravesaba la ciudad de norte a sur), había llegado al 48 de Victoria Road, hogar de los Connor. La calle no era larga, y sí puramente residencial: ni comercios, ni cajeros, ni oficinas; solo bonitos dúplex adosados con tejados acabados en pico, que a Sara se le antojaron muy *british style*. El entusiasmo de la joven fue en crecimiento hasta que llamó al timbre y fue recibida por su nueva familia. La experiencia más kafkiana empezaría al atravesar el umbral de esa puerta.

Un chaval de doce años que se presentó como Nick fue el encargado de darle la bienvenida y enseñarle la casa, pues sus padres (o, como Sara sabría más tarde, su madre y su padrastro), habían salido. La joven, cuyo nivel de inglés había ido oxidándose con el tiempo a causa del desuso, apenas entendía una palabra de lo que el niño le iba explicando. Más que pronunciar las palabras, ¡las escupía!

El dormitorio que le habían asignado en el piso de arriba no estaba del todo mal; era amplio y razonablemente limpio. Pero el cuarto de baño... «¡Ay, mi madre!», exclamó Sara cuando entró esa noche para darse una ducha. Tampoco es que esperara un aseo de veinte metros cuadrados, pero desde luego que fue una sorpresa descubrir que tres arañas de patas finas y alargadas, de esas que parecen surgir de la nada, colgaban del techo por encima de la ducha. A Sara casi le dio un síncope cuando tuvo que enjabonarse bajo tal repulsiva compañía.

Tras el problema de las arañas, conocer al resto de la familia fue menos traumático. La madre de Nick (y dueña de la casa) era una extraña cuarentona llamada Claire. Llevaba el pelo alborotado, solía expresarse a gritos con el resto de la familia y cada vez que le crispaban los nervios se le hinchaba la vena del cuello. Su lado más humano, por otro lado, salía a la superficie cuando hablaba, gruñía o jugaba con *Rolly*. El pequeño chuchito de los Connor tenía como principal entretenimiento lamer los cubiertos y los platos sucios del lavavajillas.

Si la compañía de las arañas y el perro-estropajo supusieron inesperados obstáculos en su objetivo por mantenerse limpia y sana, el verdadero surrealismo llegaría entrada la noche. La joven se disponía a subir las escaleras hacia su nuevo dormitorio, cuando oyó unos extraños sonidos agudos y huecos, como si provinieran de una caverna, al otro lado de la puerta del salón.

Nick, que pasaba por allí, trató de explicarle entre cautos susurros que al otro lado de la puerta se encontraba Kurt en medio de una de sus oraciones. Por lo visto, el nuevo marido de su madre seguía las pautas del budismo a rajatabla. Iba a reuniones semanalmente y aseguraba ser menos violento si recitaba sus particulares cantos todos los días. «Es un buen hombre, ahora que tiene a Buda», explicó el chaval ante la atónita mirada de Sara.

—¿A qué se dedica? —intentó vocalizar ella en el mejor inglés que pudo.

—*Forensic*[\[7\]](#) —fue la escueta respuesta de Nick, y, sin más, se dio la vuelta y se fue.

Era la primera vez que Sara escuchaba esa palabra, pero no fue necesario buscar en el diccionario para conocer su evidente significado. Aquel hombre ya le ponía la piel de gallina, y eso que todavía no le había visto en persona.

Pensaba Sara en cómo solucionar el grave problema de las arañas mientras salía a la calle la mañana del martes con la intención de dar un paseo por el centro. Vaqueros, botas de cuero y una fina chaqueta marrón del mismo material eran suficientes para aquel día soleado. A pesar del buen clima, se sentía apesadumbrada. Ahora que estaba allí, no sabía por dónde empezar. O, más bien, puede que no se atreviera a hacer lo que debía hacer. Y su nueva *host family*[\[8\]](#) no invitaba al optimismo de cara a los siguientes días.

Corrió la cremallera de la chaqueta hasta la mitad y deshizo el recorrido del día anterior por Banbury Road. De camino se dio de bruces con el Museo de Historia Natural, por lo que aprovechó para entretenerse viendo huesos de dinosaurio y animales disecados. Después se internó en el *downtown*[\[9\]](#), donde quedó fascinada con la Radcliffe Camera, colosal edificio circular construido en el siglo XVIII como una biblioteca científica. Nada más rodearlo encontró la iglesia St.Mary, desde cuya torre observó encantada la ciudad en su totalidad.

Sara había leído que al pie de St.Mary habían abierto una cafetería, y el estómago le estaba empezando a rugir. Pidió un delicioso *muffin*[\[10\]](#) de chocolate y un cappuccino. Se sentó sobre una zona de césped habilitada frente a la iglesia y dirigió la cara hacia el sol para sentir el reconfortante calor en la piel.

Dos universitarios que charlaban, también en la hierba, se le quedaron mirando. Le hacían sentir incómoda. El más pequeño de los dos, un rubio lleno de pecas y con cara de niño malo, rompió el hielo con un petulante *heeeey sweetie...*[\[11\]](#) La foránea, ruborizada, miró hacia otro lado, y como no dejaba de sentir los traviosos ojos de aquel chulo penetrando su nuca, giró su cuerpo y les dio la espalda.

Pero Sara iba a descubrir la testarudez de las nuevas generaciones inglesas. El otro hombre, que se había limitado a presenciar el cortejo de su amigo con diversión, se acercó y pidió permiso para sentarse, demostrando estar varios niveles de galantería por encima de su colega.

—¿Te puedo invitar a otro café, preciosa? Tienes la impresión de estar falta de compañía —dijo, con un inglés tan perfecto que incluso Sara entendió cada palabra sin problema.

Que el chico era guapo era una evidencia. Y había dado en el clavo respecto a ella: andaba sin acompañante. Odiaba estar así. Si su madre estuviera allí, removería mares y tierras con tal de que aceptara el ofrecimiento del varón inglés, y poder así ver a su única hija agarrada del brazo de un hombre. Pero Sara no tenía intención de complacer a su progenitora. No quería hombres en su vida; ni el inglés de acento perfecto ni ningún otro.

Balbuceó algo en un patético inglés intentando indicar que declinaba la oferta. Acto seguido dio un último sorbo de café y se esfumó de allí, hasta que, avergonzada, perdió de vista a los dos

chicos. Tomó la Catte Street, de tránsito universitario, y el presentimiento de que alguien la estaba siguiendo le invadió de súbito. Como producto de un acto reflejo, volvió la cabeza con disimulo para examinar el entorno, y comprobó que los dos ingleses seguían en su puesto, sentados sobre la hierba de la St.Mary y mofándose de sus asuntos. Pero Sara, convencida de ser víctima de una de sus últimas paranoias, aún sentía los ojos de alguien sobre su nuca. Al pasar por debajo del particular Puente de los Suspiros (denominado así por su indiscutible parecido con su homónimo veneciano), se internó en un callejón con la esperanza de despistar a su observador, si es que este existía en realidad.

El histórico St.Helen's Passage no era un callejón cualquiera. De poco más de un metro de ancho, no le alcanzaban los rayos del sol. Sus muros de ladrillo rojo serpenteaban bajo una luz anaranjada procedente de un par de farolillos, lo que le hubiera convertido en un paseo digno de pesadilla de no ser porque, en una de las paredes de la entrada, un cartel seducía a los más cervenceros con el siguiente texto: «THE FAMOUS TURF TAVERN. AN EDUCATION IN INTOXICATION[12]».

Lo que Sara encontró al llegar al final del pasaje hizo que se le dibujara una sonrisa en la cara y borrara de su mente a su perseguidor. Una pintoresca casita de tejados bajos, datada en el siglo XIII y encajonada entre edificios antiguos, hacía de *pub*. En su parte delantera había un pequeño patio con un encanto maravilloso, en cuyas mesas y bancos de madera disfrutaban los clientes de cervezas de elaboración propia y algunos platos con comida para picar. Sara se fijó en que la pared exterior estaba decorada con carteles de pizarra donde los visitantes más ilustres del Turf habían sido dibujados con tiza. Chuck Berry, Elisabeth Taylor y Bill Clinton fueron tres de las celebridades que más llamaron la atención a la doctora.

No quedaban mesas libres fuera, así que entró en el local y se dejó invadir por su atmósfera británica de épocas pasadas. Reconfortada por el olor a barniz y la tenue iluminación, se acercó a un rincón de la barra que se encontraba desocupado y pidió una pinta y un plato combinado de carne con guarnición de brócoli y puré de patata. No estaba especialmente sabroso, pero la joven no dejó ni una miga sobre el plato.

Lo que Sara Mora no esperaba era que el placentero almuerzo iba a ser interrumpido.

Había transcurrido menos de media hora desde que llegara al *pub*, y el número de comensales se había duplicado. Eran sobre las doce y media del mediodía, y tanto lugareños como turistas empezaban a salir de sus casas para disfrutar del soleado martes. Sara miró a su alrededor para hacer una fotografía mental del magnífico aspecto que ofrecía el interior del local, cuando se vio obligada a detener la inspección en un punto que llamó su atención. Tuvo que mirar fijamente para asegurarse de que sus ojos no le traicionaban.

«No puede ser...», pensó con espanto, más que susurró, pues no fue capaz de generar ni un hilo de voz.

Entre la multitud, junto a la puerta principal, un hombre de mediana edad, espigado y tan alto que casi se daba con la cabeza en el marco de la puerta, la observaba por encima del resto de clientes con inusual atención. Las miradas de ambos se cruzaron, y entonces ella pudo detectar una ligera sonrisa en su rostro. Se levantó del taburete al ver que él se acercaba, pero pronto asumió que no tenía por dónde escapar. Por un costado la barra la cercaba, y había demasiada gente a su alrededor para esfumarse en pocos segundos. ¿Qué diablos podía hacer? Cuando el perseguidor estuvo más cerca y lo observó de arriba abajo, a Sara comenzó a faltarle el aire. Tenía que tratarse de una alucinación.

«Charly...», se repetía mentalmente mientras luchaba por vencer el pánico.

La jarra de cerveza salió despedida debido a un involuntario espaviento que dio la joven al intentar escapar, y se estrelló contra el suelo de madera del Turf Tavern.

Capítulo 3

—¿Qué sabe del amor, Morgan?

—Es ese incómodo aleteo de mariposa que se te forma en el estómago y te roba el apetito. Todo un engorro.

—El problema no es tener mariposas en el estómago, sino no saber colocarlas en formación de combate.

—¿Supo usted gobernar a su ejército de mariposas, doctor?

—Ni por asomo.

Martes 7 de noviembre de 2006

Un chico rubio y desgarbado que trabajaba en el Turf como camarero para financiarse la universidad, salió enseguida de la barra con una escoba y una fregona. Tras lanzar a Sara una mirada de reproche, comenzó a limpiar la cerveza derramada. La clientela concentrada en torno al pequeño incidente se encogió de hombros, y después cada uno siguió a lo suyo. A excepción de Sara, que estaba inmersa en su propia pesadilla. Charly ya había llegado a su posición y la arrinconaba contra la madera. «¿Qué hago? —se repetía—. ¿Qué...?» Presa del pánico, quiso manotear y vociferar como una loca. Salir corriendo, en definitiva. No llegó a hacerlo, pues la mano diestra del hombre agarró su brazo con firmeza. «La mano diestra...»

Se encontraba Sara tan aturdida, su vista tan incierta y borrosa, que tardó varios segundos en percatarse de que su acosador mantenía los dos brazos. Concentró su atención en la extremidad y estuvo a punto de perder el equilibrio. Las piernas le fallaban, carecía de fuerzas. ¡Nada parecía tener sentido! Tan bloqueada estaba que no pensó en la navaja que llevaba siempre en el bolso desde que sufriera el ataque de Charly. Entonces el hombre se inclinó para sostenerla y la miró de una forma que hizo que le disminuyeran las pulsaciones por minuto.

—Charly... —gimoteó ella.

El hombre respondió con un amable gesto, como si ya esperara esa reacción y supiera que el siguiente paso sería consolarla.

Sara examinó sus facciones. Los ojos eran perfectamente normales (ni rastro de pupilas desiguales), y parpadeaban a un ritmo natural. Desprendía una fragancia agradable, como a colonia fresca, y llevaba una camisa blanca por dentro de un pantalón de lino azul. Aquel tipo no llamaba la atención por absolutamente nada malo, a excepción de un importante detalle: era idéntico a su agresor.

Si aquel hombre no era Charly, ¿quién demonios era?

Ese mismo día, en Torrelavega, se reanudó la investigación sobre el doble caso Rubial-Morales, cuando el juez Callejo convocó a la policía a una reunión en su despacho. Contempló a los dos miembros del cuerpo que se hallaban sentados frente a él. No le terminaba de agrandar la composición de la pareja.

De ambos, el más joven no le sonaba en absoluto. O bien le acababan de trasladar a la comisaría, o era novato. Se decidió por la segunda opción al observar sus facciones suaves y constatar que se trataba del agente más joven que había visto en mucho tiempo. Marcos Tena poseía un sutil e inteligente sentido del humor que Callejo descubriría —y apreciaría— durante el transcurso de la reunión. Faltaba por comprobar su competencia a la hora de resolver un caso.

Su superior era el comisario Julián Barreneche, todo un veterano de cuarenta y seis años que llevaba dieciocho de servicio en la brigada de investigación de la delincuencia especializada. Barreneche era el motivo del descontento de Callejo. Para compensar su dilatada experiencia y sus tablas para resolver investigaciones fuera de lo común, Barreneche era de sobra conocido en el mundillo como un egocéntrico, sarcástico y con un mordaz sentido del humor que, en especial a Callejo, molestaba sobremanera. Su forma de ser, así como su manera de resolver los conflictos,

eran detalles que, simplemente, no agradaban al juez. Sin embargo debía reconocer una cosa: cuando se le apretaban las tuercas y se concentraba en su trabajo, era un excelente investigador. Además, al novato Tena le vendría bien un intensivo con Barreneche como método de entrenamiento. Podían resultar una interesante pareja.

A la reunión se había convocado también a un oficial de la Guardia Civil y a su corpulento compañero, para que informaran de primera mano lo sucedido en casa de la doctora Mora la tarde en que Carlos Rubial estuvo a punto de violarla. Los dos estaban agotados y deseaban marcharse a casa cuanto antes.

Tras veinte minutos rememorando los hechos, todos habían refrescado el caso y volvían a tener claro cómo se desarrollaron los acontecimientos. Callejo hizo un resumen:

—Esto es lo que sabemos hasta ahora: el reputado doctor Rafael Salas, valiéndose de su influencia, falsificó... —hizo una pausa para rectificar—, perdón, intercambió los diagnósticos médicos de los dos miembros del matrimonio Morales, Alfonso y Verónica, haciendo creer que ella padecía de un tumor cerebral mortal, cuando en realidad era su marido el que se moría.

—Señor, no olvide citar el importante hecho de que la mujer era su hija, y por lo tanto, el fiambre, su yerno —intervino el guardia civil superior.

—Muchas gracias, agente. —El juez le dirigió una mirada llena de ironía para dar a entender que ese detalle era más que prescindible—. Pensé que eso estaba claro.

El civil maldijo su torpeza en silencio y bajó la cabeza, ruborizado. Callejo continuó:

—Alfonso Morales falleció sobre la arena de la playa de Ámbar el día 12 de octubre. Por otro lado, cuatro días antes, Carlos Rubial, de ahora en adelante Charly, fue interceptado y arrestado por la agresión e intento de violación de Sara Mora en su propia casa. Mora fue la doctora que llevó todo el caso de Alfonso y Verónica Morales y, por supuesto, también fue burlada por el doctor Salas, que, por cierto, había sido su mentor unos años atrás.

Marcos Tena arqueó las cejas, pero no preguntó más detalles sobre esa curiosa relación, que era lo que el cuerpo le pedía. El juez se dirigió a la pareja de civiles:

—Ustedes recibieron el aviso del intento de violación en la calle Zafiro. ¿Saben de quién provenía la llamada?

Ambos negaron con la cabeza.

—Rastreamos la llamada, pero fue realizada desde una cabina. Lo único que sabemos es que, por el tono de voz, se trataba de una mujer —apuntó el superior. El más joven, por el contrario, no participó en toda la conversación.

—De acuerdo —asintió el juez, que no necesitaba esforzarse para liderar la reunión—. Y por último, el mismo día en que Alfonso Morales desaparece de este mundo, Charly se quita de en medio arrojándose al mar desde el acantilado. ¿Algún comentario?

Tena dio un paso al frente y habló por primera vez:

—Yo diría que Rubial se quitó la vida porque sabía que iba a ir a la cárcel, señorita —dijo entre titubeos.

Barreneche y Callejo intercambiaron miradas. El jefe de policía tomó la palabra antes de que su joven compañero fuera humillado por su evidente conclusión. Nadie salvo él tenía derecho a castigarlo.

—¿No olvidas un detalle? —preguntó Barreneche al magistrado.

—¿Qué detalle?

—Carlos Rubial era manco —apuntó el policía.

—Joder, ya sé que era manco. Le interrogué yo mismo, ¿recuerdas?

Barreneche masticó la hosquedad del juez como un chicle rancio, y sonrió.

—No me tomes por estúpido y echa la vista atrás —dijo con intriga—. El fiambre perdió el brazo en un accidente de coche en el que viajaba con el propio Alfonso Morales. Sucedió en 1983.

Sonrió aún más.

José Miguel Callejo maldijo al comisario en su interior, aunque no mostró el más mínimo cambio en su rostro. Una vez más, ese cabrón engreído demostraba ir siempre un paso por delante.

—Además, Rubial era el hermanastro de Verónica Salas —añadió el jefe de policía, aunque sabía que este dato era conocido por todos, incluido por los guardias civiles.

—Mmm... ¿coincidencia? —Callejo pidió opinión.

—Puede ser, pero apostaría que no —dijo Barreneche—. Sin querer meterme en mierdas familiares, sospecho que el tal Charly guardaba alguna relación con el plan del viejo.

El mayor de los guardias civiles volvió a hablar, en esta ocasión para recordar un dato importante:

—No debemos pasar por alto las fotos que encontramos esparcidas en el piso de la doctora el día que detuvimos a Rubial. El propio tullido las tenía guardadas en su cartera, y en ellas aparecía Verónica en una actitud, digamos, muy íntima.

—Joder, es verdad. Las putas fotos —escupió Callejo, contrariado.

Un breve silencio se instaló alrededor de la mesa. Habían llegado a un punto complicado. Rafael Salas había sido juzgado y Rubial estaba muerto. Existe un temor no reconocido en el mundillo legal respecto a las investigaciones: ningún policía, juez o fiscal desea hurgar en las acciones de un fallecido, y mucho menos si estas tienen que ver con su pasado. Y la razón era simple: a un muerto no se le puede interrogar.

Callejo deseaba dar carpetazo al tema, pero algo le decía que había más donde rascar. Además, debía reconocer que el caso le fascinaba.

—¿Cuáles son las ordenes? —preguntó Marcos Tena.

Se refería a la investigación pero, al mismo tiempo, dejaba claro su deseo de trabajar inmediatamente en un caso real y complejo como aquel.

Tanto Barreneche como Callejo movieron la cabeza, el primero en negación, y el segundo asintiendo. Al juez le gustaba ese chaval.

—De acuerdo. Tena: vas a trabajar en el caso. Barreneche, tú, como es natural, le acompañarás. Serás el oficial al mando. Os ocuparéis de la vida social de Charly. Quiero que investiguéis dónde vivía, en qué círculos se movía y con quién trataba. Interrogad a cualquier familiar, amigo o enemigo. En cuanto a vosotros dos —movió el gesto hacia los dos civiles—: buen trabajo. Pueden marcharse.

Julián Barreneche hizo un chasquido con la boca.

—¿Qué? ¡Pero si esto ni siquiera es una investigación! —protestó aumentando el tono de voz—. Yo soy un experto en pillar a la escoria, y bien sabes que soy el mejor. Pero no me pidas que haga una recopilación de la vida de ese hombre. Qué quieres, ¿Qué escriba su biografía?

—No se hable más —reafirmó el magistrado—. Solo quiero que indagéis un poco sobre su vida privada, no os debería llevar más de unos pocos días. Nos reuniremos de nuevo esta misma semana.

En el interior del Turf Tavern, acorralada contra la barra, Sara Mora estaba a punto de escuchar con estupor las primeras palabras que el falso Charly iba a pronunciar en clave de interrogación.

—¿Sara Mora? ¿De verdad eres tú?

El saludo no le pareció a la joven foránea tan perturbador como sí lo fue el tono sereno con el que el llegado se había expresado. En un visto y no visto, de algún modo ese hombre había dejado bien patente que estaba a leguas de tratarse de Carlos Rubial; el tullido jamás se hubiera manifestado de tal forma.

—¿Te... te conozco? —La doctora había asumido que no iba a poder huir, así que probó a obtener algo de información.

—No, pero por desgracia sí conocías a mi hermano. —Sara palideció, y él corrió a remendar el infortunio con una explicación—: ¡No temas! Nos parecemos mucho, pero no tengo nada que ver con él —explicó, casi entre súplicas—. Ya no.

Ella pensó con rapidez. ¿Tenía sentido que dijera la verdad y ambos tuvieran la misma sangre? Por apariencia, sin lugar a dudas. Enfrente tenía a un hombre razonablemente atractivo, sí, y en comparación con el otro gusano, ¡estaba a años luz! Pero obviando el muñón, la desidia y la mirada extraterrestre de Charly, era más que evidente que compartían genes. Además, se había dado cuenta de que no tenía apenas acento inglés: hablaba en perfecto castellano. «Si de verdad es el hermano de Charly, ¿estará al corriente de su suicidio? Y más importante si cabe, ¿cómo y por qué me ha encontrado?» Se hallaba Sara sumergida en sus propias cavilaciones cuando las palabras «permíteme explicártelo todo tomando un café» aterrizaron en sus oídos como una alarma que le avisaba de que su tiempo de decisión expiraba.

Necesitaba actuar. La Sara de hacía unos meses hubiera aceptado el ofrecimiento sin vacilar. Por supuesto, se hubiera sentado con aquel perfecto desconocido, dejándose llevar, y le hubiera desvelado cada mínimo detalle de su vida privada. Pero la chica ingenua había sufrido un intento de violación y una humillación profesional en muy poco tiempo. Se podía decir que había aprendido de sus errores. ¿O no? Lo cierto era que no tenía intención de sentarse a dialogar con el hombre que decía tener una relación familiar de primer nivel con la persona que le había arrebatado la inocencia. Sin embargo, ¿qué otra opción había? No tenía escapatoria, y, al fin y al cabo, no podría ser violada o atacada dentro del bar. Demasiados testigos.

Por otro lado, su conciencia insistía cada vez con más fuerza: necesitaba conocer la historia de ese hombre.

Aceptó.

Ambos se dirigieron hacia una de las pocas mesas libres que quedaban en el local, aunque ella

se resistió a sentarse.

—No daré un solo paso más hasta que me digas tu nombre y apellidos —soltó de golpe, firme.

—Miguel Lennard —contestó el recién presentado al punto, como si se esperara el ultimátum—. Aunque aquí casi todos me conocen como Mike, claro. Excepto mis colegas del club de baile de salón, que me llaman Mickey, y mi madre, que en paz descanse, que solía decirme Miguelito.

—¿Lennard? —La curiosidad por el cambio de apellido a uno anglosajón pudo en Sara sobre la divertida sorpresa de descubrir que aquel hombre bailaba el tango en su tiempo libre.

—Me cambié el apellido nada más llegar a Inglaterra —matizó él—. Deja que te lo explique todo.

Después insistió con un gesto de mano para que se sentaran en torno a la mesa. Sara pestañeó un par de veces y asintió sin convencimiento. Él dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y se acomodó, de modo que se tuvieron de frente. Pidieron un *espresso macchiato* para él y un *caffè latte* para ella. A la doctora le temblaban tanto las manos que no pudo evitar hacer tintinear la taza cuando se la llevó a la boca. Supuso que Mike había notado su nerviosismo, pues decidió ir al grano:

—Sé lo que te hizo mi hermano —declaró.

Sara notó cómo algo en su estómago se contrajo, provocándole ganas de vomitar. Nunca había escuchado su tragedia desde la boca de otro, y la herida aún no estaba cerrada.

—¿Lo... lo sabes?

—Sí, y quiero que sepas que lo siento en el alma. Mi hermano era un monstruo, pero yo no soy como él. Te lo prometo.

Sara dudó, y se tomó un instante para examinar al hombre que tenía frente a ella. Por sorprendente que pudiera parecer, era moderadamente atractivo. El cabello castaño, peinado en flequillo y con la raya a un lado, le hacía parecer poco varonil en un principio, aunque constató una idea que Sara había mantenido desde siempre: el corte de pelo en un hombre es fundamental para dar buena (o mala) impresión. En este terreno, el hermano *bueno* le ganaba por goleada a su pariente. Unas modernas gafas de pasta negra ocupaban gran parte de su rostro. Un rostro que —y hubo aquí otra gran diferencia de higiene entre los dos—, estaba afeitado. La postura corporal era correcta, y su piel desprendía una agradable fragancia a colonia masculina que inundaba la zona de la mesa. Era como si Charly se hubiera llevado todos los genes destructivos, dejando los buenos a su compañero de feto. Porque, si había algo que no dejaba lugar a interpretación, era que ambos eran gemelos.

—No quiero que nuestro parecido te haga tener una opinión premeditada de mí —continuó hablando, interrumpiendo el análisis de Sara.

—Está bien —aceptó al fin ella, casi rendida—. Aunque todavía me cueste mirarte a los ojos, supongo que no es justo que te odie. Pero, a ver, ¿cómo es que sabes quién soy?

—Vi tu fotografía en la noticia del periódico el otro día. Ha sido una increíble casualidad que hayamos coincidido aquí.

Ella agitó la cabeza sin comprender. Obvió el segundo comentario y se centró en el primero:

—¿El periódico? No es posible. ¿Qué haces tú, un ciudadano de Oxford, leyendo la página web de un periódico local de Cantabria? —formuló la pregunta entornando los ojos, convencida de que

la estaban tomando por tonta.

—Bueno, cuando encontraron el cuerpo de mi hermano la policía española me llamó, como único familiar de primer grado —explicó Mike sin titubear—. Debo admitir que la noticia me dejó en shock. Pero no acudí al funeral, si es que hubo alguno. Lo cierto es que hace tiempo que dejé de considerarle mi hermano. —Avergonzado, hizo una mueca que quería ser una sonrisa—. Sin embargo, desde entonces he estado pendiente de los periódicos por si me enteraba de algo. Supongo que por simple curiosidad, nada más.

—Y entonces viste mi foto en la noticia.

—Exacto. Por fin publicaron un gran artículo. Y no solo sobre la muerte de Charly, sino también de tu... bueno, sobre lo que te hizo —supo rectificar—, y todo lo relacionado con la familia de su hermanastra. Cuando leí aquello solo pensaba: ¡en qué absurda locura han metido a esa pobre doctora! Ironías de la vida, ahora la pobre doctora está aquí, tomándose un café conmigo.

Mike esbozó una dulce sonrisa.

—Pues sí, nos engañaron a las mil maravillas.

Sara miró hacia la madera de la mesa. No se sentía cómoda hablando de ese tema con un desconocido. Esa historia era algo que pertenecía solamente a ella y a su pasado.

—¿Qué ha sido de la mujer? —quiso saber él—. Me refiero a la viuda. ¿Cómo está? Supongo que para ella supuso un golpe enorme también. Teniendo en cuenta su embarazo, quiero decir.

—El embarazo de Verónica va viento en popa. —Sara suspiró con lástima—. Pero no creo que llegue a perdonar a su padre.

Un efímero silencio se apoderó de la mesa. Mike pidió permiso para levantarse e ir al baño, y Sara se quedó sola. No había sido capaz de conseguir que su corazón latiera a una velocidad normal en toda la conversación. ¿Por qué le estaba costando tanto relajarse? No quiso examinar sus propios sentimientos por miedo a obtener una respuesta insatisfactoria. Entonces se fijó en que Mike había tenido el descuido de dejarse la chaqueta en la silla, con todas sus pertenencias sobresaliendo por el bolsillo: la cartera, un manojó de llaves y el teléfono móvil. La doctora tuvo el impulso de alargar el brazo y coger la cartera. La abrió entre temblores y, junto con tarjetas de crédito, pases de autobús y un par de billetes de diez libras, encontró una licencia de conducción. «¡Bingo!» Invirtió un segundo en desviar la mirada hacia la puerta del servicio para comprobar que aún le quedaba tiempo: no había moros en la costa. Examinó el documento.

Decía la verdad respecto a su identidad.

En la esquina inferior izquierda del carnet, el primer plano de un jovencísimo Mike, sonriente y con brillo en los ojos. Lo más probable era que estuviera recién salido de la facultad. La rúbrica ocupaba el centro del documento.

Tan ensimismada estaba curioseando que casi no se dio cuenta de que su acompañante ya volvía del baño, y, si este hubiese estado atento, la habría pillado posando su cartera en el mismo sitio donde él la había dejado.

Se había salvado por los pelos de quedar como una entrometida.

—Y bien —Sara Mora reanudó la conversación cuando Mike se hubo sentado, cambiando de tema a otro que le interesaba más—: me debes una historia.

Ambos sonrieron, sorprendidos de lo rápido que estaban empezando a compenetrarse.

—En efecto, te la debo —aceptó él dando una palmada—. ¿Qué quieres saber?

—Tu relación con Charly.

—De acuerdo. Por dónde empezar... —Mike se mantuvo pensativo durante unos instantes, como si quisiera recomponer una larga historia en su cerebro—. Mi hermano nunca ha sido muy normal, esa es la verdad. Desde pequeño se entretenía rompiendo mis juguetes o quemando cualquier cosa que le regalaban. Después, siendo más mayor, faltaba siempre a clase, contestaba a los profesores y también a nuestra madre. Yo nunca me llevé bien con él, a pesar de que éramos hermanos idénticos. Al menos en lo físico, pues por fortuna yo no me comportaba como él. Sentía vergüenza de mi propio hermano. Y miedo. —A Sara le pareció que los ojos de Lennard se vidriaban a la vez que su voz sonaba más rota—. Según nos hacíamos adolescentes, él se fue volviendo violento. No se le podía decir nada, y al mínimo reproche nos amenazaba o rompía algún mueble de la casa. Incluso llegó a hacernos moratones alguna vez.

—¿Nos? —Sara frunció el ceño—. ¿A quién más intimidaba aparte de a ti?

—A mi madre. Ella era una mujer demasiado buena, lo daba todo por nosotros. Pero nunca supo enderezar a Charly. La cosa se fue poniendo cada vez peor.

—¿Y qué hay de tu padre?

—¿Mi padre? —contestó Mike, como si la pregunta fuese del todo estúpida—. ¡Él es el motivo de que mi hermano fuera así! Era un hombre sin escrúpulos, agresivo y despiadado. Y así fue cómo llegó a alcalde, por supuesto.

—¿Os pegaba? —quiso saber Sara, cada vez más intrigada.

—¿Charly o mi padre?

—Tu padre —concretó ella.

—A mí nunca me tocó, pero a mi madre... —El gemelo torció el gesto e hizo una pausa para tragar saliva—. A mi madre la pegaba casi a diario, siempre por las noches. Se aseguraba de que Charly y yo estuviéramos acostados, y entonces se desataba el cinturón y la golpeaba con él. —Lennard hizo un sutil gesto con la mano, como si agitara un látigo invisible—. Lo sé porque yo nunca me dormía hasta que terminaban las agresiones, aunque mi madre hacía todo lo posible por no gritar. No quería asustarnos.

—¿Y tu hermano? ¿Era consciente?

—Charly y yo dormíamos en la misma litera. Él me oía llorar cada vez que tenían lugar los ataques, pero yo no puedo decir lo mismo. —La voz de Mike Lennard se había convertido en un murmullo—. Mi hermano jamás mostró el mínimo sentimiento de tristeza hacia mamá, ni tampoco de temor hacia su padre.

A Sara se le habían acabado las preguntas. O, más bien, estaba demasiado conmovida para formularlas.

—Finalmente todo salió bien —continuó Mike con semblante apesadumbrado—. Mi querida madre, consciente de que era cuestión de tiempo que al señor Rubial se le fuese la mano y acabase con ella, decidió fugarse sin decir nada. Me explicó sus intenciones y yo, como no podía ser de otra manera, la acompañé. Hasta el último momento tuvo intención de llevarse con nosotros a mi hermano, en contra de mi voluntad. Por suerte, acababa de entrar en un reformatorio por pegar a un profesor y fue imposible sacarlo de allí. —Dio un sorbo a su *espresso machiato*, y su voz resucitó—. Así que abandonamos Ámbar sin él, y les perdimos a los dos de vista para siempre. Gracias a

Dios.

—Vaya, qué historia increíble —dijo Sara, que no salía de su asombro—. Entonces, ¿vinisteis a vivir a Oxford?

—Nos asentamos en Londres, en una casita a las orillas del río un poco a las afueras de la ciudad —explicó Mike, a quien se le había vuelto a formar una nostálgica sonrisa en el rostro—. Mi madre volvió a casarse, esta vez con un hombre decente, el típico galán inglés de principios extraordinarios. Yo viví con ellos hasta que ella murió, hace cinco años. Entonces me ofrecieron trabajo en Oxford y no lo dudé.

—¿No has vuelto a saber nada de Charly o de tu padre?

—No, a excepción de un regalo que me envió mi hermano hace algunos años. Una caja de música.

—¿Una caja de música?

—Sí, una simple caja de esas que generan una incómoda melodía cuando las abres. Junto a ella encontré una breve nota de amor fraternal que sonaba a despedida. Decía que considerara aquella caja como un símbolo de unión familiar, e insistía en que no la tirara jamás. —Apretó los puños como si así retuviera cierto rencor acumulado—. Ahora utilizo la caja como relojero. La verdad, no sé por qué sigo conservándola.

—¿Y aparte de eso?

—Aparte de eso, nada. Hasta que el otro día recibí la llamada informándome de que mi hermano se había quitado la vida. Respecto a mi padre, llegó a mis oídos que había renunciado al puesto de alcalde, desapareciendo del mapa. Nunca supe si fue verdad, y tampoco me interesa.

Mike Lennard se inclinó hacia delante y tomó las manos de la joven.

—Sara, siento en el alma que hayas tenido que sufrir la monstruosidad de mi hermano.

Ella se dejó acariciar los nudillos, y se percató de que hacía mucho tiempo que un bienestar reconfortante como aquel no le abrigaba de esa manera.

Se despidieron en la calle, bajo el Puente de los Suspiros, prometiendo volver a verse. Mike quiso ir más allá e invitó a Sara a cenar en su casa el día siguiente, pero ella se mostró dubitativa. «Mañana he quedado con mi familia de acogida para pasar el día en Cambridge —mintió, pues aún no estaba convencida de sus intenciones—, ¡aunque deberíamos intercambiarlos los teléfonos!» Conforme a medias, Mike tuvo que aceptar. Una vez fueron anotados los números por parte de cada uno, se besaron en la mejilla y se dijeron adiós. Ambos enfilaron sus respectivos caminos con una expresión más vivaz que la que llevaban unas horas antes.

Ninguno de los dos se percató de que un agente de policía les había estado observando. De pie, apoyado contra la pared de la Bodleian Library, Alfred Horner tuvo el repentino presentimiento de que algo malo iba a suceder.

Capítulo 4

—Dígame, ¿es por esa historia de amor tan alucinante que está aquí encerrado? ¿Cometió alguna locura?

—Estoy aquí por culpa de una gamberrada de Oli.

—¿Quién es ese Oli?

—Mi nieto. Todo es por culpa suya.

Miércoles 8 de noviembre de 2006

Una lengua de tacto rugoso recorrió la mejilla de Ms. Tallent y no cesó hasta que cumplió su objetivo: despertarla.

—Oh, Vader... mierda... —maldijo la joven entre balbuceos y con un ojo todavía entornado.

La luz de la mañana de aquel miércoles ya atravesaba las finas cortinas color pistacho del dormitorio. Tallent se inclinó hacia el despertador que reposaba sobre una mesilla de noche de madera, muy *vintage*. Marcaba las 9:45. Era la hora de despertarse, como bien se encargó de recordar Vader al brincar desde la cama y dirigirse en un visto y no visto hacia su comedero vacío de alimento.

La recién levantada se frotó la cara con ambas manos y estiró los brazos hasta que le crujieron los músculos de la espalda. Después llenó el cuenco de Vader de bolitas de pienso, puso un vinilo de Paul Simon en el tocadiscos del salón, y se acercó a mirar por la ventana. Oxford había amanecido tranquilo y hermoso. El sol invadía la Walton Street y las bicicletas circulaban por el asfalto, que ya empezaba a notar cómo el otoño caía de los árboles. Lanzó un nuevo bostezo y un encantador gemido, parecido al de una cobaya, salió de su boca.

Desayunó con la única compañía del *Hearts and Bones* de Simon —Vader, que ya había saciado su hambre, se había convertido en una bola de pelo durmiente sobre el sofá—, y se preparó para un nuevo día de trabajo. O lo que fuera que hiciera, ya que tocar sus clásicos preferidos para los turistas al aire libre no se podía considerar un trabajo. Y mucho menos el ensayar con la Orquesta Sinfónica de Oxford, que era a lo que se dedicaba todas las mañanas. Le gustaba demasiado como para calificarlo de tal esclava manera.

Cuando fue a calzarse las botas de cuero se palpó el tobillo derecho con la mano. Como cada mañana, la antigua lesión le dolía, y como cada mañana, se acordaba de su Brunet al sentir ese dolor. Habían transcurrido cuatro años y el pesar seguía ahí, como un recordatorio que la articulación enviaba diariamente al corazón para evitarle olvidar. Como si fuera rutina, la joven dibujó en su rostro una sonrisa de perfecta nostalgia.

Ella siempre lo había tenido claro: la vida no le iba a regalar nada. Cuando tenía solo quince años, el todoterreno que conducía su padre, David Tallent, se despeñó colina abajo durante las vacaciones que este disfrutaba con su mujer, Mary, en los Alpes suizos. Ambos murieron en el acto, dejando una niña huérfana. Tallent supo adaptarse a las circunstancias y tejió una coraza alrededor de su alma que la obligó a madurar. Lejos de amilanarse, decidió cumplir su sueño de convertirse en violinista profesional. Encontró trabajo, como camarera primero y coctelera después, en el Red Lion, uno de los *pubs* más importantes de Oxford. Durante varios años tuvo que trabajar los siete días de la semana para poder financiarse las clases de música, y cuando tenía el mínimo rato libre, sacaba el violín a la calle y practicaba sus canciones preferidas delante de los viandantes. Nadie recordaba nunca haberla visto con un hombre, muy ocasionalmente bebía un trago de alcohol, y detestaba el ruido de las discotecas. En cambio cultivaba el gusto por los pequeños placeres de la vida: rascarse la marca del calcetín en los tobillos, acostarse entre sábanas recién lavadas o dejarse sorprender por el olor a pan recién horneado. A pesar de su trágica adolescencia, la joven era de las que dejaban huella: dulce, sensata y segura de sí misma. Resplandeciente, en definitiva. Siempre tenía un consejo o una palabra amable para sus amigos, y, en especial cuando tocaba el violín, radiaba una alegría de vivir que trasladaba a sus melodías.

No se la veía más que a ella, era un mundo en sí misma.

La joven británica conoció a Brunet en la barra del Red Lion durante una noche de septiembre de 2001. Esa noche se intercambiaron miradas y divertidos juegos de palabras, y a partir de entonces, Brunet empezó a dejarse caer por el Red Lion bastante a menudo. Hasta que la invitó a ir al cine.

Tallent era consciente de que Brunet apenas entendía su inglés, pues había llegado a la ciudad desde España a través de una beca Erasmus. Pero eso lo hacía todavía más emocionante: se divertían procurando entenderse, y cuando no lo conseguían, jugaban con la imaginación, lo cual resultaba excitante. La pareja pasó casi medio año sumida en lo que se convirtió en una especie de romance de verano prolongado.

Era fundamentalmente su mejor compañía, recordaba Ms.Tallent desde su habitación. Iban de picnic, salían a tomar cervezas, y, en un par de ocasiones, se fugaron a Liverpool y Bath durante todo el fin de semana. En definitiva, lo pasaban muy bien. Cuando iban en su coche por las calles de Oxford, en un viejo Peugeot verde que la nativa llamaba *Minifalcon* (pequeño halcón), hablaban de todo menos de lo que harían con su relación en el futuro. La música de Tallent abarcaba todo lo que rodeaba a la pareja. Si a la violinista le gustaba un tema, lo tocaba una y otra vez. En cierta ocasión, recordaba la británica, interpretó el clásico de los sesenta, *Eleanor Rigby*, para su amor durante todo un mes. A Brunet le fascinaba su música. Una vez, la nieve empezó a caer con fuerza mientras conducían por el barrio de Headington. Entonces una emisora de radio local pinchó una balada de Roy Orbison, y Brunet, consciente de su predilección por el cantante, pisó el freno en mitad de la tormenta, cogió a su enamorada de la mano y la arrastró con ternura hacia la calle. Allí bailó junto a ella, cantándole al oído *You Got It*, mientras la nieve caía a través de las luces de las farolas. Era como si el mundo les perteneciese.

Fueron los mejores meses de su vida.

Cuatro largos años después, la violinista seguía reviviendo su romance. Desde que se fuera sin poder despedirse por culpa de la inoportuna lesión de tobillo sufrida durante la última mañana, no había vuelto a saber nada de Brunet. No obstante, había incendiado su alma. Era como si tuviera la sombría sospecha de que nunca jamás amaría a nadie con tanta pureza como a Brunet. Sus cavilaciones la desalentaban cada mañana, haciéndole presa de un amor fugaz que estaba condenado al fracaso desde el principio.

Fue la precipitación de una lágrima desde la mejilla hasta el parqué lo que hizo que espabilara y terminara de enfundarse las botas. Se secó los ojos con las palmas de las manos, deseó los buenos días a su gato, y salió por la puerta del piso con su inseparable violín a cuestas.

A la una y cuarto del mediodía, en Ámbar, el jefe de policía Julián Barreneche y su joven compañero, Marcos Tena, entraron por la puerta del bar Sensations. Antes habían visitado, no sin cierto estupor, la vivienda de Charly, aunque no les pareció digna de tal denominación. Allí el polvo casi impedía respirar, y el desorden del habitáculo, a pesar de no disponer apenas de mobiliario, era absoluto. Ambos policías coincidieron en que cumplía todos los requisitos de un piso abandonado. Y sin embargo, era donde Charly vivía. «Ese loco suicida debió de ser todo un personaje», fueron las palabras exactas de Barreneche, que demostraba con su tono de voz que seguía sin comprender qué demonios hacía allí.

Aparte de confirmar la peculiaridad del fallecido, no encontraron en la casa ninguna pista que pudiera serles de utilidad. También volvieron a revisar su Land Rover —aunque fue lo primero que encontró la policía junto al acantilado el día del incidente—, y de nuevo sin éxito: tan solo las manchas secas de algún *whisky* barato desperdigadas por el salpicadero. El Sensations, ese tugurio que Rubial tenía a su nombre, era su última opción para tirar del hilo. Barreneche esperaba obtener el mismo éxito. Deseaba no encontrar nada de interés, largarse a su casa, y que el juez Callejo diera carpetazo al caso de una vez por todas.

La puerta del Sensations estaba abierta, de modo que entraron sin llamar. Las cortinas corridas sumían al interior del local en la penumbra, a pesar de que fuera lucía el sol. Una enorme masa de carne y grasa roncaba de un modo grotesco en el interior de la barra, acostada sobre la madera. Barreneche le hizo un gesto a su discípulo, se desató el botón de la americana y accedió al interior de la barra por un extremo. Tomó una jarra de cerveza y acto seguido vertió en ella media botella de vodka que encontró entre las estanterías. Cuando terminó, volcó sin el más mínimo reparo el contenido de la jarra sobre la cabeza del gigante. Este se despertó entre espasmos e impactó torpemente su espalda contra la caja registradora cuando dio un paso atrás. El más joven de los policías no pudo reprimir una tímida carcajada.

—¿Qué... qué quieres? —preguntó la bola de sebo, confundido—. ¿Cerveza?

—Soy policía, idiota —respondió Barreneche, mordaz, mostrando su placa con aires de superioridad.

Al gordinflón se le abrieron los ojos de par en par. Su primera reacción fue mirar hacia la salida, y después dijo:

—No... no hay droga aquí, tíos —aseguró asustado—. ¡Podéis registrar si queréis!

El comisario dibujó un arco con su diestra y propinó al gigante tal revés que le dejó los nudillos marcados en el pómulo. Visiblemente cabreado, pero sin mover un solo músculo de la cara, le agarró de la coleta y arrastró la enorme cabeza del barman hasta debajo del surtidor de cerveza. Después movió la manivela, liberando el alcohol. Tena se puso alerta. ¿Qué necesidad tenía su jefe de comportarse así?

—Quizá sí que me apetezca un poco de cerveza —ironizó el superior con crueldad—. ¿Cuál es tu nombre, gordito?

—Magh... —El hombre apenas podía respirar con la cerveza recorriéndole todo el rostro. Barreneche le liberó.

—¡Maximiliano! —gritó entre jadeos una vez volvió a estar firme—. Ese es mi nombre. ¡Y pienso denunciaros, jodidos maderos hijos de...!

El comisario le interrumpió con sorna:

—No me hagas reír, Maximiliano. No vas a denunciar a nadie si no quieres que nadie sepa que utilizas este nido de ratas para traficar con droga.

Max titubeó. Ciertamente le tenía contra las cuerdas. Marcos Tena observaba la escena con atención.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis, si no es droga?

—Vas a decirme todo lo que sepas sobre Carlos Rubial —soltó Barreneche.

—¿Charly?

—¡Sí, Charly! —vociferó Marcos Tena. Era la primera vez que abría la boca desde que habían entrado.

—Se estampó contra las rocas hace pocos días —dijo Max, que parecía estar a punto de orinarse en los pantalones.

Barreneche puso los ojos en blanco.

—¿Algo que no sepamos, yonki retrasado? —insistió impaciente.

—Bu... bueno, Charly no me contaba casi nada —explicó el gigante—. Las semanas antes de suicidarse, iba y venía, pero casi nunca se quedaba. Tenía el bar muy desatendido, como podéis ver. Algo le preocupaba. Charly era un tío muy raro.

—¿No viste nada en especial? ¿Algún detalle, quizá? —quiso saber Barreneche.

Max se encogió de hombros.

—Un día trajo un teléfono —dijo.

—¿Un teléfono? —Esta vez ambos policías hablaron al unísono.

—Sí, dentro de una caja. Pero nunca lo llegó a utilizar —contestó Max—. Ya no está aquí, se lo llevó.

Los agentes cruzaron miradas, preguntándose si alguno de los dos tenía algo más que añadir.

—¿No tenía amigos? ¿Familia? —preguntó Marcos Tena, ansioso por aportar algo—. No sé, ¿qué hacía cuando no estaba aquí?

—No tenía a nadie.

Maximiliano congeló su repulsiva expresión unos segundos, pensativo, para después añadir:

—Bueno, había una chica —aseveró, y continuó cavilando.

Los policías volvieron a mirarse. Tena estaba colmado de entusiasmo. Su superior, por el contrario, parecía aburrirse.

—¿Qué chica? —quiso saber Marcos, ávido de pistas que seguir.

A Max se le abrieron los ojos hasta parecer dos canicas. Por lo visto, acababa de dar con el nombre.

—¡Alyssa! —exclamó—. Alyssa Grifero creo que era su nombre completo. Encontradla y obtendréis las respuestas que buscáis.

—Alyssa Grifero —susurró Tena mientras lo anotaba en su cuaderno—. ¿Qué tenía que ver con Charly?

—¿Una puta? —añadió Barreneche con marcada grosería—. ¿Era su fulana?

—Alyssa era una niña. —A Max se le ensombreció la cara mientras hacía movimientos de negación con la cabeza—. Pero tenía algo con Charly que yo nunca entendí, tíos. Él no le permitía entrar al bar —aseguró con un penoso tono de voz—. Insisto, era solo una niña.

El interrogatorio había concluido para Julián Barreneche, y por lo tanto, también para su joven ayudante. Después de que el policía se secara las manos con un trapo seco, dejaron a Max curándose la inflamación del pómulo con un cubito de hielo y abandonaron el Sensations.

—¿Cómo sabías que aquí trafican con droga? —preguntó Tena, de un repentino buen humor.

—Llevo mucho tiempo en esto, chico. —El más mayor esbozó una vanidosa sonrisa mientras respondía.

—Entonces, ¿no deberíamos cerrar el local de inmediato y arrestar al gordinflón?

—Hazlo tú si quieres —dijo el jefe con hastío—. Eso es trabajo de los incompetentes de la Unidad de Droga. No perderé mi tiempo en cosas que no me corresponden.

Nada más terminar de hablar se giró hacia Tena, puso la mano en su hombro izquierdo, y dijo sus últimas palabras de la jornada:

—Escúchame bien: Alyssa Grifero será tu primer cometido como mi aprendiz. Encuéntrala.

Jueves 9 de noviembre de 2006

Al día siguiente, Barreneche se reunió con el juez Callejo en su despacho para repasar el caso. Era la hora del almuerzo. El juez había sido informado del desalentador aspecto que ofrecía el hogar del suicida. También fue informado con todo detalle de la «tranquila» conversación con Max (así lo describió Barreneche, que quiso obviar el asunto del revés en el pómulo y la ducha de alcohol).

Callejo, atento, asentía con la cabeza.

—¿Habéis recopilado algún tipo de información sobre esa tal Alyssa? —preguntó nada más el policía le habló de la joven.

—Estamos en ello —dijo Barreneche—. He ordenado a Tena que investigue. He hablado con él hace un momento por teléfono y me ha dicho que ha rastreado las últimas llamadas realizadas o recibidas con su línea de móvil.

—¿Y?

—Las últimas señales son de hace un par de días, y provienen de Ámbar. No creo que ande muy lejos —aseguró el policía, que deseaba terminar cuanto antes para ir a comer.

Callejo torció el gesto y suspiró. Después formuló la pregunta que llevaba algunos minutos queriendo hacer:

—¿Por qué has mandado a Tena a que investigue él solo? Para mí es un asunto muy serio, Julián.

—¿Acaso no te fías de él? —protestó el nombrado visiblemente ofendido.

—¡No me fío de ti! —Callejo elevó el tono de su voz y la réplica resonó en la habitación.

Un incómodo silencio se impuso en el ambiente. Lo rompió el timbre del teléfono móvil de Barreneche. Lo descolgó y se lo llevó a la oreja sin dejar de contemplar al juez. Se trataba de Tena.

—¡Sé dónde está Alyssa Grifero, señor! —gritaba el joven, más que hablaba, desde el otro lado de la comunicación.

Barreneche se irguió en la silla como un resorte.

—Estupendo Tena, buen trabajo —dijo, y de inmediato dio algunas órdenes—: Escucha, dime la dirección exacta y vete yendo hacia allí. Me reuniré contigo en cuanto llegue.

—¡Imposible, señor! —Marcos Tena continuaba gritando—. ¡La chica acaba de tomar un avión hacia Londres! ¡Y tiene una reserva hecha en un hostel de Oxford!

Alyssa Grifero bajó la escalerilla del avión con una mochila colgando del hombro y arrastrando una pequeña maleta azul. La ventisca que se había levantado esa mañana hizo bailar su melena hacia todas las direcciones, así que decidió que cuando terminara todo y volviera a casa, se cortaría el pelo. Tensó el cuerpo cuando entró en la terminal y sintió la diferencia de temperatura. Sin detenerse a fisgonear en ninguna tienda ni tomar siquiera un café rápido salió al exterior, donde un coche la estaba esperando. Sin apenas dar una bocanada de aire fresco, se subió al vehículo.

—Cuánto tiempo, *Dorian*. Me alegro de verte —dijo mientras se inclinaba para dar dos besos en las mejillas al hombre que ocupaba el asiento del conductor. La barba de diez días le pinchaba como siempre, y llevaba el pelo más largo de lo que recordaba. El gesto arrogante no lo había perdido.

El vehículo arrancó y abandonó los carriles del aeropuerto dedicados para la recogida de pasajeros.

—Has crecido desde la última vez que te vi —dijo el conductor con un marcado acento inglés y sin dejar de mirar a la carretera.

—Tú también has cambiado, tienes más arrugas.

Dorian dejó escapar una media sonrisa.

—¿Qué has venido a hacer a Oxford, si puede saberse?

—Negocios.

—Joder, sigues igual de misteriosa, en eso eres la Aly de siempre.

Grifero sonrió sin ganas y cambió de tema:

—¿Qué tal te va? ¿Sigues ganándote la vida atentando contra la intimidad de la gente?

—Es más que eso, pero sí —dijo Dorian con el gesto tenso—. Ahora mismo no tengo nada entre manos, así que si te enteras de algo...

—Lo tendré en cuenta.

—Sé lo de Charly —dijo él tras una pausa.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Dorian soltó un chasquido que rompió la tensión que se acababa de generar dentro del coche.

—De verdad no vas a contarme nada, ¿no?

—Quizá en otro momento.

Poco más de media hora después, llegaron a su destino. Dorian acercó a Alyssa hasta la puerta de su hostel, donde se despidieron con un abrazo. Prometieron seguir hablando a través del foro, donde ambos se sentían más cómodos.

Esa tarde, Sara Mora se sentó a la mesa para cenar con su nueva familia británica y, como ya venía siendo habitual en aquella casa, un ligero desorden reinó desde los entremeses hasta la sobremesa. Claire Connor, que era la que hacía y deshacía a su antojo en el hogar, había preparado una ensalada de espinacas, maíz y guisantes que a Sara le costó terminar. Como plato principal tenían una merluza exageradamente empanada, patatas fritas, brécol y zanahoria. La doctora había olvidado el sabor industrial del fish&chips. El postre fue lo mejor. Kurt, el forense budista y segundo marido de Claire que no se encontraba comiendo con ellos por motivos de trabajo, había comprado esa mañana una bandeja de *cupcakes*[\[13\]](#) de distintos sabores. Sara hubiera estado encantada de probar el de zanahoria, su favorito, pero Nick se abalanzó sobre él antes incluso de que la bandeja tocara la mesa. Aquel niño de imposible entendimiento se le había adelantado.

A las siete y media sonó el móvil de Sara. Se levantó de la mesa precipitadamente y a punto estuvo de perder la llamada antes de conseguir sacar el teléfono de la chaqueta de pana, que, lo más seguro, la señora Connor había puesto en el colgador de la entrada porque «quedaba bien». Era Mike Lennard.

El teléfono móvil hizo «clin», y Alyssa abrió los ojos en un acto reflejo. Le llevó menos de un segundo orientarse y recordar dónde estaba. Se incorporó, y tras acomodarse sobre la sábana con las piernas cruzadas, inspeccionó su *Blackberry*. Tenía un nuevo correo electrónico, lo que provocó que una torcida sonrisa se le dibujara en la cara.

De «Jasper» para «A.G.»

Hola,

Recuerda. Calle Cowley Road. Número 219. Cuéntame todo al detalle cuando termines.

Y ten cuidado.

Jasper

Suspiró. Después bloqueó el teléfono y se levantó hacia la cómoda, donde había dejado su reloj de muñeca. Eran las 18:35. Le sobraba tiempo.

Invirtió la siguiente hora y media en comer algo (había comprado en el *Tesco*[\[14\]](#) un sándwich vegetal y un yogur con pasas que no tenían demasiada mala pinta) y en disfrutar de un baño caliente con espuma.

Mientras se masajeaba los muslos empapados de burbujas de jabón, llegó a la firme conclusión de que estaba más nerviosa de lo que hubiera imaginado en un principio. No tenía nada que temer, pero el hecho de viajar sola a un país extranjero donde se hablaba un idioma que a duras penas chapurreaba, sumado a la incertidumbre de no saber lo que iba a suceder en las horas siguientes, le originaban molestos cosquilleos en la boca del estómago. Las elucubraciones de Alyssa saltaron después a Jasper y el cauteloso correo electrónico que le acababa de mandar. «Joder, Jasper, siempre tan brillante y precavido.»

La joven quiso eliminar los oscuros pensamientos de su mente jugando con las pompas que se amontonaban sobre sus rodillas. Unos diez minutos más tarde, cuando el agua empezó a templarse, decidió que ya estaba bien de tanto relax y salió de la bañera. Se secó y se puso unos vaqueros negros, unas botas del mismo color y una sudadera gris con capucha lo suficientemente amplia como para ocultar la mayor parte de su rostro. Antes de abandonar la habitación, observó el exterior a través de la ventana. Desde el piso bajo de un hostel de humildes pretensiones, la estampa de la Rawlinson Road no podía ser más deprimente: el pequeño aparcamiento del edificio lucía vacío, mojado y cubierto en gran parte por hojas muertas que caían de los árboles

de la calle. Delimitando el área, un viejo muro de piedra invadido por el musgo. Cuando las primeras gotas de lo que terminaría siendo una densa tormenta se estamparon contra el cristal, Alyssa lanzó un improperio al aire. Daba igual, iría caminando de cualquier forma. No importaba que tuviera que atravesar la ciudad mientras el cielo caía sobre sus cabezas; coger un autobús no era una opción. Los últimos años de su vida le habían obligado a adoptar la irritante costumbre de dejarse ver en público lo menos posible, con independencia de que estuviera en otro país, y mucho menos en tal grado de excitación. Colgó la mochila sobre su hombro derecho y salió dando un portazo.

Mike Lennard habló con un nervioso tono de voz al otro lado del teléfono:

—Hola Sara, ¿te llamo en mal momento? —dijo al escuchar jaleo de fondo.

—¡Hola Mike! —saludó ella, felizmente sorprendida—. No, en realidad. Estoy cenando con mi lunática familia de acogida. ¿Qué tal?

—Solo dos cosas. Quiero invitarte a tomar algo esta noche, en mi casa. Te prometo que lo pasaremos bien.

—Mike... —Sara, indecisa entre lo que debía y lo que quería hacer, meditó bien sus palabras—. Ya te dije que hoy no puedo.

—No, eso fue hace dos días. Me dijiste que ayer no podrías por tener una visita a Cambridge. ¿Qué tal hoy?

Sara puso los ojos en blanco por haber sido tan estúpida de no contar bien los días.

—Mike, simplemente no creo que debamos vernos en tu casa por ahora. Acabamos de conocernos. Es muy pronto, ¿no crees?

—Está bien, lo acepto —dijo él con resignación.

—Bien.

—La segunda cosa que quiero decirte no creo que sea de tu agrado.

Sara frunció la frente.

—Te escucho.

—No te dije toda la verdad acerca de mí —afirmó de pronto.

—¿Cómo dices? —Ella elevó el tono de su voz.

—Hay algunas cosas que no te he dicho, aunque lo haré, no te preocupes —dijo—. Pero debe ser en persona. Por eso quería que nos viéramos hoy.

Sara no contestó. Esta vez estaba más furiosa que intrigada, así que colgó sin despedirse. Totalmente contrariada regresó al salón, donde se disculpó ante Claire y Nick, rechazó una taza de té con leche que la mujer estaba preparando, y escapó con premura a su habitación.

«¡Mierda —se repitió frustrada—, mierda, mierda!»

Recorrió la habitación de un lado para otro sin sentido aparente, intentando centrar sus pensamientos. Estaba sufriendo un pequeño ataque de ansiedad. Otro más en muy pocos días.

«A ver, Sara, céntrate —se ordenó con severidad—. ¿Qué significado tenía la llamada?»

Sin dejar de andar en círculos, la joven pensaba en diferentes posibilidades, problemas razonables que el gemelo de Charly quisiera compartir con ella.

«Problemas...»

«Gemelo...»

Sara apretó los dientes. No se podía creer que estuviera metida de nuevo en un asunto relacionado con...

«¡Charly de las Narices!»

Se detuvo un instante, respiró hondo y se obligó a verlo todo desde una perspectiva más optimista. ¿Y si lo que Mike tenía que contarle no fuera nada malo?, se preguntó. ¿Cómo había notado su tono de voz? ¿Alegre o preocupado? «Recuerda, Sara, recuerda.» Su dilema interno cambió de rumbo hacia una idea más perturbadora: «¿Y si... —volvió a preguntarse—, y si aquel hombre no era en realidad el hermano gemelo de Charly?» ¿Era eso lo que pasaba? En el permiso de conducir venía identificado con el nombre de Mike Lennard, y no Rubial. Él había asegurado que se había cambiado el nombre, pero, ¿y si había mentido sobre eso? «Imposible —concluyó Sara, cuyo cerebro estaba venciendo la ansiedad en favor de su propio rendimiento— ¡era idéntico a Charly! —exclamó ahora en voz alta—. Tienen que ser hermanos.» Entonces, ¿qué?

Se sentó sobre la cama y abrazó con fuerza su peluche de perro Golden. Tenía ganas de llorar. Echaba de menos Ámbar. Y a Diana. No podía creerse que hubiera abandonado su hogar para huir de su pasado, y en tres días ya estuviera viviendo con cuatro locos, duchándose en compañía de arañas, y quedando con el hermano gemelo de su casi violador que, para rematar la jugada, le estaba mintiendo y acosando.

¿De verdad podía considerarse acoso?

Mike era un hombre agradable, con buena conversación, y además la respetaba. No era justo que le juzgara por ser el hermano de quien era. Tan solo quería quedar con ella una noche y contarle algo más íntimo. ¿Qué tenía eso de malo? Se relajó y abrió su portátil con el fin de pensar en otra cosa. No lo había utilizado desde el viaje en autobús que la trajo a Oxford, de modo que la noticia en «PDF» del Diario Montañés seguía en el monitor tal y como la había dejado. Sara se quedó observando la pantalla durante un tiempo con la mirada perdida, sin pensar en nada concreto.

«Espera un momento. —Acababa de atar un cabo, y era alarmante—. Mike dijo que había leído la noticia de este periódico y habló de Alfonso, Verónica y su embarazo. Sin embargo —movió el cursor de arriba a debajo de la noticia, buscando unas palabras que sabía que no encontraría—, en la noticia no menciona el embrazo por ninguna parte.»

Quedó absorta. «Ese hombre sabe más cosas de las que me ha dicho». Se levantó de golpe y comenzó a vestirse. La situación no le gustaba en absoluto. ¿Por qué le ocultaría algo así? «Pensándolo bien —se dijo mientras se ponía un jersey de algodón blanco—, todo ha sido muy extraño desde el primer momento. Coincidimos en el mismo país, misma ciudad y mismo bar. Y además, ¿quién reconoce a alguien que no ha visto en su vida salvo por una simple fotografía publicada en un pequeño hueco de una noticia digital?» La realidad era que nada tenía sentido; todo parecía inverosímil.

Antes de salir de su habitación, miró por la ventana y se fijó en que el cielo oscuro amenazaba lluvia. Cogió el paraguas y salió de casa sin decir nada más a nadie.

Lo primero que hizo Alyssa en cuanto enfiló Banbury Road hacia el sur fue comprobar la hora: las 20:35. La tormenta ya había despertado del todo, y antes de quince minutos la joven ya estaba empapada.

A cada paso que daba, el hormigueo del estómago le crecía y le subía hasta el pecho. Se insultó a sí misma por ser tan estúpida, aunque en lo más profundo de su ser sabía que en cierto modo se enfrentaba al momento que determinaría su futuro y la convertiría, quizá, en una persona totalmente distinta. Necesitaba con urgencia un cambio de rumbo en su vida, definirse, eliminar sus fantasmas internos y aferrarse a alguna señal que la hiciera reconciliarse con el planeta.

Llegó al centro histórico, y mientras atravesaba St. Giles, apretó los dientes, no solo por efecto de los nervios contenidos, sino porque el frío ya le había llegado a los huesos y le hacía chirriar los dientes. Aceleró el paso, pues según sus cálculos le quedaban menos de quince minutos de camino.

Cowley Road se le hizo eterna. A medida que avanzaba, las casitas de ladrillo unifamiliares con tejados picudos fueron siendo reemplazadas por comercios extranjeros de todo tipo, principalmente de comida rápida. El número 219 era un adosado de ladrillo oscuro de pocos metros cuadrados construido junto a una licorería. Era una réplica exacta, aunque más bien coqueta, de las siguientes viviendas que se alzaban junto a ella a lo largo de la avenida. Desde el otro extremo de la calle, Alyssa no percibió ninguna señal de vida en el interior. Miró el reloj de nuevo. Las 21:37. En efecto, había llegado con unos minutos de antelación. Se fumó un par de cigarrillos para hacer tiempo. Después, con la ropa chorreando, compró un kebab en el turco que tenía a su espalda y se lo comió allí, de pie sobre la acera. El toldo del local la resguardaba de la lluvia.

De pronto se encendió una luz en una de las estancias de la casa. Alyssa se estremeció al identificar la silueta de una persona tras la ventana. Tac. Un fuerte sentimiento despertó en su interior.

«Te encontré.»

Dejó caer la mitad del kebab a un cubo de basura e, iluminada por la luz cálida de las farolas, cruzó la calle. No llegó a la puerta, sin embargo, pues a mitad de camino descubrió que un lúgubre callejón de menos de un metro de ancho separaba el número 219 de la licorería. Decidió dedicar un par de minutos a inspeccionarlo. Encontró una ventanita en la pared lateral del edificio, posiblemente la del cuarto de baño, que según Alyssa era perfecta para obtener información de lo que ocurría en el interior.

En ese preciso momento se encendió otra luz dentro del edificio que iluminó parcialmente el callejón. La joven se echó a un lado rezando en voz baja por no haber sido descubierta. Una vez recuperado el ritmo respiratorio, se acuclilló bajo la lluvia y encontró un ángulo de visión desde donde podía ver, a través de la ventana, todo lo que reflejaba el espejo del aseo.

Entonces algo ocurrió, y Alyssa sintió un intenso malestar en sus entrañas.

Tac.

Pocos minutos después, el sonido seco de un disparo se oyó como un trueno en el 219 de Cowley Road, rompiendo la calma de la noche y alarmando a todo el vecindario.

Capítulo 5

—«Hay más peces en el mar», me decían todos cuando me divorcié de Violeta. Jodidos ignorantes.

—¿Acaso no es cierto lo que insinúa la frase, doctor?

—¡Por favor, Morgan! A nadie le apetece comerse un filete de merluza cuando se acaba de meter un kilo de gambones al estómago, ¿no? Me pregunto quién fue el primero en decir esa horrenda frase hecha que todos repiten pero nunca nadie quiere escuchar.

Jueves 9 de noviembre de 2006

La denuncia ya se había producido, y nada de lo que se pudiera o no haber hecho tenía ya importancia. No le cabía la menor duda de que albergaba todas las papeletas para que le declararan, como mínimo, principal sospechoso. Se encontraba entre la espada y la pared. La denuncia formal había llegado a la policía esa misma mañana; ya solo quedaba esperar al juicio, y, tras él, conocer la condena.

Jaime Vergara observó a su superior, el doctor Ángel Fuenmayor, a través del cristal de la puerta del despacho de éste, y se detuvo un instante. No le apetecía comentar el caso con él, pero sabía que la conversación resultaba inevitable. Aún quedaba una cosa que debía ser aclarada. «Estoy a punto de dar el primer paso hacia una caída libre», pensó, profundamente alicaído. Llamó con los nudillos, giró el pomo, entró en el despacho, y, cabizbajo, se esforzó en sonreír. El doctor Fuenmayor le devolvió el saludo y le invitó a sentarse.

—Bueno, vamos a ver. La última vez que me citaste en tu despacho fue para contarme lo de tu divorcio. ¿Qué has hecho esta vez? —bromeó Jaime, que intentaba parecer despreocupado.

—Jaime, no me fastidies. No me digas que no sabes por qué te he llamado. —El jefe de neurocirugía, más taciturno que de costumbre, se revolvió en su silla.

Vergara se hizo el sueco.

—Me ha llegado lo de la denuncia —afirmó el superior con solemnidad—. ¿No pensabas contármelo nunca? —le abroncó.

—Mira, ¿qué quieres que te diga? Supongo que toda esta mierda es solo asunto mío —replicó, agravando el tono de su voz.

—No. Obviamente no lo es.

Jaime se mantuvo escrutando los ojos de su jefe, pero no añadió ningún comentario. Se negaba a adelantar el momento de su crucifixión.

—Tío, ¿qué hiciste? —preguntó Ángel Fuenmayor con aire paternal.

El subordinado alzó las cejas y después hizo un molesto chasquido con la boca.

—¿Acaso no has leído la denuncia?

El doctor Fuenmayor se limitó a resoplar con cara de pocos amigos, instando a Jaime a tomarse el asunto en serio.

—Pues mira, Ángel, le introduje al pobre Shapiro algún tipo de veneno a través de la vía. Acto seguido me tiré a la esposa de su hijo a los pies de la cama —respondió el joven sin pestañear.

—¡Jaime, maldita sea, estoy hablando en serio! —El médico superior levantó la voz por primera vez en la conversación—. ¿Crees que esto es un juego?

—Soy inocente, Ángel, ¡joder! —exclamó el acusado, irritado, y golpeó la mesa con la mano demostrando un extraordinario descontrol—. ¿Acaso me crees capaz de hacer algo así?

Tras unos segundos de escrupuloso silencio, el mayor de los dos se inclinó hacia delante y buscó a su mejor médico con la mirada.

—No me hables como si fuese tu enemigo, Jaime —dijo condescendiente, y levantó una mano

—. Espera, déjame hablar. Estoy de tu parte y pienso ayudarte. Creo en tu inocencia y sacaremos esto adelante.

—Gracias, Ángel. —El joven médico recuperó la calma y se disculpó frente a su jefe—. Siento haberme puesto así, estoy bastante jodido.

—Sin embargo —añadió el mayor, y Vergara esperó derrotado una sentencia que, a pesar de resultar claramente previsible, le había estado persiguiendo durante días—, no me queda otro remedio que suspenderte de empleo y sueldo hasta que todo esto se solucione.

No podía negar que se trataba de una imposición social y profesional, más que un castigo. Ángel y él eran buenos amigos, y a Jaime le pareció detectar en sus ojos una sombra de tristeza y decepción. No podía culparle.

La conversación continuó durante algunos interminables minutos más. La pregunta que flotaba en el aire pero que el jefe de neurocirugía no se atrevió a realizar —por vergonzosa e inconcebible— era cómo había podido ser cazado junto a la nuera del paciente en una actitud... cariñosa. Para él, que creía conocer a Jaime como a un hijo, la respuesta a aquella pregunta iba más allá de lo explicable.

Nada más abandonar el hospital, Jaime fue asaltado por una periodista de Telecinco y otro de Antena3, ambos con sus respectivos cámaras detrás, en las escaleras de la entrada al edificio.

—¿Tiene algo que decir sobre la acusación que le coloca como el asesino de Shapiro? —preguntó el reportero.

Vergara aceleró su paso sin contestar.

—¿Cómo se siente, doctor? —insistió el mismo, acercando aún más el micrófono a la mandíbula del médico.

—Sobreviviré.

—Venga, dinos algo, danos una buena exclusiva —añadió la de Telecinco, que se atrevió a tutearle.

A Jaime siempre le habían dado nauseas ese tipo de *periodistas de barro*, como él los llamaba, que se creían con derecho a todo con tal de conseguir un titular. Ahora que era él el que estaba tras los micrófonos, no pensaba concederles el placer de contestar.

Empezó a sentir desagradables retortijones en el estómago, y además estaba cogiendo frío, allí donde fuertes ráfagas de viento convertían el norte del madrileño Paseo de la Castellana en un lugar desolador. Alzó la mano haciendo detener al primer taxi que pasó y se montó a toda prisa para alejarse de la carroña periodística cuanto antes. No le apetecía regresar a su casa y no sabía a dónde ir, así que ordenó al taxista que le llevara a la glorieta de Alonso Martínez, que fue el primer lugar que le vino a la mente. Cuando llegó a su destino y bajó del vehículo, se quedó de pie sobre la acera, indeciso, sin saber muy bien a dónde ir. Finalmente, decidió cruzar la calle hasta el Gran Café Santander.

Al poco tiempo de pedir un café con leche y una porción de tarta de zanahoria, comenzó a emitirse un avance informativo en la televisión. Tras algunas noticias relacionadas con la guerra de Gaza y una masacre en Bagdad, le tocó el turno a su historia. Por fortuna, la primicia no duró más de diez segundos:

«Esta misma mañana, el joven doctor Jaime Vergara, del hospital de La Paz, ha sido señalado como principal sospechoso de la muerte del famoso empresario Juan Shapiro. “Se trata de un homicidio premeditado”, ha manifestado el hijo de Shapiro. Ampliaremos los detalles de la noticia en el informativo de las tres.»

Jaime resopló asqueado.

Desde hacía un par de semanas, justo antes de que Juan Shapiro muriera, una sensación cada vez más pesada y desagradable se le había ido formando dentro del estómago. No obstante, la depresión no se había apoderado de él hasta esa mañana, cuando abandonó el despacho del doctor Fuenmayor y se vio completamente desamparado. Su propio estado de ánimo le sorprendió. Desde el primer momento de la historia supo que había caído de lleno en una trampa. Nada más fallecer su viejo paciente y recibir la denuncia supo que, si no se producía un milagro, estaría jodido. Lo iban a condenar y tendría que despedirse de todo lo que había conseguido en sus años como médico. En un principio, por supuesto, había recibido la denuncia con sorpresa. Después estuvo esperando a que le confirmaran la fecha del juicio que le condenaría, asunto que aún estaba en el aire, de manera razonablemente despreocupada. Pero ahora, una vez que había hablado del tema con su mentor, un malestar empezó a agobiarle.

Al llevarse el primer trozo de pastel a la boca tuvo la sensación de que el bizcocho se le hacía bola en su interior. Le costó tragar y apartó el plato a un lado.

Todo aquello era nuevo para Jaime. Jamás había sido acusado por nadie, y nunca había hecho nada ilegal, a excepción de la vez en que, con doce años, aquel hombre musulmán que vendía golosinas en la tienda del barrio le pilló llevándose sin pagar un paquete de chicles. Se consideraba un hombre impulsivo y vehemente, pero no era un delincuente, y mucho menos un criminal. La denuncia era importante, nada más y nada menos que una acusación grave de homicidio. A su favor contaba con su inocencia, que debía demostrar por todos los medios, y el apoyo de todo un ejército de médicos que le secundarían en los testimonios.

Adoptando una posición optimista, confiaba en salir adelante y evitar el encarcelamiento. Sin embargo, desde el punto de vista económico, el tema era catastrófico. Sin haber cumplido aún la treintena, los ahorros de Jaime eran limitados, a pesar de contar con un respetable sueldo de neurocirujano. Hizo unos cálculos rápidos mientras bebía café y llegó a la conclusión de que le faltaban fuerzas para valorar a cuánto ascenderían los gastos. Administrando el dinero con prudencia, conseguiría pagar tanto los costes judiciales como la retribución de un abogado. El problema era que su jefe le había dejado de pagar hasta que, al menos, concluyera el caso.

Sopesó la posibilidad de vender la casa y el coche, cosa que le haría polvo. En pleno cambio de milenio, nada más abandonar la facultad y animado por su alentadora mensualidad en su primer trabajo como médico, decidió buscar un domicilio fijo. Descartó varias casas hasta dar con un piso de cincuenta metros cuadrados en Cuzco, justo pegado a la Castellana. El anterior propietario había comprado y reformado la vivienda con un gusto que encandiló a Jaime, pero cuando se casó y su mujer quedó embarazada, decidieron trasladarse a un piso más grande, así que el médico recién titulado pudo comprar la casa que estaba buscando a muy buen precio. La vivienda solo necesitó algunos retoques, como tirar un par de tabiques y cubrir la terraza con enormes ventanales, perfectos para observar el ir y venir de los coches a lo largo de la calle Orense sin necesidad de mojarse cuando llovía o de volverse loco con los cláxones o el ruido de los motores. Era el nido perfecto para un soltero de oro, aunque en verdad esperaba encontrar una compañera con quien convertir el nido en un hogar familiar.

Tres años después, con todo el dinero que había ahorrado y la concesión de un buen préstamo bancario, Jaime cumplió su capricho más soñado: compró un Porsche 911 Carrera recién salido de fábrica, color gris metálico y con asientos de cuero granate. Sus trescientos cincuenta caballos de potencia le hacían alcanzar los cien kilómetros por hora en menos de cinco segundos. Ahora, con más de cien mil kilómetros sobre sus ruedas, el valor del vehículo se había reducido a menos de la mitad del precio original, y además el sector del automóvil no estaba en su mejor momento. Jaime sabía que en la actualidad no podría volver a comprarse un coche así, de modo que quería conservarlo.

Pero la tragedia que supondría perder la casa y el coche no era nada en comparación con la inmensa pérdida de prestigio que acababa de sufrir, posiblemente irreparable.

Su reputación se había ido a la mierda. En el futuro, a no ser que en el juicio se demostrara su inocencia, muchos pacientes se lo pensarían dos veces antes de confiar su vida a un neurocirujano que ha sido acusado por homicidio dentro del propio hospital. Sabía que podía contar con sus colegas de profesión, la mayoría de ellos conscientes del sucio e injusto juego del que había sido víctima, pero a partir de ahora se le iba a mirar con lupa. Le esperaban tiempos de miradas de reojo por los pasillos y cuchicheos a sus espaldas. Y no podría permitirse el más mínimo error. Eso, por supuesto, si algún día lograba recuperar su trabajo.

Lo que más le dolía, no obstante, era el orgullo.

Él, un simple médico que trataba a un paciente, había mordido el anzuelo, cayendo de lleno en la trampa de una familia oscura, ambiciosa y conspiradora. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Estaba convencido de que ese vividor canalla se encontraba en esos momentos descorchando una botella de champán junto a su famoso abogado y con una estúpida sonrisa en los labios. Jaime se sintió humillado.

¿Cómo demonios podía haberle salido todo tan mal?

El caso Shapiro nació, de un modo de lo más caótico, en la entrada para vehículos de Urgencias del hospital de La Paz la mañana del 21 de junio, día en que la primavera cedía el testigo al verano. Todo sucedió en cuestión de segundos. Jaime acababa de salir del cuarto de baño cuando observó a los sanitarios empujando una camilla que trasladaba a un hombre mayor. Estaba, a simple vista, inconsciente. «¡Hombre de sesenta años que se ha desplomado en la calle hace veinte minutos! —le fue informando uno de los sanitarios mientras avanzaba por los pasillos de Urgencias a la carrera—. A nuestra llegada, el paciente estaba sin pulso. Tras las maniobras de reanimación, hemos conseguido mantener las constantes vitales.» Vergara y su equipo enseguida se pusieron manos a la obra. Tras diagnosticar un accidente cerebrovascular en el paciente, Jaime pasó cinco horas en quirófano intentando drenar la hemorragia cerebral para evitar un excesivo aumento de la presión intracraneal. Logró salvarle la vida, al menos temporalmente: el hombre había entrado en coma y ni Vergara ni ningún otro médico del hospital hubieran apostado un solo euro por que saliera adelante.

A eso de las cinco de la tarde de ese mismo día, Jaime todavía no había metido nada al estómago, por lo que decidió hacer una rápida visita a la cafetería del hospital, donde pidió un café con leche y un Donut. Desde la barra miró de reojo al televisor del establecimiento, donde estaban emitiendo un programa sensacionalista del corazón, y desvió la mirada. No obstante, algo percibió que hizo centrara su atención de nuevo en el aparato. En la parte inferior de la

emisión, un rótulo se repetía superpuesto una y otra vez como un carrusel. Vergara achinó los ojos para leerlo:

«El empresario Juan Shapiro, propietario de muchas de las firmas de moda más importantes del país, hospitalizado de urgencia esta mañana en el hospital de La Paz, Madrid.»

El joven doctor arqueó las cejas. «Así que el viejo es una celebridad», caviló en silencio, lamentando su ignorancia.

La noticia quedó incrustada en su cerebro. No le importaba en absoluto que su nuevo paciente fuese un hombre rico, al fin y al cabo su trabajo iba a ser el mismo, y de igual manera su responsabilidad. Pero había algo más. *Shapiro*. Le sonaba ese apellido. Y no como el de alguien famoso, sino más bien como el lejano recuerdo de algo que parecía proceder de una vida pasada.

—¡Hombre, Jaime! —exclamó una voz a su derecha. El citado se giró en un acto reflejo— ¡Qué jodida casualidad!

Hasta que el recién llegado no le dio la mano, Jaime no le reconoció. Una sonrisa de agrado se dibujó en su rostro.

—¿Ernesto? Ya decía yo que me sonaba ese apellido. ¡Ernesto Shapiro! —repitió, jovial—. Oye, siento muchísimo lo de tu padre. Vamos a hacer todo lo que podamos por él.

En el colegio, a finales de los años ochenta, Jaime Vergara y Ernesto Shapiro habían sido más que simples amigos, en especial tras coincidir en el equipo de fútbol del barrio. La amistad terminó de forma natural, sin más motivo que el distanciamiento, tras el último día del último curso del colegio. Cada uno tomó su camino hacia diferentes universidades y durante los últimos diez años no se volvieron a ver. En aquel momento, cuando se encontraron inesperadamente en la cafetería del hospital de La Paz, se observaron el uno al otro con divertida curiosidad. Ernesto tenía la tez rojiza, y un pelo negro y rizado más enmarañado de lo que Jaime recordaba.

El humor de Jaime había mejorado de repente. Invitó a su viejo amigo a tomar un café y se quedaron charlando en una de las mesas de la cafetería en torno a un plato repleto de deliciosos bollitos de crema, merengue y chocolate.

Enseguida la conversación se convirtió en un amistoso duelo verbal sobre lo que había hecho cada uno después de los años de colegio. Descubrieron que las vidas de ambos no podían haber resultado más diferentes. Ernesto Shapiro pasó de la escuela al instituto, y de ahí a la prestigiosa universidad de Harvard, Massachusetts, donde estudió economía como buen primogénito de poderoso empresario. De allí dio el salto al mundo de los negocios, acabando en la franquicia de su padre y siempre bajo su protección. Vergara se licenció en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, y toda su corta vida profesional la había dedicado a estudiar, abrir y reparar cerebros humanos. Después de que los dos viejos amigos dieran un largo repaso a las divertidas anécdotas de la niñez, la conversación empezó a girar en torno al presente, al padre de Ernesto, y su implacable enfermedad. Shapiro dejó la jarra de cerveza —la había pedido al acabarse el café y los bollos, aunque Jaime no le acompañó— y miró a su amigo seriamente.

—Mi padre es el corazón de la empresa, tío. Tienes que hacer que sobreviva o todo se irá al garete.

—Como te he dicho antes, haré más de lo que pueda por él —aseguró comprometido—. Está la cosa jodida, pero creo que le salvaremos.

—Mi mujer está de los nervios —añadió repentinamente el hijo del enfermo.

Jaime arqueó las cejas y se cruzó de brazos.

—Ignoraba que ella estuviera tan arraigada a su suegro —dijo—. De hecho, no me habías dicho que estabas casado.

—Sí, y desde esta mañana está sumida en una especie de ataque de ansiedad. —Shapiro se inclinó hacia delante hasta apoyar las costillas en el borde de la mesa—. Cuando venga por aquí, tranquilízala.

—Vale.

—Tienes que tranquilizarla, joder. Tú eres médico, ella te creará más que a mí. Invítale a un café, sé cariñoso con ella, y dile eso que siempre decís los médicos a los familiares, *que todo va a salir bien*. Te caerá genial, es una buena tía.

—Está bien, ya te he dicho que lo haré, no te preocupes —repitió el médico, algo incómodo con el tema de conversación—. Venga, he de volver a trabajar. No debería pasar tanto tiempo en la cafetería —dijo, y ambos amigos se levantaron.

—No se hable más, me alegro de verte, amigo. —Ernesto se fundió con Jaime en un sentido abrazo—. Te lo agradezco de veras. Por cierto —levantó la jarra de cerveza y la alzó en el aire—: ¡chin chin!

Durante las siguientes semanas de verano, mientras Vergara presenciaba los nulos progresos en la salud de Juan Shapiro, recibió en varias ocasiones la visita de Renata Shapiro, cónyuge de su amigo de la infancia. Su aspecto le sorprendió en un primer vistazo. Por algún motivo se había hecho a la idea que sería una mujer vulgar, quizá con unos kilos de más y demacrada por la ansiedad que Ernesto había jurado que sufrió tras el infarto de su suegro. La mujer estaba de buen ver. No es que luciera un escote para perderse en su interior, ni que tuviera un culo de locos, ni unos labios que invitaran a fantasear con probarlos. Solía llegar vestida con unos simples vaqueros, alguna camiseta de manga corta, y gustaba de anudarse la melena castaña en una coleta que le hacía parecer más joven de los treinta y cuatro años que en realidad tenía. Pero a Jaime, hombre soltero, le pareció una mujer atractiva, y, siendo sincero consigo mismo, una con la que en definitiva hubiera intentado acostarse de haberla conocido en algún *pub*.

Cada vez que la nuera de Shapiro se acercaba a la cama para comprobar que su suegro seguía en estado comatoso, se derrumbaba. A menudo, especialmente si no estaba acompañada de su marido, se lanzaba a los brazos de Jaime en busca de consuelo. Entonces se quedaba en esa posición durante un largo rato, sollozando. En esas ocasiones, con la derrotada mujer de su viejo amigo colgada de su cuello, el médico se acordaba a menudo de aquella tarde del primer día de verano en la cafetería del hospital. «*Tienes que tranquilizarla... Ataque de ansiedad...*» A Jaime le extrañaba que la nuera del enfermo estuviera mucho más afectada que su propio hijo, pero enseguida sus cavilaciones volaban hacia fantasías más sucias cuando sentía la entepierna de Renata en contacto con la suya propia.

Para ahuyentar los inapropiados pensamientos que le abordaban delante de ella, y siguiendo el consejo de su amigo de la infancia, Jaime solía acompañar a la mujer a la cafetería, donde pedía un par de cafés y la invitaba a sentarse en una mesa junto a él. De esta manera, ella se liberaba de sus penas por un momento, y él, de sus oscuras tentaciones.

Cierto día de septiembre, la joven se acomodó en la silla de la cafetería a muy pocos centímetros de distancia de él. Habían pedido, como ya era habitual, dos cafés con leche y sendos *croissants* rellenos de jamón y queso. Ella no llevaba coleta, sino que se había soltado la melena, y sus labios llevaban algo de carmín. Jaime no quiso darle importancia a estos detalles hasta que Renata, como de costumbre muy afectada por la situación de su suegro, acompañó la frase «gracias por todo lo que haces por nosotros» con un movimiento de mano por debajo de la mesa. Entonces Vergara sintió cómo ella cogió su mano derecha y la apoyó sobre su muslo femenino, a escasos milímetros de la bragueta. Todo sucedió en unos pocos segundos. Allí, a la vista de compañeros, pacientes, familiares de pacientes y camareros, la dulce Renata posó sus labios contra el cuello del doctor y lo besó hasta llegar al lóbulo de la oreja. Mientras, empujaba lentamente la mano de él hacia la zona de la cadera. Jaime se detuvo de pronto, y no permitió que ocurriera nada más a excepción de aquellos húmedos instantes. La estupidez, no obstante, ya había sido cometida.

Juan Shapiro murió el 7 de noviembre. Inmediatamente después del funeral, una denuncia aterrizaba en la comisaría a nombre de Ernesto Shapiro. La acusación venía acompañada de una serie de fotografías a gran tamaño tomadas desde los pasillos del hospital, tras la puerta de la habitación de Shapiro, o desde la sala de espera que había junto a la cafetería. En ellas se veía al doctor Jaime Vergara en actitud más que cariñosa con la nuera del todopoderoso recién fallecido.

Capítulo 6

—¿Por qué tengo la sensación de que está usted siempre en su salsa, doctor? Cualquiera diría que está aquí dentro por voluntad propia.

—¡Para nada! Qué cosas dice. Pero, querido Morgan, la realidad es que lo que somos hoy no volveremos a serlo mañana, y viceversa. No volverá a ser hoy nunca jamás. Primera enseñanza.

—¿Así que se trata de eso? ¿Me está aleccionando? Creo que ya soy mayorcito, Salas.

Viernes 10 de noviembre de 2006

El asfalto de las calles de Oxford seguía húmedo, aunque ya no llovía, cuando el agente de policía Alfred Horner salió corriendo de su casa. Eran las 02:15 de la madrugada. Subió a su Alfa Romeo y arrancó. Se movía entre los carriles a toda velocidad, saltándose cada semáforo en rojo que se encontraba en el camino y con la luz de emergencia activada (por absoluta precaución, ya que a esas horas no quedaba un alma en la ciudad). Tenía un mal presentimiento y deseaba llegar cuanto antes al lugar del crimen.

No era la primera vez que alguien le despertaba en mitad de la noche (o mientras tenía sexo con alguna mujer) para informarle de un crimen, robo o vandalismo. Sin embargo, hacía tiempo que el miedo no le acechaba de esa manera. En una ocasión, hacía casi cuatro años, cuando tenía veinticuatro y acababa de empezar a trabajar para el cuerpo de policía, Horner se vio envuelto en una pesadilla de tal calibre que aún en la actualidad se preguntaba el porqué de todo aquello.

Era el otoño de 2002, y el joven se estaba esforzando por empezar una nueva vida de adulto en la ciudad de Oxford. Le gustaban las motos y le apasionaba la acción que le proporcionaba su trabajo. Acababa de conocer a una chica. Se llamaba Donna Miller, una hippie tres años menor que él que vivía con sus padres en el barrio de Headington, al este de la ciudad. Se conocieron una noche de sábado, cuando él, que estaba de servicio, intentó requisar un porro de marihuana a la joven mientras esta se divertía con unas amigas. No llegó a detenerla, ya que no era *maría* lo que fumaban, sino tabaco de liar. Él, por supuesto, lo había sabido desde el principio, pero se trataba de una excusa tan buena como otra cualquiera para entablar conversación con la hermosa joven de melena rizada.

Una noche de miércoles, a las once aproximadamente, Alfred se disponía a regresar caminando a su piso, que tenía alquilado en el centro. Había pasado la velada en casa de Donna y acababan de decidir que se irían a vivir juntos en cuanto se lo comunicaran a los padres de ella. Aquella noche habían hecho el amor por primera vez en el sofá del salón de los Miller, aprovechando que estos se encontraban de viaje de placer.

Nada más abandonar la casa, el recién nombrado policía se volvió para mirar atrás. Tras la ventana del segundo piso vio el perfil de Donna alzando la mano por última vez, con una sonrisa de oreja a oreja y dando graciosos saltitos de felicidad. La perdió de vista cuando enfiló la Warneford Lane, una carretera amplia pero mal iluminada, y poco frecuentada a esa hora de la noche. No obstante, no conocía rutas de autobús en esa zona y no había visto a ningún taxi pasar en lo que llevaba de caminata, así que decidió ir a pie hasta su casa, que estaba a menos de dos millas.

Llevaba caminando poco más de diez minutos cuando le adelantó el primer coche. El halo de los faros iluminó un tramo de la carretera que, cercada por hileras de árboles, ofrecía un aspecto fantasmagórico. No lo vio venir. De súbito, el coche se subió a la acera por donde Alfred caminaba y se cruzó violentamente a pocos metros de él, cerrándole el camino. El joven no reaccionó. Continuó avanzando y modificó el rumbo con el objetivo de cambiar de acera. No quería problemas y tampoco tenía otra alternativa. El corazón le bombeaba la sangre con más fuerza de lo habitual. Cuando pasó junto a la parte trasera del coche, Horner oyó cómo se abría la puerta del vehículo. El conductor portaba un puño americano en su mano izquierda y se estaba dirigiendo a él con decisión, dispuesto a partirle la cara. Alfred palideció y quedó bloqueado.

Metió la mano dentro de la chupa de cuero en busca de su pistola, pero olvidó que no estaba de servicio y que no la llevaba encima. No tuvo tiempo más que para llevarse las manos a la cara y esperar a que el agresor se la destrozara.

El primer impacto fue el peor. Sintió como si todos los huesos de su cabeza cambiaran de sitio y se le nubló parcialmente la vista. Sin saber cómo, había llegado al suelo. Mientras le apaleaba los riñones, Alfred pudo adivinar que se trataba de un hombre mayor que él, y a pesar de la oscuridad, pudo hacerse una idea de cómo era su cara. Por lo demás, aquel misterioso hijo de perra no abrió la boca en ningún momento. Alfred empezó a perder la visión. Ya apenas sentía nada cuando el agresor cambió de objetivo y pasó a darle patadas en la cara con una violencia desmedida.

Lo encontró un taxista diez minutos más tarde, inconsciente, y lo llevó al hospital.

Después de un par de días en coma, Horner despertó con varios huesos de la cara rotos, además de cinco costillas. Le realizaron algunas cirugías y consiguieron devolverle a su apariencia natural. Pasó dos meses en el hospital. Se reincorporó al trabajo e invirtió todo su esfuerzo en cazar al cabrón. Pero no llegó a tener éxito, ni siquiera obtuvo una sola pista sobre quién pudo ser. Al cabo de siete meses, Donna, la única mujer a la que había querido no solamente por primitivo deseo sexual, le abandonó. ¿Acaso podía reprochárselo? El carácter le había cambiado, y la veinteañera no tenía ninguna gana de aguantar de por vida a un policía atormentado y obsesionado con su trabajo. No quería un James Bond en su vida.

Después de aquel funesto acontecimiento, Horner necesitó varios meses para poder dormir de un tirón. Desde entonces, una vez hubo mirado a la muerte a los ojos y salido indemne, no volvió a sentir el miedo. Hasta esa noche.

Todavía le quedaban algunas manzanas para llegar a la dirección que le habían comunicado, cuando ya se empezaba a ver bullicio en la calle. Algo sobrenatural para esas horas de la madrugada. Un par de coches de policía y decenas de vecinos en pijama invadían Cowley Road en torno al número 219. El agente detuvo el coche, se colocó la chaqueta donde guardaba la placa y la pistola, y salió al encuentro de Carroll, que le estaba esperando. Este le resumió la situación. Le acompañó hacia el interior de la vivienda, donde Horner vio todo el pastel. Después le presentó a Carl y Amy, dos adorables ancianos que, entre nerviosos balbuceos, explicaron su versión: «Estábamos acostados y yo no podía conciliar el sueño —explicó Carl, temblando—. Entonces escuché un ruido muy seco, ¡como un petardo! Me levanté alarmado y entreabrí la puerta para asomarme a la calle. Pero no había nadie. Solo la puerta de este apartamento abierta. Me acerqué para fisgonear cuando vi... cuando vi esto...» Carl señaló el cuerpo inerte, pero no fue capaz de continuar.

La pareja de ancianos vivían en el portal 221. Fueron la segunda y tercera personas en acercarse al escenario del crimen.

Después Carroll dirigió a Horner hacia el otro lado de la calle, donde un grupo de tres policías tomaban declaración a una joven asustada. No debía de tener más de treinta años, según dedujo Horner mientras se acercaba. «Esta chica fue la primera en llegar. —Carroll le puso en antecedentes rápidamente—. Ya estaba en la casa cuando Carl acudió. Al menos eso es lo que me ha contado el viejo.»

Tras presentarse como agente de la policía de Oxford, Alfred rogó a los demás agentes, incluido su compañero, que le dejaran a solas con ella. Decidió sentarla en el asiento del copiloto del Alfa Romeo, donde comenzó un improvisado interrogatorio.

—¿Nombre y apellidos?

—Sara Mora.

Alfred asintió en silencio. «Primera conclusión: por el nombre y el acento, no es británica», apuntó mentalmente. Después le pidió ver su documentación. Ciudad de origen: Ámbar (Cantabria). País: España. El agente se tomó un tiempo para observar a la joven. Parecía estar en otro mundo. Habían transcurrido ya algunas horas desde el atentado, pero su adrenalina parecía seguir por las nubes. A pesar de tener un rictus tenso y cansado y la melena mojada por la tormenta, parecía ser una chica atractiva. Y el hecho de que fuera española lo hacía todo mucho más interesante.

También se fijó en que tenía una casi imperceptible mancha de sangre en la mano derecha.

«Es la principal sospechosa en estos momentos», le había asegurado Carroll hacía un instante. «¿Por qué dices eso?» quiso saber Horner. «Porque, de todos los curiosos —le argumentó su compañero—, es la única que no vive aquí. Además, nadie la vio llegar.»

El policía dejó el documento de identidad de la chica sobre el salpicadero y volvió a dirigirse a ella, esta vez en español, idioma que dominaba bien.

—Quiero saber tu versión. ¿Qué fue lo que viste? No escatimes en detalles.

La joven se armó de valor y comenzó su relato:

—Llegué al anochecer. No —rectificó—, ya era totalmente de noche. Había estado recorriendo la ciudad andando, así que me encontraba cansada. Cuando pasé por delante de la puerta, la encontré abierta. Y la luz del recibidor encendida.

—¿No escuchaste ningún disparo?

—N...no... —balbuceó la interrogada.

—Los vecinos aseguran que oyeron un disparo. Además, no querría parecer precipitado, pero es bastante evidente que lo hubo —dijo el agente con sorna, haciendo referencia al incuestionable arma del delito.

—Estaba cansada y tenía los auriculares puestos. Iba escuchando música —aseguró ella.

Desde el interior del coche, la calle se veía como un túnel *flasheado* por los refulgentes focos de los otros dos vehículos policiales. Era como si todo el mundo hubiese desaparecido.

—De acuerdo. ¿Qué hiciste después? —prosiguió Horner.

—Me acerqué, y en seguida supe que pasaba algo. Vi a algunos vecinos saliendo de sus casas, alarmados, y me di cuenta de que ellos también se dirigían a donde yo estaba. Les pregunté por lo ocurrido cuando estuvieron cerca, más por extrañeza que por preocupación. Entonces cuatro pares de ojos me rodearon. Dos hombres y dos mujeres en edad de cobrar la pensión. Los cuatro estaban en pijama, y una de las señoras llevaba los rulos puestos.

—¿Te dijeron algo?

—Aseguraron que habían escuchado un disparo. Ahí fue cuando me asusté de verdad.

—Vale. Prosiga.

—Me abrí camino entre ellos y llamé al timbre al mismo tiempo que entré en la vivienda. No sé por qué lo hice. —Se encogió de hombros sin dejar de mirar al infinito—. Supongo que para ahuyentar al miedo. En el interior olía a pólvora, y me entraron unas ganas incontenibles de

vomitarse. Luego me acerqué a la puerta del servicio, cuya luz también estaba encendida, y entonces vi... entonces vi...

Sara comenzó a convulsionar y a llorar sin control. Tapaba su cara con ambas manos, y se mantuvo en ese estado de crisis nerviosa durante varios minutos. El interrogatorio se vio automáticamente interrumpido, aunque Horner no necesitaba más detalles. Sabía a la perfección lo que Mora había visto.

«Prepárate», le había susurrado Carroll al oído cuando, algunos minutos antes, ambos policías entraron en la casa para analizar el cadáver. Junto a la puerta del lavabo del primer piso, un hombre yacía tendido boca arriba en medio de un enorme charco de sangre. Cuando Horner, más por instinto policial que por mera utilidad, se acercó para tomarle el pulso, descubrió un cráter del tamaño de una ciruela a la altura del pómulo derecho, entre la oreja y la boca. La bala había atravesado parte de la mandíbula y había salido por la nuca. La cuenca ocular derecha estaba hueca. El impacto había sido tan violento que las baldosas de la pared más cercanas al espejo quedaron salpicadas de lo que había sido parte de la masa encefálica del hombre. Algo aturdido, preguntó a su compañero por la identificación del cadáver. Según su documentación, se llamaba Miguel Lennard y tenía cuarenta y un años. Y eso fue exactamente lo que Sara había visto.

Cuando la interrogada se calmó un poco, el policía decidió que no perdería más tiempo, así que siguió con la ronda de preguntas:

—¿Qué hacías en este barrio? Y no me digas que dar un paseo —advirtió al punto—. Nadie viene a esta calle para dar un paseo.

—No. Venía a ver a alguien —fue la misteriosa respuesta de la joven.

—¿A quién? —insistió Horner.

—Preferiría no decirle eso, agente.

—¿Conocías a Miguel Lennard?

—No —respondió.

Alfred sabía que no estaba siendo sincera. Su expresión no era la de alguien que no sabe de quién se está hablando. Es esa clase de cosas las que a un buen policía no se le escapan. Además, les había visto juntos la otra tarde bajo el Puente de los Suspiros. No cabía la menor duda: la joven Mora conocía al fallecido.

«La sospechosa Sara Mora miente», apuntó a bolígrafo en su libreta personal.

Mientras lo hacía, ella aprovechó para mirarle con más detalle. Si algo definía al policía era la seguridad que parecía tener en sí mismo, aunque sus movimientos daban a entender hastío y mal humor. Los huesos de las mejillas, pobladas por una barba de diez días, se le marcaban dotando a la cara de un contorno muy masculino. Bajo la ceja derecha, una cicatriz de por lo menos cinco centímetros resaltaba por encima de todo lo demás. Aún no le había visto sonreír, aunque apostaba por que presumía de una dentadura perfecta. Los ojos, tristes y profundamente azules, eran su punto fuerte. Se trataba del tipo duro más guapo que había visto. Lo último que llamó su atención antes de volver la mirada fue una venda que le cubría la muñeca derecha por debajo de la chaqueta. No le dio la menor importancia, sin embargo. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Horner se recostó de lado sobre el asiento de forma que pudo mirar de frente a los ojos de la interrogada, aunque esta, algo intimidada, volvió a fijar la vista en el salpicadero. Formuló la

pregunta del millón:

—¿Quién crees que ha matado a Miguel Lennard?

—No lo sé. Yo no he visto absolutamente nada, ya se lo he dicho —respondió Sara, que seguía pareciendo muy confusa.

—Escucha, esto es muy importante —insistió el policía—. ¿No conoces a nadie que tuviera razones para asesinarle? ¿Alguien con quien tuviera alguna deuda pendiente?

A Mora parecían terminársele las respuestas.

—No lo sé, de verdad que no lo sé, ¡repito que no conocía a ese hombre! —Por primera vez, Sara miró a Horner a los ojos. Su cara era la viva imagen del desconcierto—. ¡No conocía a ese hombre...! —repitió.

Las palabras se fueron muriendo en su boca según fueron brotando las lágrimas de nuevo.

Horner suspiró, consciente de que poco más iba a sacar de la conversación. Leyó lo que acababa de anotar, «La sospechosa Sara Mora miente», y lo subrayó.

A eso de las 5:30 de la madrugada, Carroll invitó a su compañero a desayunar. Ya no quedaban más fotografías del crimen por sacar, ni tampoco testigos por interrogar. El cuerpo de Lennard había sido trasladado al depósito para que le realizaran la autopsia, y poco a poco la calle fue volviendo a la normalidad; no se veía a nadie ni hacia un lado ni hacia otro, a excepción de los vecinos más madrugadores, la mayoría de ellos paseando a sus respectivas mascotas. Aún era de noche, pero una cafetería cercana ya había abierto sus puertas. Los dos policías tomaron asiento en una mesa próxima a la entrada del pequeño establecimiento y pidieron un par de Donuts y un café solo para Carroll. Horner prefirió un *whisky on the rocks*[\[15\]](#).

Thomas Carroll había nacido en Escocia hacía treinta y seis años. Su padre era un granjero presbiteriano de Glasgow y su madre una atea de Liverpool que escribía novelas eróticas. Fue ella la que se encargó de su educación, de modo que, cuando una de sus trilogías más ardientes saltó a la fama, toda la familia se mudó a Londres. No se conoce si fue por error del registro o por una maquiavélica maniobra de su madre —alérgica a todo lo escocés—, el caso es que el pasaporte de Thomas afirmaba que era ciudadano londinense. La foto mostraba un rostro alargado, con forma de calabacín y prominente barbilla, desprovisto de vello y con una palidez como la del más genuino de los anglosajones (en su círculo de confianza solían llamarle *Snowflake*[\[16\]](#)). Sin embargo, tenía un cabello tan brillante y alborotado que los más ignorantes se atrevían a calificarlo despectivamente como *el albino*. Y lo detestaba.

Su aspecto cuando trabajaba de incógnito —o sea, casi siempre— recordaba al típico artista bohemio del París de Woody Allen. No obstante, no era ni escritor, ni pintor, ni poeta, sino un concienzudo policía que había empezado a trabajar como miembro del cuerpo de la policía de la City de Londres a principios de los años noventa, patrullando las calles del centro de la capital y cazando ladrones de bolsos. Casi una década después, le ofrecieron un puesto como detective en la CID (Departamento de Investigación Criminal) de la ciudad de Oxford. La CID tenía decenas de agentes en el cuerpo, pero a Carroll le tocó formar tándem con un joven recién llegado al equipo aunque demasiado receloso de hablar de su vida privada. Se llamaba Alfred Horner, y a pesar de su introversión, parecía un buen tipo. Y era un excelente policía. Al poco tiempo de empezar a trabajar juntos, Alfred le invitó a tomar unas birras en su barco nuevo, el cual utilizaba

como segunda vivienda; un refugio anclado en el Támesis a donde iba cuando quería desconectar. Desde entonces, Thomas le había considerado su amigo. Hacían buena pareja, y con el paso de los años, Carroll aceptó de buena gana que Horner asumiera el rol de líder, a pesar de ser considerablemente menor que él en edad y experiencia. Alfred ejercía el rol de poli malo y Thomas era el poli bueno. Ambos se sentían cómodos con su papel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Carroll al notar la tez de su compañero más pálida de lo normal—. Antes no he querido decirte nada delante de los demás, pero me he dado cuenta de que tienes el labio hinchado.

—No te preocupes, no tiene importancia. Tan solo un golpe.

Thomas le dedicó una mirada recelosa.

—No tienes buen aspecto, Fred.

—Estoy bien, de verdad —respondió Horner, acompañando el comentario con un gesto de mano para quitarle importancia—. Es solo que he dormido poco, y además me ha impresionado el aspecto de ese hombre.

—Sí, lo cierto es que ha sido bastante alucinante. —Carroll agitó la cabeza y dio un sorbo a su café—. ¿Qué opinas del caso?

—De momento tenemos muy poco.

—Por no decir nada. —Snowflake miró a los ojos de su compañero. Brillaban de forma especial—. Sigues pensando en la testigo, ¿no es así?

El cuestionado asintió con la cabeza, meditabundo.

—Vamos, Fred, tan solo es una joven turista que apenas habla nuestro idioma. ¡No sería capaz de matar a una mosca!

—Eh, eso no lo sabemos. —Horner, que no parecía estar de humor esa mañana, le señaló con el dedo índice—. Por ahora es la única a la que nadie vio llegar. Ya estaba allí cuando Carl y Amy salieron de su casa.

—Eso no la convierte en culpable —apuntó Carroll.

—Pero tampoco en lo contrario —contraatacó Alfred—. Además, me ha mentido.

Carroll frunció el ceño.

—¿Cómo que te ha mentido?

—Conocía a Miguel Lennard. —Horner se secó el sudor frío de la frente con la mano y culminó su teoría—. Yo mismo les vi juntos el otro día, bajo el puente de la Catte Street.

—No me jodas.

—Por otro lado, ¿no te ha llamado la atención el nombre del fiambre?

Thomas asoció ideas a toda velocidad.

—¿Miguel? —dijo.

—Exacto. —Horner asintió sombrío, aunque orgulloso de su sencilla conclusión—. Es un nombre español. *Crystal clear*[\[17\]](#)...

Carroll se mantuvo pensativo mientras terminaba de tomar su café. Después señaló el brazo derecho de Alfred con el mentón.

—¿Qué te ha pasado?

El aludido levantó la mano derecha y se remangó, mostrando una venda que iba desde la muñeca hasta el codo.

—¿Esto? Nada grave, ya te lo contaré en otro momento —contestó—. Y por cierto, volviendo a lo otro, la sospechosa tenía restos de sangre en una mano.

Tras dejarlo de piedra una vez más, Horner bebió su *whisky* de un solo trago, dejó un billete de veinte libras sobre la mesa, y se levantó.

—Vamos, ¡a trabajar!

Hasta que no estuvo segura de que no quedaba ningún policía merodeando por Cowley Road, Grifero no salió de su escondite. Había pasado toda la noche tiritando tras un contenedor situado en el callejón que separaba el 219 de la licorería. Eran las 5:35 y había dejado de llover. Salió corriendo como un gato callejero, y solo se detuvo cuando, nada más doblar la esquina, pateó sin querer un teléfono móvil abandonado. Lo recogió por simple intuición y se lo metió al bolsillo. No volvió a detenerse hasta que regresó a su hostel. Tardó más de lo normal, pues procuró evitar las avenidas principales; los oscuros callejones eran más seguros. Estaba sin aliento y congelada cuando cerró la habitación de un portazo y giró la llave desde dentro.

Respiró entrecortadamente con la espalda apoyada sobre la puerta.

Se sentía desgraciada, y las lágrimas inundaron sus párpados. «Alyssa Grifero no llora nunca», se abroncó. Después se enjugó las lágrimas.

Había cogido demasiado frío durante la noche, de modo que se desvistió y se metió bajo el edredón de su cama. Fue incapaz de conciliar el sueño. A las siete de la mañana, con los primeros rayos de sol invadiendo el dormitorio, se levantó y, desnuda, se dirigió al cuarto de baño. Se sentó dentro de la bañera, apoyó la cabeza contra los azulejos y activó la ducha. Se quedó un buen rato mirando al infinito bajo el chorro de agua ardiendo.

Se mantuvo en esa posición hasta las siete y media, cuando tuvo tanto calor que le costaba respirar y la piel le escocía. Luego rompió a llorar sin consuelo. No lo había hecho desde que tenía trece años.

Alyssa acababa de pasar una de las peores noches de su vida.

Capítulo 7

—Entonces, Salas, llego a la conclusión de que es usted un optimista redomado.

—No se confunda, amigo. La cruda realidad es que las malas noticias no vienen de dos en dos, sino que vienen a chorros, a hostias. De hecho, debe de haber una especie de mecanismo preparado para volcar kilos y kilos de mierda en un mismo sitio.

—¿Me toma usted el pelo, doctor?

—No, hablo muy en serio. Pero la experiencia me ha enseñado que por cada cosa mala, hay una buena a la que no estabas prestando atención. Por ejemplo, ahora estás aquí, filosofando sobre la vida con un amigo que jamás pensarías que tendrías. Y yo también. Segunda enseñanza.

Viernes 10 de noviembre de 2006

En la comisaría de policía de Torrelavega reinaba el caos. Los teléfonos sonaban sin cesar, los cuchicheos se sucedían de despacho a despacho y por los pasillos iban y venían agentes a la carrera con montones de papeles entre sus brazos. Documentos que, en su mayoría, contenían información sobre Charly. Las impresoras del edificio no daban abasto. Pronto el retrato de Carlos Rubial, delirante y salvaje, así como el de su hermano, más apaciguado, figuraban en las mesas de cada policía. También habían sido colgados en los tablonés. En la sala B52, gotas de café descendían por la pared, y, esparcidos en el suelo, los trozos quebrados de lo que antes había sido una taza temática de los Rolling Stones.

La locura se había desatado una hora antes, cuando, a primera hora de la mañana, los periódicos británicos salían con la noticia del asesinato de un tal Mike Lennard. Nadie se hubiera detenido ni un segundo en la primicia, sin embargo, si Marcos Tena no hubiese realizado su habitual repaso a las webs de los periódicos internacionales más importantes. El novato estuvo a punto de escupir el primer café de la mañana cuando pinchó en la página de *The Sun*. El diario inglés amanecía con una impactante portada. «SHOCKING MURDER[18]», decía el lapidario titular, y debajo, en grande, un primer plano de...

«¿Charly?», susurró el joven policía, absolutamente perplejo, sin dejar de observar la imagen. «Es imposible.»

Se levantó de su silla como un resorte y corrió por los pasillos de la planta ante la mirada sorprendida de los demás miembros del cuerpo, que no comprendían el porqué de tanta prisa a primera hora de la mañana. Julián Barreneche le esperaba de pie junto a su mesa, y cuando le vio llegar tan acelerado, gritó desde lejos:

—Me acabo de enterar, Tena. Venga, ¡reunión urgente echando leches!

Ambos se metieron en la sala de reuniones B52 con un taco de papeles cada uno.

La sala B52 era una estancia no muy grande utilizada por los policías como lugar de reuniones. Todo el espacio lo ocupaba una robusta mesa de madera rectangular y sus correspondientes sillas con ruedas. En las paredes no había cuadros, tan solo un corcho actualmente vacío y una pizarra blanca de rotuladores. Una pequeña televisión y su correspondiente reproductor de video cogían polvo en una de las esquinas, esperando a que algún detective los utilizase para buscar pistas en alguna misteriosa grabación. Por culpa de Internet, hacía tiempo que no ocurría nada de eso. En el centro de la mesa, una fotografía de Mike Lennard absorbía las miradas de los dos agentes. Había sido impresa a color y a tamaño A4. La instantánea constituía su foto de perfil de Facebook —fue lo poco que pudieron sacar de la red social, ya que Lennard apenas actualizaba su perfil. Se trataba de lo que en el argot se conoce como una *cuenta cadáver*—. En ella, Lennard posaba sonriente con el Tower Bridge londinense de fondo. Había sido tomada en un día soleado, aunque el viento arrastraba su pelo hacia todas las direcciones. Era la fotografía de un tipo normal disfrutando de un día de turismo en la capital. La imagen no alcanzaba a mostrar el cuerpo entero, pero no hubiera desentonado ver al hombre con una guía de viajes en una mano y un helado de cookies con vainilla en la otra. Junto al primer plano de Lennard, la fotografía de archivo de Charly, que, tomada el día de su captura horas antes de su suicidio, hacía de contraste.

Ambos policías miraban las instantáneas y a su compañero alternativamente, en absoluto silencio.

—¿Qué opinas, Tena? —preguntó el superior mientras se masajaba el mentón con los dedos.

—Joder, son exactos —respondió sin alzar mucho la voz, por miedo a meter la pata—. Es decir, Lennard y Rubial eran como dos gotas de agua.

Barreneche asintió.

—Venga, dílo tú primero. Te concedo el honor —dijo, como quien hace un favor a alguien.

—Eran... ¿hermanos?

El jefe de policía le miró a los ojos haciéndole ver que la situación era tan obvia que no merecía la pena ni contestar.

Marcos Tena se frotó las sienes y dejó caer su espalda contra el respaldo de la silla. «Joder, menudo marrón», se dijo, superado por las circunstancias.

Barreneche sacó su teléfono móvil del bolsillo y realizó algunas llamadas. En pocos minutos el edificio entró en efervescencia. La vida de Mike Lennard aterrizó en los ordenadores de la comisaría a borbotones y el rumor pronto se convirtió en realidad: Carlos Rubial tenía un hermano secreto que acababa de ser brutalmente asesinado en una vivienda de Oxford. Barreneche se encargó de ejecutar una orden de búsqueda contra Alyssa Grifero, y se aseguró de que su nombre y su imagen aparecieran en todos los noticieros del país. También contactó con la oficina de Interpol en Madrid, y éstos a su vez solicitaron ayuda a Interpol Inglaterra a través de la División de Cooperación Internacional. Era urgente que no dejaran salir a ese joven monstruo del país. El caso se había convertido en un asunto que involucraba a dos naciones.

El jefe de policía gesticulaba y vociferaba cada vez más alto mientras caminaba de un lado a otro de la sala, siempre colgado del móvil. Marcos Tena le observaba con cierto temor.

—¿No nos estamos precipitando, jefe? No tenemos pruebas contra ella —dijo cuando su superior colgó el teléfono. El joven policía creyó necesario ofrecer su opinión al respecto.

Barreneche tomó un sorbo de café de su taza personal, decorada con la archiconocida lengua roja de los Stones, antes de contestar con superioridad:

—Carlos Rubial se lanza por un barranco y su única amiga, o lo que quiera que fuera esa zorrita, aterriza en Oxford unos días después. El mismo día que ella llega, el hermano gemelo de Rubial es encontrado en la misma ciudad con un balazo en su cabeza. Las coincidencias no existen en esta profesión, muchacho. Regla número uno.

Tena asintió con la cabeza, aunque su razón le pedía lo contrario.

—Habrá que informar al juez —propuso.

El jefe respondió de inmediato:

—Ni hablar. La próxima vez que hable con Callejo será para entregarle a esa niña en una bandeja de plata. ¿No quería remover el caso? Pues es lo que vamos a hacer.

—¿Y qué pasa con Sara Mora?

Barreneche arqueó una sola ceja, conformando una ácida expresión de dibujos animados.

—¿Qué pasa con Mora? —repitió casi con burla, mientras parecía replantearse la situación actual de la neurocirujana.

—La víctima es el hermano gemelo de su agresor —afirmó el más joven con un arrojito inaudito para el comisario—. Creo que deberíamos, como mínimo, seguirle el rastro.

En ese momento volvió a sonar el teléfono de Barreneche, lo que le permitió ignorar la demostración de perspicacia de su nuevo discípulo. Lo descolgó y se mantuvo a la escucha, abriendo la boca tan solo para pronunciar monosílabos. La llamada duró menos de un minuto. Nada más colgar, Barreneche se recolocó las gafas en el puente de la nariz. Las manos le estaban temblando. Dio un nuevo sorbo a la taza y después, en un arrebato, la arrojó al aire con inapropiada violencia. El recipiente pasó a pocos centímetros de la oreja izquierda de Marcos Tena, escupiendo café antes de estamparse contra la pared y estallar en varios pedazos.

Julián Barreneche acababa de ser informado de que Alyssa Grifero había aterrizado en el aeropuerto de Madrid a primera hora de la mañana. Su paradero actual era totalmente desconocido.

En la ciudad de Oxford, Ms.Tallent se despertó con su propio gemido. Abrió de súbito los ojos y enseguida percibió que estaba empapada de un sudor cálido. Los pezones se le alzaban rígidos y sentía un agradable cosquilleo en su zona más íntima. Se tapó los pechos con la sábana y respiró con fuerza. La vergüenza experimentada al darse cuenta de que acababa de tener un sueño erótico se convirtió en amargura por recordar los detalles de la fantasía: una vez más, y con esta ya debía de haber superado algún tipo de record, se había quitado la ropa para Brunet y habían hecho el amor salvajemente sobre la mesa del comedor.

Solo dedicó un par de minutos a revivir los detalles del sueño entre las sábanas. Cuando consideró que ya se había castigado lo suficiente, se aseó, se vistió con ropa de deporte, y fue al gimnasio a correr los cinco kilómetros diarios que se había impuesto para mantener el tobillo vivo.

«Debe de tratarse de una pesadilla.» Sara Mora no dejaba de repetirse estas cinco palabras. Estaba en estado de shock. Desde el edredón florido de su cama de Victoria Road ya se apreciaba el calor que entraba a través de la ventana. La mañana era espléndida. ¿Qué día era? No estaba del todo segura. Ya no estaba segura de nada.

La joven no había pegado ojo en toda la noche, aunque tampoco lo había intentado. Desde que volviera a casa de los Connor tras el incómodo interrogatorio, no había vivido. Simplemente entró con sigilo en su humilde habitación, posó el trasero sobre la cama y se mantuvo sentada con las manos sobre el regazo y sin siquiera cambiarse de ropa. Tenía el cabello lleno de nudos y los pómulos manchados de rímel corrido. Estaba hecha un asco.

Pasó el tiempo visualizando en su mente el cuerpo inerte de Mike Lennard. El orificio en mitad de su cara. La pared del baño tintada de rojo. El olor a muerte. Quiso vomitar en varias ocasiones, pero ya lo había hecho nada más salir del coche del agente Horner y no le quedaba más bilis por expulsar. «El agente Horner», pronunció en voz alta, y su miedo se acentuó. Ser cómplice de un secreto médico como lo había sido de Verónica Salas era una cosa, sobre todo tratándose de una buena obra, pero, ¿testigo principal de un asesinato a sangre fría? Aquello era demasiado. Si ese agente llegara a enterarse de que la víctima era el hermano gemelo de Charly (es decir, su violador), su vida se convertiría de inmediato en una película de Hitchcock: se servirían del deseo de venganza como móvil principal del delito, y por lo tanto, ella pasaría a ser la sospechosa número uno. Definitivamente se alegró de no haber dicho la verdad al respecto.

¿En qué clase de película de acción se había convertido su vida? Ella, cuya mayor aventura era ver películas románticas los viernes por la noche.

Todo se desarrollaba en torno a la figura de Mike Lennard, así que se esforzó en formar un esquema mental que tuviera sentido. El recién fallecido estaba en el centro de la composición, y a su alrededor Sara imaginó a todo aquel que tuviera relación con el asesinato: Carl, su esposa Amy, los agentes de policía Carroll y Horner, Charly... «¿Charly? No tiene ningún sentido. ¡Está muerto!», se abroncó. Una nueva arcada le sobrevino al recordar al asqueroso lisiado. Sara llegó a la conclusión de que algún secreto debía de guardar Lennard para que alguien quisiera acabar con su vida de esa manera. «¿Y si fuera millonario y el asesino solo ambicionara su dinero?», se cuestionó, e inmediatamente desechó la idea al recordar el humilde aspecto de su vivienda.

La doctora agitó la cabeza y se avergonzó por jugar de nuevo a los detectives, ella, que hasta se había derrumbado como una niña frente a la policía cuando la tomaron como testigo. La policía. Esa a quien había mentado por ser una cobarde, en un hecho que, visto desde un punto de vista más calmado, bien podía costarle un disgusto. ¿Estaría perdiendo el juicio? Le entraron ganas de llorar, pero tampoco le quedaban lágrimas. No sabía qué hacer, ni a dónde ir, ni con quién hablar. Por un momento le tentó la idea de coger un avión y regresar a Ámbar, a su hospital, «de donde jamás debí haber salido.» Deseaba hablar con alguien, y entonces le vino a la cabeza un nombre que había estado ignorando por completo desde el caso de Alfonso Morales.

«¡Jaime! —susurró al aire entre gimoteos—. ¡Mi querido Jaime, perdóname...!»

Se lanzó de cabeza contra su bolso, que había dejado tirado en el suelo del dormitorio nada más entrar, y revolvió en su interior. Deseaba llamar a Jaime Vergara, su amigo de la facultad, y desahogarse con él, contarle todo lo sucedido. Seguro que el bueno de Jaime le sacaría una sonrisa como siempre hacía. Desafortunadamente, el teléfono móvil no estaba en el bolso. Inspeccionó luego los bolsillos de su abrigo y lo único que encontró fueron un par de monedas.

Se llevó la mano a la boca y palideció. En algún momento de la noche había perdido el teléfono y no tenía forma de recuperarlo. Sara se sintió sola en el mundo, tanto como nunca pensó que podía estar.

Esa mañana, en la recién inaugurada Terminal 4 del aeropuerto de Madrid, Alyssa supo con certeza que se había metido en un buen lío.

Acababa de bajar del avión que le había traído desde Londres y ya se encontraba en el área comercial cuando se detuvo en una cafetería con la intención de meter algo en el estómago. El desconuelo provocado por la tragedia de Cowley Road aún estaba reciente, y no había comido nada desde el trozo de kebab de la otra noche, momento desde el cual habían transcurrido ya más de doce horas. Estaba hambrienta y exhausta, aunque había aprovechado el vuelo para descansar los ojos.

Mientras devoraba un bollo, vio que la televisión del establecimiento retransmitía un programa matinal sobre las noticias del corazón. El bollo mantuvo toda la atención de Alyssa hasta que la emisión fue interrumpida por un avance informativo que abrió con las impactantes imágenes de un asesinato en Oxford. Un reportero español de gafas enormes, conocido a nivel nacional por poner voz y cara a los sucesos en el extranjero, explicaba con bastante detalle cómo un hombre llamado Miguel Lennard, ambareño residente en el país británico, había sido encontrado muerto en su

vivienda durante la noche. Al fondo de la imagen, el número 219 de Cowley Road se veía precintado y custodiado por numerosos periodistas ingleses.

El bollo se hizo una pasta pesada dentro de la boca de Alyssa.

La noticia enlazó con las primeras conclusiones obtenidas por los departamentos criminales del Cuerpo Nacional de Policía y la policía de Oxford, que estaban trabajando conjuntamente en el caso. Según el reportero, «una joven española que mantenía una relación con el hermano de Lennard viajó a Oxford desde Santander el mismo día del crimen».

Alyssa se hizo pequeña en su silla. Comenzó a temblar.

«Según ha comentado el jefe de policía de la comisaría de Torrelavega, esta llevaba una vida basada en drogas y sexo junto con el hermano gemelo de Lennard, Carlos Rubial. Tras el suicidio de Rubial, todo hace indicar que Grifero, un alma demente, buscaba algún tipo de venganza familiar.» La exclusiva concluía con la imagen a pantalla completa del primer plano de Alyssa. Era la fotografía que constaba en su documento de identidad. Sobre ella, un sensacionalista rótulo en letras mayúsculas de color rojo ocupaba el monitor:

SE BUSCA

«Grifero se encuentra en paradero desconocido, aunque los últimos rumores la sitúan de vuelta en España. —El reportero de gafas se disponía a cerrar el avance—. Más información, en el informativo de las tres.»

Alyssa no esperó a ver terminar la noticia. Se precipitó corriendo fuera del establecimiento, dejando los restos del bollo de mantequilla y medio café sin terminar. Tardó unos segundos en detectar el lavabo más próximo y se introdujo en él echando el pestillo. Allí actuó por instinto. Sacó del bolso sus gafas de sol y un pintalabios de color rojo intenso, los cuales utilizó para convertirse en otra persona. También se recogió la melena en una coleta, puesto que en la fotografía que estaba recorriendo los informativos de media Europa salía con el pelo suelto. Lo siguiente que hizo fue extraer un Nokia N80 de su bolsillo y encenderlo.

El teléfono móvil había llegado a sus manos de auténtica casualidad cuando huía del callejón que separaba la licorería y la vivienda de Lennard. Le había dado una patada sin querer, catapultándolo varios metros hacia delante, y después se lo había metido al bolsillo sin razón aparente. No volvió a pensar en él hasta que salió de la ducha esa misma mañana, una vez hubo abrasado a sus demonios internos. En aquel momento no tenía nada que hacer y no sabía cuál iba a ser su siguiente paso. Y las paredes del hostel le agobiaban. Simplemente, carecía de un plan.

El aparato resultó ser un Nokia N80 de color plateado. Lo conectó al cargador de su propio móvil, pues estaba seco de batería, y al cabo de unos segundos lo encendió. Se sorprendió de que no tuviera código PIN de acceso (por lo visto aún quedaba gente inocente en el mundo que no utilizaba contraseñas) y sobre todo de que el menú estuviera en español. «Es de ella», confirmó internamente. Una vez encendido, Alyssa no pudo evitar la tentación de curiosear. Entró al menú de MENSAJES, pero no encontró nada que le llamara la atención. Después probó suerte con el servidor de correo, el cual por fortuna tenía las *cookies* guardadas, por lo que, de nuevo, pudo acceder sin conocer el usuario y la contraseña. Entre decenas de mails de publicidad y suscripciones a revistas, supermercados y foros de medicina, había un factor que resaltaba en la bandeja de entrada: un tal Jaime Vergara le había escrito ocho mails... ¡en la última semana! Y todos carentes de respuesta. Tardó menos de diez minutos en leerlos todos, pareciéndole cada cual más interesante que el anterior. Ese hombre hablaba, entre otras muchas cosas, de Alfonso

Morales y su enfermedad. También citaba al pequeño Oli, lo que provocó una trémula sonrisa en su expresión. Al parecer, el tal Jaime era médico, al igual que la propietaria del móvil. Y estaba en problemas. Como ella.

Alyssa Grifero había dado con un plan.

En el cuarto de baño de mujeres de la Terminal 4 del aeropuerto de Madrid, la joven fugitiva miraba el Nokia con ansiedad. Su situación era desesperada. Casi se le detiene el corazón cuando de repente el móvil empezó a sonar al ritmo del *Pretty Woman*. Se trataba de una llamada entrante.

«Es una señal», se dijo a sí misma al comprobar la identidad de la fuente.

Jaime Vergara estaba tratando comunicarse con su amiga, solo que esta vez no era ella la que estaba tras el aparato. Alyssa aguardó a que sonara el último tono de la llamada y después contó hasta diez. Una excitación fuera de lo común invadió su cuerpo. Pulsó una tecla y comenzó a escribir un mensaje de texto.

María Vergara arqueó las cejas, casi al mediodía, al ver a su hermano salir de su habitación completamente despeinado y sin dejar de bostezar. El piso de Jaime se ubicaba en el barrio de Tetuán, a unos pasos de la glorieta de Cuzco y justo encima de una oficina de Correos. María había pasado la noche en el cuarto de invitados.

Ella miró de reojo el reloj digital del reproductor DVD del salón. Eran las once y veinte, y María lo estaba esperando para desayunar juntos. Él dio los buenos días, se desperezó y arrastró sus pies desnudos hacia el lavabo.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó al salir, algo más aseado. Inmediatamente se dio cuenta de que estaba siendo un maleducado—. Perdón, es que me apetecía estar en la cama holgazaneando y no tenía ganas de hablar.

—¡No seas tonto hermanito! Venga, desayunemos de una vez, que me muero de hambre.

María se levantó del sofá y se metió en la cocina.

—¿Te apetecen unas tostadas con tomate? —dijo mientras cogía dos tazas del armario—. ¿Café? —sugirió—. Está recién hecho.

Jaime asintió frotándose los ojos.

—Acaban de nombrar tu caso en la tele —le informó su hermana desde el mostrador.

—¿Y qué han dicho?

—Más o menos lo mismo que ayer, pero mucho más resumido. Que Juan Shapiro está muerto y que su hijo ha denunciado al médico que le trataba, o sea, tú. Pero esta vez no han dicho tu nombre. Tranquilo, en unos días tu historia se habrá volatilizado de los medios.

Jaime asintió con mirada perdida.

—¿Cómo estás? —quiso saber ella.

El pequeño de los hermanos se encogió de hombros y se dejó caer sobre su butacón personal, uno de cuero que se le había antojado nada más firmar el piso y desde el cual tenía vistas hacia la calle. El salón estaba decorado con simplicidad; contaba exclusivamente con una mesa de comedor, un alargado armario donde guardaba la vajilla y la cristalería, el butacón, un sofá y

algunas prácticas estanterías. Un televisor de 42 pulgadas colgaba de la pared, y una barra americana dividía la estancia de la cocina. Jaime dirigió la mirada hacia el televisor, donde continuaba el programa de sucesos.

—Supongo que es cuestión de tiempo, pero ahora mismo me siento como si me hubieran torturado.

—De alguna manera eso es lo que ha pasado —apuntó María, y después depositó dos platos de tostadas y sendos cafés sobre la barra americana—. Venga, siéntate, esto ya está listo.

Él obedeció y se sentó en un taburete frente a ella.

—¿Sabes algo de mamá? —preguntó Jaime sin dejar de marear el café con la cucharilla.

—Ha llamado, está preocupada. Finalmente la he tranquilizado y he conseguido salvarte por esta vez. Pero tarde o temprano tendrás que enfrentarte a ella.

—¿Tú me crees? —preguntó lacónico.

Ella le miró con incredulidad.

—Crees que soy inocente, ¿no? —insistió Jaime.

—Venga, Tato, no digas tonterías.

—Soy un buen tío, María. Yo no asesiné a Shapiro.

María Vergara sintió que su hermano estaba peor de lo que imaginaba. Era un hombre alegre, muy vital, y nunca lo había visto tan hundido y resignado como ahora, en el momento más crítico de su vida profesional. Rodeó la barra y le abrazó por detrás.

—Tato, escucha. Los dos sabemos muy bien que no has matado a ese *millonetis*. Simplemente te la han jugado. Ahora toca apretar los dientes y bailar con la más fea.

—No hay nadie con quien bailar. La denuncia ha sido una cuchillada por la espalda. No puedo quedarme aquí a esperar a que esos periodistas llenos de demagogia me acribillen a preguntas.

A María le cambió la cara.

—¡No irás a marcharte!

—No será para siempre, no hay por qué dramatizar. Tendré que volver para el juicio. Tan solo debo ser inteligente y apartarme por ahora. Además, ni siquiera tengo trabajo.

—¿Y huir te parece una postura inteligente?

Jaime se encogió de hombros una vez más y se llevó el café al sofá, donde depositó el trasero. Ella le acompañó. Tomó su mano con fraternidad y se la llevó al regazo.

En la televisión estaban hablando sobre una mujer española de menos de veinte años que había liquidado a un hombre a sangre fría. Había ocurrido en Inglaterra y media Europa la estaba buscando. Jaime cambió de canal con la mano que le quedaba libre de la protección de su hermana.

—¿Por qué no das una especie de rueda de prensa y explicas lo que pasó en realidad? —María se había girado hacia él y gesticulaba mientras hablaba—. Cuéntales a todos que no te acostaste con la nuera de Shapiro, sino que ella fue la que te acosó, y que, por supuesto, no mataste a nadie.

—Está bien, cuento la verdad, ¿y luego qué? ¿Qué crees que va a pasar?

—Eres médico, por el amor de Dios, ¡tienen que creerte!

—Y ellos pertenecen a una de las más poderosas familias del país, María. Tienen dinero para comprar a la prensa, la policía y la justicia si quieren. Y yo no puedo probar nada.

—Entonces, ¿vas a irte sin más, a esperar a que esto se solucione solo?

—Por ahora tan solo quiero descansar —dijo—. Estoy hasta arriba, no quiero pensar en el tema. Después ya veremos, ya habrá algo que se pueda hacer.

María posó la cabeza sobre el hombro de Jaime y le acarició el brazo como si así le transmitiera fuerzas.

Estuvieron charlando sobre sus cosas durante media hora más. Después se despidieron y Jaime se quedó solo en su piso. Metió un disco de Coldplay en el reproductor de DVD y se puso a fregar los platos. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. El caso Shapiro no era el único motivo de su desánimo. Estaba Sara. ¿Por qué no respondía a sus emails ni a sus llamadas? Desde el pasado día 12, cuando recibió aquella misteriosa llamada que duró escasos diez segundos, no había sabido nada más de ella.

«¿Recuerdas el extraño caso del que te hablé en Madrid, aquel de la hija de mi mentor y su tumor cerebral? Pues tenía razón. ¡El caso entero estaba podrido! En cuanto lo haya comprobado te volveré a llamar. Ahora tengo que irme. Hasta luego, ¡y gracias!»

Esas habían sido sus únicas palabras, y él ni siquiera había tenido oportunidad de responder; Sara colgó al instante. Tras la extraña conversación (monólogo, más bien), y a pesar de habérselo prometido, ella no volvió a llamarle. Un día después, Jaime se enteró a través de las noticias de que el caso que Sara estaba llevando en Ámbar había dado un giro de ciento ochenta grados: Sara fue sabotada por su antiguo mentor, el doctor Salas del que con tanto amor y odio le hablaba, y todo concluyó con la sorprendente muerte de Alfonso Morales, marido de la paciente, sobre la arena de la playa. ¿Qué había sido de Sara después de todo eso? ¿Por qué demonios se negaba a comunicarse con él?

Cuando no quedaba ningún plato por fregar, se sentó frente a su ordenador portátil y revisó su correo electrónico. No tenía ningún mensaje nuevo, a excepción de propaganda y spam, que por supuesto eliminó sin leer. Abrió la carpeta de mails enviados. Los últimos ocho iban dirigidos a la misma persona, y ninguno había obtenido respuesta. «Sara, te echo de menos.» Le sorprendió experimentar esa sensación de nostalgia por una chica que hasta hacía unos días había estado fuera del mapa. Su hermana, antes de salir del piso, le había aconsejado hablar con gente, desahogarse, centrarse en otras cosas. Pero Jaime no necesitaba hablar con gente. Necesitaba hablar con Sara. Y punto.

Ahora Jaime sabía que, por algún motivo, el encuentro fortuito con su vieja amiga en la cafetería cercana al hotel Puerta de América había encendido una especie de mecha en su interior.

Se quedó varios minutos mirando la pantalla del ordenador, esperando. Cada pocos segundos presionaba la tecla de *refrescar pantalla* por si se había quedado algún correo encolado. Nada. ¿Estaría su amiga en peligro? ¿Le habría pasado algo grave? Eso sería demasiado para él.

Desesperado, cogió su teléfono móvil y decidió probar suerte por enésima vez. Buscó el nombre de ella en el menú y pulsó la tecla de llamada. Esperó a que dejara de dar tono. Nadie contestó. Jaime lanzó un suspiro entrecortado y la tristeza hizo que se contrajeran los músculos de su cara. Entonces surgió el milagro, y su sorpresa fue tal que casi se le deslizó el móvil de la

mano. Sarita (así era como la guardaba en su lista de contactos) le acababa de enviar un mensaje de texto:

Estoy en Madrid y necesito verte. Es importante. Por favor, dime cuándo y dónde. Un beso. Sara.

Jaime creía que le iba a dar un infarto. Se quedó varios segundos mirando las letras sin saber qué contestar. Ella se encontraba en Madrid y quería verle con urgencia. ¿Qué estaba ocurriendo? El tono del mensaje no resultaba demasiado conveniente. Fuera lo que fuera, debía y deseaba reencontrarse con ella. Tomó aire y comenzó a escribir una respuesta.

Alyssa salió del cuarto de baño convertida en otra mujer. Sus hermosos ojos negros estaban escondidos tras unas gafas de sol que le cubrían casi toda la cara, y una camiseta oscura y ceñida casi dejaba entrever el ombligo por encima del botón del pantalón. También lucía nuevo color de labios, de un rojo tan intenso como el palpitar de su pecho al abandonar el aeropuerto y pisar suelo madrileño. Tenía una misión. Todo lo que necesitaba saber estaba ahora concentrado en el Nokia N80 que, por absoluta casualidad, había pateado la noche anterior.

Se subió al primer taxi libre que encontró e indicó al conductor una dirección muy concreta a donde dirigirse. Este perdió cinco segundos en admirar, a través del espejo retrovisor, la belleza de la jovencita que le observaba por encima de las gafas con peculiar sensualidad. Tan pasmado quedó que ni siquiera se percató de que en el asiento trasero de su Toyota tenía a la homicida con la que habían abierto todos los informativos de la mañana.

El vehículo arrancó y tomó dirección al centro de la capital. Alyssa se sentía radiante. No fue capaz de apartar la vista del Nokia en todo el trayecto.

¡Sara! ¡Me alegro tanto de saber de ti! Reúnete conmigo en mi piso. Calle Orense, número 53. Te esperaré aquí. Espero que estés bien. Un beso. Jaime.

Capítulo 8

—Me ha parecido entender que está usted casado, ¿no es así, Morgan?

—En efecto, soy un hombre con anillo.

—Entonces sabrá que hay mujeres que te inflaman el alma, ¿verdad? Mujeres que aparecen en el momento preciso y hasta el alcohol de la colonia del cuello arde con tan solo estar cerca. Aquí donde me ve, yo mismo me hice pequeño en su día, porque ella era enorme, y cuando menos me lo esperaba, esa mujer se convirtió en mi mundo, ¡no sabía cómo vivir sin ella! Deseaba sentir ese fuego hasta la eternidad, porque nunca me había sentido tan vivo. Y porque sarna con gusto no pica, dicen. Ella fue el dardo que se dirige al centro de la diana, la bola con el número premiado, el gol en el último segundo de partido. La vuelta a la triste realidad. Enseñanza número tres.

—Me he perdido, Salas. ¿Está hablando ahora de su mujer?

—Mi exmujer: Violeta. Si las personas fueran agua, yo sería barro, y ella, un tsunami.

Viernes 10 de noviembre de 2006

Nada más despertarse, Rafael Salas abandonó su angosto dormitorio y se dirigió en ayunas hacia la *habitación de los juegos*. Avanzó a través de los muchos corredores que se cruzaban en su camino y llegó a perderse en un par de ocasiones (aún no había memorizado el trayecto), de modo que tuvo que rehacer sus pasos. Cuando por fin llegó a la puerta de entrada de la sala, se mantuvo inmóvil. Había quedado en la habitación de los juegos con el doctor Grau «a primerísima hora de la mañana». Al parecer, su concepto de madrugón difería con el del director del centro. Se apoyó de lado sobre el marco de madera vieja de la puerta y valoró muy seriamente si entrar o, por el contrario, dar media vuelta, esconderse tras alguna esquina de los laberínticos pasillos y esperar al doctor en silencio. Optó por la senda del valor y dio un paso al frente. Esa mañana llevaba puesta la camisa blanca con la que ingresó en el centro —solo que con los dos primeros botones desabrochados—, el pantalón del traje, y una bata de médico que el día anterior al fin le había proporcionado, tras gran insistencia por su parte, una de las enfermeras.

Al observar lo que se cocía en el interior de la sala experimentó la misma sensación de desazón que tuvo el primer día, cuando el doctor Grau entró en su habitáculo (sin llamar a la puerta), interrumpió su conversación con Saúl Morgan (sin pedir disculpas), y le acompañó a la misma sala donde se encontraba ahora con el propósito de presentarle a la legión de tarados. Si algún día tuviera la ocurrencia de redactar sus memorias, pensó Rafael entonces, no dejaría de describir lo mucho que le afectó lo que vio cuando formó una imagen de conjunto de la galería. ¿Qué había allí dentro, en la que todos llamaban *habitación de los juegos*, para que aterrorizase hasta tal punto al implacable doctor Salas? Ni siquiera podía explicárselo, pues en aquel primer momento no se atrevió a fijar su mirada directamente en ningún otro presente. Si hubiera sido un niño, de tratarse de Oli, por ejemplo, y no de un arrugado anciano, hubiera buscado cobijo bajo el brazo del doctor Grau y hubiera mantenido los ojos cerrados. «No —rectificó al instante—, Oli jamás se rebajaría a tal acto de cobardía.» No era la violencia física de las individualidades lo que le atemorizaba —no estaba en una cárcel de máxima seguridad, por el amor de Dios, sino en un centro psiquiátrico—. Pero la anarquía del grupo en su conjunto, los movimientos aleatorios y sonidos inconexos, le recordó a Salas a una guardería infantil. Se hallaba frente a un ejército de niños adultos, babeantes y llorones. Y a la vista enfermos. Lo primero que advirtió mientras reprimía una arcada fue que todos eran diferentes a lo que se suponía que era lo normal. De un rápido vistazo comprobó que la mayoría de los reclusos padecían malformaciones en diferentes partes del cuerpo: los había jorobados, enanos, tetrapléjicos que vivían en sillas de ruedas, tullidos y gigantes. Pero todos ellos no suponían ni el más mínimo trauma para él, que se había pasado la vida abriendo cráneos para evitar que acabaran precisamente como los que tenía enfrente. Los que daban el aire siniestro a la sala eran los otros. Tenían los rostros y los cuerpos bien configurados, y sin embargo no seguían un patrón de conducta lógico, eran fantasmas encerrados entre cuatro paredes. Al final hizo de tripas corazón y, mientras Grau le fue presentando uno a uno, se atrevió a mirarlos a la cara. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a conocerlos, cómo iba a ayudarlos y cuidarlos, si ni siquiera se atrevía a acercarse a ellos?

El primero al que conoció era un hombre de unos cincuenta años, calvo y espigado, y tan físicamente normal que a Salas le vino a la mente el ferretero de su calle, en Ámbar. Su particularidad radicaba en que no paraba de hablar, casi en susurros, sobre el proceso de la fotosíntesis en las plantas. Y sin embargo no se dirigía hacia nadie en concreto. También asentía, e incluso en ocasiones alzaba la voz como si discutiera con alguien del mundo real, mas sus ojos

simplemente miraban al infinito.

—Se llama Cándido, pero aquí se le conoce como *el tertuliano*, por su evidente afición por el debate —le había explicado Grau con la naturalidad de un guía del zoológico que dirige una excursión turística.

«El proceso conocido como fotosíntesis consiste en la fabricación de alimento para los vegetales por medio de la luz, a partir del agua, las sales minerales y el dióxido de carbono, desprendiendo oxígeno; la fotosíntesis se realiza durante el día porque es el único periodo en que hay luz solar; la fotosíntesis tiene lugar en las hojas; en la fotosíntesis, el tallo lleva a las hojas la savia bruta y recoge la savia elaborada.» Cándido exponía su conocimiento hacia nadie en concreto, haciéndose el interesante con el mentón alzado.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber Salas, esforzándose por mantener su voz firme.

—Padece severas alucinaciones, aunque va mejorando.

—¿Mejorando? Este hombre está como una puta regadera. Ni siquiera es consciente de que estamos aquí, a su lado, hablando de él.

—Uy, debería haberle visto cuando ingresó, hace ya casi dos años: no dormía, apenas comía, y sus duelos verbales los hacía con voz en grito. —Tras la explicación, el director del centro endureció el rostro como si fuera a abroncar a un turista que ha dado de comer a los simios sin permiso—. Y no vuelva a faltarle al respeto de esa manera, ni a él, ni a ningún otro. Aunque no le mire, escucha todo lo que dice. Ya lo aprenderá.

Ese día le habían sido presentados todos los internos, y allí se hallaban de nuevo ahora, en la habitación de los juegos, mientras él esperaba su cita con el director. El habitáculo estaba desprovisto de muebles, a excepción de una tabla de madera que recorría todo el perímetro haciendo la vez de banco sin respaldo, y seis mesas colocadas en el centro que contenían sencillos juegos de mesa del estilo del *Tres en raya*. En una de las paredes, un par de ventanas proporcionaban un mínimo de luz natural. Según los cálculos mentales del antiguo doctor, la sala debía de rondar los cien metros cuadrados de superficie, lo cual, teniendo en cuenta el número de huéspedes que la ocupaban a diario, se le antojaba algo justo.

Le sobrevino a Salas una sensación de *deja vu* al comprobar que todos los reclusos se encontraban haciendo exactamente lo mismo que aquel primer día: absolutamente nada. Estaba Cándido el tertuliano, demostrándole a una cuchara de plástico que fue Coppola, y no Scorsese, el director de la trilogía de *El Padrino*. También Pedrito, alborotador sin remedio, que encontraba especial diversión en lanzar escupitajos a la cara de los demás enfermos, el *niño boxeador*, que ocupaba su tiempo estampando puñetazos contra la pared hasta que se le ponían los nudillos en carne viva (este captaba especialmente la atención de Salas por lo particular de su comportamiento), y Doña Maruja, entrañable viejecita que se encorbaba sobre su bastón de madera de roble para caminar, y que no presentaba ninguna discapacidad aparente. Hasta que Salas la pilló pasando frente al espejo que cubría una de las paredes del comedor; entonces le cambió la expresión, se enfrentó a su propio reflejo con una energía que solo Dios sabía de dónde sacaba, y lo amenazó apuntándolo con el bastón. «¡No me mires! —gritó entonces, y siempre que se topaba con una superficie reflectora, hecha un basilisco— ¡Te he dicho mil veces que dejes de mirarme, bruja!»

Mientras analizaba a estos y al resto de enfermos desde el hueco de la puerta, Rafael observó con repugnancia cómo un joven *skinhead* de piel pálida, del cual no recordaba el nombre, se bajó

los pantalones y, con la misma naturalidad con que se hace un globo de chicle con la boca, se situó de cuclillas y comenzó a defecar sobre el propio suelo. «*Mecagüenlaleche*, ¿pero qué coño hace este chico?» Salas no hubiera sabido decir si su estupor se debía a tal extremo acto de indecencia social, o por el contrario al hecho de que a ningún otro presente le hubiera llamado siquiera un mínimo la atención. ¿De qué clase de deshechos sociales le habían rodeado?

Formó una mueca de asco y sacó unas servilletas de papel del bolsillo de su bata. Después avanzó resoplando hondo para evitar concentrarse en la plasta, y justo cuando se disponía a agacharse para recogerla como si se tratase de la de un perrito, notó que alguien le daba un toque en la cintura con la punta de los dedos. Percibió un cosquilleo que le subió por toda la medula espinal y se irguió en un acto reflejo.

—Olvide ese pedazo de mierda, Salas, y sígame.

Rodolfo Grau acababa de llegar acompañado de su arrogancia para salvarle del mal trago.

—No pensarás dejar esa mina asquerosa ahí en medio —protestó Salas simplemente por el gusto de hacerlo, pues en realidad estaba encantado de haberse librado de la repulsiva tarea—. ¿Y si alguno de estos la pisa en un descuido?

—Ya la recogerá alguna de las auxiliares, Salas. —El director hablaba como si cada palabra le supusiese un enorme esfuerzo—. Sígame y deje que otros hagan su trabajo.

—Pero... trabajos socia... —el retirado doctor tenía en mente un discurso en pro de ganarse un poco el favor de su ahora superior, pero este ya había abandonado la sala, dejándole como Cándido, el tertuliano: hablando al aire.

Apenas ocupó su asiento frente a la mesa de madera de roble de su despacho, Rodolfo Grau ofreció un cigarrillo al antiguo galeno. Salas miró el obsequio con suspicacia.

—No está permitido fumar aquí dentro, director —pronunció la última palabra con su sarcasmo característico.

Encogiéndose de hombros, abrió el mandamás el primer cajón de la mesa y sacó un vaso ancho de vidrio y una botella de Jameson. Vertió el licor en el recipiente y también se lo ofreció.

—Está usted conmigo, el director del centro, en mi lugar privado de trabajo —dijo mientras llenaba su propio vaso—. Si le ofrezco alcohol y nicotina, es porque puede aceptarlo.

Salas le respondió con una semisonrisa, como preguntándose si aquello era una muestra de hermanamiento o si, de lo contrario, se trataba de una trampa.

—Dejé de fumar hace años, así que voy a rechazarte al amiguito con filtro —dijo—, pero el trago de *whisky* sí me apetece.

El director Grau asintió sonriente. Acto seguido comenzó a hablar mientras encendía su cigarrillo con una cerilla.

—Don Rafael, dígame: ¿qué le han parecido sus primeras horas en el centro?

—¿Estás de broma, Rodolfo? Este sitio es un infierno.

El tuteado dibujó formas imprecisas con el humo mientras pensaba su siguiente frase.

—¿No se adapta? Venga, algún amigo habrá hecho.

—Solo Saúl Morgan. Si no fuera por las conversaciones que tengo con él, me cortarían las venas con el cortaúñas.

—Saúl Morgan —repitió Grau, como si quisiera guardar las dos palabras en su memoria durante el resto de su vida. Posó el cigarrillo en el cenicero y tecleó algo en su ordenador de sobremesa. Después continuó con el interrogatorio—: ¿Cómo se siente espiritualmente? —El anciano abrió tanto los ojos que su interlocutor se vio obligado a reformular la pregunta—. Quiero decir... su objetivo. ¿No se ha planteado ninguna meta personal aquí dentro? Porque le aseguro que es elemental.

—He venido a cumplir mi condena, no a buscar respuestas ni justificaciones. Ahora bien, has tenido cojones con la pregunta, así que voy a abrirme un poco para ti —dijo Rafael mientras hacía bailar el hielo sumergido en *whisky*—: entre tú y yo, Rodolfo, he pensado que es posible que encuentre algo de Dios en el dolor. No quiero decir que recoger mierda del suelo o tratar con tarados sea una experiencia mística, pero si entendemos que cada día encerrado en el centro es una penitencia, entonces quizá pueda devolver parte de todo el dolor que he causado. Y así, con suerte, podré estar en paz.

—Le confieso que me cuesta entenderlo.

—A lo mejor es que a mí me cuesta explicarlo. Hacía décadas que no hablaba de mí mismo de esta manera.

—He notado que le cambia la expresión cada vez que se lleva ese vaso de *whisky* a la boca. ¿Suele beber muchos de éstos? —cambió Grau repentinamente de tema.

—Antes lo hacía, y prácticamente a todas horas. Tuve mi época de borracho sin remedio, ¿sabes? Ahora sigo sin tener remedio, pero por lo menos ando sobrio por la vida —explicó el viejo con sorna, y se lanzó a reír como un niño tonto.

—¿Qué pasó para que se diera a la bebida?

La pregunta hizo que las carcajadas cesaran hasta convertir sus labios en una fina línea inexpresiva en la cara del exdoctor.

—No nos conocemos ni mínimamente para que yo te conteste a esa pregunta, muchacho —respondió, de tal manera que Grau sintió de pronto como si estuviera hablando con un veterano de guerra al que le debe el máximo respeto.

—Entonces cuénteme cuál fue el motivo por el cual dejó de beber. Debió de ser una muy buena noticia para usted.

Salas se cruzó de piernas y emitió un suspiro de cansancio.

—¿Qué pretendes, Rodolfo? Me traes aquí, me ofreces *whisky* y cigarrillos, y empiezas a asediarme con preguntas sobre mi vida privada. ¿Por qué?

—Quiero que seamos amigos, eso es todo.

El anciano escupió una nueva carcajada.

—No soy yo una persona que se prodigue en amistades, así que, querido director, me temo que pierdes el tiempo.

—Sin embargo Saúl Morgan se ha hecho amigo suyo en menos que canta un gallo —dijo con misticismo, y después esparció sobre el cenicero la ceniza acumulada en la punta del pitillo.

—Me recuerda a mi yerno, supongo.

Grau arqueó las cejas. «¿Habré encontrado el orificio de entrada?»

—¿Le echa de menos?

—Mucho. Alfonso era un chico excepcional, y de hecho le admiraba. Salió victorioso allá donde yo fracasé: hizo feliz a su mujer.

El doctor Grau sirvió más *whisky* en el vaso del anciano y continuó con la ronda de preguntas.

—Ahora que la ha nombrado, ¿tiene esperanzas de reconciliarse con su hija?

El jubilado miró al director con una capa de tristeza cubriéndole las córneas.

—Verónica me odia. Pero está embarazada, y reconozco que lo único que quiero ya en esta vida es ver la cara de mi nuevo nieto.

—¿Qué le parecen los chicos? —preguntó Grau, dando un sorbito al vaso de Jameson y un nuevo vuelco a la conversación.

—¿Los chicos?

—Sí, los que estaban en la habitación de los juegos. Por ejemplo, Nico, ¿qué opina de él?

—¿El niño boxeador? —Al anciano se le formó una mueca divertida en el rostro—. ¡Ese muchacho está muy jodido de la cabeza! Machacarse los nudillos contra una pared de hormigón... —argumentó entre dientes mientras negaba con la cabeza.

—Sí, es obvio que padece una enfermedad. —Grau se esforzaba por mantener la profesionalidad en la conversación—. Pero, ¿cuál cree que es su problema?

—No me preguntes a mí, Rodolfo, responder a esas preguntas os corresponde a vosotros, los expertos. Yo solo estoy aquí para recoger mierdas del suelo. Ya sabe...

—Sí, *trabajos sociales*.

Algo aporreó la puerta del despacho desde fuera que sobresaltó a Salas. Este se volvió alternativamente hacia el origen del sonido y el director Grau, reclamando una explicación.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó, confundido.

—Es Félix. No debe hacerle demasiado caso —respondió Grau con toda naturalidad mientras le acercaba una cartulina plastificada—. ¿Qué ve en este dibujo?

Salas la tomó desorientado como quien coge una carta cualquiera de la baraja de un mago, y la observó durante unos pocos segundos.

—Un tractor que está a punto de pasar por encima de un hombre con un solo brazo. A lo lejos hay una niña jugando a la pelota —fue su respuesta.

Félix aporreó la puerta una vez más, con tanta contundencia como si se ayudara de un tronco de madera.

—¿Puede decirme tres palabras que rimen con calor? —prosiguió el director con su encuesta.

—Tumor, dolor y triunfador. Oye, ¿por qué cojones me haces estas preguntas?

El director dio dos nuevas caladas consecutivas a su cigarrillo antes de contestar:

—Es un test de inteligencia que hacemos a los enfermos. No ponga esa cara de indignación, el test no está destinado a usted. Simplemente quiero que lo conozca para que en el futuro sea capaz de hacérselo a los nuevos inquilinos.

—¿Tanto tiempo crees que voy a estar aquí?

—Eso no me corresponde contestarlo a mí. No obstante, debo asegurarme de que conoce todos nuestros procedimientos y protocolos, pues ahora es uno de los nuestros —explicó Grau con exagerada profesionalidad—. Usted límitese a prestar atención y a responder. ¿Puede nombrarme los doce meses del año en orden inverso?

El anciano cerró los ojos e intentó la prueba:

—Diciembre, noviembre, octubre, septiembre...

—¡Está bien, no hace falta que siga! Le felicito: tiene usted mayor coeficiente mental que un niño de ocho años —comentó divertido—. Bien, ahora cíteme tres directores de cine.

—García, Amenábar y Pedro Almodóvar.

—¿Y que no sean españoles?

—Spielberg, Hitchcock y Woody Allen. ¿De verdad hay alguien en este centro que no sea capaz de realizar este examen correctamente?

—Son muchos los que son incapaces siquiera de decir su nombre y apellidos, mi nuevo amigo. Recuerde que son deficientes mentales; almas muertas, por así decirlo. Ahora tóquese la punta del pie izquierdo con la mano derecha, y después el derecho con la mano izquierda.

El examinado lo hizo a la perfección y sin rechistar.

La puerta fue golpeada en esta ocasión de manera continua desde el otro lado. Salas interrumpió su test.

—Oye, ¿no vas a dejarle entrar? ¿Cuánto tiempo va a estar ese Félix tocando las narices?

—Félix no tiene por qué entrar a este despacho. Sufre trastorno delirante, o lo que es lo mismo, paranoia. Se lo aseguro, no querrá charlar con él. Se marchará voluntariamente cuando encuentre otro entretenimiento que no sea mi puerta —dijo Grau con reconocida crueldad.

—Trastorno delirante... ¿quieres decir que es un neurótico? —quiso saber el viejo con creciente curiosidad.

—Psicótico, para ser más exacto. —Rodolfo Grau dio una nueva calada a su cigarrillo, e inmediatamente después se llevó el vaso con Jameson a la boca.

Salas frunció los labios. Como si pudiera leerle la mente, que en ese momento intentaba recordar la diferencia entre neurosis y psicosis, Grau pasó a explicarse mejor.

—Como ya sabrá, la neurosis es el diagnóstico delirante que viene precedido por vivencias traumáticas, es decir, por sucesos que el paciente sufrió en algún momento de su pasado. Dramas tan poderosos que modificaron la mente del sujeto. Un buen ejemplo de neurosis lo puede encontrar en doña Maruja. ¿Llegué a presentársela?

—¿La maniática que se lanza improperios a sí misma a través del espejo? —preguntó el mayor con retórica—. Sí, sé quién es.

—Esta peculiar ancianita, que siempre vivió como soltera, cometió una travesura que no se puede usted imaginar.

—¿Qué fue lo que hizo?

Al parecer, el ansia por saber era ya tan grande en el exdoctor que no se percató de que Félix había dejado de aporrear la puerta con sus puños.

—Doña Maruja tenía una hermana gemela a quien quería mucho, lo cual no fue impedimento para que cometiera con ella una de las mayores perrerías que se puede hacer a una hermana. Esta se iba a casar con un muchacho portugués muy atractivo, con mucho mundo a sus espaldas pero significativamente más joven que ella. Y un tanto mujeriego. Pues bien, el mismo día de la boda, mientras el resto de invitados bailaban, doña Maruja, que jamás había sido tocada por un hombre, se vio seducida por él. Y se dejó llevar. A partir de ese día, estando su hermana casada, Maruja se llevó a la cama a su cuñado y amante, no una, sino varias veces más.

—No me joda, ¿eso hizo? —Salas estaba tan intrigado que parecía que iba a saltar de la silla de un momento a otro.

—Sí, hasta que su hermana les pilló en plena faena. Y sucedió algo terrible. La gemela engañada, avergonzada como estaba, salió corriendo y abandonó la casa sin mirar al automóvil que en ese momento pasaba por delante del portón principal y que la hizo saltar varios metros por el aire.

—Vaya por Dios.

—Doña Maruja provocó, con su nula fuerza de voluntad e infidelidad fraternal, la muerte de su querida hermana. Su cerebro no fue capaz de soportarlo, y mucho menos olvidarlo, de modo que modificó su propio sistema nervioso para eliminar el suceso de su mente. La culpa, el arrepentimiento y la vergüenza de haber provocado el fallecimiento de su hermana le trastornaron de tal modo que hoy es la tierna viejecita que discute consigo misma pensando que está viendo a su fallida gemela a través del espejo. Y, por todo esto, su diagnóstico es claramente neurosis.

—Entiendo. Y el tal Félix, ¿no sufrió ningún trauma?

—En absoluto, al menos que nosotros sepamos. Félix, a diferencia de Maruja, sufre de psicosis aguda. Su cerebro está enfermo desde su nacimiento, aunque cada vez más grave. Vive por completo al margen de la realidad, como en otro mundo, pero no tiene motivos para ello. Como el que es ciego desde siempre, Félix nació con ligeros delirios que fueron agudizándose con el paso de los años. Hoy en día es un ser humano de difícil trato. Es inofensivo, de eso no me cabe la menor duda, pero tampoco le recomiendo que se junte con él.

—¿Por qué motivo?

El director Grau entornó los ojos y estos brillaron. Sin duda la conversación había tomado un camino tan imprevisto como interesante.

—Porque es un demente asocial que vive rodeado de seres y cosas que no existen para nosotros. Es como un monstruo, un perro rabioso, solo que Félix no se lanza al cuello de nadie. —Dejó de hablar, produciéndose un incómodo silencio en el despacho—. ¿Se siente satisfecho con la demostración científica? —preguntó luego con arrogancia mientras entrecruzaba los dedos de las manos.

El viejo médico asintió distraído, pues su mente parecía seguir dándole vueltas a los casos de Félix y doña Maruja.

Cuando, casi media hora más tarde, concluyeron los estúpidos test de inteligencia, el director del centro dio permiso a Salas para ausentarse y volver a su habitáculo.

—Hasta la vista, Rodolfo —se despidió con una chulería nada disimulada—. Disfruta de tu *whisky*.

—Se han derretido los hielos, ahora es más agua que alcohol.

En cuanto Salas abandonó el despacho y cerró la puerta, Grau apagó el cigarro contra el cenicero, alargó un brazo y alcanzó el teléfono fijo que reposaba sobre una esquina de la mesa de madera de roble. De memoria, marcó un número. El juez José Miguel Callejo descolgó al segundo tono.

El director se identificó como doctor Grau y, como si hubiera estado días esperando para realizar la llamada, lanzó el lapidario mensaje:

—Salas ya conoce la existencia de Félix.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto.

—Pues ya sabe mi opinión: no deberían cruzarse ni un «hola». Es peligroso.

—Ya. Me temo que será difícil evitar eso.

Nadie habló durante segundos, y Grau pudo sentir a Callejo mordiéndose las uñas en una nube de inquietud al otro lado de la conexión.

—¿Ha hablado con él? —dijo el juez al fin.

—¿Con Salas? Sí, por supuesto.

—¿Y?

—Desconcertante.

—Bueno, mire, manténgame informado ante cualquier novedad. —Al director, diestro en psicoanalizarlo todo, le dio la impresión de que Callejo intentaba mantenerse lo más al margen posible. En efecto, las siguientes palabras que escuchó fueron de despedida—: Le deseo buena suerte.

Nada más colgar, Rodolfo Grau se recostó sobre el respaldo de su butacón y, absorto en sus pensamientos, terminó con el hielo derretido entre restos de *whisky*.

Rafael Salas se encontraba cansado, como si durante la entrevista con el director le hubieran obligado a sostener una pila de libros sobre las palmas de sus manos. Dio unos pocos pasos siguiendo el pasillo que se alejaba del despacho del director, y cuando quiso prestar atención, se dio cuenta: había vuelto a perderse. Anduvo sin rumbo durante algunos minutos en los que no se cruzó con nadie. A través de las pocas ventanas que iluminaban el desamparado corredor, todavía se vislumbraba el sol entre las nubes oscuras. Al poco, alcanzó un tramo largo limitado por el muro que daba al exterior del edificio (a la derecha), y una pared gris con puertas metálicas a lo largo (a la izquierda). Se vio obligado a curiosear sobre lo que encerraban aquellas puertas. ¿Por qué metálicas? ¿Qué esconder o encerrar con tanta robustez? Las cejas del anciano se arqueaban más por cada puerta que alcanzaba: todas estaban abiertas, y en su interior no había absolutamente nada. Las estancias eran réplicas unas de otras, y la palabra que mejor las definía era *zulo*. Desprovistas de ventanas y mobiliario, Salas exageró pensando que ni un insecto sobreviviría encerrado en tales condiciones.

El interés de Rafael se disparó de pronto cuando pasó junto al último de los portones: se encontraba cerrado. ¿Por qué motivo? ¿Habría alguien dentro? Aunque era lo que el cuerpo le pedía, no fue capaz de alargar el brazo y forzar la palanca que hacía de cerradura. Era la enésima

vez en muy pocos días que el doctor Salas se sentía doblegado por el miedo.

Unas pisadas se oyeron a lo lejos, acercándose por el corredor, y la atmósfera turbadora se apaciguó de súbito en la mente del antiguo médico cuando vio que se trataba de una de las enfermeras (la misma que le había conseguido la bata blanca de médico). Tendría menos de treinta años y su permanente sonrisa, decorada con brackets, contagiaba dulzura. A Salas le venía a la mente la malograda protagonista de *Twin Peaks*, Laura Palmer, cada vez que la veía. Ella debió de verle muy perdido, pues sin intercambiar palabra le cogió del brazo derecho y se dispuso a acompañarle hasta su habitación. El corazón del anciano sufrió un sobresalto cuando, justo antes de doblar la esquina, un contundente estruendo surgió de la única puerta cerrada... «como si alguien la hubiera golpeado con todas sus fuerzas desde dentro, ayudado de un tronco de madera...» El anciano quiso girarse en un acto instintivo, pero la enfermera Palmer, que actuaba como si no hubiera oído nada, le obligó a seguir avanzando.

Unos minutos después, Salas se encontraba seguro entre las cuatro paredes de su habitáculo. A lo lejos se oía de vez en cuando algún grito desalmado, más propio de un animal que de un ser humano, y se preguntó si sería Nico, el niño boxeador, o quizá el chaval de cabeza rapada que tenía por costumbre defecar sobre los baldosines de la habitación de los juegos. En ese taciturno instante, Rafael cayó en la cuenta de que se cumplían 72 horas, tres días, de su ingreso en el centro.

Tras una larga ducha caliente y muchos minutos de reflexión, Sara Mora salió de su habitación y bajó las escaleras con un disfraz de heroína puesto bajo la piel. Sin detenerse a dar los buenos días a quienquiera que estuviera viendo la televisión en el salón, abandonó la vivienda con actitud decidida. El cielo había amanecido encapotado, aunque no había llovido desde la noche, y el asfalto de Victoria Road ya estaba prácticamente seco. Una ráfaga de viento la abofeteó sin embargo nada más abrir la puerta, lo que hizo que Sara se arrebujara en su chaqueta y endureciera el gesto.

Avanzó a paso ligero, tomó Banbury Road y no se detuvo, ni siquiera desvió la mirada, hasta que encontró la primera cabina telefónica. Bien, estaba libre. Se deslizó en su interior, insertó una moneda de dos libras, y marcó un número de memoria. Al tercer tono, alguien descolgó.

—Centro de salud de Ámbar, ¿en qué puedo ayudarle?

Sara suspiró aliviada al escuchar una voz perteneciente a su zona de confort. Era posible que se tratara de Loreto, una becaria que había contratado el centro para atender la recepción y que todavía no la habían presentado. Decidió ir al grano:

—Mi nombre es Sara Mora, y soy médico en el centro, departamento de neurocirugía. Necesito hablar con el doctor Encinas, por favor —dijo, lo más educada y profesionalmente posible que su estado de ansiedad le permitía.

—¿El psicólogo?

—Sí, dígame que es urgente.

—Ahora mismo le pongo con usted —dijo la nueva recepcionista muy educada, como esforzándose por parecer profesional—. No se retire.

En el interior de la cabina, la joven se sentía como una presa fácil. «Qué sentimiento más

absurdo» —pensó mientras vigilaba la calle a través del cristal—. ¿Por qué alguien iba a querer apresarla? Por suerte, una voz masculina surgió desde el otro lado de la conexión rescatándola de sus paranoicas fantasías.

—Sara, ¿de verdad eres tú?

El que hablaba era el doctor Luis María Encinas, el único psiquiatra en nómina con el que contaba la clínica de Ámbar. Le quedaban tres años para jubilarse, y, aunque su despacho estaba tan solo un piso por encima del de Sara, hasta el 12 de octubre no habían intercambiado más que algún protocolario saludo al cruzarse en el ascensor o en los pasillos del edificio. Desde ese fatídico día, sin embargo, pasaron a verse a diario, aproximadamente una hora cada día, en la consulta del viejo psiquiatra.

—Luis, necesito tu ayuda. Estoy desesperada —suplicó la joven sin perder el tiempo.

—Tranquilízate Sara, y respira hondo. A ver, ¿desde dónde llamas? ¿Sigues en Oxford?

—Sí. Te llamo desde un teléfono público. Ha ocurrido algo terrible.

—Te escucho, Sara. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ayer vi morir a un hombre. —Se detuvo un instante para respirar, era la primera vez que se oía a sí misma pronunciando una frase tan fuerte—. En su misma casa. Hubo un disparo que escuchó todo el vecindario, y yo fui la primera persona en socorrerle entre mis brazos. Pero ya estaba muerto Luis, ya estaba muerto...

Nueva pausa para respirar, rápida y entrecortadamente.

—Sara, estás sufriendo un ataque de ansiedad, tienes que tranquilizarte. Dime, ¿sabes quién era la víctima y por qué le dispararon?

En pleno desasosiego, Sara prefirió pasar por alto su relación con Lennard. Al fin y al cabo, no tenía tantas monedas para una historia tan larga. Decidió abordar el tema por el que había llamado:

—Luis, anoche un agente de policía me metió en el interior de su coche y me interrogó. ¡A mí! ¿Qué pasa últimamente conmigo? ¿Me estoy volviendo loca?

—No, no, nada de eso. A ver, ya te dije que la terapia estaba funcionando, cada día que pasaba te veía mejor, y cuando me comentaste lo de tomarte unos días libres para ir a Oxford, me pareció una idea fantástica. —La voz serena de Encinas le pareció a Sara el mejor de los reconstituyentes—. Ahora, simplemente has tenido la desgracia de estar en el lugar equivocado y en el momento erróneo. Has experimentado otro trauma, igual o más desagradable que el anterior, que ha hecho que la ansiedad se dispare en tu cuerpo como un cohete. Al parecer, muchacha, tienes un don para meterte en líos, pero ni te estás volviendo loca, ni morirás por esto.

—Entiendo. Pero entonces, ¿qué hago?

—Bueno, tienes que hacer lo posible por tranquilizarte. ¿Sigues tomando las pastillas?

—No desde hace unos días. Tú me dijiste que las dejara.

Sara se aferraba al auricular con fuerza, como si fuera todo lo que le quedara en la vida.

—Sí, pero eso era antes de toda esta historia. Retómalas, por un tiempo al menos. Hasta que mejores.

—Entendido, hoy mismo vuelvo a medicarme.

—Otra cosa más: creo que deberías volver a Ámbar. Aquí reanudaríamos la terapia.

Sara se mordió las uñas mientras meditaba su respuesta en silencio.

—No puedo, al menos hasta que no haya hecho una cosa. —Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y comprobó que no le quedaban más monedas—. Luis, se me acaba el tiempo de la llamada. Una cosa más.

—Tú dirás.

—Tengo que pedirte un último favor. ¿Puedes llamar al hospital de La Paz, en Madrid, y preguntar por el neurocirujano Jaime Vergara? Es muy importante que le localices.

—¿Jaime Vergara has dicho? Un momento, deja que lo apunte. —Sara imaginó a su psiquiatra con sus redondas gafas de cristal ancho, inclinado sobre su viejo despacho y apuntando las indicaciones a lápiz y con una caligrafía exageradamente grande—. Ya está. ¿Cuál es el mensaje?

—Debes presentarte como mi psiquiatra, él me conoce bien. Dile que he perdido mi teléfono móvil con toda la agenda, pero que es muy importante que hablemos. Que se conecte a su cuenta de Skype esta tarde a las 18 horas, hora peninsular. Le estaré esperando online. ¿Lo tienes?

Luis María Encinas repetía las órdenes de su paciente mientras las anotaba con minuciosidad sobre su papel.

—Importante... que se conecte a la cuenta de Skype... hoy a las 18:00...

—¿Lo tienes? —En ese preciso momento el saldo de la llamada se quedó a cero, y la conexión se cortó—. ¿Luis? ¿Lo tienes? ¡Mierda!

Sara colgó el teléfono con un golpe de rabia. Esperando que su viejo psiquiatra hubiera anotado todo el mensaje, la joven abandonó la cabina y se dirigió al centro de la ciudad. Tenía una cita a las seis de la tarde, pero antes de eso quería pasar por un sitio a comprobar una cosa.

Capítulo 9

—Permítame que me entrometa, Morgan: su mujer y usted, ¿se aman?

—Claro, doctor. ¿A qué viene esa pregunta?

—No veo que le brillen los ojos al responder. Cuando amas a alguien, debe brillarte hasta el alma.

—Por supuesto que quiero a mi mujer, Salas, no sea rebuscado.

—No cometa el mismo error que cometí yo, amigo.

—Sea más concreto.

—Me refiero a que madrugar cuando todavía es de noche para ir a trabajar al hospital era un incordio de cojones, pero me costaba mucho menos cuando al otro lado de la cama había alguien haciendo lo mismo. A que dos tazas de café decoran más que una. Que cuando se desgasta el barniz que hacen los comienzos de las historias tan emocionantes, sale a la superficie la persona de verdad, y ahí es donde debes decidir si la petarda de las legañas es para ti o no. Que al final, ella siempre va a ser la petarda de las legañas, que además es rara de cojones, y tú el gilipollas de campeonato, solo que con una pequeña diferencia: ella será tu petarda, y tú, su gilipollas. Y es entonces cuando, con suerte, conseguirás construir un para toda la eternidad lo suficientemente rocoso para no terminar en el juzgado. Cuarta enseñanza.

Viernes 10 de noviembre de 2006

La extraña pareja de policías compuesta por Alfred Horner y Thomas Carroll aguardaba en la sala de autopsias a que el forense hiciera acto de presencia. Iban ambos vestidos con la misma ropa de la noche anterior, y sus miradas pesadas demostraban que el cansancio estaba empezando a hacer mella en ellos. Carroll había conseguido echar una cabezada de menos de dos horas en el asiento trasero del coche patrulla en un intento desesperado de reponer fuerzas tras la accidental noche. Horner, por el contrario, ni siquiera lo había intentado.

La sala de autopsias del anatómico forense de Oxford era pequeña, fría y tan meticulosamente limpia que casi la convertía en nauseabunda. Estaba situada en el sótano, de modo que no le alcanzaba la luz del sol. La *mazmorra* la ocupaban esqueléticas camillas de metal, todas libres excepto una, la que se encontraba frente a los policías. Sobre ella, en el interior de un saco de tela amarillenta y abrochado en su centro por una cremallera, se escondía la masa inerte de lo que hacía unas horas había sido el cuerpo vivo de Mike Lennard.

Los dos hombres hicieron una mueca, cada cual según su estilo, cuando el forense entró en la sala doce minutos tarde: Carroll lanzó un suspiro disimulado hacia un costado, mientras que Horner, menos dado a guardar las formas, dedicó al recién llegado su mirada más hosca. «Mierda, nos ha tocado el Buda», comentó por lo bajo a su compañero, que no pudo reprimir una risita infantil. El tal *Buda* (apodo que Horner se acababa de sacar de la manga tal y como hacía de vez en cuando) era Kurt Payne, el jefe de forenses de la Policía Científica de la ciudad de Oxford. Embutido en una bata blanca algunas tallas pequeña, se trataba de un hombre de facciones desproporcionadas. No podía decirse que fuera un monstruo, pues tenía ojos azules, labios carnosos y piel suave. Pero el hecho era que tanto los ojos como los labios ocupaban la mayor parte de la superficie facial, creando el extraño efecto de que algo no estaba en su sitio, como si hubieran calculado mal la escala de ciertos elementos en la hora de su concepción. Carroll solía decir de él que era un gigante en el cuerpo de un humano. Llevaba el pelo rapado (incluido el de las cejas), y aunque no perdió la ensayada sonrisa desde que entró por la puerta hasta que tendió la mano a la pareja de policías, lo cierto era que no engañaba a nadie: Payne era un hombre muy extraño. Rara vez se relacionaba con los demás policías, coleccionaba armas impopulares (un día Carroll le vio sacar de su taquilla un puño americano y una colección de estrellas ninja), y desde hacía unos meses se le asociaba con algún tipo de secta budista (práctica que había conseguido suavizar su carácter bipolar a cambio de contribuir a agrandar su fama de bicho raro). A Horner y a Carroll, simplemente, no les caía bien.

No perdieron el tiempo en formalismos y fueron al grano: Horner solicitó ver el cuerpo, a lo que Payne obedeció sin rechistar abriendo la cremallera hasta el cuello.

—Joder... —soltó Snowflake de inmediato, como si fuese la primera vez que veía la masa amarillenta típica de un cadáver al que se acaba de realizar una autopsia. Alfred tragó saliva.

El forense comenzó a recitar las conclusiones de la autopsia como si estuviera en un examen oral y se las hubiera estudiado de memoria la noche anterior, todo con una voz sorprendentemente aguda («un gigante en el cuerpo de un humano y con voz de pito»):

—La víctima, a tenor de los elementos que tenía en torno al orificio que atravesaba el cráneo cuando le realizamos el análisis, fue abatida poco antes de la medianoche de ayer. Fue mediante un arma de fuego, eso es evidente, casi con toda seguridad de tamaño pequeño. Un único impacto

de bala fue suficiente para dejarlo seco.

—Cuando dices elementos, ¿te refieres a...? —preguntó Horner, delatado por un sutil brillo de temor en los ojos.

—Larvas. —Se apresuró el forense a terminar la pregunta con la respuesta, con un tono que hacía pensar que estaba disfrutando con el mal trago de los dos policías—. No, es broma. Solo os tomaba el pelo. Esos bichitos tardan un mínimo de 48 horas en aparecer en un cuerpo en descomposición.

Los dos detectives se miraron de reojo para confirmar su irritación respecto al cáustico sentido del humor de Payne.

—De acuerdo, continúa —apremió Horner, encrespado.

—Como podéis ver, una vez limpiado el cuerpo de su propia sangre reseca, descubrimos un profundo surco en la garganta. —Acompañó el comentario señalando la zona dañada con el dedo índice—. A pesar de ser una herida importante, no llega a alcanzar la tráquea, por lo que todo indica que el homicida intentó estrangular a la víctima antes de acertar con el arma de fuego.

—Deja que nosotros nos encarguemos de reconstruir la escena y tú dedícate a buscar *bichitos*, ¿quieres, Kurt? —Alfred aprovechó la primera oportunidad para saltar contra el forense.

Carroll rompió la tensión con filosofía policiaca:

—Joder... nosotros los policías vivimos los veinte peores minutos de las vidas de los demás —reflexionó en alto sin dejar de mirar hacia el boquete que casi dividía la cabeza de la víctima en dos.

Tras unos segundos de reflexión casi ceremonial, Horner formuló la pregunta habitual en los casos de asesinato por arma de fuego:

—¿Cuándo sabremos el modelo de la pistola?

—Me temo que no lo podemos saber con exactitud —respondió Kurt mecánicamente, como queriendo dejar claro que, en realidad, no le importaba lo más mínimo.

—¿Cómo que...? —Carroll estaba a micras de segundo de perder la paciencia (y las formas) cuando su compañero se le adelantó:

—Es porque no han encontrado la bala. —Alfred aseguró, más que preguntó, y luego buscó confirmación en los redondos ojos del forense.

—Exacto —afirmó el budista—. Sin la bala disparada no se puede conocer el modelo del arma con precisión. Los de balística no hacen milagros, ¿sabéis? —Dejó caer este último comentario con *rintintín*—. A ver, sabemos que fue un arma pequeña, como un revólver o una pistola de poco calibre. Además, por la forma del boquete, es muy probable que el tiro se produjese a poca distancia respecto al objetivo, puede que un metro y medio, o incluso menos. Es todo lo que puedo decir.

—Entonces buscaremos esa bala y daremos algo de trabajo a los de balística —prometió Carroll—. A veces nosotros sí que hacemos milagros, ¿sabes Kurt? —Tras la declaración de guerra verbal, un provocativo guiño de ojos del policía que el forense recibió sin el menor síntoma de ofensa en su expresión.

—Hay algo más —añadió este, con el clásico poder que tiene un empollón cuando el abusón de la clase le suplica por los deberes minutos antes de un examen sorpresa.

Horner achinó los ojos como si le ofendiera algún tipo de luz solar, y prestó máxima atención, pues algo le decía que el *caballo de batalla* del caso estaba a punto de ser revelado.

—Tú dirás, Kurt —apremió.

El aludido abrió más la cremallera, dejando a la vista el torso del cadáver al completo, y se abstuvo de comentar, pues la imagen hablaba por sí sola. Los dos agentes se dedicaron una mirada de complicidad. En mitad del pecho, en letras tan grandes que iban de un pezón a otro y marcadas en la misma carne como quien talla una inscripción en madera con un cincel, se podía leer un claro mensaje:

OJO x OJO

La caligrafía era irregular, temblorosa, como la de un niño que está aprendiendo a escribir. Los surcos, en este caso, no eran tan profundos como el ocasionado en el cuello. Todos llegaron a la conclusión de que el homicida, una vez había asesinado a su víctima, se había detenido unos segundos (pocos) para dejar el mensaje en su piel.

Horner dedicó a Carroll un gesto con la cabeza y ambos se volvieron para hablar algo más en privado.

—Está en español —se apresuró a comentar el rubio en un susurro.

—Lo sé.

—Estás pensando en Sara Mora, ¿me equivoco? —Bajó Thomas la voz un poco más. Sabía que, aunque Kurt Payne se hacía el despistado en torno al cadáver, en realidad no perdía detalle de la conversación entre ambos policías. Abrió sus enormes ojos de par en par cuando escuchó el nombre de Sara Mora, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y siguió escuchando con disimulo.

—Bueno, está claro que es otra prueba más en su contra —valoró Horner con extrema cautela. Después miró de reojo por encima de su hombro hacia donde se encontraba el forense e hizo una mueca de incomodidad—. Hablaremos de esto luego, Thomas, cuando estemos en privado —susurró el comentario con la fuerza justa para asegurarse que Payne escuchaba la indirecta.

La pareja se despidió de Kurt con protocolarios estrechar de manos y abandonaron la claustrofóbica sala, no antes de que Carroll hiciera algunas fotografías del cadáver centrando la mayoría de los disparos en el misterioso mensaje del torso. Cuando salieron a la superficie, ambos cogieron aire y se desataron el primer botón de la camisa. Tanta carne muerta y duelo verbal les había revuelto el estómago.

Sentado en la última fila, Marcos Tena escuchaba casi sin pestañear todo lo que se decía en la rueda de prensa del juzgado de Torrelavega. El juez José Miguel Callejo llevaba la voz cantante; no era habitual que un juez compareciera ante la prensa, pero Callejo consideró que la excepcional situación lo requería. Explicó que la investigación concerniente al asesinato de Miguel Lennard, cometido aquella madrugada en Oxford y del cual no se conocía todavía el móvil, estaba dirigida íntegramente por una unidad de la policía de la ciudad británica. Sin embargo, el resto de la investigación, es decir, todo lo relativo a la búsqueda de Alyssa Grifero, sería gestionado por el propio Callejo, que informó que quien estaba llevando el caso era el jefe de policía Julián Barreneche (a su izquierda en el estrado), y su equipo. Grifero, por tanto, era la principal sospechosa del asesinato de Miguel Lennard, al menos desde el punto de vista de la

justicia española. Nada se dijo, no obstante, sobre el suicidio de Carlos Rubial o la falsificación de información médica por parte de Don Rafael Salas, por considerarse ambos casos ya clasificados.

Mientras Callejo hablaba, Tena ojeó unos folios que llevaba archivados dentro de una carpeta corporativa. Se trataba de un informe de cinco páginas del que se había servido el juez para resumir los puntos importantes de la rueda de prensa. El joven policía avanzaba las páginas a gran velocidad por una razón muy simple: las había redactado él personalmente aquella misma mañana, y se conocía cada palabra de memoria. En él, había explicado en orden cronológico el fraude cometido por el doctor Rafael Salas y dado cuenta de las circunstancias que llevaron a su yerno, Alfonso Morales, a desplomarse y fallecer sobre la arena de la playa. También había descrito cómo la policía encontró el cuerpo de Carlos Rubial sobre las rocas, al pie del acantilado, así como el misterioso asesinato de su hermano perdido, el *británico* Miguel Lennard. Había dedicado más de una página completa a explicar por qué Alyssa Grifero se convirtió en sospechosa, procurando omitir todo lo que la prensa había escrito sobre ella y su «adicción al sexo y las drogas», hecho que no estaba ni mínimamente contrastado. Orgulloso por el buen trabajo, cerró la carpeta y volvió a fijar todo su interés en el estrado.

El juez Callejo explicó a los presentes que, aunque no estaba acostumbrado a realizar esa clase de comparecencias, había decidido convocarlos a raíz de los sensacionalistas titulares con los que habían abierto los periódicos e informativos esa mañana. El motivo principal de la rueda de prensa no era otro que enfriar los ánimos de los periodistas y desmentir ciertas informaciones tratadas como irrefutables, a propósito de las cuales ya había recibido numerosas llamadas.

—Con lo que sabemos en este momento, me atrevo a afirmar que la joven Alyssa Grifero, quien, como ustedes ya saben, vivía bajo la protección de Carlos Rubial, está en búsqueda y captura por tratarse de una de las principales sospechosas del caso Lennard. Sin embargo, basándome en la información que obra en mi poder, no puedo afirmar con rotundidad nada más allá de la simple sospecha.

—¿Tiene la joven alguna relación con la muerte de Carlos Rubial? —gritó un reportero de Televisión Española.

—Vivía con él, pero no es sospechosa de esa muerte. Podemos asegurar que Rubial se quitó la vida sin la ayuda de nadie.

—¿Tiene algún vínculo con Miguel Lennard?

—No lo sabemos. Lennard era el hermano gemelo de Rubial, pero no tenemos pruebas de que Grifero y él se conocieran, pues ni siquiera los hermanos tenían relación desde que eran unos niños. En aquella época Alyssa Grifero ni siquiera había nacido, y por lo tanto, es improbable que coincidieran alguna vez.

—En ese caso, ¿cuáles son los motivos por los que es culpable?

—Sospechosa, repito, no culpable.

—¿Cuál es el motivo por el cual es sospechosa?

—La joven viajó a Oxford el mismo día del asesinato, y sabemos que ha regresado a España esta misma mañana. Por otro lado, si bien todavía no conocemos los detalles de su relación con Rubial, puede que quisiera vengarse del hermano de su compañero sentimental por razones que desconocemos, o quizá simplemente fue a visitarle por algún motivo y terminaron discutiendo. Estamos investigándolo.

—¿Se sabe algo de su pasado y su afición a la mala vida?

—Defina *mala vida*.

—Me refiero a los rumores que hablan de su desordenada vida sexual y su afición por las drogas y otras sustancias.

—Esos rumores son del todo infundados, y por favor, os pediría que os ciñeráis a la verdad. La investigación será más sencilla sin detalles del mundo rosa.

—Denos algo más de información sobre los hermanos Rubial.

—Hay poca información interesante, pero si tenemos en cuenta la inesperada desaparición de su padre, el alcalde Rubial, hace ya algunas décadas, podemos deducir que se trata de una familia trágicamente resquebrajada.

Marcos Tena parecía pensativo. Advirtió que su jefe, Julián Barreneche, le miraba desde el estrado con actitud contrariada. Se rascó la cabeza y esperó a que finalizara la comparecencia.

No habían pasado ni cinco minutos desde que concluyera la rueda de prensa de Callejo, cuando Barreneche le hizo un gesto a Marcos Tena desde la distancia, instándole a hablar en privado en su despacho personal.

—Siéntate —le ordenó imperturbable desde su silla, en su lado de la mesa.

Tena obedeció sin decir palabra.

—He estado interesándome por ti. Tengo entendido que estás con contrato en prácticas.

—Sí. Llevo un mes aquí, y me quedan cinco más.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—¿Quién te pidió que redactaras el informe para la rueda de prensa?

—El juez Callejo. Esta mañana me pidió que le resumiera un poco toda la situación de los últimos días. No me llevó más de un par de horas.

—¿Te llamó él a ti o acudiste tú a él?

—Él me llamó.

—¿Por qué crees que lo hizo?

Tena dudó. Llevaba muy poco tiempo ejerciendo como profesional para saber si aquel interrogatorio por parte de su oficial era normal o, por el contrario, se encontraba en una encrucijada. En cualquier caso, empezaba a sentirse incómodo en ese cubículo.

—Supongo que quería poner a prueba al becario —respondió, intentando parecer desahogado con una media sonrisa.

—Y sabe que tienes veinticinco años, que te mueres por entrar en la comisaría, y que te puede utilizar a su antojo para su causa.

—¿Su causa? Pensé que todos remábamos en la misma dirección.

—Callejo es un jodido blandengue. Todavía cree en ese rollo de la presunción de inocencia, y

es por eso que no quiere dar un paso en falso y condenar a Grifero sin estar completamente seguro.

—Entiendo. Pero yo...

—Tú eres igual de blando que él, cosa normal, por otra parte, al ser todavía un renacuajo. Pero si tuvieras los huevos pelados como yo, estarías de mi lado.

—Estoy de su lado.

—Hoy no lo has demostrado.

—¿Disculpe? —A Marcos Tena se le tensaron los músculos del cuello.

—Creía haberte dejado bien clarito que este no era asunto de Callejo, y que no le íbamos a contar ni un solo detalle hasta que tuviéramos a Grifero esposada y camino del calabozo. Y vas tú y le redactas todo un informe, ¡de cinco páginas!

—Lo siento.

El joven entendió que se hallaba en medio de una conversación que podía afectar negativamente a su futuro.

—Me caes bien, Marcos, y te considero un excelente policía con mucho potencial. Eres aplicado y tienes buen ojo para las investigaciones, así que olvidaré lo que ha ocurrido hoy. Pero iré al grano y te lo resumiré en una sola frase: como vuelvas a desobedecer mis órdenes y actúes por tu cuenta, puedes ir olvidándote de tus prácticas. No entrarás jamás en esta comisaría.

—Entendido, jefe.

—He decidido echarme a un lado a partir de ahora.

—Vale.

—Te cedo el caso por completo. Quiero que lo llesves tú y que me traigas a Grifero. Sin investigaciones. Captúrala y punto. Hazlo bien, y tendrás muchas papeletas para superar tus prácticas.

—De acuerdo, gracias.

—Pero no hablarás con el juez sobre nada de lo que haces.

—No hay problema.

—Bueno, siempre que quieras que prolonguemos tu contrato.

—Por supuesto que sí.

—Tendrás la oportunidad de demostrar lo que vales, un policía de verdad, y no un lameculos. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. —Tena, que llevaba un rato esforzándose por no perder la compostura, tuvo que lanzar una última pregunta—: ¿Qué hacemos con Sara Mora? Está en Oxford.

—Ya sé que está en Oxford —contestó el comisario demostrando pereza—. Yo mismo informé a la Interpol, así que ahora esa jovencita está en manos de los *Bobbies*[\[19\]](#). ¿Le parece bien al poli de guardería? —Remarcó la última frase para que pareciera ridícula.

—¡Muy bien! —respondió Marcos, muy firme.

—Pues ya está. Asunto aclarado.

Tras un gélido apretón de manos, Julián Barreneche le hizo una seña para que abandonara el cubículo.

Unas dos horas después de la visita a la sala de autopsias, tras revisar ciertos informes sobre la vida de Miguel Lennard y atender algunas llamadas, Alfred Horner y Thomas Carroll se encontraban apoyados sobre la barra del Eagle and Child y concentrados en su almuerzo, dos muffins de frambuesa y sendos *expresos*, tal y como hicieran J.R.R.Tolkien y C.S.Lewis medio siglo atrás[20]. Se zamparon los bollos en silencio.

—Escucha Fred, no paro de darle vueltas al tema —dijo el rubio, lamiéndose los dedos después de dar cuenta del último pedazo de muffin—: supón que el asesino no mató a Lennard del disparo en la cabeza. Es decir, el corte en el cuello era bastante profundo. Supón que acabó con su vida estrangulándole con una cuerda, un cable, o similar, y después, una vez muerto, le asestó el tiro en la cara. A fin de cuentas, Kurt aseguró que debió de tratarse de un disparo casi a bocajarro, y, por otro lado, hay que tener mucha puntería para acertar en plena cara con el objetivo en movimiento. Si ya estuviese muerto, sin embargo, sería otro cantar.

—¿Pero qué dices? —Horner reaccionó como si le estuvieran intentando convencer que la Tierra es plana—. ¿Te refieres a que pudo dispararle una vez lo tenía en el suelo, sin vida? ¿Qué sentido tiene eso?

—Quizá lo hizo a propósito con el fin de confundirnos. Quizá todo forme parte de un montaje para volvernos locos, Dios sabe con qué motivo.

—Mira, supongamos que tu hipótesis tuviera algún sentido. —Horner enseguida sonrió sin ganas para suavizar la arrogancia de su comentario—. Habríamos encontrado la bala abollada entre el suelo del lavabo y la cabeza de Lennard. Además, en ese caso, los azulejos de la pared no estarían salpicados de sangre. Amigo mío, utiliza el cerebro.

—Mierda, tienes razón, estoy diciendo gilipolleces. —Carroll negó con la cabeza repetidas veces, avergonzado—. La bala es la clave de todo. Deberíamos rastrear el callejón que da a la ventana del cuarto de baño. Lo más probable es que se colara por allí tras el disparo.

Horner no dijo nada durante unos momentos, pero Carroll casi podía oír el engranaje de su mente evaluando y analizando el escenario en busca de puntos débiles.

—No hace falta, no está allí —dijo.

—¿Cómo coño puedes saber eso, Fred?

—La bala salió por la nuca de Lennard e impactó contra uno de los azulejos que había junto al espejo. Después cayó al suelo, dentro del habitáculo.

—Espera un momento. Pensaba que habías dicho que no había rastros de la bala.

—No los había. No tenía por qué haberlos. El asesino, conocedor de la importancia de la bala como prueba del delito, la recogió del suelo una vez realizado el trabajo y se la llevó consigo, pero eso hubiera sido imposible si la bala se encontrara entre los sesos de la víctima y el frío suelo ensangrentado. Imposible sin hurgar en el cadáver, quiero decir.

Carroll se preguntó cómo había podido ser tan torpe de no percatarse del boquete en los azulejos de la pared, y sintió cómo, una vez más, se quedaba rezagado respecto a su brillante compañero.

—¿Y el mensaje marcado en el pecho? —saltó de una prueba a otra con el fin de atar algún cabo y colgarse, aunque fuera, una medalla.

—Lo hace después de rescatar la bala. Sabe que tiene poco tiempo antes de que lleguen los primeros vecinos curiosos, pero no le llevará más de veinte segundos, al fin y al cabo se tratan de unos pocos arañazos sobre carne muerta. Sin duda formaba parte de un montaje premeditado. No solamente quería venganza contra Lennard, sino también dejarnos un mensaje, decirnos algo.

—Ya, pero lo que quiero decir es, ¿qué significa el jodido mensaje?

—¿Acaso no está claro?

—Pues no, la verdad. ¿Tengo que adivinar algo por el hecho de que sea un acertijo simétrico?

—No se trata de un acertijo, sino de un refrán español, y la simetría, si es que no se me escapa nada, es mera coincidencia.

Carroll miró atónito a su compañero y esperó a que continuara con su exhibición.

—*Ojo por ojo... diente por diente* —pronunció en un perfecto español de la península—, o lo que es lo mismo: venganza. Te lo he dicho hace un momento.

Se quedaron apoyados en la barra en silencio y mirando al infinito, uno al lado del otro, durante varios minutos. La mente de Carroll estaba más fija en el poderoso don que tenía Alfred para recolectar pistas y recomponer escenarios, que en el propio asesinato. Para él, Fred era como la típica nota desafinada que, sin embargo, gusta escuchar. Cuando estuvo seguro de que jamás alcanzaría la capacidad de su compañero para resolver casos, soltó una obviedad:

—El mensaje deja claro el móvil del asesino.

—No solamente eso. Deja claras dos cosas: el móvil del asesino era la venganza, y además quería que lo supiéramos.

—Pero, ¿con qué motivo?

—Eso es lo que desconocemos.

Carroll se encogió de hombros y, como si fuera un personaje de fantasía creado antaño por Tolkien en esa misma barra de madera, preguntó a Gandalf por su opinión.

—Pues, recopilando —dijo Horner, y desplegó una servilleta de papel sobre la barra—: tenemos la siguiente información. ¿Tienes un bolígrafo? —Se palpó la chaqueta por fuera y notó algo que no esperaba en el bolsillo interior—. ¡Espera! Yo tengo una pluma.

—No sabía que utilizaras pluma.

—Yo tampoco, la verdad —respondió Alfred, y enseguida se volcó en su hipótesis, que era lo único que le importaba en ese momento—. Veamos: sabemos que el homicida es español, o al menos domina el idioma lo suficientemente bien como para expresarse mediante refranes.

Escribió «hispano» en la servilleta.

—Además, el tipo parecía tenerlo todo controlado. Lo demuestra el tema de la bala, la rapidez para esfumarse a tiempo, y, por supuesto, la exquisita puntería con un arma de fuego.

Anotó «experto asesino».

—No te olvides del móvil, Fred, es importante —aportó el mayor de los dos agentes.

Horner añadió «venganza» a la lista de pistas. Sin plantear nada más en alto, como si sus dedos

trabajaran más rápidos que su lengua, alargó la lista con dos hipótesis más, ambas entre signos de interrogación:

¿llamar la atención de la policía?

¿simetría?

Horner tenía una forma de trabajar en equipo que hacía sentir a Carroll muy inferior.

—¿Conclusiones? —planteó Snowflake, esforzándose por parecer necesario.

Alfred trazó una línea vertical que dividía la servilleta en dos, y de un modo enigmático que embelesó a su compañero, dedujo:

—De momento tenemos un firme candidato. —Y mientras hablaba, escribió «SARA MORA», en letras grandes, sobre la división izquierda del papel. Después, dado que el semblante de Thomas le decía que se estaba precipitando, pasó a argumentar—: es española, me mintió en el interrogatorio, y no tenía motivos para estar allí. Para colmo, esta mañana la Interpol nos ha informado de que el hermano gemelo de Lennard estuvo a punto de violarla hace unas semanas, antes de suicidarse. —Carroll suspiró agobiado al escuchar la sucesión de argumentos—. Además, no olvides que llevaba restos de sangre en la mano.

—Vale, pero debemos sopesar otras opciones. Recuerda que la Interpol asegura que los españoles tienen pruebas más que suficientes para inculpar a una chica, cuyo nombre ahora mismo no recuerdo, del asesinato de Lennard. —Pasó la lengua por las migas que se le habían quedado en la comisura de los labios, y continuó cavilando en voz alta—: Al parecer, la chica tenía una historia con el hermano gemelo, y además han descubierto que viajó de Madrid a Oxford ayer mismo, es decir, el día del crimen. Por Dios, este caso es de locos —dijo, mientras se masajaba sus cansados ojos con las yemas de los dedos.

—Precisamente por eso he dividido la servilleta en dos partes iguales. —Horner dijo esto como si acabara de realizar el movimiento final de un truco de magia, y acto seguido escribió «VIAJERA SOSPECHOSA» en la mitad derecha del papel.

—Joder, tío, eres acojonante. —Carroll no tuvo más remedio que rendirse ante la demostración de su colega—. A veces es como si fueses un paso por delante que el resto de los mortales. En fin, ¡ves cosas que nadie ve!

Horner se tomó el cumplido como algo que le convenía ignorar, de modo que tan solo mostró una media sonrisa y se levantó del taburete.

—Sin embargo... espera un momento. Hay una cosa que no me cuadra del todo. —El rubio se llevó la mano al mentón y se preparó para dar una nueva vuelta de tuerca al asunto—: ni esa joven de la que sospechan en España, ni por supuesto la Sara Mora con la que hablamos ayer, responden al perfil de *psicópata calculador*. ¡Si son prácticamente dos niñas!

—Ahí tienes toda la razón, Thomas, pero no podemos dejarnos engañar por las apariencias. En fin, cualquier ser humano es capaz de hacer algo terrible en un momento dado. Sé de lo que hablo.

Horner se quedó ensimismado por unas fracciones de segundo, hasta que por fin espabiló:

—Venga, tenemos mucho trabajo por delante todavía. Urge investigar sobre los antecedentes de estas dos chicas. También sobre el propio Lennard. Está claro que algo hizo en el pasado para enfadar a alguien hasta tal punto de querer pegarle un tiro y marcarle el cuerpo. Sin embargo, antes quiero volver al escenario del crimen.

—¿A la casa de Lennard en Cowley Road?

—Sí, ¿te apuntas?

Thomas Carroll asintió sin dudarlo.

Jaime Vergara no recordaba la última vez que había estado tan nervioso, y más aún siendo una mujer el motivo de su desconcierto. Desde que Sarita le enviara aquel mensaje de texto al teléfono móvil, le había resultado imposible concentrarse en ninguna otra cosa. Se había limitado a dar vueltas por el salón, con el teléfono en la mano y leyendo el mensaje cada pocos segundos, como si se tratara de un tic nervioso que no podía controlar. Pensaba en lo surrealista que era el hecho de que el inminente encuentro con una mujer con la que casi había perdido toda relación, trasladara el desafortunado caso Shapiro a un segundo plano.

Y sin embargo, no podía pensar en otra cosa. ¿Qué pasaría cuando Sara llamara a la puerta y se encontraran, frente a frente, en el rellano? La invitaría a entrar al piso, por supuesto, y después, ¿qué? ¿En qué derivaría el encuentro? «¡Céntrate Jaime, joder! Sarita viene a contarte algo importante, no te comportes como un adolescente.» Incapaz de concentrarse en nada concreto, se acercó a la ventana del salón y se puso a contemplar el trasiego de gente que iba y venía por la calle Orense. Esa era una de las cosas que más le gustaban de su piso de soltero: Orense estaba llena de vida prácticamente las veinticuatro horas del día, y cuando se sentaba junto a la ventana nunca se sentía solo del todo.

De pronto el teléfono móvil sonó entre sus manos, y el corazón le dio un vuelco. Se trataba de un número largo que no estaba guardado en la agenda (eso descartaba a Sara). Pulsó el botón verde y se llevó el aparato a la oreja.

—Dígame.

—¿Hablo con el doctor Jaime Vergara, del hospital de La Paz?

—Mire, si llama de la prensa para hacerme preguntas incómodas, no estoy disponible, ¿queda claro?

—¿La prensa? No, no, nada de eso. Me llamo Luis María Encinas, y soy el psiquiatra de la clínica de Ámbar.

Algo se removió dentro de Jaime cuando escuchó la palabra *Ámbar*.

—¿La clínica de Ámbar? Le... le escucho.

—Tengo un mensaje para usted de parte de la doctora Sara Mora. ¿Le dice algo ese nombre?

«¿Qué está pasando aquí?»

—Sí, por supuesto. Es amiga mía. ¿Ocurre algo? —Alguien llamó en ese preciso instante a través del timbre del portal. «Ya está aquí, ¡por fin!», gritó el alma de Jaime con entusiasmo—. Un segundo, por favor —dijo al teléfono—, tengo que ir a abrir la puerta.

El joven doctor, con el móvil todavía pegado a su oreja, se acercó al telefonillo que colgaba de una de las paredes del recibidor y pulsó el botón de abrir sin preguntar quién llamaba. Después retomó la conversación telefónica.

—Mire, tengo que dejarle, recibo una visita.

—Antes deje que le dé el mensaje, repito que es muy importante para Sara.

—Está bien, le escucho —aceptó Jaime con un resoplido, pensando que cualquier cosa que fuera lo que Sara tuviera que decirle, podría decírselo en persona en menos de un minuto.

—Según la doctora Mora, debe conectarse a su cuenta de Skype esta tarde a las 18 horas, hora española. Ella le estará esperando.

—¿Qué me conecte a Skype para hablar con Sara? —«Esto debe de tratarse de un malentendido», pensó Jaime con lógica. El timbre de la puerta tintineó—. Mensaje recibido, señor. Ahora debo dejarle, acaba de llegar mi visita. Muchas gracias por la información. Adiós.

No dio tiempo a que el psiquiatra se despidiera. El joven neurocirujano colgó el teléfono mientras abría la puerta sin siquiera mirar por la mirilla para comprobar quién era (algo que, como iba a constatar, quizá debería haber hecho).

—¡Hola Sar...!

Lo que Jaime vio al otro lado de la puerta hizo que se le formara tal nudo en la garganta que le impidió terminar el saludo. Había reconocido perfectamente a la joven que el día anterior asesinó a un hombre a sangre fría en Inglaterra y que hoy era la imagen de cabecera de todos los informativos del país. Ahora estaba de pie frente a él con sonrisa circunstancial.

Capítulo 10

—Doctor Salas, hace algún rato que quiero preguntarle una cosa.

—Dispare, Morgan.

—¿Se arrepiente de su pasado?

—¿Cómo dice?

—Me explico: parece usted un hombre sabio, equilibrado y en paz consigo mismo. ¿Actuaría diferente de saber entonces lo que sabe ahora?

—¡Bingo! Ha dado en el clavo con ese tema. Verá, nunca somos felices cuando se supone que tenemos que serlo. Tendemos a pensar que nuestra vida será mejor cuando acabemos el curso, cuando llegue el verano, cuando aprobemos un examen que se nos ha enquistado, cuando encontremos una novia guapa, o un buen trabajo; cuando nos casemos, cuando nos compremos un coche (y en ese punto, ya ansiaremos un coche mejor), cuando dejemos de fumar, cuando tengamos hijos, cuando tengamos más dinero, cuando paguemos la hipoteca, cuando nos toque la lotería, cuando nos divorciemos, cuando consigamos un ascenso, cuando tengamos nietos, cuando nos jubilemos...

—Vale, vale, ya entiendo.

—En mi caso, me acostumbré a malgastar mis pequeños grandes logros generando la ilusión de que lo mejor estaba por llegar. Y mientras tanto, me quejaba. Regalaba más tiempo a la gente que está de paso que a la que se moría por mí. Las facturas e informes amontonados encima de la mesa acabaron enterrando cartas de amor, felicitaciones y dibujos, pero después no me explicaba por qué diablos me quedé solo. Y esta es la enseñanza número... sí, creo que es la número cinco.

Viernes 10 de noviembre de 2006

Jaime Vergara se encontró cara a cara con Alyssa Grifero y las rodillas comenzaron a flaquearle. En un acto reflejo, dio un paso hacia atrás.

Buen día, caballero —saludó la visitante, de un extraño buen humor—. Sé que esperabas a otra persona. Aun así, ¿puedo entrar?

Sin esperar la respuesta, Alyssa cruzó el umbral y cerró la puerta empujándola con el tacón de su bota. Observó con curiosidad una lámina enmarcada que ocupaba casi toda la pared del recibidor. En ella se superponían lemas positivistas del tipo «*to be inspired is great; to inspire is incredible*[21]». Después echó un rápido vistazo a la cama aún sin hacer del pequeño dormitorio mientras el universo de Jaime se ponía patas arriba: «¿qué coño?, ¿qué hace esta aquí?, ¿qué ha hecho con Sara?»

—¿Hay alguien más en el piso? —siguió hablando ella mientras entraba en la cocina *como Pedro por su casa*.

Vergara permaneció petrificado hasta que vio a Alyssa meterse en el cuarto de baño y mirar tras la mampara de la ducha. Se acercó a ella sin pensar.

—¿Qué estás haciendo? —gritó, e inmediatamente se dio cuenta de su elevado tono y bajó la voz.

Alyssa, que estaba comprobando que Jaime se encontraba en efecto solo, se detuvo, giró la cabeza, y enfrentó sus miradas.

—Tenemos que hablar —contestó con voz seca.

Sara notó que un fugaz escalofrío le subía por la espalda cuando se detuvo a una manzana de distancia del adosado de ladrillo que ocupaba el número 219 de Cowley Road. El aspecto de la calle resultaba tranquilo, casi familiar. Los coches patrulla habían desaparecido, no había ni rastro de los vecinos y ningún hombre yacía en el suelo de su piso con la cabeza reventada. Tampoco quedaba ni huella del ejército periodístico, con el que sin duda temía encontrarse; al parecer a esas horas no les quedaba ya carroña por rebañar. A pesar de que las nubes grises estaban cediendo su espacio a irregulares claros de sol, la temperatura rondaba los 13 grados, lo cual, añadido a la típica humedad británica, provocaba en Sara una incómoda sensación de destemplanza.

Miró su reloj de muñeca por quinta vez desde que, menos de una hora antes, finalizara la conversación telefónica con su psiquiatra. Marcaba las dos y cuarenta de la tarde, lo que significaba que aún tenía más de dos horas para encontrar un cibercafé y acudir puntual a su cita virtual con Jaime. En ese tiempo también tenía planeado meterse en la primera farmacia que encontrara para comprar las pastillas que le había recetado Luis María Encinas.

Pero todo eso, las pastillas y el locutorio, serían después de que se metiera de nuevo en la boca del lobo.

Los dientes le chirriaron, no solo por el frío, sino por el estrés que le provocaba contemplar el escenario de su última pesadilla. Desde su posición, a unos pasos de la licorería, pudo constatar

que una cinta de plástico amarillo precintaba la vivienda en todo su perímetro hasta desaparecer por el callejón que separaba la tienda de licores del propio chalet. El edificio se le antojó a Sara como una siniestra fortaleza, y en su mente incluso los ladrillos, antes rojizos, parecían haber oscurecido.

Reunió valor, susurró varias veces *soloesunacasa*, y tomó aliento para dar el primer paso. No llegó a dar el segundo, sin embargo, pues detectó algo con el rabillo del ojo que la impulsó a esconderse tras la esquina de la licorería *como una delincuente*.

Un coche patrulla se acercaba a moderada velocidad y con las luces de emergencia apagadas desde el otro extremo de la carretera. Aminoró la marcha y estacionó frente a la vivienda. Sara sintió cómo la sangre le subía de golpe a la cabeza cuando vio a dos hombres bajarse del vehículo.

«¡Mierda, son ellos!», lamentó en su interior, al mismo tiempo que se ocultaba tras la fachada lateral del local. El corazón se le estaba acelerando.

A Sara le bastó un fugaz vistazo para identificar a los dos policías de la otra noche: el rubio platino y el guaperas arrogante. «Bien, no me han descubierto.» Arriesgó con otro furtivo giro de cuello y consiguió ver a ambos agacharse para pasar bajo el precinto. Estaban a punto de entrar en la vivienda de Mike Lennard.

Se habían adelantado por segundos.

Vergara cerró los ojos con fuerza deseando que se tratara de una horrible pesadilla. Se encontraba en un estado de parálisis racional. La situación se le antojaba surrealista, casi paradójica, y su mente se negaba a funcionar. Jamás había estado cara a cara con una fugitiva. «¿Cómo es posible que sepa dónde vivo?», era lo único que acertaba a pensar. Entonces ella dijo algo que Jaime, de primeras, no entendió.

—Cachéame —le repitió.

Después Alyssa se plantó delante de él y levantó las manos con las palmas abiertas.

—¿Co... cómo dices?

—Por tu cara, deduzco que me has reconocido de las noticias. Es evidente que estás en pleno ataque de pánico. Sin embargo, necesito hablar contigo, y no puedo hacerlo si me tienes miedo. Venga, cachéame. No voy armada y soy inofensiva.

Se acercó un paso más, y Jaime retrocedió unos centímetros cuando notó el roce de la camiseta de ella contra su brazo. Se dio cuenta de que no le convenía discutir con una desconocida peligrosa y, por otra parte, no estaría de más asegurarse de que no llevaba armas encima, de modo que, sumiso, obedeció.

Procurando no mirarle fijamente a los ojos, se situó frente a ella. Nunca había cacheado a nadie, así que hizo memoria y visualizó en su mente alguna escena de su película policiaca preferida: *Arma Letal*. Empezó por arriba, agarrando las muñecas de Alyssa y descendiendo poco a poco por los brazos. Superó la zona pectoral con mucho cuidado de no rozar sus senos, movimiento que provocó una tonta y espontánea sonrisa en la joven. Él, no obstante, mantenía la vista fija en la pared. Al llegar a la cintura, Jaime experimentó una contradictoria sensación: por primera vez fue consciente de que albergaba en su vestíbulo a una asesina despiadada, desarmada

y totalmente a su merced, y le pareció de lo más morboso. Se sorprendió al tomarse unos segundos para palpar la zona de la cintura y examinar el cuerpo de Alyssa en su conjunto. En esa postura, con los brazos en alto, la camiseta se le ceñía a la piel moldeando su estrecha figura, en especial en la zona de los pechos. Se excitó. Inconscientemente bajó su mirada hacia los ojos de ella y, todavía con las manos sobre su cintura, dejó que sus pupilas africanas le absorbieran.

Carraspeó, y el tiempo volvió a correr.

—Comprobado. Estás limpia —tosió mientras daba un paso hacia atrás.

—Te has dejado las piernas.

Jaime se quedó mirándola como un bobo mientras meditaba una respuesta coherente, aunque la realidad era que no había nada de coherente en la situación en sí.

—Tía, ¿de qué vas? —Su espíritu de supervivencia había despertado de pronto. Una vez asegurado de que estaba desarmada, el miedo de Jaime dio paso al enfado—. ¿Sabes que puedo llamar a la policía ahora mismo y que te enchironen?

—No va a ser necesario —contestó ella al punto.

Mientras hablaban, él recorría con la mirada los rincones de su piso en busca de algún objeto que pudiera utilizar como arma si las cosas se ponían peligrosas.

—No vengo con malas intenciones, lo juro. Si quieres que me vaya, no tienes más que decírmelo. Pero te aseguro que tú me necesitas tanto como yo a ti.

—¿Pero qué dices? —Ahora fue Jaime quien dio un paso hacia ella hasta arrinconarla contra la esquina del recibidor. Se dio cuenta de que era mucho más baja que él—. ¿Qué has hecho con Sara? Has dicho que voy a necesitar tu ayuda, ¿cómo puede ser eso si ni siquiera te conozco? Estás loca.

Se llevó el dedo índice a la sien y empezó a darse golpecitos como si fuera un lunático.

—No te preocupes por Sara por ahora —dijo ella, ignorando el gesto de Jaime—. Mira, sé que no estás en tu mejor momento profesional, no es ningún secreto. Tienes problemas con la justicia y yo puedo ayudarte. Pero antes debemos hablar.

Se hizo el silencio.

Jaime estaba más que sorprendido. Tras un segundo de reflexión, decidió que aquella joven asesina le estaba diciendo la verdad, de modo que asintió con la cabeza. Balbuceando, le ofreció tomar una taza de café en la cafetería de abajo, «donde haya testigos».

—No, ni de coña. No puedo salir de casa, y menos meterme en un sitio público, tío. ¿Acaso no te has enterado? En estos momentos me busca media España. Tendrá que ser aquí.

Nada convencido, Jaime hizo un gesto con la mano invitándola a acomodarse en el sofá del salón. Después entró en la cocina, llenó la *Nespresso* de agua, y calentó dos cafés. Al cabo de unos segundos, ofreció una de las tazas a Alyssa y se sentó en el butacón, frente a ella, con actitud expectante.

«Está bien, lancémonos a la aventura y veamos a dónde nos lleva todo este disparate.»

Mientras Grifero se servía el azúcar y removía el café con la cucharilla, Jaime la examinó con detenimiento. Vestía como una mujer adulta y su cuerpo estaba totalmente desarrollado. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso. Y a pesar de todo ello, era todavía una niña. No daba la impresión de ser capaz de matar a un hombre hecho y derecho, y mucho menos de apretar el gatillo

de una pistola. No era, en definitiva, el prototipo de un asesino en serie. Sus ojos, sin embargo, eran los de un adulto: tranquilos e inexpresivos.

—¿Me tienes miedo? —dijo ella de pronto, rompiendo el hielo con solo tres palabras.

—No —contestó Vergara.

—Bien, porque no he venido a matarte, ni a hacerte daño, ni nada por el estilo. Al contrario, necesitamos ser amigos.

Se produjo un nuevo silencio.

—Perfecto, te doy un cuarto de hora para convencerme. Después de ese tiempo llamaré a la policía —soltó él, contundente.

—¿Un cuarto de hora? Te advierto que mi historia es compleja.

—Pues abrevia y simplifica, pareces una chica avispada. Catorce minutos.

Ella levantó las manos, haciendo ver que había captado la idea.

—Ahora empieza: ¿por qué estás aquí? —apremió él.

Grifero cambió su rostro y se puso serio. Su mirada reflejaba cansancio y tristeza. Toda la seguridad que había percibido Jaime en ella cuando entró al piso se había esfumado, y entendió que los preliminares habían terminado. No fue capaz de empezar a adivinar siquiera lo que iba a suceder a continuación, pero sintió que una nube gris inundaba el ambiente.

El agente Thomas Carroll contemplaba con admiración los azulejos agrietados de la pared del cuarto de baño de Mike Lennard, y se abroncó por haber sido tan torpe de no haberlos examinado la otra noche. Horner se mostraba imperturbable a su lado.

—Bueno, pues tenías razón: definitivamente hay todo un señor agujero de bala en la pared —reconoció Thomas con los brazos en jarra—. Eso descarta que el disparo se produjese con la víctima ya en el suelo.

La estancia se mostraba igual que como la habían dejado, a excepción del charco de sangre en el suelo, que había sido fregado (aunque todavía podían verse restos de coágulos en las juntas de las baldosas), y, como era natural, el fiambre, que a esas horas reposaba en la sala de autopsias del anatómico forense como ya habían comprobado. Por lo demás, se encontraban en el interior de un lavabo de hombre soltero normal y corriente, con su cepillo y pasta dentífrica, su solitario bote de champú y su desodorante de marca blanca.

Carroll lanzó un suspiro cansado, como si acabara de caer en la cuenta de lo complicada que iba a resultar la investigación.

—No veo ningún elemento afilado por aquí, así que las heridas en el pecho debió de hacerlas con un objeto que, o bien trajo consigo, o bien se llevó después —comentó mientras miraba a su alrededor.

—Apostaría a que fue con algo personal, una especie de abrecartas o algo por el estilo —apuntó Horner, y después se explicó—: Si hubiera utilizado un machete o un objeto muy afilado, las huellas serían más profundas y sangrientas, ¿no crees?

—En realidad pudo haber sido con cualquier cosa que se encontrara por la casa, como una

navaja o una aguja.

—Lo dudo mucho. —Horner exponía su teoría con tal seguridad que aplastaba los argumentos de su compañero uno tras otro—. Es evidente que escribir ese mensaje en la piel de su víctima era la culminación de un plan muy meditado, de modo que lo normal es que la herramienta formara parte del ritual.

El rubio hizo una mueca. Esa palabra le producía escalofríos. *Ritual...*

Cansado de quedar en evidencia, se acercó a la ventana y se asomó al inhóspito callejón. Constató que no había nada de interés y regresó a la estancia.

—Venga, inspeccionemos el resto de la casa —apremió Horner chocando las manos con entusiasmo—. Nos separaremos para ir más rápido, si te parece bien.

Snowflake asintió.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó.

—Cualquier cosa que nos dé algo de información extra sobre Lennard. Papeles, artículos, fotos, cintas de video... Alguien le mató por venganza y tenemos que averiguar el motivo. Tú revisarás el bajo y yo el piso de arriba. ¡Andando!

Ese día prefería trabajar solo. A decir verdad, y a pesar de lo mucho que le agradaba su compañero, desde que interrumpiera su día libre con aquella llamada de madrugada, había sentido a Carroll como un constante grano en el culo.

Subió las escaleras, localizó el dormitorio de Lennard y se encerró en él. Miró la estancia con ojos desafiantes, como mira el empollón de la clase a las preguntas en blanco al comienzo de un examen.

No sabía lo que buscaba en concreto, pero el instinto le decía que entre tantos cajones y armarios encontraría algo que le diera más información sobre quién era Mike Lennard en realidad. No esperaba darse de bruces con la pista definitiva que le entregara en bandeja el nombre del asesino y sus motivos para cometer el salvaje crimen; eso suponía una utopía. Pero era consciente de que tenía muchas papeletas para encontrar algún documento interesante.

Lo primero que hizo fue curiosear bajo la cama (siguiendo más el instinto que la lógica), pero lo único que encontró fue una fina capa de pelusa. Abrir los armarios más grandes le sirvió para constatar que Lennard vestía a la moda, quizá algo moderno para su gusto, pero se lo imaginó, en definitiva, como un hombre coqueto.

Horner se movía con rapidez de mueble en mueble, lo que provocó que, cuando cerró con brusquedad la puerta de una caja de música que hacía las veces de relojero, se golpeará el brazo derecho con el borde de madera. Un profundo dolor invadió su extremidad, pues era la misma que había sido curada y vendada la madrugada del accidente.

Lanzó un gruñido hueco, mudo.

Inspeccionó el antebrazo y comprobó que no había sangre en el vendaje, lo que significaba que las heridas no se habían abierto. El dolor menguó hasta casi desaparecer; no obstante, la sombra que se había cernido sobre su figura cuando descubrió que alguien había entrado en su casa lo envolvió de nuevo. Lo que más le desconcertaba era tener la suposición de haber forcejeado con

alguien (a razón de los surcos que habían aparecido en su antebrazo), y sin embargo no acordarse de nada. Parecía evidente que alguien estaba jugando con él, torturándolo y añadiendo nuevas piezas al rompecabezas cada vez. Sopesó la idea de que su agresor estuviera directamente relacionado con el asesinato de Mike Lennard. Sintió desazón.

Fue cuando abrió el primer cajón de la mesilla que descubrió algo que hizo que sus oscuros pensamientos volaran de su cabeza. Se trataba de la clase de pista que estaba buscando. Y resultó del todo desconcertante. Bajo algunos papeles correspondientes a contratos y facturas viejas —los cuales no le dieron más información aparte de que Lennard vivía de alquiler y que gastaba muy poco en agua y luz—, dio con una caja azul de plástico repleta de cartas escritas a mano, en castellano y con una caligrafía exquisita. Lo que a Horner le pareció más peculiar fue que las cartas no iban dirigidas a Lennard. Toda la correspondencia contenida en la carpeta estaba afectuosamente dedicada a la misma persona:

«Diana.»

Tomó la primera misiva y observó que en realidad correspondía a la última en ser recibida. Había sido entregada el lunes 16 de octubre, es decir, hacía menos de un mes. Era un hecho irrefutable que en esa fecha Mike Lennard estaba viviendo en esa casa, lo cual abría un abanico de numerosas posibilidades: ¿había recibido Lennard todas esas cartas por error?, ¿acaso vivía con una mujer llamada Diana?, ¿dónde estaba ella ahora?

Intrigado, dedicó algunos minutos a leer la carta, que ocupaba una cara y media de folio. Le bastó con unas pocas líneas para ser consciente de estar ante un importante descubrimiento dentro de la investigación. La persona que había escrito la carta le contaba a la tal Diana con total confianza una serie de desgracias que le habían ocurrido en los últimos días. Hablaba de un intento de violación en su propia casa, de la resolución de un caso sobre una paciente que tenía un tumor (en ese punto asumió Horner que la remitente era una doctora), y de que al final resultó ser el marido de ella quien terminó muriendo. Era evidente que las líneas estaban escritas a modo de terapia y dedicadas a alguien muy especial. Alzó las cejas cuando leyó el siguiente párrafo:

«Diana, lo que estoy a punto de contarte es muy fuerte: Charly, el cabrón que intentó violarme, se suicidó el otro día. Le han encontrado sobre las rocas, en el acantilado. Estoy en shock ahora mismo.»

Sintió un estremecimiento al reconocer el nombre del suicida. ¡El hermano gemelo de Lennard! ¿Podían darse más casualidades en tan pocos días? Entonces se preguntó si todo lo que había ocurrido en España podría estar relacionado con el asesinato de Cowley Road, e inmediatamente se materializó en su cabeza la figura de su principal sospechosa. Continuó leyendo:

«He tomado la decisión de viajar a Oxford la próxima semana. Creo que es lo que me conviene ahora mismo. En realidad, necesito verte.»

Alzó las cejas todavía más. Todo el orden anímico de su cuerpo se alteró, sin embargo, cuando terminó de leer la despedida y firma:

«Con todo mi cariño, Sara.»

El folio doblado le temblaba en las manos. Sara. Sara Mora. S-A-R-A-M-O-R-A. Un torrente de preguntas sin aparente respuesta se le amontonaron en la cabeza. «¿Quién demonios es Diana? ¿Por qué le escribió Sara toda esa correspondencia y por qué motivo las envió a la dirección de Lennard, si en realidad no iban destinadas a él?, ¿o sí?» La imagen de Sara y Lennard despidiéndose la otra tarde bajo el Puente de los Suspiros volvió a proyectarse en su cabeza.

Horner torció el gesto.

Después, el cuestionario mental del agente saltó a la noche del crimen. Sara Mora estaba allí, y no era una casualidad, como bien había intuido desde un principio. Había cierta conexión que se le escapaba entre Mora, Mike Lennard y la enigmática Diana. Ahora el puzle contenía otra pieza que lo dotaba de más complejidad. Pero a su vez, había encontrado un punto más donde investigar. Tenía que encontrar a Diana fuera como fuera.

Una voz familiar sonó de fondo en forma de grito, interrumpiendo a Alfred en sus elucubraciones. Era Carroll, que le informaba de que no había encontrado nada de interés en el piso de abajo y le instaba a continuar con la investigación. Todavía temblando por la emoción, Alfred dobló todas las cartas dos veces por la mitad y las guardó en el bolsillo interior de su americana. Después cerró el cajón, salió de la habitación y se reunió con su compañero. No le comentó nada de lo que había descubierto.

Alyssa Grifero dejó su taza de café *Ristretto* sobre la mesita del salón y se dispuso a entablar una de las conversaciones más difíciles y determinantes de su vida.

—Tengo un problema de los gordos entre manos —comentó—, y la verdad es que no sé por dónde empezar. Creo que lo mejor será intentar convencerte de que no soy una asesina.

—No, primero explícame cómo has encontrado este piso y de qué me conoces —la corrigió Jaime, que parecía dispuesto a no perder el tiempo.

Ella le dirigió una sonrisa nerviosa. Esperaba esa reacción por su parte.

—Tu amiga, esa tal Sara, está en Oxford.

—¿Oxford? ¿Qué demonios hace allí?

—Eso no lo sé, la verdad es que ni siquiera la conozco —explicó Alyssa, que intentaba componer en su cabeza una serie de frases que resultaran convincentes—. Pero, por algún motivo, tu amiguita estuvo en el mismo lugar y a la misma hora en que se produjo el asesinato de Mike Lennard. Ese al que todos los noticieros me asocian.

—Pero del que tú no tienes nada que ver, supongo.

Alyssa notó puro sarcasmo en las palabras de Jaime, posiblemente destinado a hacerla entrar en el máximo detalle de la historia.

—Por supuesto que no.

—Y entonces, ¿quién mató a ese hombre?

—No lo sé —mintió ella sin el menor titubeo.

Él resopló.

—Está bien, continúa. Sara estaba en el lugar del crimen. ¿Y luego qué?

—Varios policías la retuvieron. Uno de ellos la metió en su coche y la mantuvo allí un rato largo. Supongo que la interrogó.

—Vale, y mientras tanto, ¿tú dónde estabas?

—Yo lo vi todo desde detrás de un contenedor de basura que había en un callejón junto a la casa. Nadie sabía que yo estaba allí, ni siquiera tu amiga. —En ese punto de la narración, Alyssa

ya hablaba casi para ella misma, como si le costara esfuerzo recordar la escena. Luego se dirigió a Jaime con una nueva determinación en la voz—. Después, cuando todos se fueron, salí de mi escondite, y al cruzar la carretera pateé sin querer un teléfono móvil que alguien había perdido. Lo recogí y lo encendí. Resultó ser propiedad de Sara Mora, la chica que acababa de ser interrogada y que había estado recibiendo insistentes emails de un tal Jaime Vergara, o sea, de ti. Casualidades de la vida, ese Jaime había sido noticia por supuesto intento de homicidio. Igual que yo. Y se me había brindado la oportunidad de conocerle.

Por primera vez, Jaime parecía impresionado. Muy a su pesar tuvo que reconocer que la historia le empezaba a interesar.

Alyssa le dedicó su mirada más frágil mientras se inclinaba hacia él.

—Jaime, ambos estamos igual de jodidos. Por eso debemos ayudarnos.

—Así que te hiciste pasar por Sara para conseguir mi dirección y venir hasta aquí —la acusó el anfitrión en voz alta.

—Sé que no fue lo más honrado, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No sabía a dónde ir, ¡me persiguen!

Jaime hizo una mueca que ella interpretó como una muestra de recelo. Le iba a costar lo suyo ganarse la confianza de aquel hombre.

—Bien, supongamos que dices la verdad y que no tienes nada que ver con el asesinato de Oxford. ¿Por qué te persigue la policía entonces? —quiso saber él, perspicaz.

Alyssa invirtió casi todo el tiempo del que disponía en contarle los escabrosos detalles de su relación con Charly Rubial hasta el momento de su suicidio. No omitió nada.

También le habló de su viaje relámpago a Inglaterra, la inesperada muerte del hasta entonces desconocido hermano de Charly, y las razones por las cuáles la policía había relacionado dicha muerte con su viaje.

—¿Para qué viajaste a Inglaterra? ¿Y qué hacías en plena noche junto al apartamento del hermano de ese Charly? —Como ella había previsto, Jaime había llegado por sí solo a las mismas cuestiones que la policía.

Alyssa miró su reloj.

—Mis quince minutos se terminan, pero no me queda mucho para concluir. ¿Me concedes un tiempo extra?

Jaime asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero responde: ¿cuál fue el motivo de tu viaje y qué buscabas en ese apartamento?

—Vas a tener que confiar en mí en esto. La respuesta a tu pregunta es algo que preferiría mantener en secreto, al menos por ahora.

Vergara pareció sumergirse en sus propios pensamientos. El silencio duró tanto que Alyssa empezó a rebullir con impaciencia en el sofá. Finalmente él agitó los brazos contrariado.

—Sigo sin entender. ¿Qué pretendes viniendo a mi casa y contándome todo esto?

—Estamos llegando al punto clave de la cuestión. Para empezar, lo que necesito es que me des refugio en tu casa hasta que pase la tempestad.

Capítulo 11

—No ha respondido a mi pregunta: ¿se arrepiente de su comportamiento en el pasado, o no?

—Nunca se haga esa pregunta, Morgan, hágame caso, porque todos nos arrepentimos de todo por naturaleza. Y además, nos gusta.

—¿Cómo que nos gusta?

—Lo diré de otra manera: el ser humano ha encontrado la manera de hacerse daño a sí mismo para después experimentar el placer de curarse. Ahí va la sexta. Piense en ello.

Viernes 10 de noviembre de 2006

Los quince minutos fijados por Jaime Vergara ya habían expirado, y sin embargo la joven seguía en su sofá y nadie había llamado a la policía. Jaime se sentía tan desconcertado que tuvo que pedirle a Alyssa que repitiera lo que acababa de decir para asegurarse de que lo había entendido correctamente. «¿Proporcionar refugio a una fugitiva? ¡Por el amor de Dios!»

Se había levantado del butacón y estaba de pie delante de la ventana masajeándose el cuello mientras contemplaba el tráfico. Recopilando: una completa desconocida a la que buscaban por todo el país había encontrado el móvil de Sara en Inglaterra, había volado de regreso a España burlando la seguridad fronteriza, y se había plantado en su casa haciéndose pasar por su amiga y pidiendo ayuda. Aseguraba no haber matado a nadie, aunque confesaba haber sido la compañera sexual de un loco suicida. El escepticismo había acabado de apoderarse de él cuando, al plantearle a la chica preguntas concretas sobre sus intenciones en el país anglosajón, ella decidió mantener sus secretos para sí. No obstante, la historia no había llegado al final, y para entonces Jaime estaba demasiado intrigado como para no escuchar el desenlace.

—Y tú, ¿qué ofreces a cambio de mi hospitalidad? —preguntó a Grifero cuando volvió a cruzar la mirada con ella.

La joven sonrió amargamente.

—Sara corre un grave peligro —dijo con voz seca.

Jaime arqueó las cejas ante tan rotunda afirmación.

—Vuelve a sentarte en tu butaca, anda —le sugirió Alyssa—. Mientras tanto, permite que me fume un cigarrillo.

Sara Mora no apartó la mirada de la casa desde que los dos policías entraron en ella. Habían transcurrido más de quince incómodos minutos y los detectives seguían sin dar señales de vida. Era como si se les hubiera tragado la tierra. Durante ese tiempo sopesó muy seriamente la opción de darse la vuelta y marcharse por donde había venido, ahora que ellos estaban ocupados, y evitar así que la descubrieran husmeando. Al final la curiosidad pudo más que el miedo, de modo que se mantuvo en su posición tras la esquina del local, expectante.

En algún sitio sonaba una banda de música callejera. A tenor de la intensidad con la que llegaba la melodía a sus oídos, supuso que el grupo se acercaba. En efecto, un conjunto de flautas, violines, guitarras y trompetas no tardó en surgir desde una calle perpendicular a Cowley Road, a un par de manzanas de la licorería. Los músicos giraron hacia su dirección con la intención de subir por la avenida, de manera que les tuvo de frente. El grupo estaba formado por alrededor de una docena de hombres y mujeres. Sara rotó su cuerpo con disimulo de forma que les diera la espalda (había decidido que cuanto menos gente la viera rondando esa casa, mejor le iría), y advirtió cómo la banda pasaba de largo. Cuando se aseguró de que les separaban la suficiente distancia como para que no pudieran identificarla, volvió a centrarse en la casa precintada. Sufrió un sobresalto al comprobar que, en ese preciso momento, se abría la puerta principal.

Tensó su cuerpo y se refugió de nuevo tras la esquina como un gato asustadizo. Menos de ocho metros, exactamente los que medía de ancho la tienda de licores, la separaban ahora de los dos

policías. Si uno de los dos giraba un mínimo el cuello hacia la derecha, la vería. Aguantó la respiración y contó hasta diez en silencio.

«1, 2, 3..., *porfavorporfavorporfavor*..., 4, 5, 6..., bien, parece que no me han visto..., 7, 8, 9..., ¡y diez!»

Ladeó ligeramente la cabeza para observar con el ojo derecho la actividad de los dos detectives: se estaban alejando del portón y esperaban impacientes a que la banda musical terminara de pasar para que pudieran cruzar la calzada. Parecían preocupados. Se expuso Sara un poco más para enfocar su mirada hacia la fachada delantera de la casa y hacer un descubrimiento.

«¡Han dejado la puerta abierta!»

Advirtió cómo, tras intercambiar los agentes unas pocas palabras en un inglés del todo ininteligible para ella desde esa distancia (y más aún con la charanga sonando todavía de fondo), el más rubio de los dos señalaba hacia el frente. Delante de ellos había un local en el que, según el rótulo que lucía sobre la entrada en alegres colores y el cartel de *Take Away*^[22] de la ventana, servían comida turca para llevar. Entraron en él y ambas figuras desaparecieron tras la puerta.

Sara volvió a quedarse a solas junto a la licorería. La pequeña orquesta había rebasado el número 219 y sus melodías populares eran ahora como susurros entre el rugido de los coches. Observó con recelo el hueco de la puerta de la vivienda y le asaltó una poderosa tentación. Si saliera corriendo hacia la casa, calculó, no tardaría más de cinco segundos en alcanzarla. Entonces podría esconderse dentro y campar a sus anchas. Sin embargo, corría el riesgo de que en esos cinco segundos uno de los dos policías mirara hacia esa dirección a través del cristal del local, detectara a una joven loca corriendo calle arriba, se fijara más atentamente en ella, y la reconociera como la sospechosa que encontraron junto al cadáver de la víctima la noche del crimen.

No arriesgó. Miró a su alrededor para constatar que no estaba llamando la atención de nadie, pegó su cuerpo a la pared, y mantuvo su visión fija en la entrada del restaurante turco. En ese momento su reloj de muñeca marcaba las tres y diez.

Alfred Horner seguía con las cartas de Sara en la cabeza cuando atravesó el hueco de la puerta principal y se reunió con su compañero en el umbral de la vivienda de Mike Lennard. Se recolocó el vendaje del brazo antes de situarse a su altura. Ambos se quedaron mirando hacia la carretera, pensativos.

—Pues parece que hemos perdido el tiempo volviendo aquí —dijo Thomas sin desviar la mirada del frente.

Horner no habló.

—¿Qué hacemos ahora, Fred? ¿Alguna idea?

—Tocan bien —comentó ensimismado.

—¿Cómo?

—La banda de música. Son buenos.

Vio que Carroll se volvía hacia él y le contemplaba como quien mira a alguien que acaba de soltar una soberana estupidez. Lo que su compañero ignoraba era el torbellino de ideas que tenía

dando vueltas en la cabeza y que le impedía pensar en otra cosa. «S-A-R-A-M-O-R-A...»

Se encogió de hombros para disimular su distracción.

—No sé, volvamos a comisaría y continuemos la investigación. Rebuscaremos en el pasado de Lennard, ¿te parece? —Horner propuso la primera cosa con sentido que se le ocurrió, pues lo que el cuerpo le pedía en realidad era intimidad para reflexionar.

—Espera un momento. —Carroll alzó la mano asumiendo esta vez el papel de líder—. Antes vamos a fisgonear un poco más.

Acompañó la propuesta señalando hacia la calzada, que en ese momento estaba ocupada por los integrantes de la mencionada agrupación musical. Horner siguió la línea imaginaria que dibujaba el dedo de Carroll y miró por encima de los músicos, que avanzaban a ritmo lento, ajenos a la conversación de los detectives. Al otro lado de la calle se encontraba el Ahmets, un pequeño local de aspecto humilde que parecía ofrecer comida turca.

—¿Tienes antojo de kebab, Tom? —preguntó, irónico.

—No, joder, pero es el restaurante más cercano a la casa de Lennard. Si era mínimamente amigo de la comida turca, seguro que el dueño del local le conocía, y en ese caso podría darnos alguna información sobre él.

Horner dedicó a su compañero una sonrisa de admiración.

—Fantástica idea.

—Gracias. Además, podría incluso ser testigo del crimen. No perdemos nada por entrar a preguntar.

—Bien, aunque creo que pecas de optimista. El asesinato se produjo rondando la medianoche, y a esas horas seguro que ya estaba cerrado.

—Qué dices, ¿estos kebabs no cierran nunca!

Carroll dedicó a su socio un cariñoso puñetazo en el hombro y se dispuso a cruzar la calle, ahora libre tras el paso de la procesión musical. Horner le siguió sin sospechar que la mujer que acaparaba todos sus pensamientos les estaba observando a unos pocos pasos de distancia.

El Ahmets estaba atendido por un hombre de mediana edad de pelo rizado, tez tostada y parco en palabras. Se identificó como Mirsad, y no pareció intimidarse cuando Thomas Carroll le mostró la placa que le acreditaba como policía. Al contrario, dedicó a la pareja de detectives una sonrisa llena de prepotencia.

—No le robaremos mucho tiempo, Mirsad. Tan solo serán unas pocas preguntas.

Carroll hizo una pausa por si el hombre quería decir algo. Después carraspeó y comenzó un breve interrogatorio en el que Horner se mantuvo en segundo plano.

—Bien, ¿conocía usted al hombre que vivía en la casa de enfrente, en el número 219?

—No sé quién vive en esta calle. Yo me dedico a mi negocio y después me voy. —Mirsad hablaba con un marcado acento árabe.

—Se llamaba Mike Lennard. ¿Le suena ese nombre?

Mirsad se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Era un hombre caucásico, de pelo oscuro y de clase media alta. —Carroll acompañó la descripción mostrando una fotografía de Lennard que habían impreso esa mañana en la comisaría

—. ¿Nunca le ha visto en este local?

El interrogado ojeó la imagen durante menos de un segundo.

—No me suena, pero por aquí vienen decenas de clientes cada día. No sabría decir. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho este tipo?

—Este hombre fue asesinado anoche en su propia casa. Justo enfrente de su local.

A Mirsad le cambió la cara. Volvió a mirar el retrato, esta vez con interés.

—No le he visto en mi vida, lo juro.

—¿No vio ni oyó nada que le llamara la atención ayer por la noche?

—Cerramos por la noche. De estar abiertos, me hubiera enterado.

Thomas se giró para mirar a su compañero y le dedicó un gesto que reconocía que antes estaba en lo cierto respecto a los horarios de los restaurantes turcos en Oxford. Luego continuó:

—¿A qué hora cerró ayer?

—A las doce de la noche.

—A esa hora ya se había producido el disparo, según los testigos y la opinión del forense. «Aunque los coches de policía, o sea, el jaleo, no llegamos hasta por lo menos las doce y cuarto», calculó.

—Pues no sé qué decirle. Aquí dentro solemos tener la tele encendida, puede que la tuviéramos a un volumen tan alto que no nos dejó oír lo que pasó en esa casa.

Carroll miró de reojo al otro lado de la barra y constató que, efectivamente, había una televisión.

—Está bien, no se preocupe. No tenemos más preguntas para usted. —Guardó el primer plano de Lennard en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una tarjeta de visita—. Si recuerda cualquier cosa de utilidad sobre este hombre o algún suceso extraño que tuviera lugar ayer en el barrio, llámeme a este número.

Mirsad aceptó la tarjeta y asintió. Cuando Carroll estaba cruzando la puerta, Horner abrió la boca por primera vez desde que entraron en el local:

—¿Esa cámara está en funcionamiento?

En el techo, junto al marco de la puerta, una vieja cámara de seguridad apuntaba hacia la salida desde dentro del restaurante. Horner la había descubierto y, atendiendo a la posición del objetivo, estaba seguro de que registraba todo lo que ocurría en una importante superficie del exterior del local.

—Sí, por supuesto que funciona —respondió el turco, casi ofendido por la pregunta.

—En ese caso vamos a necesitar una copia de la cinta de ayer, Mirsad.

Sara atravesó el hueco de la puerta principal de la casa inmediatamente después de que el coche de los detectives desapareciese en el horizonte, calle abajo. Aunque el vehículo ya se encontraba fuera del alcance de su visión, había abandonado su escondite de un salto (empezaba a estar harta de la maldita esquina de la tienda de licores) y esprintado hasta el umbral. Se adentró

en el número 219 entre jadeos, provocados en iguales proporciones por la emoción y el esfuerzo.

Mantener la mirada hacia el frente (en este caso particular, hacia un armario trastero que tenía Lennard emplazado en el recibidor) se convirtió en el primer desafío de Sara dentro de la casa. La razón era simple: la primera puerta a la izquierda que se encontraba nada más pisar el vestíbulo era la del cuarto de baño. La última persona en abandonarlo (posiblemente uno de los agentes de policía hacía unos pocos minutos) había dejado la puerta abierta. Si la doctora hubiera girado su cuello hacia esa dirección, se habría dado de bruces con el escenario del suceso que todavía no le había permitido pegar ojo.

«Mejor no torturarse —se impuso—. Sigamos.»

La abordó una singular nostalgia cuando puso sus pies en la estancia más grande de la vivienda, que hacía las veces de sala de estar. Se mantuvo absorta observando en silencio cada rincón, y sintió cómo viajaba en el tiempo. Descubrió que ya había estado allí antes, hacía muchos años que se le antojaron siglos. Y sin embargo, ahora era como si nunca hubiera salido de allí, como si todo lo vivido desde entonces careciera de la más mínima importancia.

Constató que muchos muebles habían sido cambiados de sitio, y algunos incluso reemplazados por otros más nuevos. Docenas de revistas, la mayoría de ellas especializadas en clases de baile y cursos de cocina, se amontonaban en el suelo, junto a un viejo sofá beige. Los cables de la televisión, de los altavoces de la minicadena y de los mandos de la videoconsola colgaban desde el mueble hasta la mesita como una futurista y arbitraria tela de araña que contribuía al profundo desorden general.

«No cabe duda de que ahora es el salón de un hombre», discurrió Sara, apretando los labios como haría la paciente madre que intenta aleccionar a su desobediente hijo.

Se fijó en el color de las paredes, gris claro, e hizo un esfuerzo por recordar la pintura que tenían antaño. No hizo falta que se estrujara los sesos, pues en la fina separación existente entre el rodapié y la pared, se podía percibir el color sobre el que seguramente Mike Lennard había decidido pintar su aburrido gris.

«Verde pistacho.»

Una nueva ola de recuerdos le golpeó en el pecho, y sonrió con tristeza en el rostro. Se visionó a sí misma recostada sobre el sofá beige mientras escuchaba a Paul Simon en la radio y siempre rodeada de aquel vivaz verde pistacho. Así pasaba sus tardes, en aquel paraíso terrenal que alguien había creado para ella.

«¡No, Sara, no! Céntrate.» Agitó la cabeza y regresó al mundo real: el 219 de Cowley Road, a 10 de noviembre de 2006.

El pistacho de antaño fue inmediatamente restituido en sus pensamientos por los tres semblantes que habían protagonizado sus pesadillas en las últimas horas: el meditabundo del agente “A” (así había decidido calificarlo, pues no recordaba su nombre), el de su inquisitivo compañero semialbino, y el frágil y sosegado de Lennard.

Se dio la vuelta y ascendió la escalera, subiendo los enmoquetados peldaños de dos en dos. La razón por la que la noche del incidente se encontraba rondando el número 219 era que durante los últimos años había estado enviando correspondencia a esa misma dirección. No con la intención de que llegaran a las manos del por aquel entonces desconocido Mike Lennard, por supuesto, pero las cartas habían tenido que llegar, y, por consiguiente, Lennard debió de haberlas recibido y leído. «Eso explica que me conociera tan bien desde un principio, y también que supiera todos los

detalles de mi historia, como por ejemplo, el embarazo de Verónica.» Fuera como fuere, concluyó Sara, las cartas estaban en la casa y tenía que recuperarlas, «si no las han encontrado esos policías primero». Llegó al razonamiento de que en ese caso, si los detectives hubieran descubierto que la testigo del crimen había invertido toda su juventud en enviar cartas a la vivienda donde se había cometido el asesinato, se convertiría en el acto en la principal sospechosa.

Tragó saliva.

«Tengo que encontrar esos papeles como sea», se dijo con una acumulación de angustia en la garganta.

Inspeccionó una por una todas las estancias del piso superior, y dedicó un mayor esfuerzo a husmear en el dormitorio de Lennard, que anteriormente había pertenecido a Diana. Con respiración acelerada recorrió la habitación abriendo los armarios y cajones. Allí no había ni rastro de las cartas. Era como si no hubiesen existido («o quizá estuvieran bajo llave en algún armario de la comisaría», pensó con creciente agobio). ¿Y si las había destruido Lennard? Esa era otra de las infinitas posibilidades. Tras algunos minutos de infructuosa búsqueda, abandonó rendida el piso superior.

Avanzaba directa hacia el exterior cuando se topó con algo que no esperaba. En el recibidor, junto a la puerta principal, una rústica mesa de pedestal sujetaba un teléfono fijo. Sara ni siquiera se había percatado de su existencia al entrar antes, pues estaba demasiado concentrada en no mirar hacia la zona del cuarto de baño. La doctora percibió la esquina de un papel que sobresalía por debajo del aparato, y, según se fue acercando, la esquina del papel se convirtió en el borde de una carta que había sido escrita a mano. Algo le dio un vuelco en su interior. Alargó el brazo, levantó el teléfono y liberó el trozo de papel, que se acercó a la cara.

Solo el descubridor de la piedra Rosetta podría comprender la emoción de Sara al encontrar el papel escondido por Mike Lennard unas horas antes. Leyó en voz baja las primeras líneas del primer párrafo.

«Diana,

Escribo desde el autobús. Son las ocho y media de la tarde y ya es noche cerrada, creo que debo de estar a punto de llegar. Estoy agotada, pero el largo viaje ha merecido la pena, ¡qué bonito es esto! Siempre se dice que el clima en Inglaterra se basa en la lluvia, el frío y la niebla (deberías ver mi maleta, parece la de un esquimal), pero hoy hace un día espléndido. Era muy, muy temprano cuando he salido de Ámbar, y el tren que me ha llevado a Madrid ha tardado más de cinco horas. He aprovechado para desayunar en la cafetería...»

¡Era su última carta!

Reconoció con absoluta claridad las palabras que le había dedicado a Diana el otro día, sentada junto a Porky en el autobús que la llevó desde el aeropuerto hasta Oxford. Una lágrima aislada se liberó de sus párpados y corrió sobre su mejilla. Se la enjuagó rápidamente con el dorso de la mano y reflexionó. Ahora estaba claro: Mike Lennard había recibido la carta (de hecho, lo más probable era que hubiera recibido todas ellas, sin excepción), de modo que desde un principio sabía cuándo y cómo había llegado a la ciudad. Es decir, cuando la encontró en el interior del Turf Tavern dándole un susto de muerte no había sido una coincidencia. En verdad la estaba buscando. ¿Sufriría algún tipo de obsesión hacia ella? Después miró el teléfono y sintió un

escalofrío.

«Desde aquí me telefoneó el otro día, horas antes de ser asesinado. Tenía mi carta en las manos mientras me hablaba.»

Hizo un esfuerzo por recordar la conversación telefónica con Lennard, y concluyó que aquello que Mike quería confesarle con tanta premura era que estaba en posesión de sus cartas, y que por consiguiente, nunca habían llegado a su destinatario real, la antigua inquilina de la vivienda.

Una dulce puñalada traperera.

Sara se dio cuenta de que estaba envuelta en un sudor frío. Guardó en el bolsillo trasero de su pantalón el único recuerdo de Diana que había encontrado y abandonó la casa entre temblores y con tres claros pensamientos en la mente, cada cual más turbador que el anterior: el primero era que su viaje a Oxford había resultado en vano. El segundo, y más doloroso, que las cartas nunca llegaron a Diana y era muy posible que no volviera a verla nunca más. Y el tercero y a la vez más estremecedor, que a esas alturas una fotografía suya protagonizaba el panel de *sospechosos* en la jefatura de policía de la ciudad junto a un montón de cartas con su nombre.

Alyssa Grifero exhaló la primera calada de su cigarrillo y se preparó para todas las objeciones que Jaime, seguramente, iba a plantear. Mientras, él negaba con la cabeza, incrédulo.

—¡Esto es de locos! —exclamó Jaime—. ¿Por qué habría de estar Sara en peligro?

—Porque, al igual que yo, está involucrada de lleno en el asesinato de Mike Lennard, solo que su cara no ha salido en las noticias todavía. Eso es algo que sin duda juega en su contra.

—Alyssa, nada de esto tiene sentido. —Era la primera vez que Jaime la llamaba por su nombre, detalle que ella apreció—. Es imposible que Sara haya hecho daño a alguien.

—Yo tampoco, y sin embargo aquí estoy.

Alyssa había decidido pasar al ataque con toda la chulería de que era capaz.

—Jaime, puedo ayudarte a encontrarla y protegerla. Ella te necesita y tú me necesitas a mí.

Jaime suspiró.

—Ya he oído suficiente. Quiero que te marches ahora mismo de mi casa, o de lo contrario llamaré a la policía —volvió a exclamar él, esta vez alzando un poco más la voz. Se incorporó y, a modo de amenaza, cogió el auricular del teléfono fijo.

—No creo que lo hagas. Al contrario, vas a trabajar conmigo en esta casa y formaremos un buen equipo.

Jaime negaba con la cabeza incesantemente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque te voy a ofrecer algo que nadie más puede darte y que ni todo el dinero del mundo puede comprar.

Jaime quedó perplejo por un segundo.

—¿De qué estás hablando?

Los ojos de Alyssa brillaron como dos luciérnagas.

—Puedo entregarte a Shapiro en una bandeja de plata. Tengo al alcance de mi mano pruebas que demuestran que es un mentiroso y un manipulador. Ayúdame, escóndeme en tu casa sin hacer demasiadas preguntas, y harás que Ernesto Shapiro lamente el día en que decidió burlarse de ti.

A Jaime le temblaban tanto las piernas que tuvo que volver a sentarse. Cuando la miró boquiabierto, Alyssa le dedicó un travieso guiño de complicidad.

Capítulo 12

»Séptima enseñanza, Morgan: peleamos siempre hasta el final porque la victoria no sabe igual si no corremos el riesgo de la derrota. Porque ser conscientes de lo que podemos dejar de tener, lo hace mucho más excitante. Nos encanta la expresión de *por los pelos*, porque el calor de jugársela cerca del fuego nos hace sentir vivos. Por eso ayudé a mi nieto con su travieso plan, y por eso estoy aquí ahora mismo contigo, encerrado. Ale, ya me lo ha sonsacado. ¿Contento?

Viernes 10 de noviembre de 2006

Ms.Tallent observaba las estrellas a través del tragaluz del techo de su dormitorio y se dio cuenta de que hacía meses, quizá años, que no prestaba atención a tan bello espectáculo de la naturaleza. Tendida sobre su cama con las piernas extendidas, se sentía exhausta. Un cálido sudor empapaba su piel desnuda, y los cabellos pardos del flequillo se le habían pegado a la frente. Al girar el cuello sobre la almohada, contempló el letargo de su acompañante. Su respiración era reconfortante, moviéndose sus omoplatos al ritmo. Aquella noche habían hecho el amor hasta que no pudieron más.

Sonrió con toda la felicidad que creía poder experimentar y después se sumió en un estado de seminconsciencia.

Durante un periodo de tiempo que pudo oscilar entre unos segundos y varios minutos, su mente viajó a través de distintos parajes de su juventud, como en una sucesión de diapositivas que saltaban de una a otra de manera abrupta. Estas proyecciones mostraban, como en un sueño, estampas que immortalizaban aquellos momentos que se le habían quedado incrustados en su corazón como restos de vidrio que quedan en el suelo durante días al quebrarse una copa. La mirada de Brunet el día en que se conocieron tras la barra del Red Lion conformó la primera visión. El mismo aura de paz que percibiera entonces a su alrededor se le apareció también ahora. Aquel mágico primer encuentro dio paso a la canción de Orbison, bajo la nieve y con el *Minifalcon* de testigo, que acompañaba al que resultó ser el baile de su vida. Después, la primera vez que sus pieles se rozaron bajo el edredón, que fue cuando sintió que el mundo se había creado para ella. La última imagen representaba, de forma algo imprecisa, la lesión de tobillo que sufrió el fatídico último día. El trance de Tallent culminó con un estruendo como el que realizan los motores de un avión al despegar.

Silencio.

Abrió los ojos con sosiego. Las estrellas continuaban brillando en la noche cerrada. Volvió a mirar a su izquierda y constató que todo había sido real. Brunet dormía junto a ella casi un lustro después. Justo ahora que ya empezaba a darse por vencida, a asumir que no volvería a mirar a sus vivaces ojos nunca más. Cogió el borde de la sábana con fuerza y se la llevó a la cabeza, donde cubrió avergonzada su estúpida expresión de alegría incontrolable.

Muchas horas antes de la mejor noche de su vida, Ms.Tallent estaba dando un cariñoso beso de despedida a su gato Vader. Acto seguido cogía la funda del violín y la bolsa de deporte, y salía por la puerta de su apartamento hacia el gimnasio local, del cual era socia. Eran las 10:30 de la mañana, y el día se antojaba, en aquel momento, oscuro.

Sara Mora parecía flotar cuando abandonó la vivienda de Mike Lennard con la última carta para Diana en el bolsillo de la chaqueta. Con la indecisión de quien sale de la cárcel tras un largo periodo entre rejas, miró hacia ambos lados de la carretera y optó por caminar hacia la dirección por la que había venido. Recorrió la distancia de una manzana, cambió de acera y se metió en una farmacia, donde pidió una caja de paroxetina. Tuvo que enseñar una receta que tenía firmada por

el doctor Encinas para que la farmacéutica, una malhumorada chica negra, accediera a vendérsela.

Conseguida la medicación, pensó que ya era hora de reponer fuerzas, de modo que se detuvo en el primer Costa Cafe[23] que encontró, eligió un bocadillo de pavo y pepino con salsa mahonesa, y lo devoró mientras miraba por la ventana. El cielo se le antojó apocalíptico, y no tardaría en anochecer. Cuando terminó de comer, ingirió la primera pastilla de paroxetina de la caja. Después retomó la marcha avanzando por Cowley Road hacia el centro, al cual llegó en algo más de media hora. Se plantó justo frente a la torre Carfax (popularmente conocida como el punto de encuentro de la ciudad), y preguntó en una caseta de información turística por el cibercafé más cercano. La suerte le sonrió esta vez: doblando la esquina, detrás de la torre, se encontraba el C-Work Cyber Cafe.

Nada más abrir la puerta del local, cuya penosa ambientación imitaba el vanguardismo de la película *Blade Runner*, constató que quedaba un puesto libre al fondo. «Como si alguien me lo estuviera reservando.» Atravesó la angosta estancia y se sentó en la única silla sin dueño. Tras conseguir conexión a Internet, accedió a Skype, se logueó con su cuenta, y comprobó en la lista de contactos que Jaime todavía no se había conectado. El reloj del ordenador marcaba las 16:50. Esperó.

Cuando salió del gimnasio, era otra mujer. Ms.Tallent había dedicado casi una hora y media a machacar su cuerpo. Además de los cuarenta y cinco minutos de la sesión de jogging rutinaria y alguna que otra serie de pesas, había pasado por la máquina de tortura, que era como ella llamaba a las máquinas de pierna, para fortalecer el tobillo lesionado. Nada más salir por la puerta cogió una buena bocanada de aire frío y lo expulsó de golpe, provocando que una nube de vaho saliera de su boca. A pesar de que el día era gris, le invadía una reconfortante sensación de bienestar.

Después entró en un supermercado Tesco y compró galletas y un racimo de plátanos, dos de los cuales se comió en la misma calle de camino hacia el Exeter College. Pasó la mañana en el auditorio del Exeter, ensayando piezas a violín junto a la Orquesta Sinfónica de Oxford. Le extrañó que no estuviera lloviendo cuando, cuatro horas después, volvió a salir a la calle con el paraguas preparado. Hizo un nuevo paréntesis para llenar el estómago y después esperó de pie junto a la parada de autobús que estaba frente al museo Ashmolean. Había llegado la primera, aunque Mark, Jennifer y el resto de la banda no tardaron en unirse.

A la una y media comenzaron la marcha con una divertida versión del *In The Mood*, de Glenn Miller. Mark, el trompetista líder de la Orquesta, era buen amigo de uno de los concejales del ayuntamiento. Tres semanas antes, este le había pedido como favor que reuniera a los chicos más jóvenes del conjunto para formar una banda callejera de unos diez miembros. El motivo no era otro que el festival de música de otoño que el concejal en cuestión se había empeñado en organizar y promover, pues era un fanático de los conciertos al aire libre. A Mark la idea le pareció divertida, y el hecho de cobrar una paga extra por un trabajo que se le antojaba placentero terminó de convencerle. La banda simplemente tenía que dedicar dos horas al día, de lunes a viernes, a recorrer las calles de la ciudad interpretando algunos clásicos. Cada orquesta participante tenía asignada una zona de la ciudad, y a la de Mark y Tallent le habían adjudicado el barrio de Cowley.

El mecanismo que mueve las alas de la mariposa estaba a punto de entrar en funcionamiento.

A eso de las tres menos cuarto de la tarde, cuando la banda ya llevaba una hora callejeando en

torno a Cowley Road, pasaron por delante de un edificio precintado en cuya puerta había aparcado un coche patrulla. A Ms. Tallent esto le impresionó tanto que estuvo muy cerca de desafinar en un par de notas. Con el ceño fruncido, y sin dejar de mover el arco del violín al compás de la música, fijó su mirada en la fachada de la vivienda. En ese momento detectó por el rabillo del ojo la figura de una mujer que, a tenor de la silueta de su cuerpo, era joven. Estaba en la calle, de espaldas a la calzada y en una postura... antinatural. Parecía tensa, y algo había en ella que provocó que, ahora sí, se equivocara en una nota.

Nadie se percató del error (o al menos nadie lo demostró), y cuando la banda pasó por delante de la casa, dos hombres muy serios salieron por la puerta principal con la determinación de cruzar la calle. ¿Serían los policías del coche patrulla? Todos se hicieron la misma pregunta a excepción de la joven violinista, que seguía dándole vueltas al mismo asunto.

Algunas manzanas más tarde, cuando terminó la canción y se preparaban para empezar la siguiente, Tallent explicó a sus compañeros que se estaba encontrando mal y que necesitaba parar por un rato. Les convenció para que siguieran sin ella. Mark asintió sin hacer ninguna pregunta y la banda continuó interpretando sus temas mientras Tallent, que se sentía como una miserable por haber mentido a sus amigos, deshacía el camino andado por Cowley Road. En los minutos siguientes se cruzó con el coche de policía, que ya había terminado en el edificio precintado, y llegó al punto donde había visto a la mujer escondida tras la esquina. Una losa imaginaria cayó sobre Tallent cuando no vio ni rastro de ella junto al 219 de Cowley Road.

Se encogió de hombros y, maldiciendo su supina estupidez, salió corriendo a buscar a la banda de música. Cuando la encontró unas manzanas más adelante, puso su mejor cara de inocencia para explicar que solo había padecido un leve mareo y que ya se encontraba mucho mejor, así que reanudó la marcha con sus compañeros. El violín de Ms. Tallent volvió a sonar en las calles del sudeste de Oxford.

Unos minutos después comenzaron a caer las primeras gotas de lo que sería un buen aguacero, lo que obligó a la banda representante de la Orquesta Sinfónica de Oxford a suspender su paseo musical.

La mariposa batió sus alas.

Tallent, Mark, y los demás miembros guardaron sus respectivos instrumentos y pararon un autobús que les llevaría al centro de la ciudad. En concreto a la histórica torre Carfax. Eran cerca de las cinco de la tarde.

Jaime Vergara se sentía renacido tras la ducha caliente que acababa de disfrutar. Nada más salir del cuarto de baño fue presa de una reconfortante música soul que, estaba seguro, nunca antes había sonado en su apartamento. La música negra, simplemente, no la tenía catalogada. Miró a su alrededor con un despiste propio de quien acaba de despertar de una prolongada siesta. El piso se encontraba a oscuras, a excepción de la luz blanquecina que propagaba indirectamente el monitor de su ordenador, situado sobre una mesa dentro del dormitorio. Alyssa estaba sentada frente a la pantalla, de modo que el resplandor artificial iluminaba parte de su cara. Jaime se quedó mirando durante unos segundos y se preguntó a sí mismo si la estampa le turbaba o, por el contrario, le maravillaba.

«¿Te importa si utilizo tu ordenador durante un rato?», le había preguntado ella justo antes de

que se encerrara en el baño. Él había asentido. Total, una vez aceptado que estaba dando asilo a una fugitiva perseguida por la ley, ¿qué más daba que utilizara sus cosas? «Puedes usarlo, siempre y cuando no sea con fines ilegales», había contestado él a modo de broma, aunque se le secara la garganta nada más pronunciar la frase. Por muy convincente que se mostrara la joven respecto a su historia, en el fondo Jaime no se terminaba de creer que tuviera poder para presentar pruebas contra Ernesto Shapiro. «¿Cómo podría ella ayudarme en ese tema? Es del todo imposible. ¡Por Dios, no es más que una niña!»

No obstante, algo había en la joven, una especie de brillo en su mirada, que sugería sinceridad y determinación. Se trataba de un ser humano peculiar, de eso no cabía la menor duda, pero de ahí a ser una criminal había un largo trecho. Y teniendo en cuenta que él se encontraba en un callejón sin salida, merecía la pena correr el riesgo y probar suerte. Además, albergaban algo en común: los dos tenían problemas con la justicia. Así que: sí, podía utilizar su ordenador, podía dormir en su sofá, y podía ser su amiga.

—¿No te gusta Nina Simone? La quitaré si quieres —dijo ella desde la oscuridad cuando se dio cuenta de que Jaime la estaba mirando.

Él la observó con cara de circunstancias y se fijó en su despeinada melena, que refulgía junto al ordenador. Ignorando el comentario, entró en el dormitorio, pasó por detrás de Alyssa con cuidado de no rozarla y buscó una camisa y un jersey en el armario. Después se dirigió a ella.

—Voy a bajar al supermercado a comprar algo de comida. ¿Te gusta algo en especial?

La joven se volvió hacia él y su rostro se perdió en el contraluz.

—Eres muy amable, pero con un poco de queso me basta. Y, por supuesto, te lo pagaré todo cuando esto pase —dijo con un tono humilde que a Vergara le pareció cercano a la vergüenza.

—Apunto lo del queso entonces. Cenaremos fondue. Hasta ahora.

—¡Adiós!

—Por cierto, me gusta esa Nina Simone —añadió él desde la puerta principal.

Ella le dedicó una complacida sonrisa.

Eran las 18:15 cuando Jaime salió por la puerta de su casa dejando a Alyssa entretenida con su ordenador. Tuvo la fugaz sensación de que estaba pasando algo por alto. Agitó la cabeza y se metió en el ascensor con la fondue de queso en la mente.

Grifero navegaba sin rumbo a través de Internet cuando la puerta del baño se había abierto dejando escapar un torrente de luz cálida y, después, la correspondiente nube de vaho. Jaime había salido por la puerta frotándose el cabello con una toalla, y se había plantado en la zona iluminada como si fuera una isla en medio de la oscuridad del piso. Solo llevaba puestos unos pantalones vaqueros. Después, ambos se habían quedado mirando en silencio, y Alyssa no había podido evitar fijarse en que todavía tenía los abdominales mojados. Él había dicho algo referido al hilo musical, y ella había aguantado la respiración cuando se acercó a la habitación y pasó, todavía con el pecho desnudo, a escasos centímetros de su espalda. Después de sentirse como una completa interesada cuando él le habló de hacer la compra para la cena, había observado a su nuevo compañero de piso salir por la puerta. Se había quedado sola de nuevo.

Volvió a centrarse en el ordenador. Inmediatamente se conectó a su cuenta de Skype y comenzó

una videoconferencia con Jasper, que también estaba conectado. Le puso al día de los acontecimientos sucedidos en Oxford en menos de quince minutos. Aunque para Jasper fue todo un shock descubrir que Alyssa se había convertido en una hipotética criminal a ojos del resto del país, había otras cosas que la joven quería hacer antes de que Jaime regresara del supermercado.

Cuando cerró su cuenta de Skype y abrió la propia del foro, los ojos le chispeaban. Tardó menos de cinco minutos en redactar un mensaje privado:

Dorian, necesito que me hagas un favor. Apunta este nombre: Ernesto Shapiro. Averigua todo lo que puedas sobre él. Tengo la corazonada de que está de mierda hasta el cuello, así que no te costará demasiado trabajo. Te deberé una. Y ya sabes, sin rastro ni nombres. Todo anónimo.

Pulsó el botón de enviar y esperó. Dorian estaba online en ese momento, pues contestó inmediatamente:

Será pan comido. ¿Algo más?

Grifero estaba esperando esa pregunta. Se humedeció los labios mientras sopesaba la contestación:

Sí, hay una cosa más, y esta es un pelín excepcional. Tendrás que confiar en mí...

A Alyssa le temblaban las manos cuando terminó de escribir el último mensaje y lo envió. Acto seguido borró las cookies de la memoria del ordenador y lo apagó. Se desnudó y se metió en la ducha.

«*It's a new dawn, It's a new day, It's a new life for me... and I'm feeling good*[\[24\]](#)», entonaba Nina Simone a través de los altavoces en el momento en que Alyssa sentía el cálido chorro de agua caer sobre su cuerpo.

El reloj digital del monitor marcaba las 16:59, lo que significaba que en la península estaban a punto de dar las seis de la tarde. Si el doctor Encinas había transmitido su mensaje correctamente, Jaime se conectaría en unos segundos —puede que minutos, pues siempre le había considerado un poco impuntual—, y hablaría por fin con alguien de confianza sobre todo lo que le estaba pasando. Volvería a tomar contacto con su mundo.

Los dígitos del reloj se movieron. 17:00. A Sara le abrazó un emocionante escalofrío que le llevó a contener la respiración. Llevaba ya unos minutos tamborileando la mesa con las uñas. No podía recordarlo con exactitud, pero hubiera jurado que nunca había tenido tantas ganas de hablar con alguien a través de un maldito ordenador. ¿Se había convertido Jaime en su mejor amigo, a pesar de que en los últimos años solamente habían coincidido unos minutos juntos? La pregunta se respondió sola cuando, durante algunos eternos minutos, Sara mantuvo su vista inmóvil sobre la nube que acompañaba al usuario *Jaime Vergara* en la pantalla. La nube debería estar pintada de color verde, lo que supondría que su amigo estaba conectado y podían empezar a hablar. Pero ya eran las 17:08 y la nube seguía siendo blanca. Las uñas de Sara dejaron de tamborilear la mesa. Con creciente desánimo, se marcó las cinco y cuarto como hora límite. Si a esa hora no se había conectado, entendería que Jaime había decidido pasar de ella y no conectarse. En ese caso ya no le consideraría nunca más su mejor amigo, sino un egoísta de mierda más en su larga lista de egoístas de mierda.

Esperó hasta las cinco y veinte, pero en ese preciso instante, a más de mil quinientos kilómetros de distancia, las alas de la mariposa estaban aleteando en el número 53 de la calle Orense de Madrid. Sara apagó el ordenador, apretó los dientes en un gesto de rabia, y salió por la puerta del cibercafé.

Estaba tan ensimismada en su propia desgracia que no se percató de que estaba lloviendo con fuerza hasta que llegó al pie de la torre Carfax, donde debía coger el autobús de vuelta a casa. Entonces sus ojos se toparon, porque algo hay que mirar si se tienen los párpados abiertos, con un grupo de jóvenes ingleses que se despedían bajo la protección de sus respectivos paraguas. Luego les miró con más atención. Lo primero que pensó fue que, a lo mejor, en base a las fundas de instrumentos que portaban, se trataba de la banda de música que había pasado por su lado mientras se escondía de los dos agentes de policía junto a la licorería. La segunda cosa que le pasó por la cabeza le golpeó con una fuerza tan descomunal que no pudo evitar soltar un gemido.

«Nopuedeserverdad... nopuedeserverdad...»

Uno de los miembros de la banda era una chica joven de pelo corto y piel pálida que portaba la carcasa de lo que parecía ser un violín. La chica se estaba despidiendo de sus compañeros con un simpático gesto de mano y después continuó su camino bajo un paraguas verde pistacho.

Sara se quedó perpleja viendo cómo Diana se alejaba por Cornmarket Street bajo el mágico resplandor que creaba la luz de las farolas contra la lluvia. Ya era casi de noche.

Diane Tallent anduvo con las gotas de lluvia golpeando su paraguas hasta Walton Street y entró en su apartamento. Se descalzó las botas empapadas, se desnudó y disfrutó de una ducha. Al salir se abrigó con su albornoz y se dirigió a la cocina con el cabello todavía mojado. Cortó un generoso pedazo de una tarta casera de queso que la esperaba en la nevera y la completó con una capa de mermelada de frambuesa que esparció por encima. Acto seguido se sentó junto a la ventana y contempló la tormenta mientras saboreaba el pastel.

Llamaron a la puerta, hecho que la sobresaltó, pues rara vez recibía visita. Nada más abrir, una llama se le encendió por dentro. Se llevó la palma de la mano a la boca en un gesto intuitivo y sintió que las rodillas le flaqueaban.

—Diana. No contestaste a ninguna de mis cartas —soltó la visitante con un tono neutro que parecía fingir rencor.

A Tallent se le abrieron tanto los ojos que parecía que le iban a explotar. Tan solo había una persona en la faz de la tierra que le llamaba de esa forma.

—Me... me mudé —fue lo único sensato que acertó a articular.

—Ya sé que te mudaste, de lo contrario no estaría aquí, ¿no crees?

La violinista se encogió de hombros y su piel se sonrojó.

—En fin, ¿vas a dejarme entrar o no?

—¿Qué... qué haces aquí?

—Bueno, eres la única persona que conozco en esta maldita ciudad, y puesto que no leíste ninguna de mis cartas, me preguntaba si te apetecía que nos pusiéramos al día.

Una estúpida sonrisa de perplejidad se dibujó en la cara de Diana antes de dejar entrar a la

visita y ofrecerle un trozo de tarta.

—¿Prefieres café o té? —la propuso mientras extraía dos tazas del armario.

—Café con leche, ya lo sabes.

Diana sonrió aún con más fuerza. Después se puso manos a la obra.

—Siento haberme mudado sin decirte nada —dijo sin dejar de mirar la cafetera—. Tenía ganas de cambiar un poco de vida y no me imaginé que me escribirías. ¿Cómo te ha ido?

Aunque la tenía de espaldas, sentía que Sara la observaba con ojos inexpresivos. *Esos ojos.*

—Diana, pensé que te había ocurrido algo —dijo por fin la visitante—. Cuando vi que no me respondías a las cartas creí que no volvería a verte jamás, o que a lo mejor habías decidido pasar de mí.

Hizo una pausa muy calculada.

—¿Decidiste pasar de mí?

La británica lanzó una rabiosa sonrisa.

—Ni lo sueñes —dijo.

—A pesar de todo yo continué escribiéndote cartas regularmente.

Tallent posó el café y el té sobre la mesa, y miró a Sara con algo que se parecía al temor en sus pupilas.

—¿Cuántas... cuántas me escribiste?

—Muchas, hace tiempo que perdí la cuenta. —Sara extrajo la última carta del interior de su chaqueta y la dejó sobre la madera—. Esta es la última, de hace unos días. La encontré en tu... bueno, en tu antigua casa.

—¿Sigue viviendo allí Mike?

—¿Te refieres a Lennard? Vivía, pero... —Sara hizo una pausa como si buscara alguna buena manera de anunciar una tragedia—. Acaban de asesinarle.

—Dios mío.

La anfitriona tragó saliva y se sentó a la mesa junto a su vieja amiga.

—¿Por qué iban a querer matar a Mike? —preguntó con voz temblorosa—. Era un tipo fenomenal.

Sara levantó la mirada y alzó la voz, inconsciente de que estaba adquiriendo un tono desafiante.

—No lo sé. ¿Le conocías?

—Coincidimos un par de días que salimos en grupo a beber cerveza, hace ya tiempo. Resulta que su profesora de tango estudió solfeo conmigo, y me lo presentó. Cuando quise cambiar de piso, me dijo que estaba interesado, así que lo hablamos y se quedó con el alquiler de Cowley Road. —De pronto una chispa se le encendió a Diana en la cabeza. Hizo una breve pausa para visualizarla y después llegó a una conclusión—: Espera un momento, ¡por eso estaba precintada la casa!

—Pues sí, la policía está investigando. Hasta me interrogaron y todo.

La cara de Diana se ensombreció tenuemente.

—¿Te interrogaron? —quiso saber la británica—. ¿Y por qué estabas tú allí?

—Porque quería verte.

La respuesta sonó en los tímpanos de Diana como el golpeo de un martillo contra un yunque.

—¿No vas a leer la carta? —insistió Sara, apuntando el papel con un ademán gris, neutro. Su tono de voz hostil del inicio se había rebajado, aunque seguía mostrándose en estado de alerta.

Diana asintió como quien obedece la orden de un hermano mayor, y pensó que algo había cambiado en ella en todo el tiempo que habían estado sin verse. Tomó el papel con respeto y lo leyó. Según avanzaba en los párrafos, una capa cada vez más gruesa de líquido lacrimal se le fue acumulando en los párpados. Tuvo que tragar saliva un par de veces antes de continuar con la conversación.

—Esto que dices aquí —levantó el papel en alto. La mano le temblaba—, ¿es cierto? ¿De verdad estuvieron a punto de violarte?

Entonces Sara aproximó su silla a la de su amiga, cogió su mano en un acto de reconciliación, y le explicó hasta el más mínimo detalle de su vida en Ámbar: los duros inicios en la clínica junto a un médico cabrón apellidado Salas, el extraño caso del tumor de su hija, Verónica Salas, y la conspiración mediante la cual concluyó todo con la muerte del marido de Verónica. Tampoco omitió el ataque en su propia casa por parte de un lisiado hijo de perra (que resultó ser el hermano gemelo de Mike Lennard), así como su viaje a Oxford y el crimen de Cowley Road. En total, estuvo hablando cuarenta minutos sin descanso.

Cuando Sara terminó su historia, Diana estaba tan aturdida que se incorporó y echó a andar hacia el salón con las manos sobre la cara. Estaba temblando.

Sara la siguió.

—Lo siento tanto... —sollozó la violinista—. Mierda, ojalá nunca me hubiera mudado, así podría haber leído tus cartas. ¡Con gusto las hubiera contestado! Tú me necesitabas y yo desaparecí de tu vida como una miserable.

Se quedó una frente a la otra como una pareja de figuras de ajedrez de colores opuestos.

En ese momento Sara sonrió con júbilo, y Diana supo que cada segundo a partir de entonces sería un serio candidato a convertirse en un momento inolvidable. «Está bien, ya ha sufrido bastante», parecía sugerir la sonrisa pícaro de Sara.

Se acercó a Diana hasta que les separaron unos pocos centímetros. Con suavidad le abrió el alboroz, aproximó una mano al pecho y acarició, más bien rozó, su clavícula izquierda con ternura.

La británica se dejó hacer, absolutamente perpleja y expectante. Cruzaron sus miradas.

Mientras la acariciaba, Sara se arrimó para besarle la comisura de los labios.

El tiempo se detuvo.

—Brunet... —exhaló Tallent con los ojos casi en blanco.

—Tú eres la razón por la que he vuelto a esta maldita ciudad, Mate —le susurró Sara al oído, y la volvió a besar.

—Cómo te he echado de menos —respondió Diana con un gemido, y acto seguido se subió de un salto a horcajadas sobre Sara. Se besaron con deseo.

Vader observaba desde la mesa de la cocina mientras se bebía el té de su dueña, que se había quedado frío.

El aleteo de la mariposa acababa de provocar un huracán.

Capítulo 13

—¿Puedo preguntarle algo, doctor?

—Está usted muy preguntón esta mañana. Dispare, Morgan.

—¿Cree usted en Dios?

—Lo cierto es que en mi dilatada carrera como cirujano he descubierto que las paredes de los hospitales escuchan oraciones más sinceras que las de las iglesias. Esto me lleva a pensar en los aeropuertos.

—¿Qué pasa con los aeropuertos?

—Que sin lugar a dudas son testigos de más sinceros abrazos que los altares de boda. Esta ha sido la octava. Espero que esté usted tomando apuntes, Morgan.

—Entiendo.

—Y mi respuesta es que ojalá.

—¿Disculpe?

—Ojalá fuera creyente de verdad. Envidio a esos tipos.

Sábado 11 de noviembre de 2006

Un banco de nubes densas, que se habían materializado como por arte de magia en el cielo azul, pasó gradualmente por delante del sol, lo que hizo que la temperatura en el exterior bajara algunos grados y que la sala de video de la comisaría de Oxford se quedara a media luz. Horner no pareció notarlo. Mientras meditaba, hacía tamborilear el dedo índice contra el canto de la cinta de video. Al otro lado de la puerta, el habitual bullicio en los pasillos de una comisaría siempre en efervescencia no parecía alterar su relajada introspección.

Thomas Carroll abrió la puerta de un golpe justo en el momento en que Alfred se incorporaba para introducir la cinta en el reproductor de VHS. Parecía preocupado.

—Novedades —fue el escueto anuncio de bienvenida del rubio. La única cosa que traía consigo era un vaso de plástico que contenía la repugnante bebida caliente que algunos denominaban *café de máquina*.

Alfred arrugó el entrecejo como hiciera aquella vez, cuando Ania llamó a su puerta justo cuando estaba a punto de jugarse el *match ball* decisivo de la final de Wimbledon de 2005, entre Andy Roddick y Roger Federer.

—Espera un momento, Tom. Veamos esto y después me cuentas lo que sea —dijo, y sin aguardar respuesta metió la cinta y pulsó al *play*.

Carroll resopló arrugando el ceño y se sentó junto a su compañero, en una silla acolchada situada entre la mesa central y el equipo audiovisual. La oscuridad casi invadía la habitación. Dio un sorbo al amargo café y centró su atención en la pantalla.

La grabación empezaba con una toma estática —como no podía ser de otra manera, ya que había sido filmada por la cámara fijada en el techo del Ahmets—, que enfocaba directamente a la puerta del establecimiento, de modo que abarcaba la esquina del mostrador, la entrada del local al completo, y, tras el cristal de la puerta, también parte de la calle. La calidad de la imagen era, bajo un prisma optimista, mediocre, pero al menos tenía color. No contenía audio.

—No vamos a ver mucho con esta toma —opinó Thomas sin dejar de mirar al monitor. Por el tono empleado, a Alfred le quedó claro que Tom ansiaba terminar la sesión de cine para tener toda su atención y poder contarle así las novedades sobre el caso.

—Bueno, ya veremos —se limitó a responder.

Según el reloj digital que había superpuesto en una esquina de la grabación, la cámara había empezado a filmar a las 10:30 de la mañana, que era con toda probabilidad la hora de apertura del local. Horner cogió el mando a distancia y apretó el botón de avance súper rápido hasta que el reloj marcó las 21:00, y a partir de ahí redujo la velocidad hasta X2, de forma que podían percibir si se producía algún tipo de movimiento sospechoso sin necesidad de perder demasiado tiempo. Estuvieron más de quince minutos viendo una película a cámara rápida cuyo único argumento era el trasiego continuo de ciudadanos (la mayoría de ellos jóvenes inmigrantes) que entraban al local, comían algo en tiempo record, y se volvían a marchar. Para las 21:30, el Ahmets ya bullía de agitación. Cuando el reloj de la imagen dio las 21 horas, 37 minutos y 15 segundos, Alfred pulsó el botón de *pause*.

—Una chica con muy mala pinta —dijo en voz alta cuando la imagen congelada enfocó a una figura encapuchada y empapada que entraba por la puerta. Vestía esencialmente en tonos oscuros,

y aunque no se veía ningún rincón de su cara desde el ángulo picado del objetivo, era evidente que se trataba de una mujer joven: no debía de medir más de ciento sesenta centímetros y sus piernas eran finas y estilizadas. Horner capturó la imagen mentalmente y la guardó junto con sus más irracionales recuerdos.

Pulsó de nuevo el botón y la imagen volvió a correr, esta vez a la velocidad normal.

—Ha pedido un kebab para llevar. Y parece intranquila. —Horner narraba con voz áspera todo lo que le iba llamando la atención.

—*What the fuck...* [25] —exclamó el rubio más para sí mismo—. ¿A quién, yendo calado de esa manera, se le ocurre pedir comida para llevar? ¿No sería mejor utilizar esas monedas en un paraguas? ¿O en un taxi que la lleve a casa?

—Extraño, ¿verdad? —Alfred, tras emplear un tono sarcástico, volvió la cabeza hacia Carroll por primera vez como en una declaración de «te lo dije».

Thomas asintió con timidez, como si le hubiera interpretado el gesto a la perfección y hubiera decidido dejarlo pasar.

—Se lo está comiendo en la calle, junto a la puerta —soltó Horner, señalando a la pantalla y mostrando algo más de emoción cuando la encapuchada salió del local con su cena y empezó a engullirla allí mismo, bajo el toldo que protegía la fachada de la lluvia—. Espera... ¡lo ha tirado a la papelera!

—¿Por qué ha hecho eso? Le quedaba más de la mitad. ¿Tan mala está esa maldita comida tur...?

Lo que vieron a continuación impidió que Carroll acabara la frase y provocó que ambos policías se inclinaran hacia la pantalla con extrema intriga.

—¡Ha salido corriendo hacia la carretera! —dedujo el semialbino con más excitación en su voz de la que pretendía mostrar.

—Hacia el número 219.

Se miraron como dos chavales que acaban de encontrar un mapa del tesoro.

—Es ella —musitó Carroll algo eufórico.

Alfred se había quedado con la mirada perdida, como si detrás del monitor se hallara la respuesta al enigma.

—¡Es evidente que esa chica fue la que mató a Lennard! —insistió el rubio, que ahora lo veía todo demasiado claro—. Llegó a ese punto de la calle a propósito, y no le importaba la lluvia una mierda, porque su objetivo era dar con Lennard. —Recitaba su hipótesis mientras movía el dedo índice sobre un tablero imaginario—. Así que se detuvo frente a la vivienda y decidió zamparse un kebab mientras esperaba a que llegara su presa. En cuanto vio aparecer a Lennard, tiró la comida y se abalanzó sobre él. Lo fulminó en el cuarto de baño, que es la estancia más próxima a la entrada, y antes de que llegaran los vecinos le marcó el pecho con alguna herramienta terminada en punta. —Señaló la pantalla con los brazos estirados y sentenció satisfecho, con la pasión de un hombre que acaba de tener una revelación—: creo que estamos ante la asesina de Mike Lennard.

Horner asentía mientras repasaba la teoría de su colega en busca de fisuras. Entretanto, la cinta seguía reproduciendo imágenes que no contenían ningún interés.

—Tiene sentido —dijo—. No me atrevería a ser tan contundente como tú, pero, en cualquier

caso, esa chica encapuchada debió de tener mucho que ver en el incidente, de eso no hay duda.

Carroll lo miró inquisitivamente.

—Fred, seamos claros.

—¿Qué quieres decir?

Thomas se incorporó y comenzó a andar sin rumbo por la oscura sala. Arrojó el vaso de café a la papelera antes de aportar tensión a la conversación.

—Estás empeñado en culpar a Sara Mora, ¿verdad? —Su tono de voz había aumentado.

—No, no es eso —aseguró Horner haciendo un gesto con la mano para rebajar la tirantez de su compañero.

Carroll encendió la luz, lo que provocó que los ojos de Horner se achinaran. Cuando se acostumbró a la nueva iluminación, se fijó en que el rictus de Thomas estaba más tenso de lo que se imaginaba.

—A ver Fred, pensemos con frialdad —propuso el rubio con los brazos en jarra—: sabemos por la Interpol que existe una chica llamada Alyssa Grifero, con un pasado problemático y que tiene motivos para vengarse de la familia de la víctima. También sabemos que el día de la muerte de Mike Lennard viajó en avión a Oxford, hizo algo que aún no sabemos y a la mañana siguiente regresó a Madrid. Ahora tenemos pruebas de que una joven con pinta de experta asesina estuvo en el escenario del crimen unos minutos antes de que sucediera.

Experta asesina. Horner entendió que Thomas había elegido esas dos palabras con el propósito de refrescar lo subrayado en la servilleta la otra tarde.

Carroll hizo una pausa para plantarse junto a él y concluyó:

—Creo que es momento de dejar a un lado a Mora y centrarnos en este nuevo objetivo.

Horner se preguntó si su compañero estaba de verdad molesto con él. O quizá todo viniera por un problema de autoestima, pues hacía tiempo que no le sonreía la suerte cuando se trataba de seguir una pista. ¿Debería hablar con él sobre ello? Echaba de menos disfrutar de un buen rato de cervezas juntos. Decidió que, en cuanto cerraran el caso, organizaría con él una barbacoa en la explanada que había junto a su barco, en la orilla del río. Después aparcó la idea y regresó al asunto del millón de libras.

—¿Cómo has dicho que se llama la sospechosa de la Interpol?

—Grifero —contestó Carroll—. Al parecer es una chica de 18 años.

Alfred experimentó un reflujo ácido y quedó pensativo, como si estuviera recordando los detalles de una pesadilla recurrente. Después habló:

—Tom, hazme caso. Lamentablemente, esta grabación no aporta ninguna prueba extra al caso, salvo que fue obra de una mujer, cosa que ya suponíamos. —En ese instante, una nueva idea aterrizó en su cabeza como por arte de magia—: Incluso puede que ambas mujeres, Mora y la encapuchada, estuvieran asociadas con el objetivo de mandar a Lennard al otro barrio. Al fin y al cabo las dos provienen del mismo pueblo. Quizá se conozcan.

Carroll se apoyó sobre una de las sillas y lanzó un prolongado suspiro.

—Fred, es hora de que te cuente lo que había venido a decirte.

Horner percibió un brillo especial en los ojos de su amigo semialbino, lo que le produjo una

renovada curiosidad.

—Esta mañana he llamado a la compañía telefónica para que investigaran las llamadas realizadas desde el teléfono fijo de Mike Lennard el día del homicidio —explicó—. Bien, pues hace unos minutos me han devuelto la llamada con la respuesta.

—¿Y? —Alfred sabía con certeza que Tom estaba a punto de proporcionarle otra pieza del puzle.

—Solamente se hizo una llamada ese día. A las 19:32. El destino fue un número de móvil de origen español.

Al oír eso, Alfred dejó caer su espalda contra el respaldo de su silla y comenzó a masajearse los párpados con los dedos.

—Bueno, eso quiere decir que el pobre hombrecillo estuvo en contacto directo con una de nuestras dos españolas preferidas —resumió con una repentina seguridad en sí mismo—. Apuesto por Mora.

Thomas miró por la ventana y se sorprendió al comprobar que ya era de noche. Después ojeó su reloj de pulsera, que marcaba las siete y cuarenta. En ese momento se dio cuenta de lo cansado que estaba.

—Mañana a primera hora haré una llamada a Telefónica España, los propietarios de la línea —prometió, con un matiz más dedicado a un jefe que a un compañero—. Entonces sabremos a quién llamó Mike Lennard.

Horner asintió en un cansado signo de conformidad. Se frotó la cara y bostezó con ganas. Cuando miró a los ojos de su colega, tuvo la sensación de que le estaba observando con preocupación fraternal.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber Thomas, confirmando con el comentario la sospecha de Horner.

—No te preocupes, estoy mejor —respondió con toda la naturalidad que fue capaz—. Anoche me quedé dormido en el sofá viendo un capítulo de *House*, y he dormido de un tirón. Cuando me he despertado ya era la hora de comer.

Carroll asentía a cada frase con el ceño demasiado fruncido como para no estar preocupado. Horner le pilló mirando de reojo el vendaje que aún cubría su antebrazo, pero ninguno de los dos comentó nada al respecto.

—Ni siquiera había puesto el despertador —prosiguió, adoptando una actitud despreocupada que no le pegaba nada—. Bah, creo que me merecía medio día de descanso tras el mogollón de horas que he metido en mis días libres, ¿no crees?

—Ay, Fredy, Fredy..., no tienes que darme explicaciones. Yo no soy tu superior.

Thomas propinó a Horner un cariñoso cachete en la mejilla que, según todos los códigos de amistad masculina, significaba una reconciliación. Después se incorporó, dando por concluida la conversación.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo mirando la total oscuridad del exterior—. Mañana seguiremos con este maldito rompecabezas.

Horner estiró los músculos del cuerpo, cogió su chaqueta y siguió a su compañero hacia la salida.

—Venga, te llevo a casa —ofreció cuando ambos salían por la puerta.

Una ráfaga de viento gélido asaltó a Horner nada más pisar los primeros adoquines de la acera. Hizo una mueca provocada no solo por el frío, sino por el siniestro muro que se estaba formando entre la muerte de Lennard y su propia persona. Frente a él, entre las sombras que invadían el pavimento de St. Aldate's, le esperaba una nueva piedra que agrandaría su siniestro muro. Alguien había cometido una desafortunada fechoría frente a la comisaría, delante de sus mismas narices. Los dos compañeros se acercaron al Alfa Romeo sin dar crédito a lo que estaban viendo. En letras grandes y goteantes, pintarrajeadas con un spray de color rojo y que abarcaban todo el lateral de la carrocería, se leía con absoluta claridad la siguiente amenaza:

¿QUIÉN PERSIGUE A QUIÉN? VIGILA TU ESPALDA

—Parece que a alguien no le gusta que trabajes en este caso —fue la lapidaria conclusión de Carroll.

Horner tragó saliva repetidamente.

Esa misma tarde, Diana estaba preparando café y tostadas mientras Sara yacía desnuda y despeinada entre las sábanas. La neurocirujana se incorporó y encendió un cigarrillo de una cajetilla que había encontrado abandonada en el cajón de la mesilla de noche (no fumaba desde la tarde lluviosa en que descubrió la mentira del puñetero doctor Salas). Contempló a Diana a través de la puerta abierta. Llevaba puesta únicamente una camiseta que utilizaba de pijama porque le quedaba algo grande. Sara jamás había tocado una piel tan suave como la de Diana, y, en su opinión, tenía una cintura fina que le hacía una figura impresionante. Y envidiaba su culo. No es que el suyo estuviera mal, pero el de Diana le parecía de diez: pequeño pero firme. Seguramente haría deporte con cierta rutina, pensó.

La madre de Diana era de Gales, mientras que su padre procedía de Francia. Sara sabía que ambos habían fallecido en un accidente cuando ella era una niña. Los genes británicos de la madre se apreciaban en casi todos sus rasgos: el color verde azulado de los ojos, las pecas que poblaban su piel pálida y, por supuesto, el peculiar gusto por el té con un chorrito de leche. El padre había contribuido con un pelo liso y elegante que le daba a Diana un aspecto muy particular. Tenía unos ojos enormes que no había heredado de ninguno de sus progenitores.

Se dio cuenta de que estaba enamorada de ella.

Un precioso gato negro de iris verdes y grandes como los de su dueña apareció dando saltitos por el pasillo y se posó de un brinco sobre las rodillas de Sara, interrumpiéndola en su análisis.

Diana regresó con una bandeja que contenía una taza de café, un zumo de naranja y un plato con varias tostadas de mantequilla y mermelada. Posó la bandeja en la mesilla, se metió de nuevo en la cama y la besó.

Se echaron a reír sin motivo, como harían dos niñas adolescentes que han besado a un chico por primera vez.

—Tengo que decírtelo, Brunet. Eres tan buena en la cama como recordaba.

Sara se ruborizó y estiró su cuerpo para alcanzar una tostada.

—Bueno, es un alivio —dijo con la boca llena del primer mordisco—. Pero por favor —hizo una pausa para tragar—, no me llames Brunet.

Diana ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Han pasado cuatro años desde entonces, ahora soy una mujer completamente diferente. Brunet ya no existe —dijo, de una manera tan convincente que cualquiera hubiera dicho que lo había ensayado frente al espejo—. Además, me trae malos recuerdos.

—¿Malos recuerdos?

—Sí, en concreto al último día que nos vimos, ya sabes, cuando te lesionaste. —A Sara le cambió la expresión de repente, como si acabara de recordar algo—. Por cierto, ¿qué tal tu tobillo?

—Pues la verdad es que tuvieron que operarme —respondió Diana, que no pudo evitar echar una mirada a su pie.

—¿Y ya no te duele?

—Me dolía a diario —reconoció la inglesa—. Hasta ayer.

Los dos pares de ojos se cruzaron con ternura.

Diana —Sara hizo una pausa para formular bien la pregunta—: ¿has estado con alguien en estos cuatro años?

Antes de asentir, Diana dudó un instante.

—Una vez, hace ya mucho.

—¿Ya está olvidado? No quisiera meter las narices donde no me llaman.

—Tranquila, está más que olvidado.

—¿Mujer?

Sara, que estaba a punto de sacar un tema del que por fin podía hablar con libertad, se sentía como un inválido que ha recuperado la habilidad de caminar.

—Sí, fue una mujer —respondió Diana, escueta. Después le llegó el turno—: ¿Y tú?

Sara respondió de inmediato.

—No.

El semblante de Diana decía claramente que esperaba más información que un simple monosílabo.

—No le dije a nadie que soy...

—¿Lesbiana?

Sara asintió, mitad culpable y mitad avergonzada.

—Te eché mucho de menos, Diana. No sé si soy lesbiana, bisexual, o un simple bicho raro, pero el caso era que no quería estar con nadie que no fuera contigo.

Por la transformación repentina en el gesto de Diana, Sara supo que se le acababa de reblandecer el corazón.

—Tanto me echabas de menos que seguiste escribiéndome cartas a pesar de que no llegué a

contestar a ninguna. —Diana confirmó, más que preguntó, con la mirada fija en las sábanas. Ninguna de las dos mujeres se reía ya. La atmósfera se notaba viciada.

Permanecieron un instante en silencio.

—Pienso recompensarte por cada una de las cartas no leídas ni respondidas.

Puso una mano entre la espalda de Sara y el colchón, y la hizo rodar hacia su lado de la cama. La besó de nuevo.

—Quiero que me toques algo de Orbison, como en los viejos tiempos —suplicó Sara con los ojos casi en blanco. Se le estaban endureciendo los pechos.

—Dentro de un ratito.

Se plantó sobre ella con tanto ímpetu que Sara se quedó sin aliento por un instante. Se miraron entre risas. Luego Sara se acomodó y besó a Diana ardientemente.

Al agarrar el pomo de la puerta con su mano empapada de sudor se detuvo a preguntarse qué demonios estaba haciendo. Alyssa todavía estaba plácidamente dormida en el sofá del salón cuando Jaime había salido a correr sus siete rutinarios kilómetros. Se dio cuenta de que no había asimilado la idea de albergar en su piso de soltero a una chiquilla perseguida por asesinato. En ese momento entendió que era un extraño en su propia casa, tanto como para sentirse incómodo al entrar por la puerta. No fue la primera vez que Jaime tuvo el pensamiento de telefonar a la policía y acabar con todo aquel embrollo. Desconectó su reproductor de música, deslizó los auriculares de sus oídos, y abrió la puerta con la respiración todavía fatigada por el esfuerzo.

Nada más entrar, una estampa entrañable le cautivó. La belleza y la paz de la escena se combinaron con el aroma de estofado recién hecho para lograr que, por un momento, la vida pareciera simple y fundamentalmente buena. Alyssa estaba frente a los fuegos de la cocina, de pie, mansa, tarareando algo con gracia mientras cocinaba a menos de cuatro metros de él. Las ventanas del salón estaban abiertas de par en par, y tanto los rayos de sol otoñal como el canto de algunos pájaros habían dotado al piso, a pesar de encontrarse en pleno centro del Paseo de la Castellana, de una atmósfera bucólica. Jaime, consciente de que ella no se había percatado de su llegada, se detuvo impresionado por la calma de su pose. Parecía tan..., tan solitaria... y, a la vez, tan profundamente conectada con lo que estaba haciendo. Era como si no le importara lo más mínimo su situación, y se estuviera limitando a disfrutar de un periodo de bienestar.

Pillándolo desprevenido, sin ningún tipo de señal previa que avisara del sentimiento, la estampa le ablandó el corazón.

Cielo Santo, ¿estaba sufriendo algún tipo de colapso a causa del esfuerzo realizado? Sintiendo mareado, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se apoyó en la pared para equilibrarse.

Puede que fuese ese sutil movimiento en el contorno de su campo de visión, o quizá el sonido de su entrecortada respiración, lo que causó que ella se volviera y dejara de tararear. Le observó y sonrió levemente, pero no dijo nada. Él tuvo la particular impresión de que Alyssa estaba intentando compensarle, con alimentos y gestos amables, el favor que él la estaba haciendo. Se situó junto a ella frente a la encimera y contempló el fabuloso aspecto que presentaban las piezas de pollo sumergidas en el caldo de verduras. Ella posó la mano derecha en su espalda y le dedicó

un sincero «buenos días» que a Jaime le supo a gloria.

Jaime estudió su cara mientras ella removía el estofado en la cazuela. Se sintió conmovido. Era como si la belleza de la mañana se reflejara en su expresión, virgen y sin maquillar, y como si esta disfrutara con ello.

Al cabo de unos segundos, Jaime no estaba seguro de cuántos habrían pasado, ella le preguntó sin dejar de mirar a la cazuela.

—¿Querías decirme algo?

—No, nada en concreto. Solo que esto tiene una pinta espectacular.

—Me alegro. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

No volvieron a hablar hasta que Jaime salió del baño tras una revitalizante ducha rápida y coincidieron otra vez en el salón. Alyssa estaba preparando la mesa.

—Ayer compré una botella de vino —dijo él.

—¡Estupendo! Lo abriré.

Alyssa extrajo una botella de Rueda del frigorífico y un sacacorchos del armario que contenía los cubiertos.

—¿Qué? —Ella lo miró con curiosidad y rubor, con la punta de sacacorchos a punto de perforar la botella.

—Nada —dijo él—. Solo miraba.

Alyssa hizo fuerza, y la espiral metálica atravesó el corcho. Volvió a mirarlo.

—Sacaré las servilletas —dijo Jaime, que sintió la necesidad de hacer algo.

Volvió a la cocina y abrió el cajón donde estaban las servilletas, pero antes de cogerlas se detuvo y miró a los fogones. Con la mirada nublada, la imaginó tarareando con su voz dulce y bailando muy tímidamente mientras removía el caldo de verduras con el cucharón de madera. Un sentimiento intenso y lacerante se apoderó de él. Luchó por identificar las causas del dolor. Se preguntó por qué una joven tan brillante, encantadora y atrayente había acabado ocultándose en el piso de un desconocido, cocinando para él y comportándose como si le conociera de toda la vida. ¿Era en verdad un ángel que alguien había sacado del barro para salvarle, o por el contrario se trataba de una loba en la piel de una cordera que intentaba jugársela de la misma forma que hiciera Ernesto Shapiro? Un escalofrío le recorrió el cuerpo al sopesar tal posibilidad.

Regresó al salón con un par de servilletas. Alyssa le esperaba de pie junto a la mesa, que ya estaba lista para empezar a comer. Jaime sonrió. El aroma del pollo a la cerveza había penetrado en sus sensores olfativos, interrumpiendo cualquier pensamiento opaco.

—¡La comida está servida! —exclamó ella reluciente mientras señalaba su obra con los brazos extendidos.

Para las ocho, Alfred Horner ya había acercado a Carroll a su portal y estaba en casa. Había dejado caer las llaves sobre la mesita que tenía junto a la puerta de su piso y, por enésima vez, había contemplado su plasma resquebrajado y sus estanterías abatidas. La sala de estar era un

absoluto caos.

Tras rebuscar en el frigorífico y poner a descongelar un par de muslos de pollo, se desnudó y se metió en la ducha. Mientras se enjabonaba, la mente inquieta de Horner patinaba en torno a una serie de cuestiones capciosas: ¿Estaba de verdad en peligro? Quienquiera que fuera el que entró en su piso la otra noche y destrozó el salón, ¿era el mismo que le había dejado el cobarde mensaje en el lateral de su coche? ¿Cómo encajaba la mujer encapuchada en todo esto? ¿Qué ocurrió en realidad en ese pueblo del norte de España? ¿Debería invitar a Thomas a una cerveza para cerrar las posibles heridas abiertas? ¿Qué relación tenía Lennard con Sara Mora? ¿Y qué relación tenía Sara Mora con esa tal Diana? ¿Quién mató a Mike Lennard? ¿Y por qué?

Sentía una necesidad imperiosa de etiquetar y revisar, de recoger la ingente cantidad de información y posibilidades que se agolpaban en su mente y ordenarla de una manera lógica. Un chorro de espuma resbaló por el tatuaje de su bíceps derecho y alcanzó los rasponazos que aún permanecían en su antebrazo. El escozor interrumpió sus cavilaciones. Tras lanzar un fugaz y ahogado gemido, miró a su alrededor y fue consciente de que llevaba demasiado tiempo en la ducha. Ahora era un hombre limpio con los mismos pensamientos turbios de hacía un rato.

Mientras se secaba, su mente viajó espontáneamente a una cuestión que acababa de pasar de refilón y se maldijo a sí mismo por haber estado a punto de ignorarla.

«¿Qué ocurrió en realidad en ese pueblo del norte de España?»

Mora era de allí, y también el hermano de Lennard, a quien habían encontrado muerto a los pies de un despeñadero. Además, la policía española aseguraba que la chica con quien vivía el suicida había viajado a Oxford el mismo día de la muerte de Lennard (¿la joven de la cinta de video?). De repente sintió una curiosidad incontenible por investigar sobre ello. Aunque el descubrimiento de una nueva puerta en el laberinto no desvelaba la salida de este, Horner se sentía como si hubiera adelantado un gran tramo del tortuoso camino en que se había convertido el caso.

Una vez vestido con ropa cómoda, se sirvió una copa de Four Roses con hielo y se acomodó en su sofá de cuero. Las cartas que Mora había dirigido a Diana estaban esparcidas por toda la mesita. Cogió una al azar y la leyó. Cuando terminó, rellenó el vaso vacío y leyó otra carta cualquiera. Su ahora ebria consciencia se había quedado atrapada en las mismas dos palabras:

«Sara Mora.»

«SARA MORA.»

«S-A-R-A-M-O-R-A.»

Cuatro *whiskies* después, arrojó al suelo el papel que tenía en ese momento en las manos y se quedó en blanco observando de nuevo las caóticas estanterías. Después de algunos incalculables minutos en los que no ocurrió absolutamente nada, alguien llamó a la puerta. Tras ella reconoció a Ania con dificultad. La despampanante y sensual Ania. La cogió de la mano sin más y la llevó hasta el dormitorio.

Los muslos de pollo iban a pudrirse en la encimera de la cocina.

Capítulo 14

—¿Cuánto tiempo llevamos con esta extraña conversación, Salas?

—No tengo ni idea. Reconozco que he perdido la noción del tiempo.

—Deberíamos regresar al interior, ya debe de ser la hora de la comida.

—Morgan, ¿nunca ha pensado en cometer una locura?

—¿Como qué?

—No lo sé, cualquier cosa: mudarse al extranjero, tirarse en paracaídas, o en mi caso, puede que fugarse de este centro...

—Es peligroso salir de la zona de confort, doctor.

—Peligroso, ¿eh? Dígame: ¿hace cuánto que no sale de la zona de confort con su mujer y sus hijos?

—Me pilla usted desprevenido, vaya. No sabría contestarle.

—Lo suponía. El caso es que si piensa que la aventura es peligrosa, no debería bordear el sendero de la rutina: es letal. Esta ha sido la novena, creo.

Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006

Unos minutos antes de que los acontecimientos en el centro psiquiátrico de Ámbar dieran un vuelco, Rafael Salas se encontraba sopesando la idea de mover el alfil o, por el contrario, avanzar con uno de sus caballos para comer el peón negro de Cándido *el tertuliano*. Optó por la segunda opción, y, tras ejecutar el movimiento, alzó la vista como diciendo a su oponente: «tu turno».

—Ainge, Maxwell, Bird, McHale, Parish—musitó Cándido en un hilo de voz y con las pupilas clavadas en sus figuras—. Suplentes: Archibald, Buckner, Henderson, Carr y Robey.

Salas lanzó un suspiro que representaba lo harto que estaba de escuchar siempre los mismos nombres.

Uno de los enfermeros más jóvenes del centro, uno que se peinaba con tal cantidad de gomina que lo alto de su cabeza parecía la bola negra de billar, se detuvo al pasar junto a la mesa donde se estaba jugando la partida de ajedrez. Esa mañana le tocaba turno de vigilancia en la habitación de los juegos.

—¿Qué está recitando esta vez? —preguntó a Salas con una mueca divertida, haciendo referencia al tertuliano.

—La plantilla de los Boston Celtics de algún año de la década de los ochenta —respondió seco, alzando la vista hacia el chico y con la barbilla posada sobre la mano, como si el aburrimiento hubiera provocado el aumento de peso de su cráneo.

El joven enfermero dejó escapar una sonrisa a la vez que dedicaba a Salas una mirada compasiva.

De pronto algo ocurrió en la sala que hizo que al chico del pelo brillante se le tensaran los músculos de la cara. Cuando Salas volvió la cabeza hacia donde él miraba, constató que la actividad de toda la estancia se había detenido para observar con cierto espanto al recién llegado. El antiguo neurocirujano no había visto antes a ese hombre, pues supo con certeza que, de haberlo hecho, se acordaría de tan grotesca descripción.

Un chimpancé. Esa fue la imagen que se le formó a Rafael en la mente cuando centró su interés en el visitante. Se trataba del perfecto ejemplo para demostrar la conocida hipótesis sobre la cual se sustenta la teoría de la evolución de Charles Darwin: el hombre proviene del simio (si es que aquello era de verdad un hombre). Aun encorvado como se desplazaba, Salas pudo deducir que su estatura real no superaba los ciento sesenta centímetros. No caminaba, sino que arrastraba los pies en un esperpéntico gesto que, de no ser por los detalles faciales del susodicho, hubiera resultado sin lugar a dudas su faceta más estremecedora. Pero era el gesto del rostro lo que más escalofríos provocaba entre los que se encontraban a su alrededor. Unos redondos y enormes ojos verdes lo observaban todo con atención, como dos faros; y los párpados se antojaban antinaturales porque, entre otras cosas, estaban desprovistos de pestañas. Tenía el cráneo cubierto por una piel rugosa y viscosa, manchada y llena de cicatrices, aunque sin un solo cabello. Pelo que la criatura lucía en abundancia en la zona de la barbilla, construyendo una oscura y enredada barba. Salas tuvo la irónica e inoportuna ocurrencia de que, de tener la cabeza al revés, es decir, el mentón en el punto más alto y el cráneo donde el mentón, posiblemente el sujeto sería menos monstruoso.

Pero más que su aspecto físico, lo que a Salas le llamó la atención fue el efecto que provocaba en todos los presentes, tanto tarados como enfermeros. La sala de los juegos había sido

súbitamente invadida por un gélido silencio, solo alterado por el casi imperceptible murmullo de Cándido.

«*Ainge, Maxwell, Bird, McHale, Parish. Suplentes: Archibald, Buckner, Henderson, Carr y Robey*», continuaba el tertuliano, ensimismado, como si todo lo que estuviera al margen del tablero de ajedrez no existiera.

Los segundos que continuaron fueron extraños. El demente —porque si algo tenía claro Rafael Salas en ese momento era que se trataba de otro enfermo— dio un repaso rápido a la sala con unos ojos vivaces aunque confusamente desalmados, y después se desplazó hacia donde se estaba jugando la partida de ajedrez. El joven enfermero se apartó por puro instinto cuando pasó por su lado. Rafael, por su parte, esperó expectante al siguiente movimiento de la criatura, que seguro que llegaría mucho antes que el del absorto Cándido.

—*Fíjate, Félix, qué sorpresa. ¡El loco tramposo senil!* —soltó de pronto el chimpancé, mirando hacia algún mundo solo existente en su cerebro.

Tan confusa le resultó a Salas la frase como el hecho de que se comunicara en voz alta consigo mismo (seguramente debido a que no tenía a nadie más con quien hablar). Pronto comprendió que cada uno de sus movimientos era como la lógica de una máquina tragaperras: totalmente impredecible. La criatura se giró sobre sí misma al punto de terminar su frase y salió corriendo por donde había llegado.

—Es Félix —habló el enfermero por encima del profundo silencio. Había palidecido con el suceso—. Joder, no debería andar suelto.

Salas se volvió como un resorte, asociando enseguida el nombre de Félix con los violentos golpes producidos la otra tarde contra la puerta del despacho del director Grau. «Fuertes como si se ayudara de un tronco de madera...»

Fueron necesarios algunos minutos para que la habitación volviera del todo a la normalidad, y casi media hora para que Rafael se hartara de esperar el siguiente movimiento de Cándido. El exdoctor se incorporó y salió por la puerta, sin mediar palabra y dejando la partida de ajedrez a medias.

«*Ainge, Maxwell, Bird, McHale, Parish. Suplentes: Archibald, Buckner, Henderson, Carr y Robey...*»

Caminaba solitario por los jardines del centro buscando a Saúl Morgan con la mirada, cuando un grito de otro mundo le erizó la piel.

—*¡Loco tramposo senil! ¡Loco tramposo senil!*

Al volver la cabeza, encontró a Félix sentado sobre uno de los fríos bancos de piedra que había en una esquina del jardín, junto al muro. Vestía un jersey de lana viejo y unas zapatillas blancas. Le estaba mirando. La criatura vivía confinada en el interior de su oscura celda, lo que explicaba que casi ningún otro enfermo le hubiera visto antes. Esa mañana resultó ser una excepción en su rutina.

—Hola —dijo Salas con toda la naturalidad que su incertidumbre le permitió.

Se acercó muy lentamente sin apartar la mirada del esperpento y se detuvo a medio metro de él, de pie, junto al banco.

—*Félix está asustado* —gimió el discapacitado en voz muy baja.

—Me llamo Rafael, y no voy a hacerte daño. —El anciano extendió el brazo y tocó el hombro de Félix con la prudencia de quien está a punto de alimentar a un tigre de bengala. Para su asombro y alivio, no se inmutó con el roce—. Te llamas Félix, ¿verdad?

—*El hierro guarda un secreto muy feo* —pronunció, sin prestar atención a las preguntas de Salas—. *Tras la música de campanas.*

Rafael frunció el ceño.

—¿Intentas decirme algo?

—*El incompleto protege el tubo férreo, Félix.*

—¿Puedo saber qué significan esas cosas? —preguntó Salas, que de repente sintió una profunda curiosidad por el enfermo.

—*Mira Félix, el loco tramposo senil quiere saber sobre la música de campanas* —continuó con su sinsentido—. *Y el incompleto protege el secreto con el tubo de hierro.*

—Veo que te gustan los acertijos, amiguito —tanteó el antiguo doctor, ganando en confianza. El tigre de bengala se estaba convirtiendo en un gatito.

—*El loco tramposo senil es listo, Félix.*

—¿De modo que son acertijos! —Salas elevó la voz, eufórico—. He acertado, ¿verdad? A ver... ¿quién es el loco tramposo senil? ¿Soy yo?

Excitado como un niño superdotado, Rafael probó suerte con el idioma que el otro practicaba.

—*El loco tramposo senil es listo* —repitió Félix.

—¿Soy yo! —exclamó Salas mientras daba fuertes palmadas.

«Este monstruo chiflado opina que yo estoy loco, hay que joderse», masculló, más con ironía que con indignación.

—Y, dime, ¿por qué dices que soy un loco tramposo senil?

—*El loco tramposo senil es listo. Pero Félix no le dirá lo que guarda el tubo de hierro. Es un secreto...*

—Félix, escúchame —agarró el brazo de la criatura, que seguía sin reaccionar—: ¿por qué soy un tramposo?

—*Es un loco tramposo, y además es peligroso, ¿verdad que sí, Félix?*

«*Mecagüen la leche...*»

—¿Deja de repetir lo mismo y respóndeme!

Dominado ahora por la exasperación, la mano de Rafael Salas se cerró con fuerza en torno a la muñeca de Félix y la agitó. De pronto, este se revolvió gruñendo como un perro rabioso y arrojó a Salas con fuerza contra el césped.

—*¡Félix está en peligro!* —aulló para sí, como si no se hubiese dado cuenta de que el peligro era él mismo—. *¡Socorro!*

Aterrado, Salas vio desde el suelo cómo el enfermo se abalanzaba sobre él y aprisionaba su cuello con dos monstruosas manos. Más que apretarle, le atenazaban. Rafael recordaría para siempre el pavoroso vacío de aquellos ojos. Marcianos, mudos.

—¡Félix, yo no quiero hacerte daño! —suplicó el anciano entre gemidos. Estaba siendo estrangulado por un enfermo.

—*Félix va a aniquilar al loco tramposo senil. ¡Sí, lo hará!*

El anciano, que empezaba a notar la falta de aire, buscó desesperadamente la ayuda de alguien con el rabillo del ojo, pero desde su posición solo pudo ver briznas de hierba. Intentó gritar, pero no acertó más que a escupir un agónico hilo de voz.

—*¡Félix lo aniquilará!* —repetía el engendro una y otra vez.

Justo cuando Salas estaba a punto de perder el conocimiento, alguien llegó corriendo y apartó a Félix de un empujón. El oxígeno volvió a alimentar sus pulmones. Una vez libre, el anciano se palpó la zona de la nuez y se recompuso. Cuando recuperó el sentido de la vista, vio al enfermero repeinado esposando a Félix por detrás de la espalda. Después varios enfermeros condujeron a la criatura a su celda.

Rafael Salas no habló con nadie de lo ocurrido; ni siquiera dio las gracias por haber sido salvado. Accedió directamente a su angosta habitación y se quedó reflexionando toda la tarde. Supo que estaba muerto de miedo. Echaba de menos ser el Yayo de Oli.

Permaneció en vela durante gran parte de la noche.

La mañana era luminosa y agradable en la urbe madrileña cuando Alyssa entró en la cocina y tomó una lata de refresco de la nevera. Ya estaba empezando a sentir que las paredes de aquel piso la comían, así que tenía que encontrar el modo de distraerse sin necesidad de salir a la calle (se lo había prohibido tajantemente a sí misma desde que llegó a la casa, pues la policía acechaba por toda la ciudad). Para matar el tiempo hasta que Jaime volviera de sus recados matinales, había hecho algunas series de abdominales utilizando un cojín como tatami. Después del ejercicio y de recorrer todos los canales de la televisión varias veces, ya no se le ocurría nada más que hacer salvo atacar el frigorífico. Por fortuna, Jaime entró en el piso portando varias bolsas llenas de comida. Saludó en voz alta, y, cuando se reunió con ella en la cocina, sacó un periódico de una de las bolsas y lo dejó caer sobre la encimera.

—¡Buenas noticias! Parece que ya se van olvidando de nosotros.

Alyssa tomó el noticiero y fue pasando las hojas con rapidez; solo leía los titulares.

—He dejado de ser noticia —murmuró para sí misma, tan felizmente sorprendida que no se acordó de dedicar ni un minuto a comprobar que él también había dejado de ser novedad para la *calaña periodística*.

Sin dar importancia al descuido, Jaime abrió la puerta de la nevera y se unió a Alyssa con un botellín de cerveza. Después extrajo de las bolsas de la compra una lata de aceitunas rellenas.

—¡Celebrémoslo! —exclamó, eufórico, y Alyssa imaginó que estaba exagerando a propósito. Le agradeció el optimismo con una dulce sonrisa.

—Sigues preguntándote qué es lo que hice en Oxford, ¿verdad? —preguntó Alyssa con guasa, sentada ya en una silla del salón, mientras se llevaba una aceituna a la boca. La masticó

lentamente al tiempo que los dos pares de ojos se analizaban con gusto.

Jaime había preparado una mesita baja con dos posavasos, las aceitunas y un cuenco con patatas fritas. El equipo de música reproducía, con el volumen muy bajo, un disco de Van Morrison. Tras unos segundos en los que solo se escuchaba la cálida voz del autor norirlandés, Jaime respondió con la misma chulería y con los ojos muy brillantes.

—¡Para nada! A decir verdad, lo que pasaba por mi cabeza era cómo te las vas a arreglar para demostrar mi inocencia y devolverme mi empleo.

—Bueno, tú ten paciencia. Cada cosa a su tiempo. —Alyssa pronunció la última frase sílaba a sílaba mientras le daba cómplices toques con la mano en la rodilla—. Venga, cómete la patata de la vergüenza.

Cada frase que pronunciaban era como si intentaran, por un lado intimar, y al mismo tiempo sonsacar información el uno sobre el otro. Para Jaime, las conversaciones con Alyssa se habían convertido en apasionantes juegos de estrategia, y estaba convencido de que ella opinaba de igual manera.

Consagraron el resto del día a acostumbrarse a convivir juntos como buenos compañeros de piso. Después de comer, mientras él fregaba los platos, Alyssa abrió el mueble donde Jaime guardaba los DVD y propuso en voz alta una sesión de cine para la sobremesa. Él, como buen cinéfilo, aceptó encantado.

Aproximadamente a media sesión de *El fugitivo* —ambos la habían visto ya con anterioridad, pero estuvieron de acuerdo en que sería una elección salvajemente irónica, debido a su situación personal—, sonó el teléfono fijo. Se trataba de María Vergara interesándose por el estado anímico de su hermano. Inesperadamente, comenzó a hablar con manifiesta frialdad al enterarse de que Jaime había empezado a compartir piso con una jovencita.

—Era mi hermana —informó él nada más colgar, incitando a Alyssa a que le hablara por primera vez de su familia.

No hubo suerte. Todo lo que respondió ella fue un asentimiento con la barbilla y un «venga, volvamos a la peli».

A medida que pasaban los minutos, Jaime la iba encontrando más enigmática. A pesar de que su trato era normal, incluso bastante agradable dadas las circunstancias, tenía la sensación de que le estaba mostrando un ínfimo porcentaje de su verdadera vida. Solamente la punta del iceberg. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba cuando no estaba escondiéndose de la policía, o qué quería ser en un futuro, por ejemplo. Bastaba con hacerle una pregunta:

—¿Vas a la universidad?

—No. Estudio por mi cuenta lo que considero interesante.

«¿Por qué será que no me sorprende?», pensó Jaime.

—¿Y qué consideras interesante?

—Las ciencias políticas.

—Pues, si quieres un consejo, vas a tener que inscribirte en la universidad para poder ganarte la vida. Así es cómo funciona el mundo —dijo él, que realmente no sabía adónde quería ir a parar.

«¿Intento ser su amigo o su padre?»

—Hay muchas cosas que todavía tengo que cambiar para que mi mundo funcione —respondió

Alyssa más mordaz de lo que pretendía. Después dirigió su atención hacia la pantalla dando por concluido el tema.

Terminaron de ver la película en silencio y después estuvieron conversando en el sofá hasta que anocheció. Hablaron de muchas cosas que nada tenían que ver con el pasado de Alyssa, ni con sus estudios, ni tampoco con el caso Shapiro ni el misterio de Lennard. Jaime se dio cuenta de que estaba congeniando mejor con una chavala de 18 años que con la gente de su entorno.

—Tengo que ir a ducharme —exclamó Alyssa de pronto, como si llegara tarde a algún sitio. Obsequió a su compañero con una última mirada de complicidad y se levantó en dirección al cuarto de baño.

—OK, mientras tanto haré la cena.

Jaime cocinó unas lubinas al horno con una vinagreta de cebolla y pimiento verde. Mientras Alyssa se duchaba y se secaba el pelo, preparó la mesa del salón y corrió parcialmente las cortinas del ventanal, de manera que se podían ver las luces de aquellos oficinistas que aún trabajaban en los edificios de la zona financiera. Ella salió del cuarto de baño en chancletas, con una camiseta de tirantes blanca y unos shorts vaqueros bastante desgastados. Él le preguntó en broma si no tendría frío con tan poca ropa, a lo que ella simplemente se encogió de hombros. La cena olía de maravilla, así que Alyssa se zampó su lubina sin pronunciar una sola palabra. Jaime, preocupado, miraba una fea cicatriz que tenía ella en el hombro. Cuando ambos terminaron, la joven le dio las gracias por la cena y brindaron con vino blanco.

Un par de horas más tarde, tras haber estado trasteando con el ordenador de Jaime —siempre con su permiso—, Alyssa se preparaba para dormir. Cuando se metió entre las sábanas del sofá cama del salón, se dio cuenta de que estaba irritada. Y su estado se debía a Jaime. Hacía muchos años desde la última vez que estuvo enamorada de un hombre, si es que lo había estado algún día. Había aprendido a desconfiar de ellos, por muy buena carcasa que presentaran. Charly la trató de manera aceptable durante años. Se acostaron un número incontable de veces, y hasta que se suicidó, nunca le había puesto la mano encima (aunque estuvo cerca alguna que otra vez). A él le debía el haberse convertido en una mujer adulta con tan tierna edad, pero desde luego nunca llegó a amar a ese puerco sin escrúpulos.

Jaime tenía el tan irritante gesto masculino de mirarle el culo y las piernas antes que la cara. En cambio, no reaccionaba como los demás hombres que había conocido. Cuando Alyssa se acercaba voluntariamente con alguna excusa para poder rozarlo, él miraba para otro lado y se alejaba. Inaudito. No podía haber sido más amable con ella desde que aceptó darle cobijo. Se comportaba como un caballero, se ofrecía a todo con una sonrisa y siempre le preguntaba su opinión sobre cualquier tema que estuvieran hablando.

Lo primero que había hecho ella esa mañana cuando Jaime salió a correr fue husmear en sus cajones y armarios con la intención de encontrar alguna prueba, como una foto o una carta, que demostrase que salía con alguna chica. Incluso entró sin éxito en sus ficheros privados que guardaba en el ordenador. Aquel hombre daba la impresión de ser todo un solitario. «Como yo.» Luego, cuando él regresó, lo había provocado intencionadamente confesándole lo que había estado haciendo, e incluso le preguntó por su vida sentimental. En lugar de recibir una indignada bronca por su parte, la pregunta pareció sorprenderle positivamente. Murmuró algo irónico y se metió en la ducha mientras gritaba: «¡ninguna mujer me soporta, Aly!»

Así que estaba irritada con él. Maldita sea, Jaime la había tratado en dos días mejor que nadie en toda su vida.

Permaneció tumbada mientras escuchaba cómo Jaime se lavaba los dientes y salía del baño. Para agravar su enojo, él se acababa de encerrar en su habitación sin siquiera darle las buenas noches. Lo último que oyó fue el golpe hueco que hizo el colchón cuando Jaime se dejó caer encima, a dos metros de ella al otro lado de la pared. Se levantó inquieta, se acercó a la ventana, y contempló la oscuridad donde un rato antes estaban las oficinas iluminadas. Permaneció en ese estado unos minutos antes de tomar una decisión.

Jaime Vergara leía en la cama una novela de Stephen King cuando oyó un crujido en la zona de la puerta. Al alzar la mirada por puro acto reflejo, vio a Alyssa plantada bajo el marco de la puerta. Estaba completamente desnuda.

—¿Qué..., qué haces? —preguntó, inquieto como si un zombi putrefacto acabara de entrar en su habitación.

Se revolvió bajo las sábanas y se tapó hasta el cuello, como si fuese él quien estaba en cueros.

Ella se encogió de hombros muy melosa. Después se acercó a él, le quitó el libro de las manos y le besó en los labios. Jaime tragó saliva mientras la apartaba para mirarle a los ojos, sedientos y sumisos. Tuvo una erección. Como no se quejó, Alyssa se subió a la cama y se colocó a horcajadas sobre él. Volvió a besarle y le acarició la erección. Jaime estaba perplejo. La apartó de su cuerpo.

—Aly..., esto no está bien. Eres una niña.

—¿Una niña? —respondió ella, que de repente parecía ofendida—. Pues no piensa lo mismo tu entrepierna. Yo quiero acostarme contigo y es evidente que tú quieres acostarte conmigo. ¿Cuál es el problema?

—Pues que apenas nos conocemos, Aly. No sé nada de tu vida y... —las palabras se le atascaron en la boca—, y te acabas de meter desnuda en mi cama, por el amor de Dios.

—Pues no seas tonto y aprovéchate de que me tienes desnuda dentro de tu cama, toda para ti —contraatacó ella, que esta vez había decidido abordar con la lengua la zona de la oreja.

Jaime volvió a apartarla con el brazo, con tanta fuerza esta vez que la desplazó fuera de la cama hasta la tarima del dormitorio.

—Yo no soy de los que follan con cualquiera a las primeras de cambio —espetó Jaime, de repente irritado, e inmediatamente fue abordado por un terrible sentimiento de culpa.

—¿Cualquiera? —repitió Alyssa desde la posición de un simple perro de compañía. Estaba en el suelo, desnuda, humillada—. Muy bien. —Se incorporó y se dirigió a la puerta, muy digna—. Buenas noches.

Jaime recibió el «buenas noches» como un dardo envenenado directo a su corazón.

En los siguientes segundos, que se convirtieron en un momento francamente embarazoso, Jaime presenció cómo Alyssa desaparecía de su vista dejando tras ella un doloroso portazo. Cuando por fin se quedó solo y a oscuras, le costó más de dos horas conciliar el sueño.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de un detalle aparentemente sin importancia: esa

noche, Alyssa se había olvidado de apagar el ordenador de Jaime, dejando abiertos los programas informáticos que ella había utilizado. Uno de ellos era la aplicación de chat, cuya *webcam* apuntaba al centro de la habitación, justo donde estaba la cama de Jaime. En el momento en que Alyssa se metió desnuda entre sus sábanas, había un usuario conectado al chat. A casi 500 kilómetros de distancia hacia el norte, en su habitación empapelada con pósteres de jugadores de fútbol, un niño de diez años que adoptaba en Internet el seudónimo de *Jasper* acababa de presenciarlo todo.

Cuando Jaime salió de su habitación con las primeras luces de la mañana siguiente, Alyssa todavía dormía plácidamente en el salón. Desayunó un fugaz zumo de naranja procurando hacer el menor ruido posible, se duchó a toda prisa y salió por la puerta con la intención de ir a comprar sellos e invertir en un décimo de lotería. A decir verdad no se trataba más que de una excusa barata para evitar el irremediable momento de encontrarse de nuevo con Alyssa (hacía años que Jaime no enviaba una carta por correo, y rara vez apostaba). Y era irremediable porque, le gustara o no, ella vivía en su casa y no podía salir, de modo que, si no quería darse a la fuga como un miserable —no llegó a considerarlo como una opción—, no le quedaba otra que enfrentarse a ella. *Enfrentarse* a ella. Una expresión demasiado hostil para el aprecio que le había cogido.

Durante toda la noche había intentado olvidar la imagen de ella sin ropa y mirándole con su particular gesto dócil desde el umbral de su habitación. En varias ocasiones dibujó en su mente la silueta del cuerpo frágil debajo de la camiseta blanca de tirantes, caminando impasible con el contoneo tan sexy que provocaba el andar de sus botas negras con unos tacones más oscuros que el propio abismo. Era una imagen que provocaba deseo. Había llegado a la conclusión de que lo que de verdad le aterraba era que su instinto más carnal tomara las riendas de sus decisiones en el momento en que la volviera a tener frente a frente. De que simplemente no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar cuando volvieran a encontrarse en la misma habitación.

Después de casi dos horas caminando por las calles del barrio en las que intentó clasificar sin éxito lo que le decían su cerebro y su corazón, decidió enfrentarse a la cruda realidad: tenía que volver a casa y hablar con Alyssa. Pedirle disculpas.

Experimentó una extraña euforia que creció a medida que se fue acercando a su edificio. Accedió al portal y subió las escaleras de dos en dos.

—¡Aly! —gritó desde el recibidor al constatar que Alyssa ya se había levantado. El sofá cama del salón había retornado a su forma original y las cortinas ondeaban con la brisa otoñal que entraba por el hueco de la ventana, ahora completamente abierta.

Jaime se acercó a la cocina y después al dormitorio. La calma era absoluta.

—¿Alyssa? —insistió, ahora con un hilo de preocupación en su voz.

«¿Dónde demonios te has metido?», musitó mientras miraba hacia todos los rincones de la casa. A Alyssa se le había tragado la tierra.

Sobre la mesa del salón encontró un papel de cuaderno que, a bolígrafo azul y caligrafía irregular, decía lo siguiente:

Querido Jaime. Siento desaparecer como por arte de magia y sin avisar. Tengo que hacer una cosa con urgencia y sería peligroso que me acompañaras.

No encuentro la forma de agradecerte todo lo que has hecho por mí estos días. Sin embargo, mereces conocer toda mi verdad. Ahora no tengo tiempo, y además no quiero que te enteres a través de una carta, pero si sigues interesado en mí y en mi historia, está en tu mano conocerla. Viaja al pueblo de Ámbar, en Cantabria, y pregunta por Óliver Morales. Vive en una bonita casa delimitada por una valla blanca que hay junto a la playa. Él te dará respuestas.

Cuidate mucho, espero volver a verte.

Te quiere,

Aly

PD: Detesto la lubina...

A Jaime le vinieron a la cabeza tres pensamientos muy definidos y en un orden muy concreto. Lo primero que lamentó inmediatamente después de leer la nota fue la desaparición de Alyssa de su vida. Se había esfumado «como por arte de magia», como ella misma había expresado. De pronto se sintió solo en su propia casa, y experimentó un incómodo malestar en la zona del corazón.

El segundo sentimiento reemplazó ese dolor por rabia e impotencia. Se dio cuenta de que Alyssa había roto su parte del trato. No solo había desaparecido sin dejar rastro, sino que no había movido un dedo para ayudarle en el caso Shapiro, tal y como le había prometido. Se sintió como un estúpido integral.

Para el tercer pensamiento necesitó tomarse algunos segundos de reflexión, pues lo que acababa de ocurrir dentro de su cabeza lo requería. Subconscientemente había lamentado antes, y con más fuerza, la pérdida de Alyssa que su traición. Y eso era preocupante. Supo que el caso Shapiro, su pérdida de empleo y su más que posible condena habían sido relegados a un segundo plano, pues, por increíble que pareciera, la sensación de soledad tras la marcha de la joven le había invadido más de lo que hubiera llegado a pensar.

Sin saber muy bien cuál iba a ser su siguiente paso, se sentó en el sofá. La añoraba. Quería volver a verla, y deseó regresar atrás en el tiempo para tenerla de nuevo entre sus sábanas.

¿Le había abandonado, dolida y avergonzada, por lo ocurrido la otra noche? Era lo más probable. Lamentó haberse referido a ella como *una cualquiera*, y utilizar la fuerza para echarla de la cama había sido la gota que terminó por colmar el vaso. Le invadió el arrepentimiento más profundo, y después la culpa. Él la había expulsado, esa era la única realidad.

Agitó la cabeza para ahuyentar las ideas que solamente podían dañarlo, y leyó la nota por segunda vez.

«Ámbar.»

¿Dónde había escuchado ese nombre antes? ¿No era el pueblo de Sara? Una implacable chispa ardió en su cerebro. ¡Sara! Recordó en ese instante la llamada del psiquiatra la otra tarde informándole de la citación en *Skype*. Le había tomado por estúpido, y después... después llegó Alyssa y...

«¡Maldición!», gritó una y otra vez al aire, como si fuese el *hooligan*^[26] de un equipo al que acaban de meter el gol decisivo en una final. «¡Mierda, mierda, mierda!»

Cuando se serenó y trató de pensar, comprendió que no tenía forma de establecer contacto con Sara, salvo viajando a Oxford y buscándola allí. Imposible. Por otro lado, podía viajar a ese pueblo del norte, encontrar a Óliver Morales, y descubrir el gran secreto de Alyssa, que era lo que

de verdad le pedía el cuerpo. Si salía ahora, estaría allí antes del atardecer.

Tardó menos de quince minutos en preparar una mochila con algunos artículos esenciales de higiene y alimentación. Bajó al garaje, donde arrancó el Porsche, y tomó la autovía del norte ignorando los límites de velocidad que le marcaba la ley.

Capítulo 15

—Voy a hacerle una pregunta, Morgan, y quiero que sea dolorosamente sincero.

—Está bien, lo intentaré.

—¿Le parece que soy un cascarrabias?

—Dolorosamente cascarrabias.

—Muy agudo, ¿no ha tardado ni medio segundo en contestar! Lo cierto es que debería de tener el pie izquierdo lesionado de lo cascarrabias que he sido.

—¿A qué ha venido la pregunta?

—Mi exmujer siempre lo decía. También opinaba que no la quería lo suficiente, que estaba siempre de mal humor. Pero lo que ocurría era que a veces fingía que no la quería solo para descubrir lo que se siente cuando en mitad de la noche me daba cuenta de que en realidad no quería vivir sin ella. Me inventaba motivos para ser un borde de mierda porque llegué a encontrar el punto de placer en el dolor.

—Doctor, perdone que le moleste, pero mire hacia allí.

—¿Qué quiere que mire?

Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006

Alyssa nunca había deseado tan intensamente que le tragara la tierra. En cuanto percibió en los ojos de Jaime lo terrible que había resultado la idea de asaltar su cama, todo se había precipitado en una serie de acciones por parte de ambos que habían derivado en un escenario emocionalmente complicado. Durante los segundos que siguieron al bochornoso espectáculo y al posterior portazo, Alyssa quedó petrificada y en silencio junto a la puerta del dormitorio, quizá con la esperanza de que el tiempo se congelara y desaparecer sin más. Recompuso en su mente las palabras pronunciadas y los gestos realizados desde que ella entró a la habitación hasta que él la echó de la cama como a un perro desobediente. ¿Lo había mandado todo a la mierda? Aquella fue la segunda vez en pocos días que se le humedecieron los ojos.

«Maldita sea —se repitió en voz muy baja, llena de ira contenida—, ¡piensa que soy una puta!»

Se dio cuenta de que seguía desnuda, así que volvió a ponerse las bragas y su camiseta de tirantes al tiempo que continuaba maldiciendo su estupidez.

Después se hundió entre las sábanas del sofá cama y dejó que un intenso dolor, de esos que se sienten en lo más profundo del pecho, le invadiera. A lo largo de su existencia, Alyssa había sido violada, utilizada, humillada, perseguida y amenazada, pero aquella fue la primera vez que el desamor se cebaba con ella. Permanecer desnuda sobre Jaime, piel con piel y con las miradas enfrentadas, había constituido el momento más bonito y emocionante de su vida. Un momento que había terminado con una derrota a los pies de la cama. Acabó durmiéndose con una huella de lágrima seca en su mejilla, sin saber que aquella iba a ser su última noche en esa casa.

Abrió los ojos, como a cámara lenta, casi nueve horas después. Tras la reconfortante sensación inicial de despertar a las tantas de la mañana y de forma natural, su rictus se contrajo al regresar Jaime a sus pensamientos; el subconsciente solo le había concedido un par de segundos. El piso estaba en calma, aunque con el ambiente algo viciado, y la otoñal luz del sol entraba en el salón componiendo un despertar idílico.

Tenía miedo a encontrarse con Jaime en algún rincón de la casa y tener así que dedicarle un simple «buenos días» (¿qué cara iba a ponerle?), así que agudizó el oído. A excepción del rugir de los motores de los vehículos en el exterior, no oyó el más mínimo sonido. Se levantó, dobló y guardó las sábanas, y entró en la cocina, donde tampoco había nadie. Se encogió de hombros y se sirvió un zumo de naranja, que bebió de un trago. Después se acercó a la puerta del dormitorio (estaba abierta), y confirmó que se encontraba sola. La habitación estaba perfectamente limpia y ordenada, pero no había rastro de vida.

Justo en el momento en que iba a darse la vuelta para ir al cuarto de baño, detectó una singularidad con el rabillo del ojo. La luz azul de un led brillaba en el canto del ordenador portátil de Jaime, que estaba abierto sobre la mesa tal y como recordaba haberlo dejado ella la otra noche. Un mal presentimiento le recorrió la médula espinal. Cuando se acercó al aparato, comprobó algunas cosas, y todas eran malas: el ordenador estaba encendido, la aplicación de chat abierta y la webcam activada. Seguía filmando, en realidad. En una esquina del monitor, una conversación que no había sido cerrada.

Usuario: Jasper.

Hora de la desconexión: 01:23

La joven palideció de súbito. Había olvidado cerrar el chat la otra noche, con la

correspondiente conversación, y justo antes de...

«¡Mierda!»

La vergüenza experimentada al haber sido rechazada en plena cama y en cueros, acababa de ser duplicada. No solo había quedado como una zorra caprichosa delante del hombre que estaba empezado a amar, sino que Oli, el único amigo que tenía en el planeta, lo había presenciado todo.

Se dejó caer sobre el edredón y se acercó la mano a la boca de manera instintiva.

Si Oli de verdad sentía por ella el cariño que imaginaba, ahora mismo debía de estar profundamente cabreado y abochornado. Y eso era lo que menos quería en un momento como aquel. Estuvo un rato dando vueltas al más que posible estado de ánimo de su jovencísimo amigo, y llegó a la conclusión de que la palabra más adecuada era *celoso*. Se le antojó tan tierno como disparatado.

El agente en prácticas Marcos Tena detuvo el coche de alquiler en doble fila y continuó caminando hasta la calle que cruzaba la avenida, dos manzanas más adelante. Iba de incógnito y lo que menos quería era llamar la atención, de modo que cuando llegó al portal, esperó a que alguien entrara o saliera del edificio para colarse en el vestíbulo con disimulo. Para matar el tiempo mientras esperaba, extrajo del bolsillo un paquete de chicles y se metió uno a la boca. Aprovechó también para valorar su trabajo en solitario desde que Barreneche le diera plena responsabilidad.

Se sentía bien consigo mismo. No satisfecho, pero básicamente bien. No es que no estuviera cumpliendo las órdenes de su jefe a rajatabla. En realidad ahí radicaba el problema: no eran unas órdenes cuyo cumplimiento provocara en alguien la más mínima satisfacción. Pero a fin de cuentas era su cometido y, a decir verdad, lo estaba ejecutando como un profesional experimentado. Se había pasado los dos últimos días trabajando por su cuenta. Su labor consistía en seguir un rastro, la pista de una jovencita desaparecida y escondida en algún lugar de Madrid. Lo que vulgarmente solía denominarse *una aguja en un pajar*.

Lo primero que había hecho fue volver al Sensations, el bar de Maximiliano, donde fue muy mal recibido. Max no solo no proporcionó ningún detalle extra sobre la fugitiva, sino que no tardó en echarle del garito entre mordaces amenazas. Tena, malhumorado, pensó mientras abandonaba el bar que a lo mejor bañarlo en alcohol (el intimidatorio abuso de la placa, en definitiva), era la única manera de conseguir un trato amable.

En realidad no guardaba grandes esperanzas de sonsacar más información de esa fuente, de modo que no perdió más tiempo y pasó de inmediato al siguiente escalón: el aeropuerto. Al mediodía del domingo 12 estaba cogiendo un avión con destino a Madrid. Conocía la fecha y la hora en que ella había aterrizado procedente de Oxford, además del vuelo y la compañía aérea. Supuso, por otro lado, que alguien a quien persigue la policía no se atrevería a tomar el transporte público colectivo. Eso limitaba todo a la opción de los taxis. Dedicó más de dos horas a preguntar a los muchos taxistas que se encontraban estacionados en el aeropuerto si reconocían a la «chica de la fotografía». Estaba a punto de desistir cuando un hombre parco en palabras que conducía un Toyota y que gozaba de buena memoria fotográfica recordó el destino de su «cliente más peculiar del día», según dijo. Esa información llevó a Tena a su siguiente punto: el número 53 de la calle Orense. Alquiló un coche en el aeropuerto y condujo hasta ese punto de la ciudad. Llegó al atardecer.

Pero no tenía ni la más mínima idea del piso donde ella se escondía —suponiendo que siguiera allí—. Podía haber probado suerte llamando una por una a todas las puertas del edificio, pero eso habría llamado la atención en exceso, dándole a ella la oportunidad de escapar. No quería perder el factor sorpresa. Decidió pagar una habitación en un hotel cercano y continuar el día siguiente. Ya se le ocurriría algo.

Esa noche, mientras se estaba lavando los dientes antes de acostarse, Julián Barreneche le llamó al móvil.

—Dime que tienes a la puta.

—Todavía no. Pero estoy muy cerca.

—¿Qué significa que estás muy cerca? Joder, no estamos hablando del Osama Bin Laden de los cojones.

—Significa que estoy muy, muy cerca. Le llamaré mañana con buenas noticias.

—Tena, no me toque las pelot... (biiiiip).

Marcos había decidido cortar la conversación colgando el teléfono. Acto seguido, lo apagó. Terminó de lavarse los dientes y se acostó con restos de adrenalina todavía corriéndole por el cuerpo.

A la mañana siguiente regresó al portal número 53, y como no se le había ocurrido nada inteligente, se quedó mirando a la puerta como un pasmarote esperando a que se produjera algún milagro. Entonces, cuando estaba a punto de renunciar a su factor sorpresa en favor de ir preguntando en cada piso, un hombre joven entró en el edificio asiendo dos bolsas del supermercado y un periódico. Algo le dijo a Tena que debía seguir a ese tipo, de modo que sujetó la puerta en el instante en que iba a cerrarse y se escurrió hacia dentro con sigilo. Siguió al hombre a una distancia prudencial y de puntillas mientras subía por las escaleras. Durante el ascenso se fijó en que una de las bolsas contenía dos piezas de lubina. No una, sino dos. Cuando llegaron a su destino, guardó en la memoria el piso y la letra donde se había metido el tipo de las bolsas (2^oC), y regresó al bajo. Se acercó a la zona de los buzones y comprobó su identidad. Dr. Jaime Vergara. No constaban en el cartel más nombres que el suyo. Con creciente excitación, corrió al segundo piso y pegó la oreja a la puerta C. Percibió una conversación ininteligible entre un hombre (el tal Jaime Vergara) y una mujer (¿ella?). Marcos sabía que eso no tenía por qué significar nada, pues bien podía tratarse de un hombre soltero saliendo a comprar pescado para comer con su ligue, o quizá la voz femenina correspondiera a su novia, que no vivía con él y por eso no constaba su nombre en el buzón. O incluso podía ser su hermana, o una simple amiga con la que había quedado esa mañana. Pero, en cualquier caso, las opciones de que se tratara de ella eran ahora mayores que hacía unos minutos. Reflexionó sobre su siguiente acción. Entendió que no tenía nada que hacer allí por el momento. Regresó al hotel y elaboró con calma un plan de ataque. No encendió el teléfono en todo el día.

A eso de las diez de la mañana siguiente se encontraba Marcos mascando chicle frente al portal 53 cuando la misma cara del día anterior, el tal doctor Jaime Vergara, salió por la puerta. Tena aprovechó para entrar y subir de nuevo al segundo piso. Se detuvo frente a la puerta C y extrajo su revólver de la funda que le colgaba del interior de la chaqueta. Quitó el seguro con suavidad y contuvo la respiración. Nunca había empuñado un arma contra alguien de carne y

hueso, y por ello las extremidades le temblaban. Empleó algunos minutos en relajarse, en dejar que el sudor de las manos se secara en torno a la empuñadura del arma. En sentirse cómodo con ella.

¿Estaba seguro de lo que estaba a punto de hacer? ¿Y si la chica era inocente? En ese caso, podía meterse en un buen lío judicial.

Experimentó un retortijón en el estómago.

«Maldita sea, mi carrera en el cuerpo está en juego —masculló entre dientes—. ¡Te odio, Barreneche...!»

Se armó de valor, respiró hondo y golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Policía! ¡Abra la puerta inmediatamente! —voceó.

Alyssa oyó un golpe seco al otro lado de la casa, seguido de voces crudas e inconexas que estaban siendo escupidas por un hombre desde la lejanía.

Se puso en estado de alerta.

Anduvo con suma cautela hasta el recibidor, donde escuchó la voz masculina de nuevo, esta vez mucho más nítida, pronunciada desde el otro lado de la puerta de entrada.

—¡Abra la puerta, no volveré a repetirlo!

«No es Jaime.»

—¡Policía!

«Maldita sea.»

Procurando no hacer crujir la tarima con sus movimientos, giró la mirilla y observó a través de ella. Vio a un varón joven, quizá demasiado para ser policía. Sus manos sostenían un revólver, y su expresión corporal era tan rígida que Alyssa pudo imaginarse su piel facial cubierta de sudor frío. Se preguntó quién de los dos estaría más acojonado.

Analizó la situación en cuestión de milisegundos. No tenía alternativa.

Tac.

Se mordió el labio inferior con fuerza, encomendó su suerte a algún Dios que quisiera escucharla, y abrió la puerta de golpe.

Inmediatamente se vio enfrentada a un pequeño punto oscuro que se le antojó el vacío umbral de la muerte. Era la primera vez que le apuntaban a la cara con el cañón de un arma. Tras el sobresalto, un ronco imperativo:

—¡Queda usted detenida! ¡Póngase contra la pared y cruce las manos por detrás de la espalda, señorita!

«No te dejes intimidar, Alyssa, este es tu momento», se dijo en clave de automotivación.

Decidió desobedecer y, tal y como solo ella sabía actuar, fue al ataque con todo:

—Yo no maté a Mike Lennard —musitó con la voz quebrada, rugosa. Alzó las manos con las palmas abiertas y tragó saliva con dificultad.

—¿No eres Alyssa Grifero? —preguntó el policía sin apartar el cañón de su cabeza. En efecto,

las primeras gotas de sudor empezaban a caerle por la frente.

—Soy Alyssa Grifero, y no asesiné a Mike Lennard. —Elevó la voz, que se había transformado hasta sonar casi ceremonial. Miró por detrás del agente de policía hacia el descansillo del edificio, asegurándose de que Jaime seguía sin aparecer. Dadas las circunstancias, concluyó que era lo mejor.

—Señorita, por favor —insistió el policía mientras daba un paso más al frente—, no lo ponga más difícil. Sabemos lo de su viaje de ida y vuelta a Oxford el mismo día del crimen. Va a acompañarme a comisaría, por las buenas o por las malas.

Alyssa hubiera apostado un buen dinero a que ese hombre no había disparado un arma contra un ser humano en su vida.

Contra toda lógica, dio un paso hacia delante hasta que su frente quedó en contacto con la punta del revólver. Estaba helado.

—Soy Alyssa Grifero, y sí, el pasado 9 de noviembre viajé a Oxford. Estuve en la casa de Mike Lennard y vi cómo le metían una bala en el cráneo, aproximadamente a la misma altura de la cara a la que me estás apuntando tú ahora.

Las manos del policía, y por tanto el arma, empezaron a temblar contra la cabeza de ella. Alyssa detectó la duda en sus pupilas.

«Estás a punto de conseguirlo, nena.»

—Mientes —dijo él, cuyo dedo índice continuaba tenso contra el gatillo.

—Sabes que no —replicó Alyssa, que podía notar la adrenalina corriendo por sus venas. En ese instante se sentía como una superheroína—. Y si ahora me detienes o me disparas, habrá más muertes. —Hizo una pausa para saborear el momento—. Y habrá sido culpa tuya —susurró.

—En... entonces, según tú, ¿quién mató a Lennard? —preguntó el agente. A tenor del temblor en su voz, cualquiera hubiera dicho que lo que blandía era en realidad una pistola de agua.

—Te lo diré si me acompañas a Oxford ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Que te acompañe a Oxford? Estás loca...

El joven policía sujetó con fuerza el hombro de ella y la empujó de cara a la pared. Con un rápido movimiento, guardó el arma en su empuñadura y atenazó sus muñecas por detrás de la espalda.

—¿Me tomas por imbécil? —gruñó, con la boca pegada a su nuca. Por la furia de su voz, parecía querer decir algo así como «esta niña no va a torear a mí, un policía».

A Alyssa, el hecho de que un hombre la forzara y la maniatara le trajo recuerdos que provocaron un enorme escalofrío. A pesar de ello, luchó por no perder el control, pues en el fondo sabía que la batalla verbal sí la estaba ganando.

—Escúchame, por favor —dijo con asombrosa serenidad—: si me llevas a Inglaterra y me aseguras protección, yo te conduciré hasta la persona que asesinó a Mike Lennard. Juntos le detendremos, y serás un héroe. Saldrás en las noticias.

Alyssa notó que se redujo la presión que ejercían las manos del policía.

«Don Perfecto acabará soltándome.»

—Y si resulta que miento y al final fui yo la que de verdad disparó ese arma contra su cabeza,

entonces me detienes. No tienes nada que perder, en ambos escenarios quedas como el policía que capturó al autor del *crimen de Oxford*.

Podía imaginar el cerebro del hombre trabajando a las máximas revoluciones por detrás de su nuca. No pudo evitar esbozar una ligera e inapropiada sonrisa.

De repente, el agente liberó sus manos y la ordenó volverse hacia él, de manera que pudiera verle la cara. Volvía a señalarle con el revólver, esta vez a la pierna derecha.

—Espero que no se trate de algún truco, porque te aseguro que no vas a escapar de ningún modo —dijo, tenso, como quien acaba de darse cuenta de que ha sido víctima de un estúpido timo—. Vamos a irnos al aeropuerto ahora mismo. Pasarás el control de seguridad bajo mi protección, pero no te perderé de vista ni un segundo. Si necesitas ir al servicio, tendrás que hacerlo esposada y en menos de un minuto. ¿Ha quedado claro?

Alyssa sonrió, tal y como sonríe una adolescente a la que sus padres han dado permiso para ir a la fiesta de fin de curso.

—¡Muy claro, agente! —exclamó—. Vas a ser el jodido héroe del país, te lo garantizo.

El policía hizo una mueca de disconformidad.

—Venga, vámonos. Tienes cinco minutos para recoger aquello que consideres esencial. Después, te esposaré.

Entonces Alyssa pensó en Jaime, y después en Oli, dos nombres que irremediablemente iban a pasar a un segundo plano en las próximas horas, dadas las circunstancias. Tenía que despedirse de ellos, contárselo todo. Pedirles disculpas.

Se dirigió al cuarto de baño, siempre bajo la estricta supervisión de Don Perfecto, y se encerró en él. De los cinco minutos concedidos, dedicó solo uno a llenar una bolsa con jabón y ropa interior, y los otros cuatro para redactar una nota que firmó, besó, y depositó con disimulo sobre la misma mesa de comedor. Después cedió sus manos al policía y dejó que la esposara. Salieron del piso dos minutos antes de que Jaime volviera. No dejaron más rastro que la nota sobre la mesa.

Capítulo 16

- Mire a aquel tipo con el brazo amoratado. ¿Quién es?
- ¡Olvídelo! ¡Ni le salude! Cuanto menos se acerque a él, mejor le irá.
- ¿Acaso lo conoce?
- Sí, está herido por testarudo y por mal paciente.
- ¿Le ha tratado usted?
- Hace un rato. Justo antes de empezar esta conversación.
- ¿Pero qué le hizo?
- Mejor no quiera saberlo.
- Al menos dígame su nombre.
- Se llama Félix. Y es muy peligroso.
- Pues ya llega la ambulancia a por él.

Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006

Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando Alfred Horner se levantó de su silla en la comisaría. Había dedicado todo el día a leer informes sobre los sucesos acaecidos durante las últimas semanas en esa villa pesquera del norte de España llamada Ámbar. Se puso las gafas de sol (a pesar de que el día era gris), y al doblar por St. Aldate's para dirigirse a su coche, descubrió a primera vista un Volkswagen negro aparcado a unos diez metros, junto al muro de piedra que hacía de fachada frontal del Christ Church. Pasó por su lado sin aminorar el ritmo ni desviar la mirada, y comprobó que, en efecto, se trataba de la misma matrícula. El vehículo estaba desocupado.

Era la tercera vez que lo veía en los últimos dos días. No podía saber durante cuánto tiempo había estado el coche rondándole, pues el hecho de que captara su atención había sido fruto de la casualidad. La primera vez que se fijó en él fue la tarde del día anterior, unos minutos antes de que él y Carroll visualizaran la grabación del Ahmets en la sala de videoconferencia. Entonces, mientras miraba a través de la ventana sin fijarse en nada concreto, lo vio aparcado junto a la comisaría. El Volkswagen no hubiera quedado grabado en la mente de Horner si no hubiera sido por la matrícula.LA08 081. Amante de los deportes en general y de la NBA en particular, para el policía ese código le conducía de inmediato a la ciudad de Los Ángeles (LA), donde el dorsal número 8 de sus Lakers, Kobe Bryant, había logrado la histórica marca de 81 puntos en un partido. Había ocurrido el pasado enero, y a Alfred no se le había ido de la cabeza tal proeza. Aquello hubiera quedado simplemente como una divertida curiosidad si no fuera porque a la mañana siguiente, o sea, esa misma mañana, vio el mismo coche mientras desayunaba un café solo y una rebanada de pan con mermelada junto a su casa, en Kidlington. En esa ocasión, el Volkswagen estaba estacionado en una calle que daba a la entrada de la cafetería y a menos de cincuenta metros de su piso. Se preguntó si no se estaba volviendo un paranoico, pero cuando salió de su comisaría a eso de las cuatro de la tarde con sus gafas de sol puestas, el vehículo de curiosa matrícula volvió a cruzarse en su camino. Demasiada casualidad.

En ninguna de las tres ocasiones vio a ningún ocupante dentro del coche, pero esa era una cuestión que pensaba resolver de inmediato. Sin dejar de caminar, y una vez hubo dejado el Volkswagen atrás, marcó en su teléfono móvil el número del registro de coches, se identificó como policía, y preguntó por el propietario del Volkswagen. Según la matrícula, el vehículo pertenecía a una empresa de alquiler. Tras un malhumorado chasquido, colgó e inmediatamente telefoneó a la compañía de alquiler de coches. El turismo había sido alquilado para toda una semana por un tal Henry Millward, de treinta y un años y domiciliado en Camden, Londres. Continuó tirando del hilo y descubrió que Henry Millward estaba licenciado en informática por la universidad de Oxford, aunque en la actualidad regentaba su propio bar en la capital británica. Millward tenía un disparatado currículum. A pesar de terminar la carrera con matrícula de honor, nada más acabar los estudios se había dedicado a vivir la vida. Recorrió media Europa trabajando en prácticas, casi siempre como barman en garitos de dudosa reputación. Milán, Copenhague, Cascaís, Sevilla, Ámbar... (Horner dejó de pestañear cuando fue revelada la última localización). «¿Otra pieza del puzle?» Siguió investigando. En 2004, Henry Millward fue detenido por hackear la web de la Agencia Tributaria, y en 2005 estuvo a punto de ir a la cárcel por alteración del orden público. Estaba ante todo un personaje.

Horner se humedeció los labios con su propia saliva. Llegó a la básica conclusión de que estaba siendo sometido a algún tipo de vigilancia. Pero, ¿por qué motivo? Después se percató de

lo fácil que le había resultado darse cuenta. Lo sencillo era pensar que Millward era un pésimo espía, lo cual le alivió algo. Luego recordó que, si no llega a ser por la coincidencia de la matrícula, no habríareparado en LA08 081.

¿Era Henry Millward el hombre que había entrado en su piso la otra noche, destrozándole el salón y provocándole algunas heridas superficiales? ¿El mismo que había dejado aquel lapidario mensaje en el lateral de su coche? El pensamiento se transformó en una gélida sensación que le puso la piel de gallina, y dio paso a una cuestión mucho más general: ¿Fue entonces Henry Millward quien disparó a Mike Lennard?

Horner no volvió a ver el Volkswagen negro en todo el día. Una amenaza mucho más real, sin embargo, le estaba esperando en su casa de Kidlington.

Inmediatamente después de que Horner abandonara la comisaría, Thomas Carroll, camuflado en una mesa tras la cristalera de la cafetería situada en la acera contraria a donde estaba parado el Volkswagen, cogió su cámara réflex y disparó una serie de fotografías a discreción. Fotografizó a un hombre que se levantó de la parada de autobús de Christ Church y que siguió el mismo trayecto que Alfred hasta que este se montó en su coche.

El sujeto era castaño, con una melena fina que le llegaba a los hombros. Desde la distancia a la que se encontraba era difícil de precisar su edad, pero Thomas intuyó que se trataba de alguien entre los treinta y los cuarenta años. Vestía vaqueros, cazadora de cuero con las solapas levantadas, y gafas de sol. Era la viva imagen de un macarra de bar.

El extraño se había quedado mirando el Alfa Romeo de Alfred como si estuviera memorizando algo (por ejemplo, ¿la matrícula?), hasta que este arrancó y dobló la primera esquina. Después, el sujeto se giró despreocupadamente y caminó hasta el Volkswagen.

Thomas bajó la réflex y suspiró. Esa mañana Alfred le había explicado la extraña coincidencia del vehículo negro. Le había pedido el favor de que rondara los alrededores de la comisaría en busca de un Volkswagen con matrícula LA08 081 y, en caso de encontrarlo, que se escondiera y sacara algunas fotos. Thomas se había preguntado si su compañero se estaba volviendo loco, pero ahora que comprobaba la existencia del vehículo y del hombre que estaba vigilando sus pasos, comprendió que Alfred estaba en peligro de verdad.

Al volver a dirigir la mirada hacia el sujeto, se dio cuenta de que este le estaba mirando. Durante el instante en que los dos pares de ojos estuvieron enfrentados desde ambos lados del cristal, Carroll no supo cómo actuar. Fue el sujeto, al entender por la cámara de fotos que estaba siendo vigilado, quien movió ficha primero. Su expresión se tensó en una fea mueca, e inmediatamente después salió corriendo hacia su coche, se montó en el asiento del conductor, y arrancó el motor. Carroll, que había dejado su refresco pagado, se cargó la réflex alrededor del cuello y salió tras él. Para cuando salió del café y empezó a cruzar la calle, el Volkswagen ya estaba en marcha.

«¡Maldita sea!»

Se subió a su coche patrulla y aceleró. Al final de la calle vio al sujeto girar a la derecha hacia High Street. «Una avenida con muchos carriles para adelantar y esfumarse con facilidad», pensó Thomas. Antes de alcanzar la torre Carfax para tomar High Street, a Carroll le dio tiempo a activar la alarma y llamar a Horner por el manos libres del coche.

—¡Tengo a tu tipo a tiro! —dijo, nada más su compañero descolgó—. Está a la altura del Covered Market y se dirige hacia el este en su coche.

—¿Tienes a ese cabrón? —Horner, que también hablaba desde el manos libres de su automóvil, sonaba preocupado.

—He podido fotografiarle, pero me ha pillado y ha salido corriendo. Estoy en plena persecución.

—De acuerdo. Mantén la distancia para que piense que te ha perdido de vista y se confíe. Enseguida voy a echarte un cable.

—Hay bastante tráfico. Joder Alfred, ¿en qué rollo te has metido? Ese tipo es muy chungo.

Durante unos segundos no se oyó más que la sirena del coche patrulla de Thomas.

—El sujeto avanza rápido a unos doscientos metros por delante de mí —anunció Carroll.

—Thomas, escúchame —habló Horner—: el tipo se llama Henry Millward. No he podido averiguar lo que quiere de mí, pero su pasado da miedo. Si me dices tu posición exacta, me uno a la caza.

—Déjalo Fred, vete a casa.

Carroll hizo un adelantamiento ilegal en High Street y pitó a un par de peatones adolescentes que intentaban cruzar la avenida con el semáforo en rojo.

—Estoy en camino, Tom. —La voz masculina de Horner se escuchaba metalizada a través del altavoz.

En ese momento, un camión salió irresponsablemente de un almacén y Carroll tuvo que frenar de golpe y dar un volantazo para no acabar estampado contra la carrocería. Cuando recuperó el aliento y volvió a enfilar la calle, vislumbró cómo el Volkswagen giraba hacia la izquierda más allá del Queen's College, probablemente en Longwall Street.

—¡Joder! —exclamó, como si necesitara gritar para deshacerse del susto del camión.

—¿Tom? ¿Estás bien? —se oyó decir a Horner.

—Sí, estoy bien... pero le estoy perdiendo —dijo—. Alfred, escúchame con atención: tenemos su nombre, su matrícula y fotografías tuyas. Voy a pillar a este cabrón, si no es ahora será mañana, y cuando lo haga comprobaré lo que quiere de ti. Tú vete a casa.

El coche patrulla levantó una nube de polvo cuando derrapó al girar en Longwall Street. Thomas escudriñó el final de la calle, pero el automóvil negro había volado. Condujo hasta que la calle cambió de nombre, y entonces se detuvo. Apagó la alarma.

—Mierda.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Horner.

—Lo he perdido.

—Tom, reúnete conmigo ahora. Tenemos que planificar nuestro siguiente movimiento.

—Fred, joder, deja los movimientos para tus partidas de ajedrez. Yo investigaré todo lo que pueda sobre Millward y te llamaré para informarte. Tú vete a casa y tómate unos días libres. Es una orden. —Carroll veía ahora a su compañero como alguien sobre quien mandar.

—Tom, esto es asunto mío.

—Tío, no seas capullo. No eres John McClane y esto no es *La jungla de cristal*, ¿vale? Vete a casa y enciértrate allí hasta que esto termine. Déjame trabajar por ti por una vez en la vida.

Era la primera vez que Carroll hablaba a su compañero con la autoridad que se le presupone a un hombre de su experiencia. Probablemente se debía a la excitación de la persecución. En cualquier caso, nunca se había sentido tan vivo. Tan policía.

—Está bien, te haré caso —prometió Horner, en una actitud sorprendente sumisa—. Pero Tom, hazme un favor.

—Soy todo oídos.

—Remueve también un poco todo lo que ocurrió en Ámbar, ese pueblo del norte de España.

—¿Un matón te está acosando y te preocupa un pueblecito del extranjero? Has perdido el juicio.

—Tengo el presentimiento de que en Ámbar está la clave de todo. Recuerda que todo esto empezó cuando nuestras dos sospechosas vinieron de allí.

—Está bien, investigaré un poco.

—Prométemelo, Tom.

—Lo haré, Fred, no te preocupes. Ahora vete a casa de una maldita vez.

Horner se sentía como si acabaran de atropellarlo cuando entró en el portal de su edificio con la intención de descansar. Hacía días que no disfrutaba de un sueño de calidad, y a cada paso que daba en la dirección que le llevaría a resolver el caso Lennard (y el suyo propio), más tenía la sensación de estar viviendo en el infierno.

Lo que descubrió en su buzón no iba a ayudar a tranquilizarlo.

Junto a un par de panfletos de comida rápida, había un CD envuelto en una bolsita de plástico transparente. Sobre la cara delantera, escrito a rotulador permanente, un perturbador mensaje:

SI QUIERES SABER LO QUE TE ESPERA, REPRODÚCEME

Alfred experimentó un repentino deseo de salir corriendo y no detenerse hasta cruzar la frontera de Escocia. En lugar de eso, entró en su casa con un áspero nudo en la garganta y accedió a su despacho. El ordenador portátil que tenía sobre la mesa de escritorio tardó en encenderse lo suficiente para que diera tiempo a que su respiración se acelerase. Finalmente introdujo el disco compacto en la ranura y exploró su interior. Consta de un solo fichero de video que ocupaba unos pocos megabytes. Todavía de pie, Horner pinchó en *reproducir* y contuvo la respiración.

El video duraba cincuenta y tres segundos, los cuales comenzaron con una imagen codificada a pantalla completa y acompañada de un ruido irritante. Horner, molesto por el estrépito, arrugó el gesto mientras mantenía el ceño fruncido. A los pocos segundos, el ruido codificado dio un radical cambio hacia lo que parecía una grabación casera, como realizada con una cámara personal barata que estaba posada sobre alguna superficie lisa. Silencio. La resolución era baja y los colores oscuros. El objetivo enfocaba una estancia cerrada, tan lóbrega que no se percibían sus límites... «¡Joder!» Una cabeza de zombi surgió de repente desde la derecha del marco, en primer plano, y el pecho de Horner sufrió un vuelco. Tras el sobresalto, reconoció a la figura como una máscara barata de Halloween, probablemente adquirida en una tienda de souvenirs por menos de veinte libras. Alfred resopló con fuerza.

«Pero qué cojones...»

El zombi de goma, iluminado por la luz del foco del aparato, comenzó a hablar con una voz pausada y sin inflexiones, neutra. Era una voz distorsionada, perfectamente situada a medio camino entre lo masculino y lo femenino.

Alfred Horner... menuda sorpresa... Te confiaré un secreto, Alfred Horner. En esta historia tú no eres el cazador. Eres el cazado. Y da igual lo que hagas, lo rápido que pienses o actúes. Las pistas que sigas o lo bueno que seas. Vas a pagar por tus pecados.

A pesar del contenido amenazante de las palabras, el tono de voz no presentaba ningún estado de ánimo. Tampoco la máscara, cuyas curvas de goma permanecían inmóviles con el habla. Dos pupilas negras tras dos orificios que hacían de ojos constituían la única distinción humana en la imagen. No proporcionaron a Alfred, sin embargo, ninguna pista sobre la fuente del mensaje.

Cuanto más me persigas, Alfred Horner, más cerca estaré de encontrarte. Y cuando eso ocurra, te mataré. Esto no es un trato. Tampoco una amenaza. Va a ocurrir, hagas lo que hagas. Solo es un anuncio de tu muerte. Disfruta de lo que te queda, Alfred Horner.

La grabación terminó bruscamente. Silencio.

Horner se mordió el labio inferior y se obligó a mantener la calma. Se sentó en su silla y reprodujo la grabación tres veces más con máxima atención. Cuando terminaba, lo volvía a visualizar desde el principio. A pesar del mecanizado tono de voz de su enemigo, algo había en él que se le antojaba familiar. Durante los cincuenta segundos que había durado el mensaje, el autor de la amenaza había repetido su nombre y apellido cuatro veces, y en cada una de ellas, Alfred había tenido la sensación de estar perdiendo una apuesta. Volvieron a su mente las dos chicas cuya imagen tenía sobre la mesa, Sara Mora y la joven de la capucha frente al garito de los kebabs, y buscó una razón por la cual una de ellas tuviera motivos para despacharlo. «Asumiendo que el zombi del video es el mismo que asesinó a Lennard, es decir, una de las dos únicas sospechosas —reflexionó en voz baja—, significa que la voz era la de una mujer. En ese caso, ¿tendría sentido que tuviera tantas ganas de quitarme de en medio? ¿Por qué molestarse en grabar un video y enviármelo? Vale, para asustarme, pero... ¿solamente por ser el investigador de la muerte de Mike Lennard? No —se respondió al punto—. Algún otro motivo debe de tener para desearme tanto mal.» Sus pensamientos viajaron entonces a la noche del crimen, cuando interrogó a una asustada Sara Mora en el interior de su automóvil. ¿Tenía aspecto en ese momento de estar ante su mayor enemigo? Desde luego, si así era, lo había disimulado muy bien entre tantas lágrimas y ataques de ansiedad.

Por mucho que le costara aceptarlo, Henry Millward acababa de adelantar a las dos jóvenes como principal sospechoso. Se dio cuenta de que ese día había ampliado la lista de potenciales culpables, y, no obstante, no había obtenido ni una pista extra. Un jodido desastre.

Se retiró de su escritorio y se alejó de la pantalla del ordenador. Algo había en el caso que no conseguía ensamblar, como si hubiera un rinoceronte en la habitación y sin embargo no fuera capaz de verlo. Cruzó los brazos y miró por la ventana que daba al este. En principio sin prestar atención al paisaje. Cuando empezó a reparar en una pareja de novios besándose bajo la lluvia, al inicio le pareció una escena algo perturbadora. Luego se dio cuenta de que estaba recordando una fiesta universitaria, una piscina dentro de la cual un chulo intentaba abusar sexualmente de una adolescente. Una vida quebrada, inconsciente, sobre barro seco. Un tiempo atrás, su primer caso.

Nacho Conde. Era julio y ese violador se escapó con vida.

¿Qué había hecho con su existencia desde entonces? ¿Se había convertido en un policía mejor?

Alfred tenía lagunas en sus recuerdos, le ocurría desde antes de ingresar en el cuerpo. Así que intentar descubrir si alguien tenía motivos para buscarlo y matarlo podía volverle literalmente loco.

Trató entonces de recordar cómo se llamaba la chica encapuchada y descubrió que se le había olvidado, Dios sabía por qué. ¿Por el zombi que acababa de amenazarle con acabar con su vida? ¿Por Henry Millward y su Volkswagen alquilado? ¿Por el significado del ultrajante mensaje que alguien había trazado en el lateral de su Alfa Romeo? ¿Por el torso tallado de Mike Lennard la noche de su muerte? ¿Por la presencia de Mora en la escena del crimen? ¿Por las cartas de amor entre Mora y esa tal Diana que guardaba Lennard en su casa? ¿Por el ataque que él mismo había sufrido en su propia casa, mientras estaba él dentro? Lo cierto es que eran muchas las cosas que podrían haber apartado de su memoria el nombre de la sospechosa de la capucha gris.

Se incorporó y se sirvió un vaso de *whisky* hasta arriba. Estuvo dándole vueltas a todos los enigmas hasta que se emborrachó y se metió entre las sábanas. Se durmió a las tres de la madrugada con un nombre propio rondándole el subconsciente.

Nacho Conde.

Al día siguiente, durante su último paseo hacia la casa de los Connor, Sara se dedicaba a disfrutar de su nueva vida. Se sentía profundamente feliz. Acababa de tomar una serie de decisiones estratégicas que cambiarían —y sin duda mejorarían— su existencia más próxima. La primera de ellas consistía en quedarse a vivir en casa de Diana, al menos temporalmente; después ya pensarían dónde vivir. La segunda decisión resultó una consecuencia de la primera: ese mismo día abandonaría la residencia de los Connor. No le importaba pagarles el importe correspondiente al alquiler de lo que restaba del mes, pero, una vez encontrado el amor de su vida, ya no tenía sentido quedarse en esa casa de locos. Estaba deseando perder de vista a aquellos lunáticos, empezando por Rolly, el chuchador aspiradora, y siguiendo por las arañas colgantes de la ducha.

Visualizó mentalmente su futuro cercano y no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

Continuó atravesando el norte de la ciudad bajo un cielo plomizo próximo al anochecer, y durante el trayecto llegó a la conclusión de que, después de todo, su viaje había sido un éxito. Había encontrado aquello por lo que voló en realidad a Inglaterra y, por alguna razón cercana a ese hipnótico sentimiento de estar enamorada, no pensó ni un segundo en Mike Lennard, ni en el agente Horner, ni en Charly, ni tampoco en el doctor Salas de las narices.

Cruzó la esquina que daba a Victoria Road y se le antojó la calle más deprimente que había visto jamás. En realidad se trataba de una tremenda exageración, pero el cielo encapotado por las pesadas nubes del momento, sumado a las experiencias traumáticas que había experimentado durante los pocos días que había vivido allí, hacían que Victoria Road ocupara un puesto destacado en la lista de lugares a los cuales no regresaría jamás.

Desde el exterior de la vivienda no se veía luz en el interior, y tampoco se oían los habituales berridos que Alice Connor solía dedicar a su perro. La joven se encogió de hombros. Tenía pensado despedirse formalmente, de Alice al menos, pero tampoco se iba a acabar el mundo si se llevaba sus cosas sin avisar. Ya regresaría al día siguiente para decir adiós.

Abrió la puerta con llave y se dirigió hacia las escaleras. Constató por la silenciosa oscuridad que se encontraba sola. Cuando llegó a su habitación, llenó la maleta en tiempo record. Dio un

rápido vistazo para asegurarse de que no se dejaba nada y afrontó de nuevo las escaleras, esta vez en sentido descendente. Se dio un susto de muerte cuando, antes de que llegara a completar el primer paso, percibió la silueta de un hombre entre las sombras, junto al primer peldaño.

«No estoy sola...»

La figura, que parecía estar mirándola, dio un paso al frente. El extremo izquierdo de su cara quedó visible gracias a la apagada luz del ocaso que entraba por la ventana. Con la respiración contenida, Sara reconoció a un hombre de envergadura, sin pelo y con las facciones desproporcionadas. Identificó al hombre de la casa.

—Niña, te estaba esperando —habló Kurt Payne, el misterioso forense budista, con una voz sorprendentemente aguda. Como si fuese un gigante con voz de pito.

Capítulo 17

—Todas las cosas empiezan y acaban en las personas, capaces de lo mejor y de lo peor.

—¿Qué dice?

—Que dentro de pocos minutos, los enfermeros se acercarán muy cabreados y me amonestarán por lo que le he hecho a Félix. Ellos creen que soy un monstruo por haberle atacado, pero mi intención no podía haber sido más honesta.

—Pero, ¿qué le ocurrirá?

—Dios lo sabe. Capaces de lo mejor y de lo peor, recuerde.

Lunes 13 de noviembre de 2006

—¡Kurt! No sabía que estabas en casa. ¿Me... me estabas esperando? He venido a despedirme.

Las palabras de Sara pretendían resultar naturales, pero como se acababa de llevar un susto de muerte, en su lugar temblaron de miedo.

Los ojos azules y ovalados del forense, como dos perlas, se clavaron imperturbables en sus pupilas.

—Corres peligro, niña —anunció en inglés con su particular timbre de voz—. Ándate con mil ojos.

Sara miró de reojo hacia ambos lados alternativamente, como si buscara una cámara oculta en el rellano. No sabía si reírle la broma o echarse a temblar. Ocurrió lo segundo.

—Escucha, niña: tengo que avisarte de que ese policía que se hace llamar Alfred Horner no parará hasta detenerte —explicó Payne con burlesca seriedad—. Y cuando lo haga, será despiadado.

Sara estuvo cerca de derrumbarse al escuchar por boca de ese bicho raro que su pesadilla no había terminado.

—¿Horner? ¿El poli?

—Sí. Ese cabrón arrogante cree que puede mirar siempre por encima del hombro. Tratar a la gente como a la más pura mierda. Pues que le den por el culo.

—Pe... pero, no entiendo. ¿Por qué me ayudas? —dijo, haciendo un esfuerzo por obtener información del forense oculto entre las sombras.

—Porque Alfred Horner es una mala persona. Quiero verle sufrir, que pague por todo. ¡Que pague! —exclamó, ahora sin control— Ay, niña, eres tan joven y guapa...

Sara creyó percibir un brillo lascivo en su mirada mientras hablaba. Entonces le sobrevino el recuerdo de Charly Rubial pillándola indefensa en su piso y maniatándola contra la cama, de modo que, cuando Kurt dio un paso al frente, ella dio otro hacia atrás, y cuando el budista la acorraló contra la esquina del descansillo, no dudó en sacar su navaja del bolso. En cualquier otro momento, uno en el que Sara pudiera analizar la situación con la objetividad que solía caracterizarle, el movimiento del forense hubiera sido interpretado como un inocente gesto de protección paternal. O quizá no. Lo que sencillamente ocurrió, en definitiva, fue que Sara le apuntó con el filo de la navaja.

—*What the fuck, honey?*[\[27\]](#) —escupió Payne, que apenas reaccionó ante el repentino ataque.

—¡Cállate, monstruo! ¡No te atrevas a rozarme o te rebano el cuello!

—*Stop, Sara, stop!*[\[28\]](#) —continuó vociferando el forense, con una voz, si cabe, más aguda de lo normal.

Ocurrió en menos de un segundo. En el preciso momento en que Kurt adelantó la mano, Sara hizo un rápido movimiento con la muñeca y le rajó gran parte de la palma. La sangre empezó a fluir a borbotones, y un aberrante aullido invadió la planta superior de la vivienda. Entonces una fuerza interior empujó a Sara a salir corriendo escaleras abajo, abrir la puerta principal y escapar

de aquella casa de locos lo más rápido que le permitieron sus piernas. Se había dejado la maleta junto a la puerta de su habitación, pero eso ya no importaba. Tenía que reunirse con Diana y abandonar Oxford de una vez por todas. No dejó de oír el grito del budista hasta que dobló la esquina.

Esa tarde de lunes, mientras Sara huía despavorida de Kurt Payne, su colega de facultad, Jaime Vergara, atravesaba con su Porsche el límite territorial de Ámbar. Desprovisto de mapa, se vio obligado a callejear a través de los paseos interiores de la villa, fiándose más de su instinto que de su capacidad de orientación. Celebró atisbar el mar tras cruzar una plazoleta adoquinada, pues significaba que la travesía por fin había concluido. Ahora solo tenía que recorrer la costa en busca de la casita con la valla pintada de blanco que Aly le había indicado en su carta de despedida, de modo que aparcó el deportivo en el primer hueco libre que encontró y se dispuso a continuar a pie.

La zapatilla gastada de Jaime pisó por primera vez suelo ambareño, y un olor mezcla de musgo y agua salada impregnó rápidamente sus fosas nasales. Caminó luego hacia el este, muy atento a las viviendas unifamiliares que flanqueaban el paseo, y entonces supo que estaba siendo víctima de una paradoja: tantos años de amistad con Sara, y la única vez que rondaba las calles de su pueblo natal no era para verla a ella (como muchas veces le había prometido), sino para buscar a un extraño al que una chica a la que acababa de conocer le había derivado. Optó Jaime por tomarse la búsqueda de Óliver Morales como una surrealista experiencia que seguramente recordaría durante el resto de su vida. A su izquierda, la marea se agitaba enrabietada por lo que parecía una galerna, y por un segundo borró de su cerebro Madrid, el caso Shapiro y todo lo relacionado con su vida en la capital. Exhaló todo el aire que pudo y permitió que el mar le guiara hacia el siguiente episodio de la aventura.

Cuando llevaba unos diez minutos caminando en solitario y luchando contra la creciente ventisca, atisbó a su derecha con el rabillo del ojo la primera manifestación de carácter humano desde que llegara a Ámbar; una muy poco reconfortante: a un lado de la calzada, allí donde esta se ensanchaba para bifurcarse en un camino salvaje que alcanzaba a lo lejos la cima de una colina, una mujer lloraba sin consuelo, inmóvil, y plantada sobre la hierba como si fuera un árbol más entre otros. Hasta su cabello, de un color rojo apagado, se mimetizaba con las hojas caducas del otoño. Al fijarse Jaime con muy poca delicadeza, constató que la mujer sostenía una fotografía antigua entre sus consumidas manos. Consumidas como también lo estaba su rictus, que Jaime pudo contemplar al volverse ella en un impulso. Pillada *in fraganti*, enjugó los ojos con los puños y se apresuró a guardar la fotografía en el bolsillo de su abrigo. Tenía las mejillas empapadas, y el fondo limpio de sus ojos mostraba que su edad era menor de lo que su piel arrugada y su gesto sombrío hacían creer.

—¿Está usted bien? ¿Necesita ayuda? —preguntó Jaime, que sentía la necesidad de calmar el dolor de la mujer. Parecía que fuera a desmayarse de un momento a otro.

—No te preocupes y sigue tu camino.

La mujer hablaba todavía entre ahogados sollozos. Fuera lo que fuera la causa de su pesar, Jaime entendió que se trataba de algo grave, por lo que ignoró el tono cáustico con el que su amabilidad había sido respondida y continuó hablando como si nadie estuviera llorando.

—A decir verdad, ojalá supiera cuál es mi camino —dijo mientras se rascaba la cabeza—.

Estoy perdido.

—¿Adónde vas? —se interesó la afligida con la misma neutralidad.

Jaime dudó. ¿Cómo explicarlo, si ni siquiera él conocía su destino?

—Busco una casa en primera línea de playa, con un patio delimitado por una valla de color blanco. —Jaime reparó en que la mujer fruncía el ceño, como si su comentario le hubiera sugerido algo. Continuó—: Necesito encontrar a Óliver Morales, dueño de dicha casa.

Por primera vez, la consternada mostró sus hermosos dientes en una sonrisa tan dulce como su pena.

—¿Para qué quieres encontrarle? —dijo.

—Creo que tenemos una amiga en común, y sospecho que esa amiga está en peligro. Necesito que me aclare algunas dudas sobre ella.

La mujer abrió los ojos en un gesto de fascinación. Era como si cada palabra que él dijera fuese una noticia para ella.

—¿Cómo se llama esa amiga en común?

—Alyssa Grifero —aseveró Jaime.

Ella dio un paso hacia atrás y Jaime vio cómo tragaba saliva. Carraspeó antes de responder, pues ahora era ella la que iba a lanzar el anuncio inesperado.

—Verás, Óliver Morales no es el propietario de la casa esa que dices de la valla, que, dicho sea de paso, ya no es blanca, sino azul.

—¿Está usted segura de eso?

—Tan segura como que la casa es mía, y Óliver Morales tan solo vive allí. Es mi único hijo. —Jaime palideció de súbito—. Anda, no pongas esa cara de tonto y ven conmigo, que está a punto de llover. Él está en casa.

Le cogió del brazo de una manera entrañable, nada que ver con lo áspero de sus primeras respuestas, y Jaime entendió que había caído en manos de una buena persona. Continuaron el camino hacia el este con mucho cuidado de no ser abatidos por ninguna ráfaga de viento.

—Por cierto —añadió ella—, nadie le llama Óliver. Cuando le veas, llámale Oli.

La mujer se detuvo tras el último escalón, frente a una puerta cerrada.

—Está aquí dentro, en su habitación. Apenas sale desde ayer, no sé qué mosca le ha picado —explicó ella, que durante el camino se había presentado como Verónica. Llamó a la puerta de su hijo con los nudillos.

Una voz infantil, aunque tajante, contestó desde el otro extremo de la puerta:

—Adelante.

Jaime y Verónica accedieron al dormitorio del pequeño, al que encontraron sentado sobre la cama con las piernas cruzadas. Sostenía en las manos un cómic de *El señor de los anillos*, y cuando desvió la mirada hacia la puerta y vio la figura de Jaime, no pudo evitar demostrar sorpresa, rabia y pudor con su expresión. Solo dedicó al recién llegado medio segundo; después

continuó devorando su cómic como si el hombre que acababa de entrar en su habitación tuviera la misma importancia que una pelusa.

—Hijo, este hombre quiere hablar contigo —dijo Verónica—. Asegura conocer a Alyssa.

Oli le lanzó a Jaime una mirada de repugnancia cuando su madre pronunció el nombre de su amiga. Jaime sonrió como si no se hubiera dado cuenta y se sentó en el borde de la cama, muy próximo al niño.

—Encantado de conocerte, Oli. Tienes una habitación muy bonita, ¿sabes? —Jaime, que inconscientemente había adoptado una extraña voz infantil, le tendió la mano. Como su saludo no fue correspondido por el crío, disimuló removiéndole el pelo. Después se dirigió a la madre—: Disculpe, ¿podemos hablar a solas Óliver y yo?

Cruzada de brazos junto a la puerta, su respuesta fue contundente:

—Prefiero que no. Espero que lo comprendas, pero nos acabamos de conocer.

Jaime hizo un gesto comprensivo con la cabeza. Después se enfrentó al niño:

—Oli, he venido a preguntarte por Alyssa. ¿La conoces, verdad?

—Sí, aunque creo que no tan bien como tú —respondió Oli Morales, con tal belicismo que sorprendió a ambos adultos.

—Sea como fuere, parece que tú sabes cosas de ella que necesito conocer. ¿Me ayudarás?

—Psé... —Oli se encogió de hombros y arrojó el cómic sobre la almohada.

Jaime interpretó el gesto como un *sí*.

—Veamos, sabes que Alyssa viajó a Oxford hace unos días, ¿no?

—Sí.

—¿Y sabes por qué lo hizo?

Oli le observó con desconfianza. Después hizo un chasquido con la boca e inmediatamente, surgido de la nada, el pastor alemán más grande que Jaime había visto nunca se subió a la cama. El perro se acurrucó junto al niño sin apartar la mirada del visitante.

—¿Eres policía? —preguntó el chaval.

—No. —A Jaime se le había quebrado la voz, puede que por la pregunta, o puede que por la presencia del animal. «¿Por qué me intimida tanto hablar con este crío?», se preguntó—. Soy médico. Y también amigo de Alyssa, así que estoy intentando ayudarla —explicó.

—Vale, te creo —asintió el niño con creciente superioridad. Verónica, por su parte, disimuló una maliciosa sonrisa de madre—. Alyssa se fue a Inglaterra para cobrar un premio.

—Una herencia —corrigió ella.

—¿Una herencia? ¿De quién? —quiso saber Jaime.

—De Charly —contestó el niño.

—¿Quién es Charly? —preguntó Jaime, contento por haber encendido por fin la mecha del interrogatorio.

—Da igual, no le conoces —aseguró Oli, que ahora rascaba la tripa del pastor alemán con mimo—. Lo importante es que Charly murió, y como Alyssa era una de sus dos mejores amigas, le dio la mitad de su herencia.

—¿Y la otra mitad se la dejó a su otra mejor amiga?

—Sí, el resto era para mamá.

Jaime miró a Verónica de reojo, advirtiendo que su blanquecina tez se había sonrojado de repente. Miraba hacia el suelo, como si no quisiera darle explicaciones sobre la última respuesta de su hijo.

—Vale, y entonces —Jaime continuó la charla con el menor—, ¿fue a Oxford a cobrar la herencia? ¿Por qué?

El doctor notó que Oli pedía permiso con la mirada a su madre para contestar. Ella asintió, también en ceremonial silencio.

—El testamento de Charly decía que tenía un hermano viviendo allí, y que para cobrar la herencia había que ir a conocerle y preguntarle por una caja de música.

Jaime se rascó la coronilla mientras reflexionaba el contenido de esta última respuesta. «¡Por fin algo de información interesante!» Se levantó y comenzó a rondar el dormitorio en silencio; necesitaba ordenar sus ideas. «Una caja de música... ¿qué puede significar?» Las paredes de la habitación estaban cubiertas por diversos pósteres de futbolistas que le recordaban a su propia niñez. A decir verdad, por alguna razón se sentía a gusto en esa casa. Junto a la puerta donde Verónica seguía de pie, había un pequeño escritorio de madera que sostenía un ordenador personal. Estaba equipado de altavoces, una impresora y una webcam. Y en la pared blanca, justo encima del monitor, un cuadro de un bello paisaje montañoso que no lograba reconocer. El pie de la imagen decía: «**JASPER NATIONAL PARK, CANADÁ**[\[29\]](#)».

De modo que la versión de los hechos del *equipo Alyssa*, concluyó para sí mismo, era que esta había viajado en solitario a Oxford para visitar al hermano de ese tal Charly y recibir así su parte de la herencia, con la mala suerte de que cuando llegó, este ya había sido brutalmente asesinado. ¿Por qué entonces tenía a media Europa buscándola? ¿Por qué no se lo explicó ella desde un principio, en lugar de arriesgarse a que llamara a la policía? Seguía habiendo huecos sin completar en el rompecabezas, y sin los cuales no podía continuar el montaje. Alyssa Grifero continuaba siendo tan misteriosa como sensualmente adictiva.

Se volvió para enfrentarse de nuevo a madre e hijo, y puso los brazos en jarra.

—¿Qué hay de vuestra parte de la herencia?

Cuando Verónica estaba a punto de hablar, Oli se le adelantó:

—No nos apetecía ir a ninguna parte, así que dejamos que Alyssa recogiera lo que nos correspondía.

—Vaya, sí que confiáis en esa chica. —Jaime habló para la habitación en general.

—¡Pues sí! Confiamos mucho en ella, ¡más que tú!

A Jaime le pareció extraño el nivel de tensión que acababa de adquirir la conversación, tanto que hasta el perro se había incorporado sobre la cama. ¿Había dicho algo inapropiado?

—Está bien, no pasa nada. —Se volvió hacia Verónica—. ¿Y qué hay de su marido?

La reacción de la mujer hizo saber enseguida a Jaime que acababa de formular una pregunta desafortunada. Verónica se encogió y palideció. Sus ojos habían empezado a brillar.

—Enterramos a mi marido hace catorce días —replicó caustica, de la misma manera que le había contestado hacía un rato, junto a la calzada.

A Jaime se le hizo un nudo en el estómago y entonces recordó que Sara le había hablado del caso de una familia, ¿la familia Morales?, en la que uno de sus miembros padecía de un tumor cerebral. ¿Se trataba de la familia en cuya casa se encontraba él en ese preciso instante? Hubiera jurado que Sara le había dicho que era la mujer la que tenía el tumor, y no el hombre, pero en fin, era posible que no la estuviera prestando demasiada atención. Esa era la clase de cosas de las que se arrepentía con respecto a Sara.

Tuvo la tentación de preguntar y disipar así sus dudas, pero el luto en los ojos de Verónica le dijo que quizá era mejor pasarlo por alto. Ahora entendía que era por eso por lo que la mujer se lamentaba en mitad de la ventisca antes de que él apareciera con sus incómodas preguntas, y, posiblemente, la foto a la que lloraba era un retrato de su recién difunto marido. «¡Seré idiota!», se fustigó.

Tragó saliva y se disculpó por el desafortunado comentario. Después miró a Oli y comprobó que estaba con la cabeza gacha, conteniendo el llanto en silencio. Colgando de su cuello brillaba una extraña llave metálica y de aspecto cilíndrico, captando la atención de Jaime. ¿Cuántas llaves había visto con esa forma? Era evidente que ninguna. Se quedó tan absorto contemplando el objeto que Oli se dio cuenta de que estaba siendo analizado. Tomó el niño la llave como si se tratara de un objeto normal y se lo introdujo por dentro de la camiseta. Luego dedicó a Jaime una mirada que este no supo descifrar.

Jaime se llevó las manos a la cara y se preparó para continuar. No tenía aún todas las respuestas por las cuales había atravesado medio país, y el ambiente en la habitación del niño se había tornado incómodo. Suspiró con fuerza y se dirigió a la señora de la casa:

—¿Puedo ver ese testamento?

El testamento que Charly había escrito antes de morir ocupaba menos de una cara de folio. Para ganarse el derecho a ojearlo, Jaime se había visto obligado a explicarle a Verónica por qué Alyssa era la principal sospechosa del asesinato del hermano desaparecido de Charly, y cómo había terminado la joven cobijada en su piso. Añadió que era doctor en La Paz cuando Verónica le preguntó, pero omitió la parte en la que había sido suspendido del cargo y denunciado tras la muerte de un empresario multimillonario. Ella parecía no estar al corriente de la noticia, de modo que vio innecesario manchar su imagen. Finalmente, Verónica le invitó a tomar asiento en el sofá del salón, y desapareció en la cocina para regresar unos segundos más tarde con una bandeja que sujetaba dos tazas de café recién hecho. Entre ellas, el testamento bailaba como si fuera una simple servilleta. Se sentó en el sillón de enfrente, y Oli, por su parte, quedó de pie junto a la librería, allá donde unos meses antes había descubierto el significado de la palabra *tumor*. Prestaba atención a cada gesto o movimiento que Jaime hacía mientras leía el texto de la herencia.

Charly comenzaba su escrito con un escueto mensaje de agradecimiento a las dos únicas personas que había amado: Vero y Alyssa. A continuación fue al grano. Con un estilo neutral, lejos del que alguien normal adoptaría para desvelar un secreto como el que estaba a punto de ser revelado, explicaba en la carta que tenía un hermano gemelo viviendo en Inglaterra, el cuál hacía décadas que no veía. Se llamaba Miguel Rubial (aunque al parecer adoptaba el apellido de Lennard), y poseía una bonita caja musical que un día él le había enviado por correo postal. Aunque Lennard no lo sabía, la caja escondía las más preciadas pertenencias de Charly («la verdadera herencia»), y, según su testamento, lo mejor de todo era que no podía ser abierta hasta

después de su muerte. Jaime relejó varias veces el contenido de la última línea:

«Lo que hay en el interior de la caja será repartido entre ambas partes por igual: la mitad para Vero, y la otra mitad para Alyssa. Y después, una divertida sorpresa adicional...»

De ese indefinido modo terminaba el testamento. El fallecido no había reservado ni una sola palabra para la despedida. Jaime dejó caer la hoja sobre la mesa y dio un buen sorbo de café. El sabor le reconfortó.

—Le confieso que no entiendo nada de nada —dijo.

Verónica dejó escapar una breve carcajada.

—¡Sería raro que lo hubieras hecho! Hay muchas cosas sin sentido en todo esto.

—Sí, pero... —Jaime se inclinó hacia la anfitriona en un intento de dotar a la conversación de energía más positiva—, por ejemplo, ¿de qué murió el autor del testamento?

—¿Charly? Se suicidó.

—Dios Santo —bajó la voz—. ¿Por qué lo hizo?

—Era una mala persona y lo perdió todo a base de engaños y manipulaciones —resumió Verónica—. Supongo que fue demasiado lejos.

Jaime quedó unos segundos en silencio, como si buscara el sentido de la carta ahora que tenía nueva información. A pesar de la naturalidad con la que tanto madre como hijo explicaban el devenir de los acontecimientos que hicieron que Aly terminara en casa de Mike Lennard, lo cierto es que ahora tenía más dudas que nunca respecto a su inocencia. ¿Cualquier cosa podría haber pasado en el momento en que ella llamó a la puerta de Lennard! ¿Se negaría este a entregarle la dichosa caja de música y por eso ella le mató? En ese caso, ¿tendría ya en su poder el contenido de la herencia al completo? Jaime recordó que Alyssa había mencionado que Sara estaba en peligro. ¿Les había utilizado a ambos, escondiéndose en casa de él, y desviando al mismo tiempo la atención hacia Sara? Se frotó los párpados y regresó al mundo real. Necesitaba más datos.

—Perdone que le pregunte esto, pero, ¿cómo una preciosa viuda y madre de familia, y una chica de dieciocho años terminan recibiendo la herencia de una persona tan horrible?

Jaime entendió enseguida que acababa de formular una pregunta incómoda, pues la mujer quiso ganar algo de tiempo dando un largo trago de café. Su hijo pasó a mirarla con cautela. «A ver qué cuentas», parecían decir sus ojos.

—Charly era mi hermanastro, y estaba locamente enamorado de mí —musitó tras unos segundos de espera—. En cuanto a Alyssa, poco sé.

Jaime miró entonces a Oli de reojo. Algo le decía que el niño conocía más que su madre respecto a Aly. Le apartó la mirada.

—Llegó al pueblo hace unos años, cuando todavía era una chiquilla —intentó recordar Verónica—. Estaba sola y Charly la adoptó. En aquella época a todos nos pareció que aquello estaba fuera de lugar, teniendo en cuenta la mala vida que llevaba mi hermanastro, pero si tenemos en cuenta la violación que había sufrido la pobre cría, puede decirse que él le salvó la vida.

Jaime tragó saliva y de pronto sintió lástima. Se dio cuenta de que se estaba enamorando de una joven con una vida demasiado distinta a la suya, una vida que ni remotamente se podía llegar a imaginar.

—¿Se acostaban juntos? —La conversación estaba empezando a implicarle un potente daño sentimental, pero no podía parar ahora: algo le decía que estaba a punto de llegar a la pieza clave en el rompecabezas que suponía la vida de Alyssa Grifero.

—A eso no te puedo responder —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Sí que lo hacían, ¡yo mismo les vi! —La voz de Oli había sonado como un relámpago. El niño escapó corriendo por las escaleras. Después, desde lo alto, añadió entre lágrimas—: y a ti también.

Jaime vio cómo el niño desaparecía entre la penumbra del descansillo. ¿Qué había querido decir con ese comentario? Aly y él no se habían llegado a acostar, y aunque lo hubieran hecho, ¿cómo podía él saberlo? El joven doctor había aglutinado en su interior un cóctel de sensaciones que derivaban en algo parecido al miedo, la rabia y la expectación, y que no sabía cómo interpretar. Decidió continuar robándole el tiempo a la propietaria de la casa. Cuando estaba a punto de hablar, sin embargo, algo que antes había pasado de largo se le encendió en su cabeza. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

—¡Espere un momento! ¿Qué ha dicho hace un instante? —Las pupilas de Jaime temblaban dentro de sus párpados.

—¿A qué te refieres? —preguntó Verónica, desconcertada.

—Antes ha dicho que Alyssa sufrió una... ¿violación?

—Sí, así es. Cuando era una niña. Poca gente lo sabe. A mí me lo contó mi hermanastro una tarde que vino a casa borracho como una cuba. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

Jaime posó la taza vacía de café sobre la mesa y dejó que su espalda se hundiera en los cojines del sofá.

—Señora, necesito imperiosamente que me cuente todo lo que sepa sobre el pasado de Alyssa Grifero —suplicó con voz firme.

Capítulo 18

—Morgan, me cae usted especialmente bien.

—Vaya, se lo agradezco.

—Me cae tan bien que voy a confiarle mi gran secreto.

—Soy todo oídos.

—¿Conoce el Mundo de las Segundas Oportunidades?

—No sé a qué se refiere.

—¡Por supuesto que no! Porque es mi secreto.

—Entonces dígame: ¿qué mundo es ese?

—¡El Mundo de las Segundas Oportunidades! Un lugar adonde puedes viajar siempre que quieras, e imaginarte una vida alternativa en la que algo que nunca quisiste que ocurriera, desaparece.

—¿Por ejemplo?

—¿Nunca ha perdido a su gato? ¿O a su perro? Pues imagine que sigue vivo. ¿No sería hermoso? Imagine que Violeta siguiera enamorada de mí, y que Verónica todavía me dirigiera la palabra. Imagine que Alfonso siguiese vivo.

—Ánimo doctor, no llore...

Lunes 13 de noviembre de 2006

Poco después de mediodía, el agente Thomas Carroll descolgó el teléfono de su escritorio para hacer una llamada internacional. Respondió al primer tono una voz cansada que hablaba castellano.

—José Miguel Callejo al habla. Dígame.

El policía anglosajón, haciendo un esfuerzo por que su acento fuera lo más comprensible posible, se presentó como miembro de la brigada de Oxford. Después preguntó directamente por Alyssa Grifero.

—¿A qué viene esa pregunta ahora? —El nivel de inglés del juez sorprendió al policía, que no esperaba poder comunicarse con un veterano magistrado español de una manera tan fluida.

—Mi compañero y yo estamos investigando el asesinato de...

—Sí, de ese tal Lennard, lo sé —interrumpió el juez, que al parecer no atravesaba uno de sus mejores días.

—Exacto. El caso es que Grifero es una de nuestras principales sospechosas, y somos conscientes de que ustedes le están siguiendo la pista, allá en su país —explicó Carroll.

—Acá en nuestro país... —A Carroll le pareció percibir al otro lado de la conexión el típico sonido que realiza la boca de alguien cuando genera una mueca de desagrado—. Se refiere a España.

—Exactamente.

—¿Cómo ha dicho que se llama su compañero?

—No se lo he dicho, señor. Su nombre es Alfred Horner.

—Bien, pues el caso está de la siguiente manera: no tenemos ni la más remota idea de dónde está en estos momentos la dichosa Alyssa Grifero. Creemos que está en la península, pero es como si se le hubiera tragado la maldita tierra.

—¿Nada más?

—Tengo a dos agentes trabajando a tiempo completo en el caso, pero por ahora no hay noticias.

—Entiendo.

—Lamento no poder darle más información, pero estamos trabajando a toda máquina para dar con ella.

—Hágame un favor, Mr.Callejo: al menor indicio de pista que encuentren, por aparente que sea, llámeme a este número. Tengo el convencimiento de que si trabajamos juntos daremos con el lobo de una vez por todas.

—Querrá decir la loba.

—Lo que sea.

Cuando colgó el auricular, Thomas tuvo la sensación de haber quemado otro cartucho, uno de los últimos que le quedaban, errando el tiro de nuevo. Observó las nubes negras a través de la ventana y se preguntó qué estaría haciendo Alfred en ese momento. ¿Le habría hecho caso en lo referente a tomarse un par de días libres? Aquello no era propio de un culo inquieto como su

compañero. Se sirvió un té con un chorrito de leche templada y esperó.

Rafael Salas esperaba agazapado entre las sombras del pasillo a que el auxiliar de pelo engominado terminara de vendar la mano del niño boxeador en la sala de consultas. Desde que Félix, el hombre con aspecto de simio, le atacara la otra tarde, no había podido borrar el incidente de su mente. No es que albergara algún tipo de rencor hacia él (al fin y al cabo no era más que un pobre loco), pero sentía la necesidad, como médico, de ayudarlo en la medida de lo posible. El problema era que el centro no le proporcionaba medicamentos, pero ese era un tema que pensaba subsanar. El anciano tenía un plan.

Retrocedió un paso cuando oyó un violento golpe en el interior de la sala, como si un yunque hubiera arremetido contra un muro de piedra. Inmediatamente después, el niño boxeador salió del cuartito con las vendas de la mano ensangrentadas y propinando continuos ganchos y reverses al aire. Le seguía el enfermero, moviendo la cabeza en claro gesto de resignación. Cuando ambos desaparecieron tras la esquina, Salas ocupó el hueco de la puerta con el pie antes de que esta volviera a cerrarse, y se coló en la estancia. Tras un rápido vistazo, tomó prestados una jeringuilla y un bote de cristal que guardaba un líquido transparente. Con eso sería suficiente. Escondió el material en los bolsillos de su bata y se alejó por el corredor como un torpe carterista.

Cuando llegó a la jaula de Félix, contó hasta tres antes de girar la palanca que hacía de manilla en el portón metálico. Estaba abierta, para su sorpresa. Un estridente chirrido acompañó al movimiento hasta que la pieza completó un ángulo de noventa grados. La puerta cedió.

Lo que vio Salas a continuación hizo que le sobreviniera una arcada. Aguantó la respiración y logró contener el tipo. En la pared del fondo del zulo, mimetizado entre la opacidad, el monstruo se hallaba anclado a la piedra mediante gruesas cadenas metálicas que le sostenían las cuatro extremidades. A su alrededor, en las sombras, pudo distinguir manchas de orina y excrementos. El olor que desprendía el habitáculo le recordó al de una alcantarilla, pero multiplicado. El preso mantenía una actitud dócil, no obstante.

«¿A qué diantres viene esto? —se preguntó el antiguo médico, estupefacto—. ¿Por qué mantienen a este ser en unas condiciones tan inmundas?» Decidió que más tarde hablaría muy seriamente del tema con el director Grau. Dio un par de pasos al frente hasta situarse en el interior de la jaula. Félix alzó la vista y cruzó sus marcianos ojos con los suyos. Eran sumisos, como los de un perro abandonado que se ha acostumbrado a recibir palizas.

—*El incompleto protege el tubo férreo* —musitó.

—Hola, Félix. —La voz de Rafael rezumaba compasión—. El viejo tramposo ha venido a ayudarte.

—*El incompleto odia al viejo tramposo senil, ¿verdad, Félix? ¿Verdad que lo odia?*

El anciano apartó el faldón de la bata y se arrodilló a un metro del hombre chimpancé. Agradeció la nueva postura, pues las piernas le habían empezado a temblar. Se le endureció la expresión.

—¿Quién me odia, Félix? —inquirió—. ¿Tú me odias?

El enjaulado respondió con un chillido siniestro que podía interpretarse como una carcajada.

—*Félix no odia al viejo tramposo senil* —matizó entre gorgoteos—. *¡El incompleto lo hace!*

El doctor Salas se llevó la mano a la frente y procuró encontrar la solución al nuevo acertijo. ¿Quién era ese incompleto que tanto le odiaba? La respuesta le vino a la cabeza como una estrella fugaz.

—¡Pues claro! —exclamó, eufórico—. ¡El incompleto es Charly Rubial! ¡El jodido tullido de las pelotas!

El contrahecho lanzó un grito agudo mientras asentía con la cabeza. Estaba sonriendo.

—Y dime, Félix, ¿de qué conoces tú al incompleto? —quiso saber, ahora con ahínco.

—*Viejo amigo* —fue la escueta respuesta.

—¿Eres de Ámbar?

El enfermo volvió a asentir, mostrando su amorfa dentadura. Salas pensó que lo único que le faltaba era ponerse a aullar como un macaco. Acarició la jeringuilla con su mano, dentro del bolsillo de la bata.

—Por eso me conocías entonces. —El antiguo neurocirujano hablaba ahora al aire, ensimismado—. Charly te dijo que yo era un tramposo y un loco, ¿verdad?

—*Incompleto muy bueno con Félix* —fue todo lo que detalló.

Un sonido muy sutil le llegó a Salas proveniente del corredor. Hacía unos minutos que había sido consciente de que estaba siendo espiado. No le dio mayor importancia, sin embargo, y continuó con el juego de acertijos.

—Cuéntame, Félix: ¿hace mucho que no ves al incompleto?

—*Desde que pegó al chico que hablaba raro. El viejo tramposo senil hace unas preguntas muy aburridas a Félix* —se dijo.

—¿Quién es el chico que hablaba raro? —Salas estaba tan intrigado que se había olvidado absolutamente de todo lo demás. No pensaba irse de allí sin obtener información de aquel monstruo—. ¿Por qué le pegó el tullido?

—*Una paliza de muerte.*

El anciano resopló con fuerza.

—Sí, Félix. ¿Por qué pegó el incompleto una paliza de muerte al hombre que hablaba raro?

—*No lo sé* —respondió Félix, muy seco. A continuación, una inocente revelación—: *puede que por su acento.* —Y después otra—: *O porque vivía en una isla...* —Terminó la frase de tal manera que hizo que la persona que estaba en el pasillo espiando la conversación se alejara corriendo de inmediato—: *¡Policía! ¡El incompleto odiaba al policía que hablaba raro!*

Rafael frunció los labios, ignorante de lo que Félix había decidido contarle sobre Charly. No conocía a ningún policía con acento al que el tullido cabrón quisiera partir la cara, aunque a decir verdad, Charly nunca necesitó un motivo para joderle la vida a alguien.

Una consecución de pasos que se desvanecían progresivamente se escuchó desde dentro, lo que significaba que el espía había decidido abandonar su puesto tras la puerta. Salas, por lo tanto, volvía a estar a solas con el chimpancé. Se puso de pie y sacó la jeringuilla del bolsillo, que rellenó con mucho cuidado del líquido transparente que había tomado prestado hacía unos minutos. Los ojos enfermos de Félix se clavaron en la aguja, y en ese momento comenzó a aullar. Las cadenas repiquetearon agresivas con el pataleo impotente del enfermo y la pared retumbó. La

criatura inspiraba terror, pero Salas, decidido como estaba, asió la jeringuilla como un cincel, elevó la mano por encima del hombro para coger impulso, y clavó su agujón con fuerza. El instrumento se incrustó en el tríceps del monstruo, y cuando el doctor presionó el émbolo para inyectar el medicamento, un hilo de sangre comenzó a brotar del brazo perforado. Félix giró la cabeza y el antiguo galeno vio en él la mirada del desconcierto más absoluto.

Transcurrió un segundo hasta que el enfermo volvió a pedir socorro con su timbre irritante. El bramido se escuchó en todo el edificio, y era más propio de un animal salvaje que de un ser humano.

—Esto te ayudará a mejorar, Félix —prometió Rafael en un extraño susurro que nadie oyó.

Muy frío y calculador, sabedor de que los gritos atraerían a toda una legión de médicos y auxiliares, Rafael Salas se giró sobre sus talones, arrojó la jeringuilla al suelo, y abandonó el agujero. Cuando ya había recorrido los metros suficientes como para no percibir el hedor de Félix, oyó una serie de voces que se acercaban hacia su posición. Después se detuvieron, y él hizo lo propio. Agudizó el oído y prestó atención:

—¡Félix! ¿Quién te ha cortado? —dijo una voz.

—*Co... cortado...* —respondió el deforme con su particular defecto de afonía.

—¿Te has cortado tú solo?

—*Co... cortado so... solo.*

—Es muy extraño. No tienes acceso a cuchillos o navajas aquí, están prohibidas. Y no es posible que te hayas hecho esta herida con las manos o los dientes.

—*Manos o dientes...* —repitió como un eco el hombre simio.

Rafael sacudió la cabeza, parpadeó repetidamente, y reanudó la huida. No se detuvo hasta que salió al exterior. En el jardín, bajo un roble, Saúl Morgan le estaba esperando para empezar lo que iba a terminar resultando un interesantísimo coloquio.

Rodolfo Grau recorría los pasillos del centro psiquiátrico con la respiración entrecortada. No prestó atención al jaleo que se estaba montando en la zona de las jaulas de máxima seguridad; decidió que más tarde preguntaría por lo sucedido. Entró en su despacho y marcó un número de teléfono mientras se aflojaba el cuello de la camisa.

—José Miguel, hoy es su día de suerte —dijo nada más escuchar descolgar al otro lado de la comunicación.

—¿Grau? —respondió la voz cansada del juez Callejo—. ¿Tiene algo?

—Tengo mucho —afirmó contundente el director, como si las palabras se le agolparan en la boca ansiosas por ser pronunciadas—. Dejé abierta la celda de Félix y Salas ha caído en el anzuelo. Por fin han tenido tiempo para hablar de sus cosas.

—Madre mía. —Callejo se expresó entre susurros—. ¿Y bien?

Durante el siguiente cuarto de hora, el doctor Rodolfo Grau le estuvo describiendo a su nuevo confidente, el juez José Miguel Callejo, la singular conversación entre Rafael y Félix. No omitió detalles sobre los acertijos. Cuando terminó, se creó tal prolongado silencio que Grau creyó que se había cortado la llamada. El juez fue el primero en volver a hablar:

—Acláreme una duda: ¿cómo sabía usted que Salas iba a buscar, encontrar y entablar conversación con Félix?

La respuesta cayó como el primer trueno de una tormenta:

—Se lo prohibí. No hay mayor atractivo que lo prohibido, Callejo.

Nada más terminar la conversación telefónica, y sin llegar a posar el auricular, el juez revisó el histórico de llamadas en su teléfono y pulsó la tecla de *devolver* cuando el cursor se detuvo sobre el número del policía inglés.

—Deseo hablar con el policía Thomas Carroll —dijo.

—Soy Carroll. —Una pausa—. Mr.Callejo, ¿es usted?

—Agente, necesito que me ponga ahora mismo con su compañero Alfred Horner. —Según hablaba, pensó que también debía llamar a Julián Barreneche para comunicarle las novedades del caso. Odiaba hablar con ese idiota, pero no podía dejarlo al margen. La voz anglosajona del policía de Oxford apartó la grotesca figura de Barreneche de su mente.

—Alfred está de permiso, se cogió unos días libres. ¿Por qué? ¿Alguna novedad?

José Miguel Callejo apartó el auricular de su cara y propinó un rabioso golpe en la mesa con la palma de la mano. «¡Mierda!», farfulló.

—¿Mr.Callejo? —La voz de Carroll llegaba robotizada a través del altavoz.

—Agente Carroll, es preciso que encontremos a su compañero —dijo implacable, procurando que sus palabras sonaran como una orden—. Es urgente.

Snowflake esperó a que saltara el buzón de voz de Alfred para cortar la llamada.

«Mierda, no contesta», maldijo entre dientes.

No le olía bien todo este asunto. ¿A qué demonios había venido la última llamada del juez? Era evidente que algo había ocurrido en España que había precipitado la investigación, pero, ¿a santo de qué era tan urgente Fred? ¿Tenía él alguna información relevante que le estaba ocultando? En lo más profundo de su ser, Carroll sabía que Alfred era capaz absolutamente de cualquier cosa. Por ello, asumió, podía ser verosímil que la policía de un pequeño pueblo de España viera en él la clave para resolver el misterio que les estaba volviendo locos a todos.

Dedicó al mundo un improperio, cogió su cazadora y salió de la comisaría.

Unos minutos después se encontraba en el barrio de Kidlington llamando al timbre de la casa de Alfred. El vecindario era tranquilo, como la mayoría en Oxford. Allí era costumbre moverse en bicicleta, de modo que Thomas encontró un hueco para aparcar justo en la puerta, detrás de un Mini Cooper de color rojo. Horner vivía en un pequeño chalet adosado de una altura que se asomaba tras un desatendido jardín frontal. Las cortinas de las ventanas que daban a la carretera estaba corridas, y no se distinguía el menor indicio de vida en el interior. Insistió llamando una segunda vez. Nadie contestó.

Carroll emitió su segundo improperio de la mañana, esta vez con un matiz de preocupación. Tras unos minutos de espera, regresó al coche y arrancó. Mientras circulaba por las calles de Kidlington, marcó el número internacional del juez Callejo en su teléfono móvil.

—No consigo dar con Horner —informó, con un horrible presentimiento. Si Fred hubiera decidido dar cualquier paso, seguro que se lo habría comunicado a él primero. ¿Le habría pasado algo?

—No podemos permitirnos perder más tiempo, agente —respondió el juez, cáustico—. Quiero que viaje ahora mismo a Torrelavega y se reúna conmigo.

La oferta, si es que lo era, le cayó a Thomas como un jarro de agua fría.

—¿Le he entendido bien? ¿Quiere que coja un avión ahora y me reúna con usted en su lugar de trabajo?

—Me ha entendido perfectamente, agente. De hecho, ya estamos demorándonos demasiado. Voy a colgar. Le espero en mi despacho. Adiós.

El *Bluetooth* del coche de Snowflake comenzó a emitir tonos de forma periódica, lo que significaba que el juez le había colgado. Con suavidad, detuvo el vehículo en una gasolinera y se quedó mirando al salpicadero, ensimismado. ¿Estaba ante la situación más surrealista de su carrera? Se escudriñó a través del espejo retrovisor interior. Había palidecido más aún de lo normal, su expresión albina parecía la de un extraterrestre. Guardó el teléfono en el bolsillo y tragó saliva. Reanudó la marcha y cambió de sentido en cuanto pudo. Marcó en el navegador la dirección del aeropuerto de Heathrow.

Estaba empezando a caer la tarde cuando bajó del taxi sin equipaje. El edificio del juzgado de Torrelavega daba la impresión de ser un antiguo hostel que acababa de ser reformado por dentro. Erigido junto a una céntrica plaza, la piedra rojiza de la fachada se veía ennegrecida por medio siglo de lluvia y humedad. El interior era igualmente insulso, por la razón contraria. La reforma había teñido las paredes de blanco nuclear que casi resplandecían con los fluorescentes del techo. Carroll se acercó a la garita de seguridad, donde un gordinflón de cabello naranja y amplios mofletes le requirió identificarse. Una chapita metálica en la que habían tallado «Toño» le colgaba del uniforme a la altura del pecho.

—Soy Thomas Carroll. Tengo una cita con el juez José Miguel Callejo.

Alguien exclamó algo al otro lado de los tornos de seguridad antes de que Toño pudiera comprobar la cita de Thomas.

—¡Agente Carroll! Increíble, auténtica puntualidad inglesa.

El enfático recibimiento venía de un hombre de mediana edad, de pelo frondoso y pálido de piel, cuya aburrida descripción física no concordaba con su entusiasmo. Todo en él parecía artificial. Hizo un gesto a Toño y el pelirrojo abrió uno de los tornos.

—Es usted el juez Callejo, supongo —dijo Carroll, mientras era conducido por unos pasillos tan anodinos como el traje de su acompañante.

—No, no, yo soy el doctor Rodolfo Grau —respondió—. Disculpe mi torpeza por no presentarme. José Miguel llegará enseguida.

Entraron en una sala de conferencias sin ventanas. Carroll era un poco claustrofóbico, y detestaba los espacios sin ventanas. ¿Qué necesidad había de montar una sala de reuniones en un piso subterráneo?

Tres asientos de la mesa estaban reservados. Había chaquetas colgadas en los respaldos de dos de ellos, y Thomas supuso que el tercer puesto sería para él. Se quitó la cazadora y la colocó en el respaldo de la silla que le habían asignado. El doctor Grau fue derecho a la cafetera del rincón.

—¿Le apetece un café o un té mientras esperamos? —le ofreció.

—Un café, gracias.

—¡Esta sí que es buena! Un británico que bebe café —bromeó—. ¿Es usted de fútbol o tenis?

—De fútbol, supongo.

—¿Lo sabía! Siempre he pensado que los bebedores de té son más de jugar al tenis, ¿no le parece?

Carroll se encogió de hombros y miró hacia otro lado. No tenía intención de perder el tiempo reflexionando sobre esa estupidez.

—Disculpe, ¿me ha parecido entenderle que es médico? —La desorientación de Carroll no dejaba de crecer. ¿Qué pintaba un médico en una investigación policial secreta?

—En efecto, soy el director del centro psiquiátrico de Ámbar —informó el doctor con un puntito de arrogancia en la mirada—. Colaboro con el juez en este caso.

Pero, ¿cuál era el caso exactamente? Thomas decidió ser cauto e ir averiguándolo sobre la marcha.

Se abrió la puerta y entró un hombre serio con gafas, diligente aunque con cierto toque campechano. Se presentó muy cordial como el juez José Miguel Callejo. Acto seguido, los tres hombres ocuparon sus respectivos asientos en torno al extremo de la mesa.

—Se estará preguntando qué hace aquí. —El juez había comenzado la reunión por lo más importante.

A decir verdad, Thomas había estado dándole vueltas al tema durante la mayor parte del vuelo. La imprevista desaparición de Alfred lo incomodaba. Habría deseado que estuviera a su lado en aquel momento, defendiendo la investigación y haciendo frente a los dos hombres que tenía delante. Se sentía solo y fuera de lugar en una ciudad extraña. Ni siquiera le había dado tiempo a darse una ducha, pues el taxi le había dejado directamente en la puerta del juzgado. Alzó la vista y se enfrentó a los dos pares de ojos. No tenía ni idea de cómo iba a enfocar la conversación. Optó por ir contestando pregunta a pregunta y ver hacia dónde le llevaba la reunión.

—Estoy aquí por el caso Lennard —dijo, casi convencido.

—No exactamente —le contradijo el juez. Grau, por su parte, le observaba con la inequívoca sonrisa del sabedor de que se aproximan fuegos artificiales. Solo le faltaba frotarse las manos.

A Carroll se le dibujó una arruga entre las cejas.

—Empezaré por el principio. —Callejo apoyó los antebrazos en la mesa y juntó las yemas de los dedos en forma de campana—. Hace algunos días, el doctor Rafael Salas, un viejo neurocirujano de la comarca, entró en el centro psiquiátrico que dirige el señor que tengo sentado a mi lado. —Rodolfo Grau asintió con la cabeza, como si no hubiera quedado perfectamente clara la referencia del juez—. Allí conoció a Félix.

El teléfono de la sala de reuniones comenzó a sonar, y Callejo detuvo su discurso para prestar atención a la pantalla del aparato.

—Vale, es Julián Barreneche, el policía que lleva algunos de mis casos. Le dije que se apuntara a la reunión —dijo, mientras el teléfono continuaba timbrando. Pulsó dos teclas y se dirigió al altavoz.

—Julián, estás en manos libres. Conmigo están el doctor Grau, del centro psiquiátrico, y el agente de la CID, Thomas Carroll —explicó, con un volumen de voz algo elevado—. Acabamos de comenzar.

—De acuerdo —contestó una voz árida desde el aparato.

—Como decía, Salas llegó a conocer a Félix en el centro —continuó el juez—. Para que os hagáis una idea, este Félix es como una mezcla entre el monstruo Frankenstein y un perro abandonado. Se trata, con toda seguridad, del paciente más grave que tiene Grau en estos momentos. —Carroll vio que el director del centro asentía con una crudeza algo fingida—. Pues bien, según hemos sabido, Félix mantuvo algún tipo de relación amistosa con Charly Rubial en el pasado.

Carroll alzó la mano.

—Espere un segundo —dijo—. Charly Rubial es el hermano gemelo de Lennard, ¿verdad? La pareja sentimental de Grifero, vuestra principal sospechosa. ¿Me equivoco?

Thomas supo, por cómo se miraban los dos hombres que compartían mesa con él, que traía los deberes bien hechos.

—Sí, exacto —respondió Callejo, que parecían agradarle las interrupciones siempre y cuando aportaran luz a su explicación—. Sabemos desde hace días que Alyssa Grifero y Charly eran más que amigos, hasta que él se suicidó. Desde ese fatídico doce de octubre, el equipo de Julián ha estado siguiendo la pista de la chica.

La voz árida del altavoz participó por primera vez:

—Efectivamente, el chaval que trabaja para mí lleva días buscándola por todo el país.

—¿Alguna noticia de Tena, por cierto? —Callejo aprovechó el inciso para ponerse al día.

—Ninguna. Ese niño me rechaza las llamadas. Voy a darle su merecido por incompetente, y después le abriré un expediente de despido.

El juez lanzó una mirada al teléfono y su mandíbula se tensó. Era evidente que el hombre al otro lado del altavoz estaba meando fuera del tiesto. Crispado, Callejo respiró hondo un par de veces y continuó con la historia.

—En fin, que así llegamos al día en que Mike Lennard, el hermano gemelo y hasta entonces desconocido de Rubial, aparece asesinado en su cuarto de baño a varios cientos de kilómetros de aquí. Es en ese punto donde usted —apuntó con el dedo a Carroll— y su socio entran en escena.

Se hizo un silencio que Thomas aprovechó para dirigirse a sus compañeros de mesa.

—Vale, entiendo que me han llamado porque necesitan información extra sobre el asesinato que pueda ayudarles en la búsqueda de Grifero. ¿Por qué no ir al grano?

José Miguel Callejo hizo caso omiso del desafío y miró a Grau como cediéndole la palabra.

—Tranquilo, chico, que ya llegamos al final.

El tono del doctor le sonó a Thomas como una muy poco sutil falta de respeto. Era como el típico profesor autoritario del colegio que utiliza su poder como parte de su diversión personal.

Además, el tictac del reloj de la pared lo exasperaba. Todo en la maldita habitación lo hacía.

—Tal y como decía antes José Miguel, el doctor Rafael Salas mantuvo conversaciones interesantes con nuestro querido Félix. —Una de cada dos palabras de Grau era sarcástica—. En concreto, el deforme le confesó a Salas un secreto que nos descolocó a todos. —Se inclinó en la mesa y desafió a Thomas con la mirada—: según se ve, hace unos años Charly Rubial viajó a Inglaterra con el único objetivo de encontrar a cierto policía. Cuando lo consiguió, le propinó tal paliza que casi le mata. Ocurrió de noche en pleno Oxford.

Los ojos de Rodolfo Grau brillaron de triunfo. Se recostó de nuevo sobre su respaldo y dejó transcurrir unos segundos para que el policía británico atara cabos. No tardó demasiado.

—Esperen... ¿están deduciendo de todo esto que fue Alfred quien recibió esa agresión? —exclamó, al borde de la confusión—. Me van a perdonar, pero yo no veo más que una simple casualidad.

—Estamos deduciendo mucho más —habló ahora el juez con autoridad—. Thomas, usted no está aquí por el caso Lennard, como antes sugería; está aquí porque su compañero, Alfred Horner, es un asesino.

Thomas Carroll experimentó un principio de mareo. Aun así, tuvo fuerzas para saltar de la silla hecho una furia.

—¡Han perdido el juicio, ustedes dos! —vociferó, y señaló a ambos hombres con violencia—. ¿Fred asesino? ¿De verdad me están diciendo que pudo matar a alguien por el simple hecho de tratarse del hermano gemelo de un tipo que, según ustedes, le agredió hace años? —Mientras gritaba, se aflojó el nudo de la moderna corbata y tiró de ella con saña—. No conocéis a Fred, joder. Él es un policía honrado. ¡Un brillante policía! Jamás se rebajaría por venganza.

Cuando terminó de desahogarse, se fijó en que los dos hombres le observaban tranquilos, confiados.

—¿Qué pasa con Alyssa Grifero entonces? —Carroll intentó reconducir la conversación hacia un punto donde su amigo no quedara como el malo de la película—. ¿Qué ocurre con Sara Mora?

—La joven Sara fue la última víctima de Charly Rubial antes de que este se suicidara —explicó, implacable, José Miguel Callejo—. Aparte de eso, me consta que disfruta de unas merecidas vacaciones en Inglaterra.

A Carroll se le habían acabado los recursos.

—¿Sabéis qué? —dijo, indignado, como si empezara a asumir la verdad—. Me parece increíble que me hayáis hecho viajar hasta esta ciudad de mierda para poner en entredicho el honor de mi amigo. Me largo de aquí.

—Solo le pido un minuto más, agente —suplicó Callejo desde su asiento—. Aún no hemos terminado.

Sin dar opción a la réplica, el juez pulsó un botón en el teléfono que conectaba con el interfono de la garita de seguridad.

—Toño, haz pasar al invitado.

Después, mientras esperaban, volvió a dirigirse a Carroll.

—¿No se ha preguntado por qué motivo decidió Charly Rubial viajar a otro país expresamente para machacar a un policía novato? —Callejo hizo que la pregunta sonara como una trampa.

La puerta de la sala de reuniones se abrió antes de que Thomas pudiera plantearse la respuesta, y un hombre joven, de unos treinta años, apareció tras ella acompañado del guardia. Vestía ropa de sport, aunque de marca, y una cuidada barba de tres días le decía a Carroll que no era un hombre de un estatus social bajo. No parecía policía, sin embargo. Su mirada vagó por la sala posándose un segundo en la figura de cada uno de los allí presentes. A tenor de la inquietud en sus ojos, era la primera vez que pisaba un juzgado.

—Le presento al doctor Jaime Vergara, neurocirujano madrileño que *no tiene nada que ver con Horner, Lennard ni Rubial*. —Callejo matizó las últimas palabras como quien establece las reglas dictatoriales de un juego—. Jaime es simplemente un amigo de Sara Mora que hace un par de horas ha acudido a comisaría asegurando tener información útil acerca del caso. —Se dirigió al recién llegado—. Por favor, Jaime, tome asiento.

Carroll presenció atónito cómo aquel hombre, que había surgido de la nada, acaparaba toda la atención.

—Agente Carroll, usted también. Se lo ruego.

La voz del juez sonó piadosa en esta ocasión. Thomas obedeció.

El juez instó a hablar al recién llegado, que comenzó como si fuera el narrador de un cuento:

—Esta misma tarde he visitado la casa de la hermanastra de Charly Rubial, Verónica Salas. He estado un rato charlado con ella y con su hijo de diez años.

Rodolfo Grau se arrimó al hombro de Carroll y le susurró al oído:

—Esa Verónica es la hija del doctor Salas del que le hemos hablado antes.

Thomas asintió sin interés, y continuó prestando atención al joven médico.

—El motivo de mi visita ha sido mi creciente apego por Alyssa Grifero, antigua canguro de la familia y vuestra principal sospechosa. —Carroll alzó las cejas al oír ese nombre.

—¿Y ha obtenido la información que buscaba, doctor? —inquirió Callejo, aunque algo le decía a Carroll que ya conocía la respuesta.

—Más que eso. Resulta que el pasado de Alyssa es más trágico de lo que nunca llegué a imaginar. Una noche del verano de 2002, fue salvajemente violada durante una fiesta universitaria en la costa de Málaga. Tan solo era una virgen de catorce años. —Thomas tragó saliva, abrumado—. El cabrón que la forzó, con perdón, era un chico llamado Alfredo. —Hizo una pausa que se antojó eterna—. Todos le conocían como Fredy.

El tono del médico había crecido tanto como su determinación. Se encaró con Carroll:

—Con todos mis respetos, agente, todo este tiempo ha estado persiguiendo a la víctima mientras compartía mesa con el verdadero homicida. Tengo todo el testimonio de Verónica grabado.

Vergara extrajo un *Smartphone* del bolsillo de la chaqueta y lo alzó en alto en el mismo momento en que Thomas Carroll sentía la tierra abrirse bajo sus pies.

Capítulo 19

—Doctor...

—¿Sí, Morgan?

—Hace unos minutos me ha comentado que seguramente vendrían unos enfermeros cabreados a amonestarle por lo que le hizo a Félix.

—Ajam...

—Pues ya los veo. Solo que no son enfermeros, sino los de seguridad. Y vienen armados.

Lunes 13 de noviembre de 2006

El reloj digital del despertador marcaba las 13:10. «¿Qué... qué día es? Lunes. Sí, debe de ser lunes.»

Alfred Horner había dormido durante más de diez horas seguidas. Recordaba haberse puesto hasta las cejas de *whisky* y quedarse dormido en el sofá con un disco de jazz reproduciéndose en el estéreo. No, definitivamente no había sido una buena noche. Ahora, no obstante, se sentía como nuevo, con la cabeza limpia de malos augurios y energía corriendo otra vez por sus músculos. «¿La pistola? —Ladeó la cabeza hasta la cómoda del recibidor—. Bien, está ahí.»

Se desperezó estirando todo su cuerpo. Después, todavía en ropa interior, se preparó un batido de frutas y una tostada de pan de semillas que bañó en miel. Desayunó a la una y media del mediodía mientras escuchaba la radio. De vuelta en el salón, realizó cinco series de veinte flexiones y otras tantas abdominales. Por último, se dio una ducha fría y se vistió con una camiseta, pantalones chinos y sandalias. Horner había realizado todas esas actividades mundanas y rutinarias sin pensar, ni siquiera por un segundo, en el video amenazador que había recibido la otra tarde, ni en Henry Millward, ni en nada de lo que le había perturbado desde que Mike Lennard murió. Incluso se había acostumbrado a observar el plasma del salón resquebrajado y las estanterías hechas una mierda.

Entonces oyó un coche que frenaba en el exterior y lo recordó: Ania. Al dirigirse a la ventana de la cocina para comprobarlo, el teléfono móvil sonó en el escritorio del estudio, detrás de él.

THOMAS CALLING...[\[30\]](#)

Ignoró la llamada y desactivó el vibrador.

«Estoy en mi día libre, joder.»

Volvió a mirar por la ventana y vio a una rubia de metro ochenta saliendo de un Mini Cooper rojo. Andaba como una modelo, vestía como una modelo y tenía las tetas de una modelo. Sonrió. Entre todas las cosas que había olvidado, una era que hoy era día de visita. Acudió a abrir.

—¿Te apetece algo diferente? —soltó la despampanante mujer desde la puerta. Sujetaba unas esposas de cuero entre las manos.

Ania era parca en palabras, y cuando hablaba, solía hacerlo con el objetivo de poner caliente a Alfred. Pero al menos tenía por costumbre saludar. Esta vez le había bastado con pronunciar cuatro palabras con su sensual acento del este para ponerle cachondo. Se abalanzó sobre ella y la empujó contra la puerta, que se cerró dando un portazo. No tenía intención de perder el tiempo. Mientras se besaban, Horner palpó el cuerpo de Ania por debajo del abrigo. «Joder, viene solamente en ropa interior.» Muy caliente, se deshizo del abrigo y después del sujetador. Dejó de besarla para conducirla al dormitorio, donde ella se bajó las bragas. Tenía un cuerpo de cojones. El tiempo en la habitación se había ralentizado, y en menos de un minuto él ya la había esposado a uno de los barrotes del cabecero de la cama. El sexo con Ania y el *whisky*: los únicos antidepresivos eficaces que conocía.

Ella estaba gritando de placer. Le encantaba cuando hacía eso.

El timbre del telefonillo sonó en toda la casa. Nadie le hizo caso.

A Horner se le nubló la vista del gusto. El telefonillo volvió a sonar.

«No te pares, joder, sigue...»

El cuerpo de Ania se había encorvado en una postura antinatural.

—Me estás haciendo daño... —gimió la encadenada.

Algo iba mal.

Pero Alfred no podía parar. Procuró enfocar la vista. ¿Por qué estaban sangrando las muñecas de Ania? La miró a los ojos y vio pánico en ellos. Se sintió extrañamente poderoso.

Los gritos eran ahora de auténtico dolor.

Viernes 5 de julio de 2002

Cuatro años antes de que aconteciesen los hechos relacionados con la muerte de los hermanos Rubial, Nacho y Alfredo se encontraban bebiendo sendos botellines de Heineken. Estaban apoyados sobre el alfeizar de la ventana de la cocina, en la casa de los padres de Nacho — quienes estarían fuera durante toda la semana—, mirando hacia la piscina de la mansión con aire despreocupado. Estaban en un complejo de chalets en las afueras de Marbella, donde vivían, además de Nacho y su familia, el mayordomo, la doncella y también la cocinera.

La atmósfera era bochornosa, y la luna, casi llena, brillaba especialmente. Era el primer viernes después de los exámenes de todos los cursos de la facultad de derecho. Nacho, aprovechando que sus padres habían abandonado la nave, había decidido potenciar su popularidad entre el resto de universitarios celebrando una multitudinaria fiesta en el jardín.

Los dos jóvenes bebedores de cerveza estudiaban en la misma clase, aunque no eran amigos. Alfredo, al que todos llamaban Fredy, acababa de cumplir veinticuatro años. Nacho ya tenía los veinticinco. El primero, que vestía una chupa de cuero negra, era el guaperas de la clase, el motorista, el chulo. El otro era repetidor, y lucía una americana azul de Armani que ya por sí sola despertaba admiración. Aquel casual encuentro de machos alfa en el marco de la ventana resultó fatídico para el menor de ellos. Nacho Conde pertenecía a la clase de tío que en la facultad se conocía como *sucio ligón de mierda*. Las razones de la ofensiva discriminación no carecían de cierto peso. Desde que comenzara el curso en su nueva clase, Nacho ya había roto tres parejas y había conquistado a varias chicas más, para, después de pasar con ellas algunos buenos ratos en el asiento trasero de su coche, aplicar el *si te he visto, no me acuerdo*. Para Fredy, que siempre había sido considerado como el triunfador de la clase, Nacho era una amenaza.

Aquella noche cayó en la trampa del repetidor al sacar éste un tema delicado: la nueva chica de Fredy. Era una chiquilla de catorce años que simplemente había desarrollado su feminidad antes que las demás niñas y que, por tanto, causaba furor entre los universitarios más ávidos de amor adolescente. A pesar de su juventud, ya miraba con ese estilo tan práctico para seducir a un hombre, y su pálida piel tenía el suave tacto propio de las niñas de su edad. Era un secreto a voces: la chica prometía.

—Está buena la niña, te felicito —dijo Nacho mirando hacia el borde de la piscina, donde la joven, visiblemente afectada por los efectos del ron, se movía como pez en el agua entre chicos hasta diez años mayor que ella.

Fredy detectó un evidente tono provocativo en la voz de Nacho, que seguramente ni siquiera había intentado disimular.

—No te pases.

Sabía muy bien adónde quería llegar aquel pijo. Apretó los dientes y no dijo más. Dio un nuevo sorbo a la cerveza.

—Vamos Fredy, no me jodas que te estás picando. ¡Estamos de buen rollo! Dime, ¿te la has tirado?

El provocado miró a Nacho por primera vez con una expresión que decía a todas luces «no me toques los cojones». Pasaba de explicarle que su chica era virgen, y que ella le había pedido un tiempo antes de dar el gran paso. Dios, se sentía ridículo con tan solo pensarlo.

—Bah, eres un maricón —soltó como si nada el anfitrión de la fiesta, que no dejaba de llevarse a la boca el botellín verde—. Como sigas haciendo el gilipollas y no te des prisa, en cualquier momento te enterarás de que se la está follando otro.

—Que te den por el culo —increpó Fredy, muy crispado por ponerse en duda su hombría.

El ofendido posó el botellín vacío sobre el alfeizar y sin despedirse se internó en el salón, donde se reunió con sus colegas.

Lugo de un buen rato, cuando hubo consumido tantos cubatas que había perdido la cuenta, Fredy decidió salir a tomar el aire. Avanzó sin rumbo fijo alrededor del jardín, dando tumbos mientras la música reverberaba a todo volumen dentro de su cabeza. Entonces advirtió algo a menos de cincuenta metros, y sintió un pequeño vahído. En el interior de la piscina y aún con la ropa puesta, Nacho Conde se estaba comiendo a besos a una joven que sonreía como una boba mareada. Bajo el agua, algunas de sus partes íntimas estaban siendo sobadas. Varios invitados, la mayor parte mujeres, atendían al bochornoso espectáculo con repugnancia. Fredy, que estaba temiéndose lo peor, inclinó la cabeza para distinguir la cara de la chica, y entonces sus sospechas se confirmaron. La ira le subió desde los pies y salió en una explosión incontrolable.

La visión de su dulce niña restregándose contra el cuerpo de su mayor enemigo le había provocado tanta rabia como excitación.

Avanzó hacia el borde de la piscina dando grandes zancadas. Retiró de un empujón a una señorita que estaba observando el espectáculo desde primera fila del bordillo y alargó el brazo hasta que consiguió atrapar la axila de la adolescente, que parecía estar al borde del coma etílico. Tiró de la empapada blusa y sacó el cuerpo, prácticamente inmóvil, del interior de la piscina. Se hizo un corro en torno a ambos, quizá esperando a que Fredy le practicara los primeros auxilios a la joven, o puede que ansiosos por que se abalanzara de cabeza contra el repugnante sobón, que seguía dentro de la piscina mofándose como un pasmarote, y comenzara así una apasionante pelea. Todos habrían deseado que ocurriera una de las dos cosas. En lugar de eso, tomó a la chica entre sus brazos y se la llevó de la fiesta.

Ya en el exterior del complejo, bajo la mirada de unos pocos curiosos que le habían seguido, la acomodó en el asiento de su moto, una Kawasaki Z 750 negra, y se sentó detrás de ella, asegurándose de que la tenía bien sujeta entre él y el manillar. Arrancó.

Algo se le había cruzado en lo más profundo de su cabeza. Estaba borracho y también había probado varios porros de marihuana durante la fiesta. Pero no se trataba de eso. La imagen de ella, su niña que tantas veces le había negado, refregándose como una furcia contra Nacho Conde delante de todo el mundo, había provocado un completo cortocircuito en su cerebro. No podía razonar, simplemente se encontraba fuera de sí. Condujo con rumbo hacia ninguna parte, siguiendo un camino que a algún lugar debían de conducir. La melena negra de ella se agitaba con el viento y

se le metía en la nariz y la boca, irritándole. Tan solo tenía una cosa en mente: provocarle daño. Se había convertido en una extraña obsesión.

El camino se perdió en el interior de un bosque y unos frondosos árboles cerraron su paso. Se detuvo. Miró a su alrededor, pero no se veía nada, ni siquiera las estrellas. La profunda oscuridad era solo comparable con el más absoluto de los silencios. Perfecto para lo que tenía pensado hacer.

Mientras Fredy, a la vista desorientado, examinaba el terreno, el peso de ella, libre de sujeción, hizo que cayera al suelo desde el asiento de la Kawasaki. El golpe la despertó, aunque su nivel de alcohol era tan alto que no parecía ser consciente de lo que le iba a ocurrir en los siguientes segundos. Él la arrastró hasta la base de un árbol. La colocó boca arriba como un tronco sin vida. Después arrancó con sus molares la todavía húmeda blusa, y comenzó a recorrer el torso con la lengua.

«Fredy...», no acertaba más que a vocalizar la inocente cría con una sonrisa sin vida. Al parecer, todavía seguía locamente enamorada de él. Fue al quitarle los pantalones como si desvistiera a una muñeca de plástico, y justo después las bragas, cuando pareció percatarse de dónde estaba y del peligro que corría. El instinto de supervivencia hizo que empezara a bramar como una loca, pero el motero sabía que estaban a varios kilómetros de la civilización. Nadie la iba a escuchar. Poseído por un mal nunca conocido en él, Fredy la calló tapándole la boca con su mano. Después lo pensó mejor; iba a necesitar las dos extremidades. Aferró pues las frágiles muñecas y las forzó de forma que rodearan el tronco del árbol. Se sirvió del cinturón para inmovilizarlas. La cría gimió como si se le hubiera dislocado el hombro, parecía al borde del desmayo. Después, Fredy le metió su propia blusa en la boca y se desabrochó la cremallera del pantalón.

Una vez estuvo a su merced, la violó, en medio de la oscuridad, durante más de una hora. Solo una cosa competía con los gritos apagados que la niña dejaba escapar a través de la tela húmeda que cubría su boca: durante el acto, en repetidas ocasiones, Fredy le susurraba directamente al oído dos palabras que quedarían grabadas en su cerebro para siempre: «eres mía...»

Cuando terminó, al alba, Fredy seguía fuera de sí. Sin reparar en que dejaba a una adolescente de catorce años desnuda, herida e inconsciente en mitad de la nada, se subió de nuevo a la moto y se alejó. Ya era de día cuando llegó a su casa y se metió en la cama. Se sumió en un profundo sueño y durmió más de quince horas seguidas. Una vez despierto, al atardecer del día siguiente, no recordaba casi nada de lo ocurrido la noche anterior (y absolutamente nada del abuso cometido).

Después de ese día, Fredy no volvió a ver a la chica, que no era otra que Alyssa Grifero. Viajó a Inglaterra para practicar el inglés durante el verano, y así evitar cruzarse con su infiel exnovia. Fue una precaución innecesaria, pues la adolescente no salió de casa durante semanas, y cuando lo hizo, fue para abandonar la costa malagueña y desaparecer del mapa.

Cuando estaban a punto de concluir las vacaciones, Fredy se enteró, por medio de un amigo en España, de que la niña había quedado embarazada ese verano; corrían rumores de que había sido víctima de una violación. Al parecer había abortado. Fredy, que seguía en Inglaterra atendiendo a sus clases, quedó espantado al oír esto, y una terrible duda le asaltó en el acto. ¿Había sido él el causante de la violación? ¿Qué demonios había pasado esa noche? Lo cierto era que estaba tan borracho aquel día, tan fuera de sí, que no recordaba nada. ¿Y si el niño era suyo? ¿Qué sería ahora de esa chiquilla? Optó por rechazarlo todo. Lo más probable era que el cabrón de Nacho Conde estuviera saliendo con ella durante un tiempo y se sobrepasara en algún momento puntual.

El joven decidió entonces empezar una nueva vida en Oxford, Inglaterra, donde le picó el gusanillo policial, de modo que opositó y aprobó. Se cambió el nombre y pasó a ser el agente Alfred Horner (huérfano de padre desde su nacimiento, utilizó el apellido de su familia de acogida durante ese verano). Conoció a una bella joven llamada Donna, y no volvió a pensar en Alyssa, la borró literalmente de su memoria, hasta la noche que, cuatro años después, se encontró con la despanpanante Ania esposada de manos y abierta de piernas, a su disposición.

Lunes 13 de noviembre de 2006

Todo se volvió cristalino. Una puerta se había abierto en lo más profundo de su subconsciente. Clavado sobre la cintura de aquel monumento rubio, vio como la última pieza de un puzle volaba por delante de sus ojos como una pluma y se posaba suavemente en un hueco con su misma forma. El complejo rompecabezas había sido completado. Ahora sabía con certeza quién había liquidado a Mike Lennard.

Nada más deshacerse de Ania, el agente Horner se vistió y consiguió de comisaría la dirección de Diane Tallent en pocos segundos. Recogió su placa y la Hekler Koch Compact antes de salir por la puerta.

Alguien llamó a la puerta de Diane Tallent. La joven británica, que acababa de darse una ducha caliente, apagó el secador, se cubrió con un jersey de algodón, y corrió a abrir. El trasero mullido de Vader se posó en la tarima, junto a sus pies, cuando la figura de un hombre de más o menos la edad de ella y con aspecto de haber pasado un mal día se vislumbró al otro lado de la madera exhibiendo la cara brillante de una placa identificativa.

—¿Diane Tallent? —preguntó con voz áspera.

La mencionada asintió con ceño mientras se acariciaba las puntas del cabello, todavía húmedo.

—Soy el agente de policía Alfred Horner —se identificó—. Queda usted detenida.

«*Oh, my God...*[\[31\]](#)»

No tuvo opción más que a forcejear, pues cuando quiso reaccionar, los brazos de aquel hombre ya la tenían inmovilizada contra la pared. Un frío metálico le aprisionaba las muñecas. Bramó y pataleó con todas sus fuerzas con la esperanza de que algún vecino la escuchase, pero el viento era intenso y probablemente no habría nadie en la calle en ese momento. Lo último que guardó su memoria fue que era arrastrada hasta el asiento trasero de un coche. Todo se desvaneció cuando el canto de algo rígido impactó sobre su nuca.

Eran las 18:50 y había empezado a llover.

Sara estrujó sus dedos entre sí mientras corría y notó un líquido viscoso. La sangre que había brotado de la mano del budista se estaba coagulando en su piel.

«¿Qué voy a hacer ahora?»

Quería acudir a la policía y contarles su encuentro con Kurt Payne. Cómo la había acorralado

en el rellano, no dejándole más remedio que utilizar su navaja en defensa propia. Porque había sido defensa propia, ¿verdad? ¿La creerían? Tenía que estar tranquila. Al fin y al cabo, no había matado a nadie.

El viento soplaba con fuerza contra su cara, dificultándole la carrera y aportando caos a la situación.

«Por otra parte —se dijo—, probablemente la policía guarda las cartas que me relacionan con Diana, y lo que es peor, con Lennard.» Francamente estaba haciendo méritos para ganarse un sitio en el panel de *Se busca* de la comisaría, si tal cosa existía.

Deja vu.

Al igual que el pasado 12 de octubre, cuando desveló el engaño del doctor Salas de las narices, se encontraba de nuevo corriendo sin aliento bajo la tormenta. En aquella ocasión lo había hecho para tratar de salvar la vida de Alfonso Morales. Resultó en vano. Ahora, sin embargo, huía del miedo. Y al igual que aquel día, parecía que el corazón le iba a estallar. «¿Por qué siempre te metes en estos líos, Sara?» Las primeras gotas de lluvia ya habían limpiado su mano de sangre seca, y mientras decidía si debía acudir o no a la policía, ya había llegado a casa de Diana.

Vader esperaba sentado junto a la valla de entrada al jardín, y la puerta del edificio estaba entreabierta.

Sara se internó con sigilo en el recibidor, totalmente silencioso. En el fregadero de la cocina había dos platos sucios, una copa con restos de vino, una sartén y algunos cubiertos, todo sin fregar.

—¿Diana? —exclamó, pero no obtuvo más respuesta que el eco de su propia voz.

La puerta del baño estaba abierta, y desde el pasillo podía verse la cortina de la ducha corrida y una toalla húmeda tirada por el suelo. Las planchas de pelo de Diana estaban conectadas a la corriente. Sara se acercó con ceño y extrajo el enchufe.

—¡Diana! —repitió, esta vez con un molesto nudo en la garganta.

La última habitación que recorrió fue el dormitorio. La cama estaba hecha y olía bien, pero no había ni rastro de su amante.

Un maullido proveniente de la puerta principal provocó un estremecimiento en Sara, e inmediatamente después, Vader se coló en la habitación con el pelo encrespado y el rabo alzado. Se escondió tras las piernas de ella.

«¿Qué te ocurre, bolita de pelo?»

Se oyó un fuerte portazo. Alguien acababa de entrar en casa, y Vader le estaba intentando comunicar que no se trataba de su dueña.

Sara echó un rápido vistazo hacia el pasillo a través de la rendija entre el marco y la puerta. Tuvo que contar mentalmente hasta tres para que su cuerpo reaccionara ante el terror de ver a ese policía arrogante avanzando como a cámara lenta hacia su posición. Fue capaz de identificar un arma colgando de su mano derecha. Iba a por ella.

«¡Mierda, mierda, mierda!»

Para mayor desesperación, Vader soltó un segundo maullido, lo que eliminó cualquier posibilidad de pasar inadvertida. Se giró y analizó la situación. Solo tenía una opción. Corrió hacia la ventana, la abrió de par en par, y saltó al césped trasero justo en el instante en que las

botas de cuero de la figura masculina pisaban el suelo del dormitorio.

Estuvo a punto de tropezarse dos veces antes de salir del jardín a la carretera. Corrió empleando toda su energía, y mientras luchaba por salvar su vida, dejó que las lágrimas brotaran, nublando su visión. Tuvo la idea de evitar las avenidas principales, así que continuó la fuga a través de los angostos callejones del centro de la ciudad. El suelo resbalaba como cantos bañados en aceite, y la luz de las farolas dibujaba formas fantasmales sobre los muros de piedra. Sin saber cómo, Sara había terminado en el centro de una horrible pesadilla.

El pasaje que une High Street con Catte Street, también conocido como Queen's Lane, es un estrecho y serpenteante camino de piedra por el cual parece no haber pasado el tiempo. De obligado recorrido para los estudiantes del New College, durante el día la Catte Street es uno de los más encantadores atractivos turísticos de la ciudad. Por la noche, lúgubre y solitario, se convierte en el típico sitio por donde nadie desea pasear a solas. Al torcer Sara las dos primeras esquinas del pasaje, se cruzó con un chico que paseaba en bicicleta. Hizo ademán de pararle para suplicar su ayuda, pero el ciclista no se detuvo; ni siquiera la miró. Torció el último recoveco entre espasmos y vislumbró el Puente de los Suspiros, que hacía de salida hacia la ciudad abierta. Esperanzada, incrementó el ritmo en el instante en que un coche de policía derrapaba con violencia y se detenía bajo del puente. El conductor se apeó del vehículo.

Aquel giro inesperado en la persecución provocó en Sara un vuelco en el corazón primero, y un traspíe después. Había intentado frenar de golpe, pero la piedra mojada era como una pista de hielo para semejante acrobacia. Aterrizó de bruces contra un charco. Aguantó la respiración y cerró los ojos. Los músculos de su cuerpo no le respondían, y no estaba segura de si se había roto algún hueso. Su perseguidor ya debía de estar cerca. La única cosa que se escuchaba en todo el callejón era el contundente tacón que las suelas de sus botas producían al pisar contra el húmedo suelo. Se acercaban con lentitud.

Sara Mora se preparó para ser arrestada. El taconeo cesó a su lado, y Sara, rendida del todo, relajó su cuerpo para ponerle las cosas fáciles a su captor. No tenía intención de resistirse más. Esperaba un breve zarandeo y un fuerte tirón para colocar sus muñecas por detrás de su espalda. Lo había visto en infinidad de películas. En lugar de eso, fue volteada hasta quedar boca arriba. Se topó con la cara del policía que le había estado persiguiendo desde la muerte de Mike. Las gotas de lluvia caían desde el flequillo de este hasta sus ojos, cegándola. Y el resplandor cálido de los farolillos no le permitía centrarse en nada en concreto. No vio la culata de la pistola golpear violentamente contra su frente.

Capítulo 20

—Como me queda poco tiempo, creo que es el momento de la última lección, y es una que he aprendido en las últimas semanas.

—Vale, pero dese prisa. Los de seguridad ya están aquí.

—La última lección es que cuanto más se empecina uno en no amar, Morgan, más gente te pone la vida en el camino para que quieras.

—Vaya, lo tomaré como el mejor cumplido que pueda salir de su boca.

—Querido Saúl, ha sido un verdadero placer conversar con usted.

—El placer ha sido todo mío.

Lunes 13 de noviembre de 2006

Es curioso cómo el simple tacto de la suave piel de una embarazada puede dotar de valor a toda una vida. Rafael se hacía esta reflexión mientras deslizaba la mano por el vientre de su hija. No se atrevía más que a rozarlo. Estaba conmovido ante la posibilidad que le brindaba la vida de conocer a su segundo nieto.

Verónica alzó la mirada y cruzó los ojos con los suyos. *Mecaguenlaleche*, ya casi no recordaba lo hermosos que eran. ¿Le había perdonado su hija? La futura madre se inclinó hacia él y le besó en la frente. Rafael no quería que Verónica le viera llorar de la emoción, así que se frotó los ojos para disimular.

Cuando volvió a abrirlos, todo se había esfumado como por arte de magia. Un color blanco muy puro invadía su campo de visión, y una luz intensa le atacaba intermitentemente a los ojos. Lo siguiente que percibió fue que todo se movía a su alrededor, a pesar de que sus piernas estaba inmóviles. Su cuerpo entero lo estaba. Sufrió un repentino vahído y estuvo a punto de vomitar. «Verónica...» ¿Dónde se había metido?

El universo se detuvo de nuevo, y ahora la luz cegadora ya no parpadeaba, sino que permanecía inmóvil frente a sus pupilas, ensañándose con él. Ofendido, tuvo que mirar hacia un costado, y descubrió una puerta abierta con una particularidad: estaba en horizontal. Fue entonces cuando supo que estaba tumbado boca arriba. ¿Una camilla? No se podía mover porque, según comprobó, se encontraba atado de piernas y manos por medio de correas. Y sin embargo, sentía que la paz más reconfortante le invadía paulatinamente.

Su mundo volvió a moverse, solo que ya no era el mundo, sino la camilla a la que le habían atado. ¿Adónde le llevaban? Intentó hablar, pero no le salían las palabras. Era evidente que le estaban castigando por algo. ¿Le habían pillado pinchando ese medicamento a Félix? ¿No podían hacer eso! Al fin y al cabo, había actuado siempre por el bien de la criatura. Además, él era un médico mucho más cualificado que todos los niños en nómina que atendían a los enfermos. ¿Qué sabían ellos? Recordó haber visto a varios enfermeros llevarse a Félix a la sala de curas. El pobre chimpancé llevaba el brazo colgando, y la sangre le goteaba desde la parte superior del brazo. Pensándolo bien, era posible que se hubiera pasado de la raya. Quizá se mereciera un pequeño castigo; puede que un simbólico tirón de orejas.

Seguía avanzando por pasillos radiantes e interminables cuando se cruzó con Saúl. Su menudo y afroamericano amigo levantó el pulgar cuando la camilla pasó junto a él y le guiñó el ojo acompañando a una singular sonrisa que parecía decir: «todo va a salir bien».

Saúl Morgan desapareció de su campo de visión tal y como había aparecido, y entonces la camilla volvió a detenerse. Una puerta metálica se deslizó tras sus pies. Ya no se iba a mover de allí.

Un dolor exasperante le recorría todo el cuerpo. Diana apretó los dientes mientras se llevaba la mano a la nuca, donde había crecido un importante chichón. Hizo una mueca de dolor y cayó al suelo. Había perdido el equilibrio, no por el dolor, que en sí era ya mayúsculo, pero el suelo se había deslizado sin avisar. «¿Qué me ha pasado? ¿Dónde narices estoy?»

Fue recordando poco a poco. La visita del policía, el haber sido detenida, y después... un vacío indescriptible. Tenía la vaga sensación de haber sido secuestrada, más que apresada. Intentó dibujar mentalmente la cara de su captor, pero le resultó imposible. Le dolía demasiado la cabeza.

Miró a su alrededor. Casi todo era penumbra y olía a humedad. Se puso de pie a pesar de los pinchazos en la nuca que la acompañaban en cada movimiento, y empezó a palpar las paredes. Estaba encerrada en un lugar pequeño, puede que en un trastero, ya que carecía de ventanas. La pared era de madera vieja, aunque de vez en cuando Diana tocaba superficies metálicas, siempre situadas a media altura.

Tenía que salir de allí, eso lo tenía claro. Había una puerta, pero era de hierro, y estaba cerrada con llave. «Si tan solo pudiera romper la cerradura...» Buscó a su alrededor en busca de un elemento punzante, y... ¡gracias a Dios! En una esquina del zulo encontró un objeto de unos cinco kilos de peso con un filo alargado y un mango de madera. ¿Un hacha pequeña? Serviría, sin duda.

Se dirigió a la puerta y comenzó a propinar hachazos a la cerradura con un movimiento que iba de arriba abajo. Primera embestida... y nada. Un segundo intento un poco más fuerte... y la puerta se mantuvo intacta. Probó suerte una tercera vez, esta vez tomando algo de carrerilla. Diana asestó un golpe tan brutal que el hacha rebotó en la lámina de metal e impactó contra el suelo. El filo del arma había originado una grieta en la madera y... «¿pero qué pasa ahora?» Un surco de agua comenzó a surgir entre las astillas, originando un charco. Ahora entendía Diana por qué antes se había deslizado el suelo: se encontraba en el interior de un barco. Y había empezado a hundirse. No tenía mucho tiempo.

La existencia de Rafael Salas había sido una montaña rusa. Se había regido por unos principios muy extremos en los que, o se estaba con él, o se estaba en contra. Le había gustado vivir al límite, siempre en la cuerda floja, y tanto personal como profesionalmente, eso le había pasado factura. No fue un hombre violento, al menos de acción, y a pesar de haber infringido el código profesional en un par de ocasiones y de haber convertido su matrimonio en una pesadilla, iba a ser recordado por la mayoría como un ser humano fuera de lo común. Su yerno, Alfonso, le había admirado por encima de todas las cosas. En cuanto a su hija Verónica, y Sara, su pupila, si bien le habían traicionado al presentar una denuncia contra él, sabía que en el fondo lo amaban. Y Oli, joder... había sido un auténtico placer pertenecer a este mundo solo por sentir el cálido amor de su pequeño nieto.

Estaba empezando a perder la noción del tiempo en el momento en que recibió una grata sorpresa: Oli acababa de aproximarse a la camilla y se le había quedado mirando con expresión contrariada. Al parecer, no entendía lo que estaba sucediendo. Y él tampoco. Ya no sabía qué día era ni cuánto tiempo llevaba tumbado en esa tabla con ruedas y grilletes. ¿Cuándo había sido la última vez que se había enfrentado a esos ojazos azules? No fue capaz de hacer memoria. Se sintió reconfortado cuando oyó su voz.

«Hola, Yayo.»

A Rafael le llegaban las palabras atenuadas, como si le estuvieran hablando desde otra habitación. Albergaba la certeza de que era su nieto el que hablaba porque le veía mover los labios. Quiso contestar, entablar una nueva conversación inteligente con él, pero no fue capaz. Se limitó a observar. A Oli le había crecido el pelo, y al parecer su madre le había vestido otra vez con esa horrible camisa rosa. Sobre ella, un colgante sujeto al cuello con una forma curiosa: era

un cilindro metálico que el paso del tiempo había cubierto de óxido. Por algún motivo, Salas supo que Oli estaba triste.

«Gracias por ayudarme con mamá y papá, Yayo. Sí que lo conseguimos.»

¿Estaba hablando Oli entre sollozos? Todo se estaba volviendo tan deprimente...

«Te quiero, Yayo.»

Rafael Salas creyó perder el conocimiento, y cuando volvió a despertar, se encontraba solo. En la habitación de al lado alguien estaba manteniendo una conversación. Diferenció dos voces, una de hombre y otra de mujer. Y un llanto constante de fondo. La voz rasgada del hombre era inconfundible: el estirado de Rodolfo Grau. La voz de mujer era la de su hija Verónica, tampoco había duda. Adivinó que el llanto era, pues, de Oli.

—No hay alternativa. Esto es necesario —dijo la voz masculina.

—Pero, ¿tan mal está?

—Cuando internó en el centro presentaba leves síntomas de neurosis, seguramente debido a todo el estrés sufrido en los últimos meses. Seguía siendo un brillante doctor, y hasta logró batirme en cierto duelo verbal. Para que me entienda, no se le escapaba una. —Rafael parecía tener mil años mientras escuchaba desde la camilla la desoladora revelación del director—. Pero seguía creyéndose el antiguo doctor Salas, la leyenda. No entendía por qué estaba aquí ni la gravedad de sus actos en el exterior. De modo que no tuve otro remedio que realizarle los test psicológicos. Tuve que emplear escurridizas tretas para que no sospechara, y hasta le proporcionamos una bata de médico para que se siguiera creyendo su propia mentira.

—¿Y después? ¿Qué cambio?

—Conoció a Félix. Y a Saúl. Félix es el enfermo en estado más grave que tenemos, y Rafael se obsesionó con él. Llegó a robar medicamentos (o lo que él creía que eran medicamentos), colarse en su celda, y pincharle con una jeringuilla. Lo que para él era un remedio, resultó ser un ataque bestial. Si no llega a ser por nuestros auxiliares, a saber lo que habría acabado haciendo.

—¿Y qué fue lo que le inyectó?

—Suero. Simple suero. ¡Imagínese que en lugar de eso llega a darle algo más fuerte! Ahora mismo Félix estaría dentro de una bolsa.

Salas atendía desde su camilla como si estuvieran hablando de otra persona. Escuchó cómo su hija rompía a llorar. Era un lamento de pena y remordimiento.

—¿Y quién es Saúl?

—Saúl Morgan. No es absolutamente nadie.

Un silencio.

—Me está usted queriendo decir que...

—Que no existe. Saúl Morgan no es médico en este centro porque directamente no es una persona real. —Salas creyó morir al escuchar esto—. Fue un producto inventado por la imaginación de su padre, quizá para tener a alguien con quien hablar. Un amigo a quien contarle sus pecados, con quien desahogarse. Saúl fue la prueba fehaciente de que Rafael Salas padecía de esquizofrenia aguda.

Las voces se debilitaron hasta dejar de percibirse. Todo se ralentizó a su alrededor, se volvió

borroso, y por último, negro.

Capítulo 21

Lunes 13 de noviembre de 2006

«Era una emboscada. El policía estaba esperando a que volviera a casa de Diana para perseguirme, acorralarme y atraparme. Siempre fui su objetivo. Por alguna razón, ese cerdo estaba obsesionado conmigo.»

Sara abrió los ojos deseando que todo hubiera sido una pesadilla. En realidad ya sabía que no era así, pues el hedor allí abajo era mareante. *Allí abajo*. El espacio era tan limitado que Sara podía tocar la pared de piedra con ambas manos si abría los brazos en forma de cruz. Sobre su cabeza, varios metros por encima, un círculo oscuro escupía gotas de agua. Sí, efectivamente estaba atrapada en un pozo seco. Y empapada hasta los huesos.

El margen derecho de su campo de visión estaba emborronado por una mancha roja. El ojo le escocía. De manera intuitiva se llevó la mano a la zona y se impregnó de sangre. La sustancia procedía de la frente, donde una brecha no dejaba de manar sangre. «Mierda.» Quizá por el efecto del descubrimiento, la sien le comenzó a palpar intensamente. La sangre brotaba sin parar, y enseguida tiñó su mano de rojo. Tenía que cerrar la herida o pronto se desmayaría.

—¡Socorro! —gritó hacia el agujero, y la llamada de auxilio reverberó en las paredes durante algunos segundos. Cualquier murmullo que saliera hacia la superficie quedó camuflado por el sonido de la tormenta.

—¡Que alguien me ayude!

Sara tuvo la desafortunada ocurrencia de que, si un policía quisiera mantener a alguien encerrado y en secreto, no la escondería en un lugar donde se pudieran oír sus gritos. Había sido secuestrada por un profesional, y no podía hacer nada para escapar. ¿Qué habría sido de Diana? ¿Estaría también encerrada? ¿Torturada? ¿Muerta...? La idea era invasiva e insoportable, y la joven neurocirujana sufrió un estremecimiento al sopesarla. Se dejó caer sobre el suelo húmedo y apoyó la espalda en la piedra. Dejó que la lluvia limpiara la herida y dedicó toda su energía a controlar los espasmos de terror que habían empezado a dominar su cuerpo.

El agente de policía Thomas Carroll estaba cometiendo una insensatez. Tras ser informado en el despacho del juez Callejo sobre las inesperadas *fechorías* de su compañero, todo se había precipitado hasta alcanzar un ritmo frenético. La acción más urgente era encontrar y detener a Alfred Horner, y, como no podía ser de otra manera, todos los focos se habían centrado en él para desempeñar la tarea.

Durante el vuelo de vuelta a Oxford, empezó a asumir el hecho de que llevaba días compartiendo los detalles de la investigación con el propio asesino. Carroll era abstemio, pero vio más que conveniente pedir un vodka con hielo en uno de los bares de la terminal antes de embarcar. La situación le desbordaba por todos los costados.

A su lado viajaba su nuevo e improvisado socio, el doctor Jaime Vergara. De él le llamó la atención que no abrió la boca en todo el vuelo. Se dedicó a rebullirse en la butaca con la mirada perdida mientras se castigaba mordiéndose las uñas. Carroll aún no había decidido si le caía bien o mal. Parecía un buen tipo, pero no era policía, y era obvio que la situación le afectaba

personalmente. Ese había sido el motivo por el cual se había empeñado en viajar con él y ayudarlo a dar caza a Horner. Pero, ¿sería una ayuda o un estorbo? Pronto se vería.

Snowflake había arriesgado regalándose una noche en solitario para resolver el caso. No pensaba telefonar a la comisaría para informar al capitán. Desde luego, no llevaba semanas trabajando veinticuatro horas diarias con Alfred, ganándose su confianza y aprendiendo de él, para que en el último momento el capitán enviara una patrulla especial y él quedara relegado a un segundo plano. Se encontraba ante la historia de su vida. Era consciente de que estaba desobedeciendo el código, pero tenía claro que, cuando tuviera que llamar a su jefe, sería para informar de que ha capturado al asesino de Mike Lennard, y no antes. Toda una insensatez que le conduciría a su primera medalla, o bien a un expediente para expulsarlo del cuerpo. Y su único cómplice era un jovencísimo médico que parecía estar a punto de sufrir un ataque de ansiedad. *Estupendo.*

Pasaban las diez de la noche cuando el taxi les dejó en una calle residencial de Kidlington. Diluviaba en Oxford. Un ambiente apropiado para el humor de Thomas. Pasaron junto a un Mini de color rojo —«este coche ya estaba aquí hace unas horas», advirtió—, y atravesaron el jardín delantero. Carroll iba en primer lugar con el cañón de su arma preparado para disparar, y Jaime, un par de metros más atrás. El pobre chico ni pestañeaba. Llamaron al timbre, pero no hubo respuesta. El policía ordenó a Vergara echarse a un lado y acto seguido disparó contra la cerradura. No podía permitirse actuar con inteligencia, el tiempo apremiaba. El cerrojo explotó y la vivienda de Horner quedó accesible.

El salón, estancia a la que se accedía directamente desde la puerta principal, estaba hecho un desastre. Carroll se plantó en medio de la habitación y giró sobre sí mismo para crear una visión panorámica que resumiera el estado de aquel desorden. Las estanterías se habían caído de la pared, había restos de un jarrón en el parque, y un carísimo televisor último modelo había quedado hecho añicos. «¿En qué condiciones vive Fred, por al amor de Dios?» El sofá de cuero estaba intacto, aunque manchado de algunas gotas reseca. Gotas que seguramente fueran de *whisky*, a tenor de las cuatro botellas vacías de Four Roses que *decoraban* la mesita. Bajo la mesa, esparcidas por el suelo, más de una docena de hojas de papel escritas a mano. Las recogió todas formando un taco y ojeó la primera con ceño. Era una carta manuscrita dedicada a una tal Diana de parte de... ¿Sara? «¡Maldito hijo de puta, esto son pistas sobre el caso que me ha estado ocultando!»

Ahora sabía Thomas que en todo momento estaba jugando en desventaja. No es que Alfred fuera un detective excepcional, sino que él tenía todas las claves desde el principio. *Él* era la clave.

—¡Agente, tiene que ver esto! ¡Deprisa!

Era la voz temblorosa del doctor Vergara ¿Dónde se había metido? La llamada provenía del cuarto adjunto, que resultó ser el dormitorio. Thomas encontró a Jaime recostado sobre la cama y presionando con los dedos las arterias del cuello de una mujer abatida. Una visión dantesca. Era joven, de unos veinte años, y estaba desnuda e inconsciente sobre la cama. Había sido encadenada al cabecero, y las piernas, ligeramente abiertas, permitían ver a simple vista un pequeño reguero de sangre coagulada que salía de la zona púbica. «*Shit...*»

—Su pulso es muy débil, pero está viva —anunció el doctor, e instó a Carroll a que llamara a urgencias.

Asombrado por la inesperada diligencia de su compañero, el policía obedeció.

—Ha sido violada —continuó Jaime, una vez se aseguró de que una ambulancia estaba en camino. Se movía con determinación y su voz era firme—. Si los sanitarios no se demoran, sobrevivirá.

—Bien.

—¿Qué es eso que llevas bajo el brazo? —Jaime apuntó con el mentón el taco de folios.

Carroll se los tendió enseguida como quien se libera de un niño llorón.

—Toma, te va a interesar —escupió.

El policía abandonó el dormitorio (dejaba a la chica en buenas manos y al médico entretenido con varias horas de lectura) y regresó al salón. Necesitaba encontrar algo que le dijera el paradero actual de su antiguo compañero. Optó por rebuscar entre los escombros que anteriormente fueron unos bonitos muebles, y tardó menos de un minuto en distinguir un objeto familiar. En el suelo, junto al rodapié y bajo un tablón de madera, se había colado un bolígrafo. No, se trataba de una pluma —advirtió Carroll cuando le quitó el capuchón—. El suelo estaba ligeramente inclinado y había llegado allí, con probabilidad, desde la zona del sofá. Y no era una pluma cualquiera. Era con la que Horner había pintado con tanta brillantez en la servilleta la otra mañana en el café, y... «joder...» tenía rastros de sangre seca en la punta. «Tuve la pluma manchada delante de mis narices y no me di cuenta... ¡seré imbécil!»

Con delicadeza, metió el objeto en una bolsa de plástico y continuó buscando. Su mirada se concentró en el televisor rajado, en cuya parte trasera, escondido entre los cables, divisó una cajita de aspecto indio, ideal para que una mujer guardara un par de pendientes, por ejemplo. Lo que Carroll encontró en su interior le provocó un intenso cosquilleo. Una bala usada reposaba sobre una capa de gomaespuma, como si la cajita fuera un ataúd en miniatura. Fue entonces cuando asumió la devastadora verdad.

«Tenían razón: Alfred asesinó a Mike Lennard.»

La bala y la pluma constituían dos elementos suficientemente importantes como para que Thomas reconstruyera la escena del crimen sin necesidad de pensar demasiado: el pasado 7 de noviembre, Alfred Horner se topó con el que fue su agresor, Charly Rubial, en algún lugar de Oxford. O al menos es lo que él creía, pues en realidad se trataba de su hermano gemelo, Mike Lennard. Descubrió su domicilio en el 219 de Cowley Road, y se dirigió allí para vengarse. Forcejeando, terminaron en el cuarto de baño. Una lucha encarnizada, a vida o muerte, aunque desequilibrada, pues Horner era mucho más corpulento que el enclenque de Lennard. Al principio intentaría estrangularlo con una cuerda, y por eso el cadáver de Lennard lucía surcos en el cuello. Seguramente este solo tenía una pluma para defenderse, así que la utilizó para zafarse con desesperación —«de ahí que Fred apareciera con esas heridas en el antebrazo, por supuesto»—. Al final, Horner, mucho más experimentado, logró dar un paso hacia atrás, creando un espacio de un metro respecto a Lennard. Lo justo para desenfundar su arma y asestarle un balazo en la frente. Una vez acabó con él, tomó la pluma y la utilizó para grabar en su pecho un mensaje de venganza. «En un perfecto castellano, ¡claro!, pues Horner es de origen español.» Después recogió la bala para eliminar pruebas, guardó la pluma en el bolsillo interior de su chaqueta, y volvió a su apartamento. Una vez dentro debió de emborracharse hasta olvidar todo lo que había hecho, y en su pasajero estado de locura, dirigió su ira contra el mobiliario.

A Carroll le temblaban las piernas. Aclarada la escena del crimen, la pregunta que le asaltaba era patente: ¿había sido consciente Alfred de su horrible crimen durante toda la investigación? Se

dio cuenta de que cualquiera de las dos respuestas posibles era traumática. Le sobrevino una arcada y sintió náuseas. Corrió hacia el cuarto de baño y allí vomitó hasta que no quedó más biles en su estómago. Un sudor frío le recorría el cuerpo. De pronto, de nuevo la voz de Jaime Vergara, que empezaba a antojársele inoportuna e irritante:

—Agente, estas cartas están todas escritas por mi amiga Sara.

El doctor estaba de pie bajo el marco de la puerta del baño con semblante taciturno. Carroll lo observaba arrodillado desde el suelo con la boca pastosa y la garganta irritada.

—Tenemos que encontrar a Horner enseguida, o me temo que Sara será la siguiente.

«Encontrar a Horner, muy sencillo...»

A Thomas le quedaba lo más difícil. Dar con su antiguo colega y acabar con él. Pero, ¿por dónde empezar? Alfred no tenía amigos, y la única persona con la que se había relacionado en el último mes, además de la desgraciada chica que seguía esperando a la ambulancia, era él. Y si él no sabía dónde estaba, ¿quién podría saberlo?

«Piensa Tom, piensa... ¿por dónde empezar?»

Optó por rebobinar la investigación del caso desde el hoy hasta la noche del crimen, repasando cada momento con Alfred, cada diálogo. Por ejemplo, cuando le aconsejó tomarse unos días libres. Cuando descubrieron que alguien le había dejado un mensaje amenazante en el coche, o cuando entrevistaron a aquel musulmán en el Ahmets. Una chispa. «¡Espera un momento!» El otro día habían estado persiguiendo a un Volkswagen por toda la ciudad. Un coche negro con el que Alfred parecía obsesionado. Carroll recordó a la única persona que seguramente conocía el paradero de Horner, porque llevaba días siguiendo todos sus movimientos: se llamaba Henry Millward y conducía un Volkswagen negro.

Sin embargo, el paradero de Millward era tan desconocido como el de Alfred. La chispa de su mente se apagó tan rápido como había surgido, y entonces, en ese punto de la reflexión y con el sabor amargo del vómito todavía en su boca, Thomas se quedó absorto mirando una fotografía enmarcada que colgaba de la pared. En ella se veía a Alfred posando orgulloso junto al río y un barco amarrado a la orilla. La embarcación estaba reluciente, y Carroll supuso que la foto fue sacada el día de su compra. Conocía aquel barco-vivienda. Sobre su cubierta había disfrutado de unas cervezas con Alfred al poco de conocerse. Realmente lo apreciaba más que a su propia casa. Las pupilas de Thomas se contrajeron de súbito. Si Horner no estaba en su casa, aquel barco era el segundo sitio más probable donde podía estar.

Marcos Tena dio un respingo cuando, viajando en el autobús interurbano, sonó el teléfono móvil de Alyssa Grifero. La sospechosa había conseguido convencerle para coger el primer avión a Londres, y desde allí, un par de autobuses hasta el barrio de Kidlington, situado en las inmediaciones de Oxford. En un principio había aceptado su oferta, e incluso había llegado a creerse esa cantinela de que juntos iban a detener al verdadero asesino, y de que se iba a convertir en un héroe y demás gilipollices. Sin embargo, la realidad era que desde que abandonaron Madrid, no había dejado de palpar su teléfono móvil apagado por dentro del pantalón. Imaginaba al cabrón de Barreneche llamándole sin cesar y escuchando el buzón de voz una y otra vez, hasta que se le hincharan las pelotas y procediera a abrir un expediente de despido.

Grifero extrajo su teléfono móvil de lachaqueta sin solicitarle siquiera permiso, y ambos

miraron al unísono la identidad del autor de la llamada. **HENRYMILLWARD**.

—Es él. Es mi contacto —dijo ella con sumisión en la voz pero con un brillo en la mirada que denotaba euforia.

Marcos Tena era un policía con cualidades prometedoras, pero de haber tenido más experiencia, no habría dejado que Alyssa contestara sin activar el manos libres. Asintió con la cabeza y desvió la mirada hacia la ventana del autobús. Le estaba costando respirar.

Rápidamente, Alyssa descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja con las dos manos esposadas. Apenas soltaba un monosílabo de vez en cuando, y mientras su interlocutor hablaba a través del auricular, las miradas de Tena y Grifero permanecían enfrentadas. El policía era incapaz de deshacerse de la incómoda sensación de que estaba siendo manipulado por una niña muy lista.

Cuando finalizó la conversación y Alyssa colgó, a Tena le pareció distinguir cierta palidez en el rostro de ella.

—¿Y bien? —dijo él.

—¡Lo tenemos! —La joven pareció dudar—. Henry dice que le ha visto subirse a su coche con una mujer inconsciente.

—¿Una mujer? Dios santo...

—Sí. Dice que le ha seguido hasta un descampado situado entre el restaurante The Perch y la autopista A34. Asegura... eh... haberle visto bajarse del coche con ella y arrojarla a un pozo abandonado. No está muy lejos.

Tena se llevó las manos a la frente. Era demasiada presión. ¿Una mujer se hallaba inconsciente dentro de un pozo? Ni siquiera sabía si podía fiarse de ese Henry Millward. Alyssa le había asegurado que era un tío legal que había conocido hacía muchos años y que se había convertido en una de las pocas personas en quien podía confiar. Pero, dejando a Millward a un lado, ¿era la propia Alyssa fiable? Hasta hacía unas horas era una asesina a la que estaba buscando para capturarla y llevarla a juicio...

«¡Maldita sea!»

—Dime al menos el nombre de quien estamos buscando, joder.

—Todavía no puedo, lo juro. Confía en mí unos minutos más, es todo lo que te pido.

El autobús se detuvo en la siguiente parada, abriendo sus puertas correderas. Alyssa las miró, y después a Tena. Una vez más, le estaba obligando a decidir.

Bajaron del autobús, y ella comenzó a buscar un taxi de inmediato. Ya era totalmente de noche, pero casi no llovía.

—Alyssa, espera un momento —dijo él, y la agarró del brazo—. ¿Estamos seguros de que el objetivo sigue allí, en el pozo?

Por la forma en que Alyssa desvió la mirada al suelo, Marcos supo que estaba sopesando bien la respuesta.

—Al menos, hace dos minutos lo estaba —contestó con firmeza.

Marcos apretó el brazo de ella un poco más, como exigiendo atención.

—Está bien, te creo.

La joven asintió satisfecha y, por un instante, Tena creyó que habían formado una especie de

alianza. Se subieron al primer taxi que pasó por la calle y Alyssa pronunció el nombre de su nuevo destino: The Perch.

A Alyssa le habían flaqueado las rodillas cuando recibió la llamada de Henry. Le bastaron unas pocas palabras y una mirada un poco conseguida para hacer que a Don Perfecto le pareciera buena idea atender la llamada. Todavía no se podía creer la buena suerte que había tenido al dar con un agente tan magnánimo como Marcos Tena. Debía de tratarse de algún tipo de señal.

Estaba congelada cuando pulsó el botón verde y aguardó el saludo de Henry. Fuera, la ventisca era tan intensa que el frío llegaba hasta el interior del autobús.

—Aly, soy Dorian. Sé exactamente dónde está tu hombre.

—Ok.

—Deduzco por tu respuesta neutra que no puedes hablar. No pasa nada, tengo una noticia buena y una mala.

—Vale.

Mientras el acento anglosajón de Henry llegaba a su oído a través del auricular, Alyssa miraba fijamente al policía rezando porque no se estuviera enterando de nada.

—La buena noticia es que está en el canal, en un barco de color granate justo enfrente de los campos de fútbol. ¿Dónde estás ahora?

—Kidlington.

—Vale, no está lejos de tu ubicación actual. Además, he visto cómo encerraba a una chica en la embarcación de al lado. Desconozco lo que pretende.

—Sí.

—¿Ese *sí* significa que ahora quieres la noticia mala?

—Sí.

—Bien... Pues antes de ir al canal, tu hombre ha dado un rodeo por los campos que están detrás del restaurante The Perch, justo antes de la autopista A34. Allí hay un pozo abandonado. No te lo vas a creer, pero ha tirado a otra chica al fondo del pozo.

—Entiendo.

Las neuronas de Alyssa se habían puesto a trabajar con más rapidez de lo que nunca lo habían hecho antes. Todavía no había terminado de escuchar a Henry, y la fugitiva ya estaba elaborando el plan de ataque.

—Hay que hacer algo —continuó el espía—. ¿Quieres que me ocupe de la chica del pozo para que puedas encargarte de él? —se ofreció.

—No.

—Aly, ¿estás segura?

—Por supuesto.

—Tramas algo, ¿verdad?

—Sí. Muchas gracias... Henry.

Colgó, y pasó a enfrentarse con las pupilas de Marcos Tena. Se concedió un segundo para formular una mentira creíble. Anunció, con un gesto lo más neutro posible, que el objetivo se encontraba junto a un pozo perdido en la parte trasera de The Perch. Omitió por completo toda la parte de los barcos del canal, lugar donde en realidad esperaba su presa. El inexperto policía dudó en un principio, pero en cuanto el autobús se detuvo en la siguiente parada, ella aprovechó para ejercer más presión. Bajó a la calle de un salto, y, cómo no, él la siguió como un perrito faldero.

«Bien, Don Perfecto se lo ha tragado.

Capítulo 22

Lunes 13 de noviembre de 2006

*«Más allá de la noche que me cubre,
negra como el abismo insondable,
doy gracias al dios que fuere
por mi alma inconquistable.»*

*»En las garras de las circunstancias
no he gemido ni llorado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza sangra, pero está erguida.»*

*»Más allá de este lugar de ira y llantos
donde yace el horror de la sombra,
la amenaza de los años
me halla, y me hallará sin temor.»*

*»No importa cuán estrecho sea el camino,
ni cuán cargada de castigos la sentencia,
soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.»*[\[32\]](#)

En el fondo del pozo, Sara recitaba versos entre murmullos, y cuando finalizaba el poema, volvía a empezar de nuevo. Era la manera más eficaz que se le había ocurrido para mantener la mente despierta. La profunda herida que tenía en la frente no se había cerrado, y ya ni siquiera era capaz de ponerse en pie. Tenía la espalda y el trasero empapados, aunque más preocupante era el hecho de haber dejado de sentir las extremidades a causa del frío.

No sabía dónde estaba. No sabía la hora que era. No sabía cuánto tiempo pasaría hasta desvanecerse y fallecer. Las gotas caían ahora con fuerza desde la boca del pozo, lo cual le proporcionaba, al menos, una mínima ración de agua potable. A juzgar por los silbidos del viento, la tormenta había arreciado, y con cada relámpago, el cielo se iluminaba un instante en un blanco eléctrico. Rayos y truenos; esos iban a ser los últimos recuerdos de su vida. Se estremeció al abrir los ojos de golpe. «¿Ya estoy muerta?» Le sobrevino una arcada y su cuerpo sufrió un espasmo. «Mierda, todavía no.» Vomitó bilis por tercera vez desde que se despertó allí abajo.

«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.»

Un nuevo trueno interrumpió su llanto, pero esta vez había sonado diferente; no había sido provocado por la tormenta. Era más seco, menos apocalíptico. «¿Qué?» Algo había sucedido allí arriba, como si se hubiera producido, «bingo...», un disparo con un arma de fuego. «Sara, estúpida, has empezado a delirar», se dijo. Prestó atención y creyó percibir una serie de exclamaciones. ¡Y parecían cercanas!

—¡Socorro! —exclamó con todas las fuerzas que le quedaban en las entrañas. Sonó como un rugido en medio de la tempestad.

Cuando el taxi dejó a Grifero y a Tena en The Perch, el temporal era casi insoportable. Había empezado a llover en serio, y el viento hacía que las finas gotas pincharan en horizontal, como si fueran dardos diminutos. Alyssa tenía la sensación de haber estado con la piel de gallina desde que aterrizaron en Londres. Además, ahora sus dientes castañeaban por el frío. ¿O era a causa del miedo? «Aguanta, nena, ya queda poco...»

Bordearon los arbustos que delimitaban el jardín del restaurante por el exterior, y accedieron a la parte trasera, desde donde se atisbaba una desoladora pradera. Tena caminaba delante de ella, con una mano en la cintura, permanentemente en contacto con la empuñadura de su pistola, y el cuerpo tensionado. Alyssa percibió de pronto una silueta a lo lejos, entre la penumbra. Era una estructura de piedra, como de un metro de alto y en mitad de la nada. Un pozo. No dijo nada. Miró de reojo al policía y esperó a que lo descubriera por sí mismo. Ahora fue ella la que tensó los músculos. Estaba ante el momento más delicado de su precioso plan. Mantuvo la respiración y rezó porque Tena no hubiera sido de los polis destacados en las pruebas de velocidad de acceso al cuerpo.

—¡Mira, ahí hay algo! —exclamó él, y, emocionado, liberó la empuñadura de la pistola para señalar con el dedo la estructura de piedra.

«¡Ahora!»

Con la rapidez de un leopardo que ha saltado a correr tras una gacela, Alyssa aprovechó la euforia del policía para alargar los brazos esposados hacia su cintura y arrebatarse el arma. Para cuando él se dio cuenta, ella ya estaba a dos metros de distancia, apuntándole a un pie.

—¿Qué...? —La cara de estúpido del policía habría provocado en Alyssa una buena carcajada si no se estuviera jugando la vida—. ¡Detente, Alyssa!

Alyssa disparó, y la bala impactó a unos centímetros de la bota de él. No había errado el tiro, pues todo lo que necesitaba eran unas décimas de confusión para darse la vuelta y huir. No es fácil para una mujer congelada ganar a un policía en una carrera, pero menos aún con las manos atadas y un arma entre ellas.

Las dos figuras emprendieron una feroz carrera bajo la nocturna tempestad.

—¡Detente, joder! —gritó él. Por la voz, debía de estar a unos dos metros de ella. Alyssa no podía, ni quería, mirar hacia atrás.

«No duraré ni diez segundos antes de que me coja —se dijo aterrada—. Necesito un milagro.»

Los arbustos que rodeaban The Perch se le estaban antojando interminables, y las gotas de agua que se le colaban en los ojos no le permitían enfocar con claridad. Tropezó. Cubierta de barro, se ayudó de los puños para incorporarse y continuó la huida. Su perseguidor debía de estar casi rozándole...

Tac.

Ya se había preparado mentalmente para un violento placaje cuando algo horrible se oyó en la lejanía; un mensaje traído por el viento. Tena también debió de percibirlo, pues Alyssa sintió cómo se detenía a sus espaldas. Dejó de pensar y siguió corriendo empujada por la adrenalina.

—¡Que alguien me ayude...! —se volvió a oír entre los silbidos del vendaval. Era un estrangulado y desgarrador llanto femenino. Y provenía del interior del pozo.

¿Iba Marcos Tena a dejar a su suerte a una joven moribunda con tal de no dejar escapar a su presa?

«Por supuesto que no, Don Perfecto. Eres demasiado honrado», exclamó el alma de Alyssa, exultante. Había dejado al poli atrás, pero no se detuvo hasta que, muchos metros después, llegó al canal. Su plan había dado resultado, y ahora quedaba lo mejor. Su euforia creció cuando supo que ya nada le impediría culminar su venganza.

«¡Que alguien me ayude!»

Sara no podía dejar de gritar. Ahora no. No importaba el qué, pero era importante que la oyeran, que supiesen que estaba ahí. Se retorció en el mugriento suelo de tanto forzar la garganta, y mientras observaba la boca del pozo esperando alguna señal divina, un relámpago la deslumbró. Tuvo que retirar la mirada, cegada, y a medida que su vista fue acostumbrándose de nuevo a la oscuridad, supo que había vislumbrado algo en el borde del pozo. «Espera un momento...» Volvió a alzar la mirada y, como un segundo toque de atención, estalló otro relámpago. A Sara le dio la vuelta el corazón. La explosión de luz había iluminado la silueta de alguien asomado al interior del pozo.

—¡Policía! —Una voz masculina se apoderó del interior del pozo—. ¡La sacaré de ahí! ¿Está usted bien?

La expresión de Sara se contrajo en un llanto de alivio, y, agotada, se dejó caer sobre el suelo.

«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.»

Sin desviar la mirada de los barcos, Grifero estiró los dos brazos para coger un cigarrillo de su bolsillo y llevárselo a la boca. Después repitió el movimiento para sacar un mechero y encender el cigarrillo. Saboreó cada calada como si fuese la última. Estaba apostada tras el tronco de un árbol, justo en el borde del canal. Tenía la ropa completamente calada y el flequillo le goteaba. Pero ya no tenía frío. Al parecer, la adrenalina que corría por su sangre estaba equilibrando su temperatura corporal.

El río Támesis, en su sinuoso recorrido por Oxford, se ensanchaba y se estrechaba caprichosamente. En los tramos más angostos y próximos al núcleo urbano, algunos ciudadanos habían decidido transformar sus barcos en viviendas. Los habían amarrado y habían adoptado como mascotas a los patos que, desde siempre y hasta ahora, habían recorrido esas aguas como amos y señores del canal. El barco granate al que se había referido Dorian se hallaba a unos veinte metros de Alyssa, en la orilla opuesta. Se trataba de una embarcación de tamaño medio, de aspecto antiguo aunque recién pintado. Junto a este, otro barco mucho más viejo; casi podría decirse que abandonado. Desde su posición, Alyssa observó que todas las puertas y ventanas estaban cubiertas por láminas de metal. Era una celda flotante. Le llamó la atención que este barco estuviera más hundido que todos los demás.

«Ahí es donde está la rehén, y no tengo mucho tiempo.»

Esperó inmóvil en su posición. Desde que se instalara allí, hacía ya unos diez minutos, no había ocurrido absolutamente nada. Las ventanas de la embarcación granate estaban cubiertas por cortinas blancas, pero no se detectaba el más mínimo rastro humano. No le quedaba más remedio que tomar la iniciativa.

De repente, alrededor de medianoche, la luz del barco se encendió. Alyssa vislumbró una silueta a través de las cortinas; no obstante, no pudo distinguir su rostro. La sombra corrió una de las telas y se asomó a la ventana. A través de la torrencial lluvia, ahora sí, Alyssa distinguió a un hombre con las facciones muy marcadas, flequillo engominado, y un ceñido jersey de color oscuro que le recalca los músculos. El hombre observaba el temporal con mirada distante mientras sostenía un vaso ancho de cristal con una mano. La noche era demasiado oscura como para percibir su fisonomía con nitidez, pero Alyssa sintió como la ira penetraba por cada poro de su piel.

«Cariño, te encontré...»

Cuando el hombre se alejó de la ventana, Alyssa permaneció inmóvil durante algunos minutos. Dirigió la mirada hacia el barco-jaula. Había descendido unos centímetros más respecto al nivel del agua. Encendió otro pitillo y empezó a darle caladas a un ritmo normal. El tiempo que tardara el cigarrillo en consumirse era el que se iba a conceder antes de tomar una decisión. No apartó la vista del barco granate en todo ese tiempo. Tristemente, se sumió en sus recuerdos. En concreto, a los del sábado 6 de julio de 2002.

Capítulo 23

Sábado 6 de julio de 2002

Una madrugada del verano de 2002, más de cuatro años antes de que se encontrara vigilando los dos barcos anclados en el río, Alyssa Grifero se despertó percibiendo un olor a alcohol y un sabor a vómito. Era como si todo el ron del mundo se estuviera evaporando por los poros de su piel. Sintió cosquillas en la mejilla, las que le provocaba un atrevido gorrión que se había acercado a curiosear, y dedujo que había sido él quien la había despertado.

Sufría de un impreciso y desagradable dolor de cabeza. Intentó tragar, pero tenía la boca seca y pastosa. Quiso abrir los ojos, pero el sol se hallaba situado justo sobre ella, más allá de lo que parecían las ramas de unos árboles, y el haz de luz la ofendía sobremanera. Al girarse sobre su propio cuerpo para escupir en el suelo, experimentó un intenso dolor en su musculatura, muy especialmente en la zona vaginal. El único sonido que se percibía era el del viento ondeando las ramas de los árboles. Y el cántico del atrevido gorrión. Cerró los ojos.

«Estoy en un bosque —pensó—. ¿Qué hago aquí?»

La adolescente se sentía sumamente agotada. Al principio le costó concentrarse, pero luego una serie de imágenes acudieron a su memoria como flashes. El pánico la invadió cuando afluyó a su mente un torrente de recuerdos en los que se vio pateando con violencia por salvar su vida. No se acordaba con precisión de lo sucedido, pero en su cabeza guardaba una visión difusa de una piscina y de sus besos con Nacho Conde. Tenía la vaga sensación de haberse enrollado con él y que eso provocó algún tipo de pelea, pero no adivinaba porqué. De pronto recordó, de una forma atterradoramente concisa, cómo su novio le tapaba la boca con un trozo de tela antes de desnudarla y...

«Dios mío.»

Hizo un esfuerzo por incorporarse y quedó sentada; abrió los ojos del todo. Era como si estuviera padeciendo la mayor resaca de su vida. En parte, y solo en parte, así era. Al principio, hasta que logró enfocar la vista, solo vio que estaba sentada sobre la maleza. Después sus ojos descendieron hasta la zona de la cadera y las piernas, y sintió como si se le detuviese el corazón. A excepción de los pies, que seguían abrigados por los calcetines rosas de Hello Kitty que llevaba puestos la noche anterior, todo su cuerpo estaba desnudo. Las piernas, la cintura... y los pechos. De repente empezó a temblar. ¿Qué demonios le había pasado? Echó un desesperado vistazo a su alrededor y localizó su ropa. La blusa blanca (el trozo de tela) estaba mojada y en parte manchada de vómito seco. Los pantalones vaqueros se encontraban a un par de metros de distancia, como si alguien los hubiese arrojado allí, y en su interior encontró sus braguitas. Ambas prendas seguían húmedas. De lo que no cabía duda era que estaba herida, pues cada movimiento de piernas suponía un verdadero suplicio. Se llevó dos dedos a la superficie vaginal y sintió un punzante dolor que le llegó hasta el estómago.

Alyssa supo entonces que había sido violada.

No hizo nada más que llorar durante los siguientes cuarenta minutos. Su frágil aspecto físico era un fiel reflejo de su alma: desnuda y manchada. Tras un tiempo deseando morir, por fin se activó. Enjugó sus lágrimas y decidió concentrarse en el presente. Lo primero era vestirse. El roce de la ropa contra su piel le irritaba, y a pesar de que el sol ya calentaba con fuerza, seguía congelada.

Empezó a caminar hacia una dirección cualquiera. Apretó los dientes y se concentró en la respiración. Cada paso que daba significaba una tortura para su entrepierna. Apenas le quedaba energía para mantenerse en pie, pero en su cabeza había algo que no paraba de girar, una idea que no la dejaba en paz y que le impedía pensar en otra cosa. «Fredy...» Lo que en un principio había sido miedo, progresivamente se fue convirtiendo en el sentimiento de odio más fuerte que sentiría jamás. No tenía intención de volver a cruzarse con él, y por algún motivo ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de denunciarle, pero se juró a sí misma que, si en el futuro se volvieron a ver, no pensaba dejarle escapar.

Tras varias horas entre lágrimas y tiritonas, abandonó el bosque y se topó con una carretera. Supuso que la llevaría a Estepona, donde estaba su casa, de modo que la siguió. No quería que nadie la viera en ese estado, así que lo hizo en paralelo, caminando a varios metros de distancia de la carretera. Cuanto más se aproximaba a su casa, más fuerte se formulaba en su cabeza la pregunta del millón: ¿qué le iba a contar a su familia?

Después de algunos rodeos que tenían como objetivo evitar la civilización, llegó por fin a su hogar. Por suerte estaba vacío, lo cual le daba algo de tiempo para asearse lo justo para disimular su lamentable estado. Cuando se desvistió en el cuarto de baño y se escudriñó frente al espejo, comprendió que ya no volvería a ser una niña de catorce años. Avergonzada, se tapó los pechos y la entrepierna con las manos y soltó un sollozo entrecortado. Después se metió en la ducha y dejó que el chorro de agua caliente camuflara sus lágrimas.

Lunes 13 de noviembre de 2006

Alyssa arrojó el filtro del cigarrillo consumido al suelo y lo aplastó con la suela de la zapatilla. Después cogió la pistola que le había robado a Marcos Tena y comprobó que el seguro no estaba echado. Agarró con fuerza la culata y empezó la maniobra de aproximación al barco con el dedo índice sobre el gatillo. Bordeó el canal hasta que encontró una pasarela de madera lo suficientemente alejada como para no ser vista desde el barco. La cruzó y recorrió la distancia que había entre la pasarela y su objetivo. Debido al temporal, no había vecinos paseando por los lindes del río a esas horas. Junto a la embarcación granate había aparcado un Alfa Romeo con un mensaje amenazante pintarrajeado sobre la carrocería. Alyssa sonrió al reconocerlo.

Tras un momento de duda, corrió hacia el barco en medio de la penumbra nocturna y apoyó la espalda contra la pared. Percibió una música tenue que salía del interior. Era jazz clásico.

A Alyssa no le agradaba la situación. Había vivido los últimos cuatro años de su existencia acompañada de un trauma constante por culpa del hombre que ahora se hallaba en ese barco. Durante ese tiempo, a la vez que intentaba olvidarle, había fantaseado con el momento en que él apareciera de nuevo en su vida. Y cuando eso ocurrió, en el callejón colindante a la casa de Mike Lennard, se prometió no dejar pasar la oportunidad. Esta vez no pensaba cometer ningún error. Sin embargo, él era un policía bien entrenado, nutrido y descansado, y seguramente armado. Ella, por su parte, estaba congelada y con las muñecas unidas por unas incómodas esposas.

Además, debía tener en cuenta a la rehén que se estaba hundiendo con el otro barco.

Habría preferido matar a Fredy de un tiro por sorpresa, por ejemplo con un rifle de francotirador. No le apetecía lo más mínimo tener que enfrentarse con él, hablar con él. Para bien o para mal, esa noche acabaría todo. Pensó en Jaime y en Oli. Y en Charly.

Alyssa se mordió el labio inferior mientras la lluvia seguía cayéndole sobre el cabello y los hombros. Tenía que entrar en el barco por sorpresa y disparar a bocajarro según se le presentara la ocasión. También podía esperar a que él saliera del barco, y entonces dispararle desde el flanco sin posibilidad de error. Esa opción significaría, con seguridad, esperar toda la noche, lo que podría suponer que muriera congelada, o que algún vecino curioso se acercara a primera hora de la mañana estropeándole el ataque. Y, seguro, significaría el hundimiento del barco de al lado con la rehén dentro. ¿Qué alternativas tenía?

Se decidió. Elevó la pistola hasta tener el visor del cañón delante de sus ojos y se situó frente a la puerta de la embarcación. Fue al bajar la manivela cuando se detuvo en seco y frunció el ceño. La puerta estaba ligeramente abierta.

Un frío gélido le recorrió la nuca. Algo no cuadraba.

Dio un paso adelante y entró. La embarcación se balanceaba a causa del viento. A la derecha, incrustada en la proa, vio una cocina con aspecto de no haber sido utilizada en bastante tiempo. Un vaso de *whisky* reposaba sobre la encimera con un hielo dentro en proceso de derretimiento. El barco se extendía a lo largo como una estrechísima casa móvil en miniatura. En la popa había una cama deshecha, y entre las sombras se distinguían cojines y sábanas viejas por encima. El resto no era más que un vestidor pequeño, una puerta que debía de dar acceso al retrete, y un mueble multiusos que sostenía, entre otros muchos cachivaches, una radio antigua que reproducía jazz. Sin embargo, no había ni rastro de Fredy.

Alyssa se quedó quieta, escuchando. Echó un vistazo a través de las cortinas y vio la lluvia caer sobre el agua del río. Luego oyó crujir el suelo tras de sí y se volvió como un gato asustado. Justo cuando intentaba levantar la pistola para disparar, una mano musculosa se cerró en torno a su cuello mientras otra golpeó su brazo a la altura de la muñeca. La pistola de Alyssa salió despedida hacia el otro extremo del barco.

El nivel del agua había alcanzado ya más de la mitad de la altura de la embarcación. A pesar de que Diana había arrastrado un mueble pesado sobre la hendidura del suelo, era imposible impedir que el agua penetrara a través de la madera. Según sus cálculos, habían transcurrido unos quince minutos desde que provocara la grieta con el hacha, lo que significaba que, en menos de diez minutos, el agua habría alcanzado sus fosas nasales. En otras palabras: estaba sentenciada.

El agua del canal estaba tan fría que ya no sentía las piernas. Su último y desesperado movimiento había sido subirse al mueble que hacía de tapón, con el fin de ganar altura. Una vez allí, cerró los ojos y pensó en las dos únicas cosas que le hacían feliz de verdad: su Brunet, y ella misma interpretando un hermoso *adagio* con su violín. Diana Tallent estaba esperando a la muerte.

A Alyssa se le había empezado a nublar la vista con la mano de Fredy aprisionando su tráquea. Pataleó como pudo sus espinillas, hasta que él le propinó una bofetada con el dorso de la mano que la catapultó hasta un viejo sillón situado frente a la zona de la radio. El impacto hizo que se le agolpara la sangre en la cabeza. Decidió quedarse quieta sobre el sillón; resistirse solo empeoraría las cosas.

Alzó la mirada y contempló su cara. Hacía cuatro años que no le miraba así, pero era como si

hubieran pasado quince. Lo recordaba como un chico atractivo, con facciones suaves aunque masculinas. Ahora, unas horribles ojeras resaltaban aún más la palidez de su rostro. Los brillantes ojos azules de antaño ahora eran grises, desalmados, y la sonrisa de aquel motero seductor se había transformado en una mueca torcida y desagradable. Aunque durante los últimos cuatro años lo había odiado con toda su alma, siempre lo recordó como un hombre muy cautivador. Ahora, estaba simplemente demacrado.

—Hola, Fredy —dijo Alyssa con un tono inexpresivo, aunque en el fondo le estaba costando contener las lágrimas.

Alfred Horner observó a su víctima con el mismo gesto ausente.

—Hola, Aly —dijo con voz áspera—. Volvemos a encontrarnos.

Alyssa observó que la puerta del barco seguía abierta, e hizo amago de levantarse.

—No te muevas del sillón —ordenó Horner con autoridad. Después sacó una pistola de la parte trasera del cinturón y apuntó a las esposas de ella con hastío—. ¡Vaya, parece que alguien ha hecho el trabajo sucio por mí!

Una sonrisa fría se ensanchó en su rostro como un gusano que se estira para contraerse enseguida.

Quería provocarla, divertirse con ella. De lo contrario, dedujo Alyssa, ya la habría matado. Intentó relajarse para pensar con más frialdad. Estaba en absoluta inferioridad de condiciones, así que lo único que podía hacer era esperar y forzar un error. ¿Llegaría la policía antes de que se hundiera el barco de al lado? ¿Antes de que la matara? No podía contar con ello, pues probablemente Henry se habría alejado y no participaría en nada más. En tales circunstancias, no obstante, confiar en el instinto de su viejo amigo era su única alternativa.

—¡Joder, qué bien te has desarrollado! —comentó Horner, dibujando círculos con la punta del cañón en torno al pecho de Alyssa—. Ojalá recordara algún detalle de cuando te follé.

Alyssa le clavó la mirada.

—Aunque todavía estoy a tiempo de repetirlo. —Horner hablaba con la misma naturalidad que si estuviera valorando tomarse una cerveza en el bar de la esquina—. ¿Tú que dices?

Sin dejar de apuntarla, el agente de policía se dirigió a la ventana más próxima y observó el exterior, en concreto el otro barco. Desde donde ella se encontraba no podía ver la embarcación, pero no advirtió ninguna contrariedad en su gesto. Una de dos: o Fredy no se había dado cuenta de que había empezado a hundirse, o era justo lo que quería que pasara. Alyssa se preguntó si el hombre estaba lo bastante distraído para permitir un salto desde el sillón hasta su cuello. Probablemente no. ¿Dispondría más adelante de otra oportunidad? Cuando Horner volvió a correr la cortina y regresó a su sitio inicial, Alyssa se dirigió a él:

—Voy a matarte.

Él se rio, y ella no dijo nada más. Miró la punta de la pistola con la esperanza de que él desviara la atención un instante.

—Fue muy astuto enviarme ese video amenazador, cielo —dijo Horner, y dio dos pasos hacia el sillón—. El disfraz de zombi estaba muy conseguido. Reconozco que lograste acojonarme un

poco, aunque el hecho de que pintaras mi coche... joder, eso no me hizo ni puta gracia.

«Eso es, enfádate y lánzate a por mí. Comete un error.»

—Dime una cosa, ¿de verdad estabas ahí cuando maté a ese pringado en Cowley Road?

Alyssa no contestó.

—Joder, qué pequeño es el mundo —dijo él, con progresiva euforia—. Y supongo que también eras la puta que se estaba comiendo un kebab frente a la casa, ¿no? —Con cada balanceo del barco, Horner se movía torpemente hacia delante y hacia atrás, y Alyssa valoró si podría alcanzarle en uno de sus acercamientos—. He leído en el periódico que eres una drogata adicta al sexo. No puedo decir que me sorprenda.

Los ojos de Alyssa brillaron negros como el petróleo.

—¿Qué hacías en Oxford esa noche, cielo?

Ella continuó en silencio. Pensó que cualquier cosa que contestara la perjudicaría.

El diluvio que estaba cayendo fuera resonaba en el interior del barco con un matiz metálico que dificultaba la comprensión del murmullo con el que Horner se expresaba.

—Aclárame una cosa que llevo preguntándome desde hace días —se atrevió a decir Alyssa al fin, pues había cosas que todavía no le cuadraban—. ¿Por qué estuviste días investigando un asesinato que tú mismo habías cometido?

—*Good question*[\[33\]](#)! —exclamó, como si la presa hubiera llegado al punto de la conversación exacto que él estaba esperando—. La respuesta es que la parte superficial de mi complejo cerebro no guardó un solo recuerdo de esa noche.

Alyssa arqueó las cejas como un dibujo animado.

—¿Estás diciendo que no te acordabas de haber matado a Lennard?

La sutil locura que dominaba los ojos de Horner desapareció, y fue sustituida por una bruma gris.

—Yo ni siquiera sabía su nombre... Venga, te lo voy a explicar —dijo con la pereza de alguien que tiene que bajar a pasear al perro en plena tormenta de nieve—. Hace tres años fui asaltado y apaleado de noche mientras caminaba por Headington. Fue una maldita pesadilla. Aquel tipo me rompió varios huesos, pero estoy seguro de que su objetivo era matarme. Desapareció como un fantasma, y no volví a saber de él hasta el otro día. Lo sentí como un fognazo. Estaba disfrutando de mi día de permiso por el centro de la ciudad, cuando le vi. Iba acompañado de una joven, lo reconocí en el acto. Mi camino se había vuelto a cruzar con el de ese cabrón. Sentí un torbellino de furia tan idéntico a aquel que experimenté hace cuatro años, cuando perdí los estribos y te hice lo que te hice, que imaginé que *ahora* era *entonces*, y que a quien había visto no era mi agresor, sino Nacho Conde; y que yo no estaba junto a la librería Bodleian, sino en un lujoso chalet de Marbella donde se estaba celebrando una fiesta universitaria, y que aquel hombre no estaba acompañado por una joven, sino por mi novia de catorce años...

El corazón de Alyssa se hundió como un yunque en el pecho en cuanto comprendió las palabras de Fredy. El hombre al que en realidad quería matar no era Lennard, sino alguien idéntico a él. Todo cuadraba. «Charly, ¿pero qué hiciste...?» Al parecer, unos años atrás, muy enfadado de que su niña bonita hubiera sido violada, Charly había buscado a Fredy y le había dejado la cara como papel de aluminio usado. Por lo tanto, cuando Fredy vio a Lennard, en realidad debió de creer que

era Charly, su verdadero agresor, y se vengó.

Alyssa había encontrado la conexión, y era una que no esperaba. Si los trágicos acontecimientos sucedidos en Marbella hubieran tenido un final diferente, Mike Lennard todavía seguiría con vida.

—Esa sensación de rabia me duró muy poco —continuó Horner—, justamente el tiempo que tardé en localizar la vivienda de ese hijo de puta y plantarle un tiro en la frente. Después me emborraché, y al día siguiente no me acordaba de nada de lo que había hecho, así que viví persiguiendo al asesino de ese pobre chico (o sea, a mí mismo), hasta que me volvió a pasar.

Los incómodos intervalos entre frase y frase estaban extrañamente acompañados por el murmullo de la lluvia y el monótono piano interpretando jazz a través de la radio.

—Esta vez estaba en la cama con Ania. Quería follármela, así de claro. No iba a ser difícil, pues estaba maniatada y era del todo inofensiva. —Se mordió el labio inferior mientras revivía el caliente momento—. ¡No!, me dije; quien estaba maniatada y borracha hasta las cejas era mi novia de la universidad, es decir, tú —dijo, y dirigió los ojos muy abiertos hacia donde estaba Alyssa, como si acabara de descubrir que estaba allí sentada— ¡De pronto lo supe todo! Ese pensamiento de provocar daño indiscriminado por vengar el dolor causado por otros lo había sentido ya, lo estaba sintiendo igual que entonces.

Alyssa asintió con aire apesadumbrado.

—Comprendí que si la violaba, Ania quizá quedaría embarazada y por siempre desgraciada, del mismo modo que habías quedado tú. No me dijeron que había sido yo quien te había dejado embarazada, pero ahora estoy seguro de que fue así. ¡Del mismo modo que estoy seguro de que fui yo quien mató a Lennard!

La tormenta provocó un fuerte balanceo que obligó a Horner a alejarse del sillón y sujetarse contra la ventana.

—Mi naturaleza enfermiza se defendía del horror de saber que había violado y preñado a mi novia de catorce años. Mi consciente se negaba a aceptar la evidencia, pero el subconsciente lo sabía. —Frunció el ceño y se concentró en esa palabra—. *El subconsciente*.

—Pero, ¿cómo es posible que vivieses ignorante hasta hoy, y que, de pronto, la verdad estallase dentro de tu cabeza como una bomba? —preguntó Alyssa, que, pese al interés por el funcionamiento neuronal de su captor, no le quitaba ojo al revólver.

—Supongo que el secreto que guardaba mi interior era como un árbol que extiende sus raíces bajo tierra y que no puede surgir al exterior porque algo se lo impide —respondió—. Estos cuatro años me empeñé en olvidar, en no volver a pensar en esa noche, pero esas raíces seguían presionando para surgir a zona visible. Tal vez, cuando vi por la calle al que yo creía que era mi agresor y logré vengarme, estuve a punto de descubrir la verdad, y entonces mi angustia surgió como una defensa. Una amenaza (la de creer que alguien había entrado en mi casa y me estaba amenazando de muerte con pintadas y grabaciones), sustituía a otra amenaza aún mayor: la de saber que había violado y matado a personas inocentes.

Horner tenía aspecto de haber entrado en un universo alternativo, donde las sopas comían personas con cuchara.

—Mi consciente se había acostumbrado a ocultar ese tipo de acciones, ¡joder, no quería saberlo!, y se alió con un cómplice, el puto miedo, para mantener el engaño. No sé hasta qué punto es científica mi explicación, pero solo sé que he descubierto que la sensación de placer que aporta

la venganza es lo único que me hace sentir vivo. —Al terminar la frase, levantó el revólver hasta apuntar a la garganta de Alyssa—. Es obvio que soy un maldito neurótico, y como tal, lo admito. Hay que aprender a aceptarse tal y como se es, cielo.

—Entiendo —dijo ella, fingiendo una sobriedad que empezaba a acabársele, pues ahora tenía claro que no solo estaba en manos de un violador, sino también de un chiflado. Horner estaba actuando con ella como un gato que vigila a un ratón que no tiene ninguna posibilidad de escapar.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Alyssa.

—A que termine el disco. —Horner señaló la radio con el mentón—. Jamás dejo un disco de jazz sin acabar. Entonces, cuando haya sonado la última canción, te mataré. —Ella le miró perpleja, como si contemplara a un monstruo de tres cabezas—. Después, una vez la señorita del barco de al lado haya muerto ahogada, desapareceré.

Alyssa sintió cómo las pulsaciones se le hacían más intensas en la zona de la sien.

—Por cierto, ¿cómo me has encontrado? —quiso saber el policía.

La joven se encogió de hombros. Las esposas tintineaban en torno a sus muñecas a causa del temblor.

—Ha sido gracias al tipo del Volkswagen, ¿verdad? Espiarme fue una muy mala idea, cielo.

«Mierda, lo sabe.»

—¡Henry sabe dónde estamos, capullo! —escupió Alyssa. Incluso antes de terminar la frase se preguntó si no había cometido el error fatal. En ese caso, cada segundo a partir de ese instante podría ser el último—. Está a punto de llegar, y puedes apostar a que acabará contigo.

La sonrisa de gusano se extendió de nuevo, y esta vez no se encogió.

—¡Por supuesto que sí! —Horner reaccionó con un tono divertido que erizó la piel de Alyssa—. De hecho, ya ha venido. Dile «hola», está sobre la cama.

«¿Cómo?»

Sin dejar de apuntarla, Horner se deslizó hacia un lado con la chulería propia del jugador de póker que muestra una escalera de color en respuesta a un full. Lo suficiente para dejar libre la línea de visión entre ella y la cama.

Cuando Alyssa entornó los ojos y observó con detalle, supo que lo que había sobre el colchón no eran cojines y sábanas usadas, sino un cuerpo sin vida. Henry *Dorian* Millward estaba boca arriba y tenía el jersey cubierto de sangre a la altura del pecho.

Un sonido más propio de un animal salvaje que de una joven de dieciocho años surgió del estómago de Alyssa, una explosión de rabia.

—Sorpresa, Aly. —Alyssa sintió que al pronunciar su nombre, lo que en realidad estaba diciendo era «¡jódete!». En ese momento valoró seriamente si compensaba recibir un balazo con tal de poner sus manos en torno a la garganta de ese cabrón.

Le sobrevino una arcada.

En el exterior, la calle permanecía en completa quietud. No había ninguna indicación de que ningún policía, o ciudadano, hubiera reparado en el barco contiguo hundiéndose, o de que, si alguien lo había hecho, se hubiera dado cuenta de lo que implicaba. No se escuchaba más que el torrente de lluvia golpeando el asfalto y el caudal del río, y, de vez en cuando, algún trueno. Todo

ello significaba que salvar su vida probablemente dependería de lo que pudiera ocurrírsele en los siguientes minutos.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Era una locura y un riesgo inmenso. Incluso un suicidio si no funcionaba. Pero tenía que funcionar.

—Eres gilipollas —dijo sin más.

Hubo un momento de incompreensión en el que Horner parecía asimilar lo que acababa de escuchar, tal como un ladrido debajo del mar.

—¿Cómo dices?

El hecho de seguir todavía con vida convenció a Alyssa de que estaba en el camino correcto, pese a que no estaba segura de qué camino era exactamente.

—Que eres una mierda de ser humano, *cielo*. —Expresó esta última palabra con marcado rechino—. Aprovechas tu rango de policía para raptar a dos chicas inocentes, matar a otros dos hombres a sangre fría, y atraerme a tu sucio barco para torturarme, pero en realidad tú mismo has reconocido no tener ni puta idea de quién eres o qué es lo que haces. Ni siquiera me has cacheado, podría estar fingiendo y tener en realidad las esposas abiertas. Podría hasta tener un arma por dentro del pantalón.

La dirección del cañón se detuvo con lentitud en la frente de Alyssa como la vara de la ruleta de la suerte que se detiene en una casilla perdedora. Nunca, ni siquiera cuando aquel mismo hombre la violó hacía cuatro años, se había sentido tan cerca de la muerte.

«Venga, un poco más cerca...»

—No puedes ni ir al baño sin después estar seguro de si has cagado o te has sonado los mocos. Fíjate si eres patético que has estado persiguiéndote a ti mismo y has tardado más de una semana en darte cuenta.

Incomprensiblemente para el policía, la joven soltó una estrepitosa carcajada.

Alyssa percibió un leve movimiento en la piel del antebrazo de Horner, lo cual significaba que su dedo se estaba tensando sobre el gatillo. Mientras rezaba por que el balazo que iba a recibir no fuese mortal, lanzó su última daga venenosa:

—En el fondo estás tan atormentado por haber violado a una pobre niña, que no te atreves a tocarla de nuevo, ahora que la tienes a tu disposición. —Estuvo tentada de guiñarle un ojo, pero pensó que eso sería pasarse de la raya—. ¡Vamos, fóllame otra vez si tienes huevos!

Cuando el dedo de Horner se curvaba sobre el gatillo, dos sombras se movieron tras las cortinas. Horner ya había modificado la dirección del punto de mira de su revólver cuando un hombre apareció por el hueco de la puerta. Un estruendo seco envolvió la cabina de madera.

Alfred Horner atisbó con horror a su última víctima a través de la humareda que expulsaba el cañón. Era lo último que esperaba.

«Oh, no...»

Los músculos del brazo se le bloquearon, y la pistola bailó en torno a sus dedos.

La bala había impactado en el corazón de un hombre que le miraba sin vida a través de sus

clarísimos ojos. Parecían gritar «¿por qué?».

El pálido cuerpo de Thomas Carroll cayó al suelo como un saco de arena. Tras él venía otro hombre que Horner no reconoció. Parecía confuso, bloqueado. Alfred elevó el arma e insertó el dedo índice en el gatillo. Justo cuando estaba ejerciendo presión, sintió por el rabillo del ojo que algo saltaba hacia él desde la derecha. Rotó el cuerpo y disparó.

Capítulo 24

Lunes 13 de noviembre de 2006

Tac.

Alyssa Grifero se abalanzó sobre él y aterrizó en el suelo con el rostro de Horner contra su pecho. El revólver descargó una nueva bala debajo del cuerpo de Alyssa, y ocupó el espacio que lo rodeaba de aire caliente. La bala rozó su vientre y salió disparada en dirección al sillón donde había estado sentada. Grifero movió el cuerpo lo justo para pasar los brazos por encima de la cabeza del policía, y se transportó al pasado. Se visualizó a sí misma siendo arrastrada hasta un árbol, indefensa, y después sintió que le despojaban de sus pantalones y sus bragas como si lo estuviera viviendo en ese momento.

Pero ahora no estaba indefensa; ya no era una niña. Apretó con todas sus fuerzas. La cadena de las esposas se incrustó en la garganta de Horner mientras él, cuatro años antes y dentro de su cabeza, la forzaba. Lágrimas de dolor brotaron por sus mejillas, y de la boca le empezó a salir saliva a causa del esfuerzo. Él pateaba impotente de la misma manera que hiciera ella en el bosque de las inmediaciones de Marbella.

Alyssa aún continuó apretando varios segundos después de que el corazón de Horner dejara de latir. En ese momento, la radio dejó de reproducir el disco de jazz.

Los músculos de sus extremidades comenzaron a sufrir fuertes espasmos cuando Alyssa dejó de ejercer presión contra la garganta de Fredy. Había perdido el control de su cuerpo, era como si estuviera habitado por otra persona; por una asesina de dieciocho años. En contra de lo que había pensado durante todo ese tiempo, no se sentía aliviada por haberse vengado de su violador. La sensación de haberle quitado la vida a una persona no era agradable.

Con el cuerpo caliente de Horner todavía tendido sobre el suyo, le costaba respirar, y las manos le bailaban descontroladas frente a sus ojos. Un fuerte ataque de ansiedad. Entonces alzó la mirada y vislumbró entre lágrimas la sombra de un hombre que se le antojaba, a pesar del shock, familiar. Unos incrédulos ojos se la habían quedado mirando como si estuvieran ante un extraterrestre. Presa del pánico, Alyssa cogió la pistola de las manos de Horner y apuntó hacia el hombre, que se estaba acercando a ella. No podía dejar que la atraparan, tenía que sobrevivir.

Intentó apuntar a su frente, pero los espasmos eran fuertes y difícilmente controlables. Además, nunca había disparado una pistola.

Antes de que llegara a posar el dedo sobre el gatillo, su vista se aclaró, y con ella, su raciocinio. Las manos dejaron de ejercer fuerza y la pistola resbaló y cayó al suelo. Su cuerpo entero se relajó, y entonces tuvo la sensación que siempre había pensado tener al ver a un ángel de la guarda.

Jaime parecía horrorizado por el macabro escenario ante el que se encontraba. Cuando se agachó para cobijarla entre sus brazos, Alyssa recibió de golpe todo su calor. Los temblores cesaron, y también el terrible pensamiento de creerse una asesina. Quiso acariciar sus labios, besarlos.

Jamás recordaría la sensación que experimentó cuando Jaime la besó, pues para ese momento ya había perdido el conocimiento.

Viernes 17 de noviembre de 2006

El televisor de una de las habitaciones que albergaba el hospital Churchill de Oxford estaba proyectando una imagen insólita: en la ciudad española de Torrelavega, un jovencísimo policía estaba siendo homenajeado en directo por su valentía durante una operación de rescate a las afueras de Oxford. La presentadora del informativo explicaba cómo un agente de la península llamado Marcos Tena había arriesgado su vida para auxiliar a una joven que había sido encontrada con vida en el interior de un pozo seco.

Cuando la mujer pasó a la siguiente noticia, Sara apagó el televisor con el mando a distancia y se acomodó bajo las sábanas. Miró hacia el techo de la habitación y resopló satisfecha. Si no hubiese sido por la milagrosa aparición *in extremis* de ese chico, ahora estaría muerta. Se llevó la mano buena a la sien, donde un aparatoso vendaje le cubría la mitad superior del cráneo. Por lo menos ya no le dolía. La mano mala, sin embargo, sí lo hacía. Resultó que el impacto contra el suelo del pozo le había roto varios huesos en torno a la muñeca, de modo que se la habían tenido que reconstruir en gran parte. Ahora estaba escayolada, y un analgésico suministrado por vía intravenosa paliaba parcialmente el dolor insoportable del primer día.

Con el rabllo del ojo percibió a través de la ventana que algo se movía abajo, en la calle, y reaccionó como si hubiera visto a un gato con alas. ¿Jaime? Era la última persona que esperaba encontrar en un hospital de Oxford. ¿Venía a verla a ella? ¿Cómo se había enterado?

Caminaba con rapidez. Iba hablando por el móvil y con la otra mano sujetaba un ramo de flores. Parecía contento. A los pocos segundos, su imagen se perdió cuando entró en el edificio.

Sara arqueó las cejas y evaluó la situación. Jaime no había acudido a su llamada cuando le había necesitado, y eso le habría evitado algunos problemas. Sin embargo, continuaba siendo su único amigo. Se alegró al darse cuenta de que todavía quería verle, y se sintió especial.

Si Jaime era su único amigo, Diana era el amor de su vida; ahora lo sabía con certeza. Se estremeció cuando recordó la espantosa imagen de verla llegar a la habitación en una camilla en la madrugada del domingo. Estaba inconsciente y pálida. En un primer momento había creído que estaba muerta, pero entonces cayó en la cuenta de que ningún cadáver sería llevado a una habitación de hospital. Los enfermeros pronto la explicaron en un inglés muy básico que su pareja (*pareja*, qué bien sonaba eso) sufría de hipotermia y había tragado mucha agua, pero que ya se encontraba fuera de peligro. Al parecer, la habían salvado de morir ahogada en el último momento. Lo primero que pidió cuando despertó, según dijeron, fue ver a su Brunet.

Fue, por lo tanto, trasladada a la misma habitación que ella, y allí seguía. Sara observó el ritmo de su respiración mientras dormía plácidamente en la cama de al lado. Los moratones de su cara ya casi habían desaparecido, y sus labios volvían a tener un color cálido.

¿Por qué a ellas? Ninguna de las dos había hecho nada para provocar la ira de ese policía chiflado. ¿Eran dos víctimas más de una sociedad enferma? En la atmósfera silenciosa y casi ceremonial que se había impuesto en la habitación, Sara viajó sin querer al Mundo de las Segundas Oportunidades. Llegó a la cuenta de que si no hubiera estado en el 219 de Cowley Road en la precisa noche en que mataron a Lennard, ella no estaría en esa cama con la mano hecha pedazos. Pero fue más allá: si nunca hubiera viajado a Oxford para comenzar una nueva vida junto a Diana, no habría pasado jamás por esa maldita calle. Además, era muy probable que hubiese seguido con su tranquila vida de neurocirujana en Ámbar si Charly Rubial no la hubiera atacado en su casa aquella tarde de domingo. Por lo tanto, la conclusión era la siguiente: si el doctor Salas

no hubiera metido las narices en los resultados médicos de su yerno, nada de lo sucedido a continuación habría tenido lugar.

¿Habría sido más feliz en ese mundo alternativo donde ese viejo cerdo nunca modificó los resultados? A Sara se le escapó una lágrima de felicidad al conocer tan claramente la respuesta. Se concentró de nuevo en la serena respiración de Diana y dio gracias porque la mariposa batiera sus alas ese día de principios de verano.

Un golpeteo de nudillos sonó tras la puerta, y Sara se enjuagó la lágrima antes de gritar «¡adelante!» y recibir a su viejo amigo. Tenía muchas cosas que contarle.

Jaime Vergara sonrió con amabilidad a la joven y pecosa dependienta cuando esta le entregó un ramo de flores variadas. Pagó, cruzó hacia la otra acera y anduvo en dirección al hospital Churchill. En ese momento, el teléfono móvil vibró en el bolsillo de su pantalón. Tuvo una sensación extraña, como si por el hecho de estar en otro país fuera imposible que alguien le contactara. Extrajo el aparato del bolsillo y observó que tenía un mensaje nuevo. El remitente era su jefe en La Paz, el doctor Fuenmayor, y el contenido del mensaje hizo que Jaime se detuviera en mitad de la calle con la frente fruncida.

Supongo que ya te has enterado. Ven a verme al despacho en cuanto puedas.

¿Enterado de qué? Algo que le concernía había sucedido en España, era evidente. ¿Se habría adelantado el juicio por el caso Shapiro? Jaime todavía miraba el contenido del mensaje cuando el teléfono empezó a vibrar en su mano y a emitir el clásico y estridente sonido de llamada entrante. Era su hermana. ¿Qué coño estaba pasando?

Descolgó.

—María, ¿qué ocurre?

—¿Dónde leches estás? ¡No me digas que no te has enterado!

Su hermana gritaba con excitación a través del teléfono, y Jaime no supo distinguir si lo hacía como si les hubiese tocado la lotería, o más bien como si hubiera fallecido algún familiar.

—Tranquilízate, María —dijo con serenidad, para intentar sacar algo en claro—. Estoy en Inglaterra, ya te contaré.

—¿En Inglaterra? ¿Estás loco? ¡Ven a casa ahora mismo!

—Pero, ¿qué ha pasado?

Jaime estaba confuso. Empezaba a temerse lo peor.

—¡Acaban de decir por la tele que han detenido a Ernesto Shapiro por el asesinato de su padre, cabeza de chorlito!

Jaime dio un respingo.

—¿Ernesto mató a su padre? ¿Qué estás diciendo? —dijo, y mientras hablaba, reanudó su marcha hacia el hospital.

—Al parecer, así es. Por lo visto, un hacker accedió a su ordenador. La policía ha recibido una serie de pruebas y documentos anónimos que demuestran que el matrimonio Shapiro conspiró para asesinar al padre de él. —Jaime atendía incrédulo a lo que su hermana le estaba contando—. El

plan pasaba por involucrarte a ti hasta el punto de hacerte parecer culpable. Te la habían jugado bien, hermanito.

«¡Maldito cabrón!»

—Vale, María, tú relájate. Esta misma tarde volaré a Madrid y nos veremos. Entonces podremos enterarnos de todos los detalles —dijo—. Además, mi jefe también quiere verme, supongo que para hablar de lo mismo.

—¿Sí? Joder, ¿es que es muy fuerte todo esto!

—Te dejo, hermanita, que tengo un asunto que arreglar antes de volver. En cuanto desembarque del avión te doy un toque. Adiós, y gracias.

Jaime suspiró nada más colgar el teléfono, y automáticamente se le puso la piel de gallina. ¿Un anónimo había enviado pruebas a la policía? Sabía a la perfección quién estaba detrás de todo. Al final, Aly había cumplido su palabra.

Resplandeciente, Jaime accedió al hospital y preguntó por la habitación donde descansaba Sara Mora. No pudo aguantar más, así que desde el mismo ascensor redactó un mensaje corto para Alyssa a través del móvil. Cuando pulsó el botón de enviar, se dio cuenta de que le temblaban las manos, y se recriminó su actitud infantil.

Alcanzó la habitación de Sara, y antes de llamar echó un vistazo a las flores. ¿Le perdonaría por no haber acudido a su ayuda cuando se la reclamó? Esperaba que sí. Los amigos hacen eso. «Amigos...» Definitivamente, esa era la palabra. Golpeó la puerta con los nudillos y se preparó para que Sara le contara toda su historia de principio a fin. Prometía ser fascinante.

Desde el día de la muerte de Dorian, Carroll y Horner, Alyssa Grifero estuvo desconectada del mundo. Después de que Jaime y Tena testificaran en favor de ella y en contra de Horner, el propio Marcos Tena le había liberado de las esposas, y había quedado libre y sin cargos. La policía de Oxford la había pedido que se mantuviera disponible hasta que se hubieran celebrado todos los juicios del caso Lennard-Horner. Dedicó así los primeros días de libertad a lavar la ropa y descansar en un hotel de lujo con el que había sido recompensada.

También acudió al funeral de Dorian y estuvo atenta a la televisión cuando hablaron del «héroe español que había salvado a una joven de morir en un pozo». Se sorprendió al enternecerse cuando vio a Tena recibir su primera medalla.

«Bien, Don Perfecto. Me alegro por ti.»

Era como si estuviese disfrutando de sus últimas horas como Alyssa Grifero, al menos tal y como la conocía todo el mundo, y se hubiese decidido a empezar una nueva vida.

Un pitido del móvil la sobresaltó, para su inmensa irritación, mientras gozaba de un baño con espuma en la habitación del hotel. Se cubrió con una toalla y avanzó descalza hasta coger el teléfono y descubrir el contenido del mensaje:

De «JAIME»

Lo hiciste. No sé cómo, pero lo hiciste. Déjame recompensarte. Me apetece verte... Te echo de menos.

Se quedó pensativa. Nunca antes en su vida se habían interesado por ella de esa forma, y menos

alguien tan... especial. Jaime quería verla, ¿y luego qué? ¿Se encerrarían en su suite a hacer el amor durante una semana entera? ¿Serían simples amigos? En realidad, ella también le añoraba. Quería que la quisieran por ser quien era. Que no la juzgasen sin conocerla, ser especial para alguien. Y ese alguien era Jaime, lo había decidido sin saberlo la tarde que se presentó en su piso sin avisar, como una fugitiva salvaje y peligrosa.

Alyssa Grifero se sentía excepcionalmente bien.

Fue entonces cuando tomó una decisión. Viajaría a Madrid y se reencontraría con Jaime. Hablarían un largo rato sobre su futuro y, si todo salía bien, harían el amor, comprarían un gato y desayunarían todos los días junto al ventanal que daba a aquella avenida tan concurrida.

Cualquier otra opción le resultaba inconcebible.

Pero antes de abandonar Inglaterra, debía hacer una última cosa. La razón por la que había viajado a Oxford en un principio había sido la herencia que Charly les había dejado tanto a ella como a Verónica Salas. Debido al luto por la pérdida de su marido y al embarazo, Verónica la había pedido que acudiera ella en representación de ambas a conocer a Miguel *Rubial* Lennard, y preguntarle por la misteriosa caja de música que se suponía que contenía la herencia. Ese había sido el sencillo plan desde el principio, y Oli, que se hacía llamar Jasper en el mundo de Internet, la iba a acompañar desde la distancia. Pero Alfred Horner se cruzó en su camino esa precisa noche, y todo se volvió un infierno.

Ahora ya nada la impedía abrir la caja de música, cobrar su parte de la herencia, e iniciar una nueva vida junto a Jaime.

Se puso unos pantalones rojos y una camiseta blanca que había adquirido en GAP, así como su cazadora de cuero negro, y salió del hotel. Hacía un día soleado, espléndido. Nada que ver con la tormenta de aquella noche del demonio.

Avanzó por las calles de la ciudad sintiéndose una heroína. Era como si las calles, los edificios, las farolas... la reverenciaran. En menos de una semana había matado a un violador, raptor y asesino, había colaborado en enjaular al corrupto de Ernesto Shapiro, y había conquistado al hombre más bueno de la tierra. Por el camino, además, había ayudado a numerosas personas buenas a salir de sus correspondientes aprietos. No estaba mal para la apestosa Alyssa Grifero.

La casa que constituyó el hogar de Mike Lennard en el 219 de Cowley Road albergaba una calma inusual desde la calle, como si ella también necesitara un tiempo de calma después de tanto ajetreo policial, asesinatos, pruebas, y demás. Mantenía la cinta de seguridad en su perímetro, pero para Alyssa no iba a resultar difícil cruzarla e internarse en el edificio: la ventana del cuarto de baño que daba al callejón estaba ligeramente abierta.

Nunca había estado dentro, así que no pudo comparar, pero el ambiente de la casa se le antojó apagado, triste. No perdió el tiempo en morbosos vistazos al cuarto de baño, y con creciente nerviosismo ascendió al piso superior. La madera se quejaba como la de una casa vieja y abandonada, y a Alyssa le pareció difícil de creer que hasta hacía unos días allí viviera alguien normal.

El dormitorio de Lennard no contenía nada fuera de lo común, y tampoco lo era una encantadora caja musical con aspecto de cofre que adornaba la cómoda bajo la ventana. Los pocos rayos de sol que se colaban por entre las cortinas iluminaban la caja directamente, como si guiasen a la visitante hacia su recompensa final.

Alyssa se acercó con cautela, consciente de que podía estar ante uno de los momentos más determinantes de su vida, y levantó la tapa con delicadeza. Una irritante melodía comenzó a sonar mientras Alyssa observaba la colección de relojes que Lennard guardaba en la caja musical.

«Es solo una tapa. Tiene que tratarse de un falso fondo.»

Para su enorme satisfacción, la sección de los relojes se podía levantar, y bajo ella se escondía otro nivel, donde Lennard mantenía todo tipo de cables viejos, enchufes y recuerdos que no valían para nada. Era como un cajón de sastre.

Alyssa revolvió esos objetos con las manos mientras su nerviosismo se acentuaba. No entendía nada. ¿Dónde estaba? ¿Le habría tomado el pelo el cabrón de Charly? No, él no haría eso. Es decir, a ella era posible que sí, eso no lo dudaba, pero era impensable que le pudiera gastar tan macabra broma a su dulce Verónica.

Entonces, ¿dónde diablos estaba su herencia?

«Espera, he tocado algo.»

La caja contenía un tercer nivel debajo del de los relojes y el de los cachivaches. No obstante, este era inaccesible de manera directa. Lo que Alyssa había palpado con sus dedos era una cerradura de metal. Pero... ¡ella no tenía ninguna llave! ¿Qué abría la jodida caja? Desesperada, rebuscó por los cajones de la habitación, los armarios y entre las sábanas. No encontró nada que no fuera polvo y pelusa. Entonces se percató de que no estaba ante una cerradura normal. La llave que abriría el tercer nivel de la caja musical debía de ser más grande que cualquier llave convencional. Debía de tener estructura cilíndrica, y hueca.

¿Dónde había visto ella un objeto de esas características? Estaba segura de que esa descripción le era familiar.

Entonces cayó en la cuenta, y el dolor fue inmediato y detestable. Una parte de ella quiso quemar la caja, hacerla pedazos. Quería coger el cadáver de Charly y aplastar su cráneo contra la maldita caja de música. Pero eso era una estupidez. Los pensamientos se arremolinaron en su mente, y al final se tranquilizó.

«La madre que me parió», se dijo en voz alta. Después sonrió, y la risa dio paso a una estrepitosa carcajada.

Cargó con la caja, abandonó la casa y se dirigió al aeropuerto, previo paso por el hotel para recoger sus cosas. Dedicó todo el vuelo a estudiar una manera correcta de disculparse con Oli. Explicarle que lo que vio a través de la webcam fue un completo error, y que el hecho de que Jaime y él fueran más que amigos no iba a cambiar nada en su amistad. Pero, por encima de todo, y esto tenía que ocurrir costara lo que costara, tenía que convencerle de que necesitaban la llave cilíndrica que llevaba siempre colgando del cuello para cobrar la herencia de Charly Rubial.

Rafael Salas despertó en mitad de una nueva luz blanca que le ofendió los ojos. Un ejército de médicos iba y venía en torno a la camilla como en una imprecisa y futurista secuencia a cámara lenta. Puso los ojos en blanco y permitió que su mente divagara por su subconsciente.

Una serie de visiones se materializaron, ahora de manera muy nítida, una detrás de otra. La primera fue el cuerpo ensangrentado de una niña sobre el suelo, junto a un tractor. Dolor y llanto. A esa imagen le siguió una mucho más tierna: un bebé recién nacido con los ojos muy despiertos

llegaba a sus brazos. Alguien le había dicho que se llamaba Óliver, pero a él le parecía más simpático llamarlo Oli, a secas. Acto seguido, un moribundo Alfonso corriendo a abrazar a Verónica rebotante de amor. Muchos lo habían vilipendiado por intercambiar el diagnóstico del tumor, pero para él, aquella mentira había sido su mayor contribución al mundo. La hermosa imagen dio paso a la figura de Saúl Morgan despidiéndose de él. Su único amigo.

Una voz incorpórea retumbó de repente, lapidaria, en lo más hondo de su cerebro: «*el incompleto protege el secreto con el tubo férreo.*» Los acertijos de Félix. La última visión había tenido lugar en esa misma sala hacía un rato. Oli se estaba despidiendo de él y llevaba colgado al cuello un cilindro metálico... «¡EL TUBO FÉRREO!»

Ahora lo comprendía todo. El incompleto al que se refería Félix en sus acertijos no era otro que Charly. ¡Por supuesto que se trataba del manco de mierda! Y el secreto que protegía la llave cilíndrica, el maldito tubo férreo, era...

«Dios mío, tengo que avisar a Oli.»

Volvió a abrir los ojos, regresando de golpe al mundo real. Intentó liberarse, pero no se movió ni un milímetro; las correas estaban fuertemente ajustadas. Tampoco pudo hablar ni gritar, pues tenía la boca cubierta por algún tipo de mecanismo que le habían anclado entre los dientes. Rafael sintió el frío de dos cuerpos metálicos sobre sus sienes, y de repente le entró miedo.

«¡No, ahora no! —Algo terrible estaba a punto de suceder—. ¿Qué me están haciendo? ¡Necesito advertir a Oli del peligro que corre!»

Una potente descarga eléctrica le atravesó el cerebro de lado a lado, y entonces todo se apagó.

«Amelia... mi niña...»

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Lunes 6 de noviembre de 2006](#)

[Martes 7 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 2](#)

[Martes 5 de marzo de 2002](#)

[Martes 7 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 3](#)

[Martes 7 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 4](#)

[Miércoles 8 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 5](#)

[Jueves 9 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 6](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 7](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 8](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 9](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 10](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 11](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 12](#)

[Viernes 10 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 13](#)

[Sábado 11 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 14](#)

[Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 15](#)

[Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 16](#)

[Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 17](#)

[Lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 18](#)

[Lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 19](#)

[Lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Viernes 5 de julio de 2002](#)

[Lunes 13 de noviembre de 2006](#)

[Capítulo 20](#)

Lunes 13 de noviembre de 2006

Capítulo 21

Lunes 13 de noviembre de 2006

Capítulo 22

Lunes 13 de noviembre de 2006

Capítulo 23

Sábado 6 de julio de 2002

Lunes 13 de noviembre de 2006

Capítulo 24

Lunes 13 de noviembre de 2006

Viernes 17 de noviembre de 2006

Agradecimientos

Cuanto más escribo, más comprendo lo necesarios que son esos granos de arena que aporta la gente más desinteresada. Publicar una novela no es sencillo, y por ello puedo asegurar que *El aleteo de la mariposa* no sería ni la sombra de lo que es de no haber sido...

...por mis compañeros de trabajo, siempre dispuestos a ayudar, siempre los primeros en reservar un ejemplar para leer o regalar.

...por Chema, mi diseñador gráfico, que posee gusto y talento para dotar las portadas de la saga *Ámbar* de una imagen atractiva. Y por Alfonso, incansable corrector. Le prometí que le incluiría en los agradecimientos del libro si detectaba erratas ortográficas. Le bastó un día para ganarse el puesto.

...por Luisfer, que tuvo la valentía de redactar su hazaña personal y compartirla conmigo. Su experiencia vital me sirvió como inspiración para más de una escena de la novela.

...por mi familia. Primos y tíos que no pierden ocasión para interesarse por el estado de la novela o plantarse frente a la radio o televisión cada vez que me realizan una entrevista.

...por Luis Alberto María, amigo y excelente fotógrafo, que se ofreció amablemente a realizar una sesión con el objetivo de encontrar la mejor imagen de autor. Gracias por el magnífico café.

...por todos los amigos que, aun en la distancia, recomiendan mis novelas. Siento su calor en cada párrafo. Gracias en especial a Álex, David, Edu y Pablo. Sin ellos estaría perdido.

...por los lectores anónimos, bloggers y seguidores en las redes sociales, responsables de que mis novelas se mantengan en los puestos destacados de los más vendidos de Amazon. Gracias en especial a *Gatsby*, propietario del sitio web *El cajón de Gatsby*, pues de sus artículos obtuve la inspiración para el coloquio entre Salas y Morgan.

...por José, mi asesor y distribuidor. Gracias por facilitar que mis libros estén presentes en centenares de librerías de toda España.

...por mi hermano y mis padres. Los responsables de mi destreza para contar historias de ficción. Mis más despiadados críticos y merecedores de cada lector conseguido o novela publicada.

...y por Silvia, que tiene la cruz de vivir con un escritor (os aseguro que no es fácil). Me aporta consejo, inspiración y buenas ideas. Me empuja en las cuestas y me frena cuando todo parece ir peligrosamente bien. Mi verdadera socia.

El autor

Escritor independiente desde hace cinco años. Invierto toda mi imaginación en inventar historias originales e impactantes, y dedico el tiempo en narrarlas.

Lo hago porque me apasiona.

Todo empezó en un solitario piso de las afueras de Madrid, donde, cierta noche típicamente invernal, decidí crear un vínculo entre mi mente inquieta y el papel. Ese día comenzaron a escribirse las primeras páginas de lo que muchos meses después sería mi primera novela: *Reflejos en el espejo*.

La experiencia fue tan enriquecedora que, en un alarde de locura, aposté por escribir una saga de novelas de suspense. *El secreto de Oli* fue el primer volumen, y posteriormente llegó el libro que tienes entre las manos.

Durante estos cinco años, la literatura me ha regalado experiencias vitales como firmas de libros, entrevistas en radio y televisión, visitas a colegios o un blog literario propio. También he presenciado cómo mis novelas permanecían semanas en lo más alto de los rankings de los ebooks más vendidos en Amazon. Te aseguro que el pudor supera al orgullo.

Prometo seguir aprendiendo y dar el máximo en el próximo libro, el tercer y último volumen de la trilogía *Ámbar*, el cual espero que te emocione tanto o más que los anteriores.

Como siempre, aprovecho para disculparme si has encontrado algún error en el texto, pues habrá sido culpa mía.

Tu crítica y comentario será un estupendo regalo. Nada ayudará más a esta novela que una reseña en Amazon o una recomendación sincera en las redes sociales.

Y sobre todo, GRACIAS por haber confiado en mi novela y por haber llegado hasta aquí.

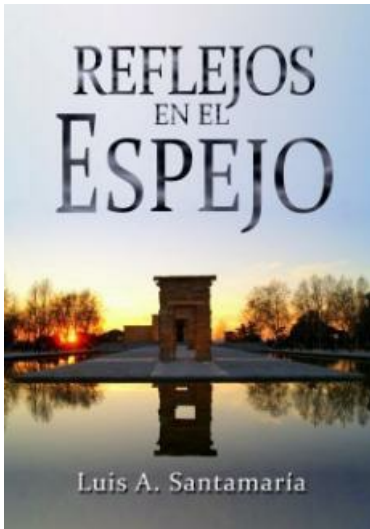
Puedes seguirme en Twitter: @Luis_A_Stamaria

En Facebook: Luis A. Santamaría

Y también en el blog: <http://espejosdepapel.com>

Reflejos en el espejo (2012)

Luis A. Santamaría



SINOPSIS:

¿Has pensado alguna vez de qué forma puede el azar enseñarte cómo es tu vida en realidad? ¿Sabes realmente lo que tienes frente a los ojos? ¿Qué valor le das? Daniel Santos es un joven que no ve más que la parte negativa de las cosas. Se empeña en rechazar cualquier muestra de apoyo y cariño, ya sea por parte de su familia, de sus amigos, e incluso de Sofia, una bella muchacha que hará cualquier cosa para llamar su atención. Todo cambia cuando un extraño accidente provoca en él una metamorfosis que le hará descubrir los secretos de la felicidad a un alto precio.

Reflejos en el espejo es una novela fresca que destapa las claves del día a día desde un punto de vista diferente. Romances, tragedias y superación personal se van entrelazando poco a poco en una secuencia de misteriosos sucesos que terminan por regalar al lector una enseñanza difícil de olvidar.

No temas si, mientras estás leyendo, ves un trozo de papel deslizándose por debajo de tu puerta. Puede que la historia de tu vida esté a punto de comenzar.

Disponible en las principales plataformas de venta de internet.

El secreto de Oli (2014)

Luis A. Santamaría



SINOPSIS:

«Os contaré la historia de cómo fui engañado por la persona que más quería».

Así comienza Alfonso Morales el relato sobre cómo, hace 23 años, se vio sumergido en una atípica historia con una joven ambareña que le cambió la vida.

En la actualidad, Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente, construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda de sus dos mejores amigos: Aquiles, su pastor alemán e inseparable compañero, y *el Yayo*, un eminente y sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana. El trío se adentrará en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones... y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre

El secreto de Oli es el primer volumen de la saga de intriga titulada *Ámbar*.

Disponible en las principales librerías y en las plataformas de venta de internet.

[1] En inglés, *joder*.

[2] En inglés, *mierda*.

[3] En inglés, *hola*.

[4] En inglés, *lo antes posible*.

[5] En latín, *la suerte está echada*.

[6] En inglés coloquial, *colega*.

[7] En inglés, *forense*.

[8] En inglés, *familia de acogida*.

[9] En inglés, *centro de la ciudad*.

[10] Bizcocho de origen británico parecido a una magdalena.

[11] En inglés coloquial, *ey, cielo...*

[12] En inglés, *EL FAMOSO TURF TAVERN. FORMACIÓN EN INTOXICACIÓN*.

[13] Pastelitos muy comunes en Inglaterra.

[14] Popular cadena de supermercados ingleses.

[15] *Whisky* solo y con hielo.

[16] En inglés, *Copito de nieve*.

[17] Frase hecha en inglés, cuya traducción al español sería: *Más claro el agua*.

[18] En inglés, *IMPACTANTE ASESINATO*.

[19] Policías locales de Londres, popularmente conocidos como “Bobbies” en honor a su fundador, el ministro Sir Robert Peel.

[20] Durante las décadas de los 50 y 60, los literatos Tolkien y Lewis, entre otros, se reunían todos los martes antes de comer para beber cerveza y conversar en la *Rabbit Room* del Eagle and Child. En la actualidad, el *pub* todavía se mantiene operativo en la calle St.Giles’ de Oxford.

[21] En inglés, *Estar inspirado es genial; inspirar es increíble*.

[22] En inglés, *Para llevar*.

[23] Popular cadena de cafeterías inglesa.

[24] En inglés, *Es un nuevo amanecer, es un nuevo día, es una nueva vida para mí... y me siento bien*.

[25] En inglés, *Qué coño...*

[26] Hinchas de fútbol de nacionalidad inglesa que se caracteriza por su actitud violenta y su comportamiento destructivo.

[27] En inglés, *¿Qué coño, cielo?*

[28] En inglés, *¡Detente, Sara, detente!*

[29] En inglés, *PARQUE NACIONAL DE JASPER, CANADÁ*.

[30] En inglés, *THOMAS LLAMANDO...*

[31] En inglés, *Oh, Dios mío...*

[32] *Invictus*, poema breve escrito por William Ernest Henley en 1875.

[33] En inglés, *¡Buena pregunta!*